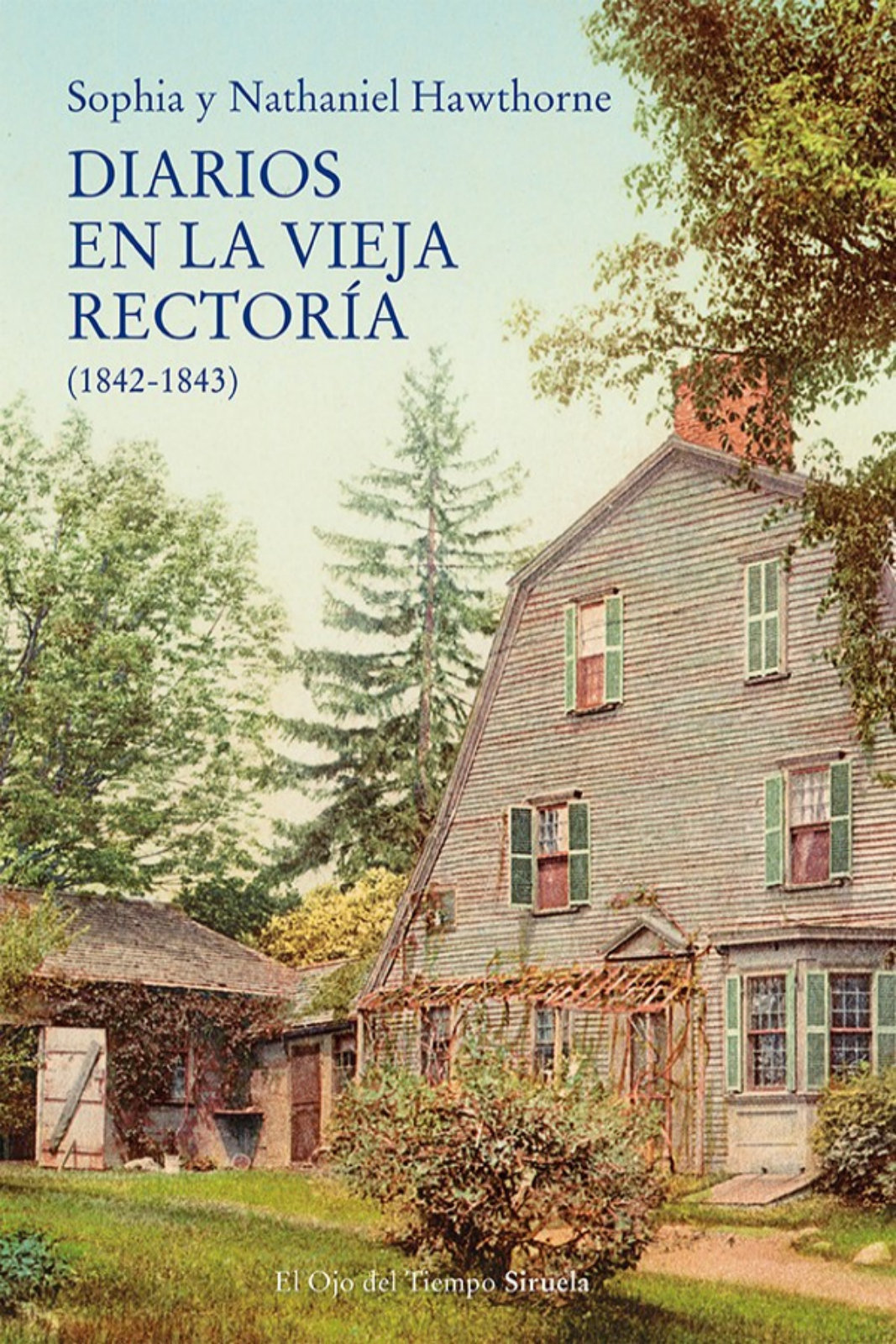
Sophia y Nathaniel Hawthorne

DIARIOS EN LA VIEJA RECTORÍA

(1842-1843)



El Ojo del Tiempo Siruela

Sophia y Nathaniel Hawthorne

DIARIOS EN LA VIEJA RECTORÍA
(1842-1843)

Edición, introducción y traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Cubierta
Portadilla
Diarios en la vieja rectoría (1842-1843)
Introducción. La habitación encantada
Sobre la traducción
Bibliografía
Diario de Sophia y Nathaniel Hawthorne
Nota-Diario 1842-1843
Apéndice I
Apéndice II
Notas
Créditos

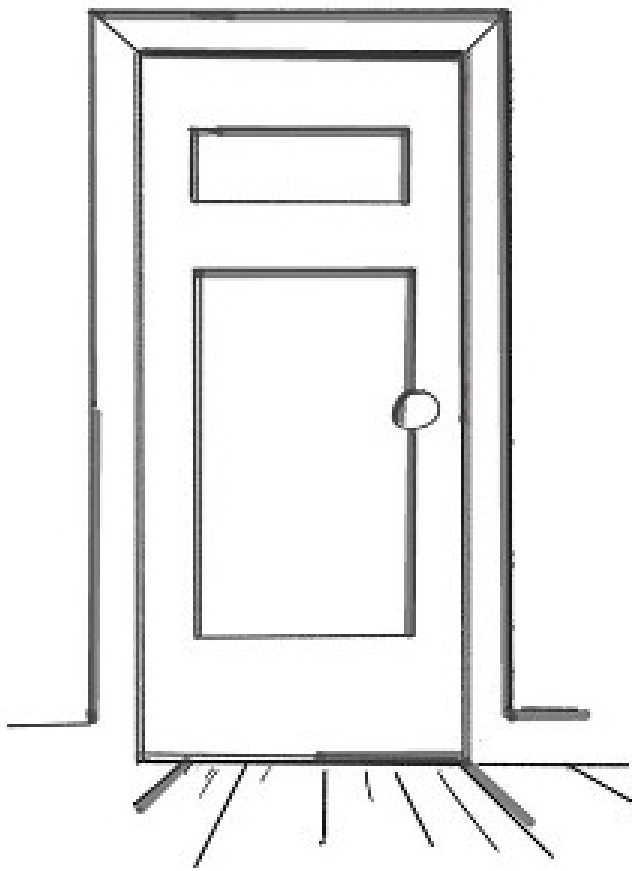
Diarios en la vieja rectoría
(1842-1843)

Introducción

La habitación encantada

Cuanto más siento, más necesaria
me parece la reserva.
Una Hawthorne

1



2

En segundo lugar, la habitación (4 de octubre de 1840):

> *Hay quien dice que esta habitación está encantada, pues miles y miles de visiones se han aparecido ante mí, y algunas de ellas se han hecho visibles para el mundo. Si alguna vez alguien escribe mi biografía, debería hacer buena mención de esta habitación al recordarme, pues muchos años de solitaria juventud los perdí aquí, y aquí se vieron forjados mi pensamiento y mi carácter; y aquí sentí felicidad y esperanza, y aquí he sufrido el mayor abatimiento. Y aquí me sentaba durante mucho, mucho tiempo, esperando pacientemente que el mundo supiera de mí, y a veces preguntándome por qué no me conocía ya, o si alguna vez llegaría a conocerme, al menos antes de ocupar mi tumba.*

Movimiento inquietante: comenzábamos la visita en una habitación y hemos hecho un viaje completo que termina en la tumba. Sin embargo, desde las visiones encantadas de la primera frase hasta las sombras que se intuyen más allá del último punto hay algo que, de manera sigilosa, se ha dejado sentir: la habitación como una entidad autosuficiente y monstruosa, sin puertas ni ventanas, celosa del inquilino al que acoge, replegada en sí misma.

Se diría que, para Hawthorne, toda habitación es una tumba.

Entonces, ¿todo ocupante es un fantasma?

3

Las casas son viajes de doble dirección.

Por un lado, asoman a un mundo en el que se despliega libremente la dimensión del tiempo. La tierra varía en color y densidad durante las estaciones que la arropan y que la desarropan, o deja caer una montaña, o se ve acordonada por una ciudadela reptante que un día descansará bajo arroyos y árboles, convertida en memoria y en imagen de nuestro propio destino. Y tampoco el cielo es siempre el mismo: está el tránsito de las nubes y de las constelaciones. Pero las casas que se abren a todas estas figuraciones —astros, montes, castillos— lo hacen también a su propio interior: el tiempo ahí da saltos abruptos, discurre en mobiliarios, vestuarios, maneras de arrojar luz. Así es como el espacio se ordena y desordena, transcurre, se hace tiempo: escapándose hacia el continuado fluir de un lado de la ventana, o sumiéndose en largos estados de parálisis en el otro, encallando en la profusión de los objetos hasta la siguiente transformación.

El hombre, fuera, también se hace tiempo: para él, que fluye con las cosas, la casa es un estado entre instantes, el lugar que no cambia entre lo cambiante. Dentro, el hombre y las cosas se sienten como reiteraciones,

siempre los mismos entre lo que ocupa un espacio fijo, discurriendo en achaques, crujidos de madera, relojes a los que otra vez es preciso dar cuerda. Por eso el hombre prefiere recogerse en el interior, donde nada transcurre. Dentro de la total quietud, parece limitado a ser el gesto actuante de la casa pensante, un sueño de la penumbra y del polvo suspendido, y solo se percata de ser otro —menos ligero, más curvo— allí donde el fortuito espejo o el vidrio iluminado recogen a su paso algo más que una sombra.

Cuando vuelve a subir las poleas del reloj, es la casa entera quien siente un detenimiento, y le hace subir las poleas del reloj. Cuando arregla un grifo que gotea, es la casa entera la que se rompe gota a gota, y le hace arreglar el grifo que gotea. No otra cosa sucede cuando cierra la puerta. También cuando se sienta ante el escritorio y se pone a escribir. Es la casa la que le dice: todo tu mundo soy yo.

¿Recordamos lo que escribía Hawthorne, en *El retrato de Edward Randolph* (1837)?:

> *En el transcurso de las generaciones, cuando mucha gente ha vivido y ha muerto en una casa antigua, el silbar del viento en las ranuras, y el crujido de sus vigas y traviesas, se parecen extrañamente a los tonos de la voz humana.*

Voz que conversa con nosotros, voz que ordena, voz que es la de uno y la de muchos. ¿Qué multitud se esconde en los retratos suspendidos, en las piezas decorativas, en esta organizada dispersión de los objetos?

La casa aquí es el mundo. Aquí, lo contrario del mundo es una casa.

4

Nathaniel Hawthorne nació «en el vigésimo octavo aniversario de la independencia americana» en Salem, Massachusetts, en la misma casa en que habían vivido tres generaciones de Hathornes y al menos nueve de sus parientes. Estaba situada cerca del embarcadero, en Union Street, a una manzana, en dirección oeste, de Herbert Street (donde cinco años más tarde, en 1809, nacería su futura esposa, Sophia Amelia Peabody) y en la intersección de las calles Essex y Derby, que constituían los flancos de un bonito jardín donde la hermana mayor de Nathaniel, Elizabeth (Ebe, «una chiquilla muy brillante, posiblemente un genio»), solía jugar con la hermana mayor de Sophia, también llamada Elizabeth. Un bisabuelo de Nathaniel, Jonathan Phelps (1708-1800), herrero de profesión, había comprado la casa en 1745 a un tal Joshua Pickman; la abuela de Nathaniel, Rachel Phelps (1734-1813), vivió en ella desde los once años hasta su muerte. La casa ya era patrimonio familiar de los Hathorne desde que en 1772 fue adquirida por el abuelo de Nathaniel, Daniel Hathorne

(1731-1796), capitán y corsario en tiempos de la Revolución, posiblemente a cambio de «un viejo dominio que la familia poseía en otra parte de la ciudad, y que le había pertenecido desde su asentamiento en el país», según recordaba Nathaniel en un artículo autobiográfico publicado en la revista *The National Review* (1853).

William Hathorne (1606-1681), que emigró desde Wiltshire en 1630 para cruzar el Atlántico a bordo del Arbella —y que, al igual que los otros seiscientos pasajeros del barco, tuvo que dejar de lado toda costumbre civilizada, todo sueño reparador en una cama, toda higiene personal, durante setenta y cinco días de dura travesía—, fue el fundador de la rama americana de la familia. Era un hombre bien educado, bastante fanático y bastante brutal. Solía llevar un volumen de la *Arcadia* de Sidney en una mano, un látigo en la otra, y la Biblia entre ceja y ceja. Aunque aquella tierra no era aún su tierra, decidió salvar a los buenos puritanos de Nueva Inglaterra de los terribles quietistas cuáqueros a base de torturas y latigazos, y azotaba a los adúlteros y los blasfemos, casi siempre tras maniatarlos a un árbol, «hasta que la espalda se les convertía en gelatina». De su unión con una mujer llamada Anne Smith nació en 1641 el pequeño John Hathorne (m. 1717), el quinto de ocho hermanos, que con el tiempo demostró ser un buen aprendiz: magistrado en Salem durante los juicios por brujería de 1692, colgó a más de cien mujeres en el promontorio conocido como Gallows Hill, la colina de la horca —«¿No hay un negro susurrándote cosas al oído, y diablos a tu alrededor?»—, pero se las arregló para escapar con vida a sus maldiciones, no como otros, su amigo el reverendo Nicholas Noyes por ejemplo, que se vio confrontado de este modo por una de las sentenciadas a la horca, la anciana Sarah Good: «¡Soy tan bruja como tú hechicero, y, si me condenas a morir, Dios te hará tragar sangre!». Noyes, un «conversador delicioso, sano y lozano», murió, de hecho, ahogado en su propia sangre, en un portentoso ataque de tos que le arrancó horriblemente de este mundo escupiendo los pulmones, después de ver patalear en el cadalso a la pobre señora Good.

Seguimos estando en Salem, Massachusetts, y no en Salem, provincia de Lovecraft, aunque lo parezca.

Todo este recuento de casas compradas y heredadas, niños nacidos en ellas, brujos, promesas desde el patíbulo y tierras concedidas a cambio de pequeños yermos junto al mar, puede resultar inútil y hasta tedioso para los habitantes de una época y un mundo que envejecen y mueren en colmenas de cristal y cemento, abigarradas de convencional vida humana. Pero hablamos de un siglo en que los horizontes no estaban dominados por las prisiones catastrales, sino libremente ondulados de montes y de árboles —con sus geniecillos tutelares, sus hadas y sus llamaradas fatuas, y sus hechiceros recolectores de hierbas—, de cañaverales y gargantas esculpidas por remotas glaciaciones con un tranquilo mar al fondo, perlado de centelleante salitre. Conviene que nos empecemos a

acostumbrar a otra manera de medir el tiempo, de admirar el espacio, o cuando lleguemos a Concord nos costará incluso agacharnos a recoger los delicados arándanos de la primera página.

Hawthorne nunca mostró demasiado interés por sus estudios. De pequeño fingía enfermedades para no acudir a la escuela; prefería jugar con sus animales —en especial los gatos, sus favoritos— que mezclarse con los demás niños, y aprovechó una lesión producida jugando «al juego de bate y pelota» para iniciar su largo idilio con el hábito de la reclusión y la lectura. De su padre, un marino que murió en Surinam, de fiebre amarilla, en 1808, Hawthorne solo recordaba que se llamaba Nathaniel, como él, y que se trataba de «un individuo callado, reservado y melancólico», también como él, que «solía llevar libros en sus viajes por el mar» y que «adoraba a sus hijos», exactamente igual que él. Todo esto nos permite asomar a un cuasi fantasmagórico hogar de individuos misteriosamente felices y taciturnos: el sensible Nathaniel, la inteligente Elizabeth (que publicaba sus composiciones literarias en diarios locales), la feérica y casi translúcida Louisa, los padres que con su ejemplo enseñaban a los niños la virtud de ser invisibles y estar solos, todos ellos como unidos entre sí por cosas tan inconsútiles como el tictac de un péndulo, el repiqueteo de los cubiertos en la vajilla de loza, la sedosa fricción de las páginas de un libro o el sinuoso arañar de una pluma. En realidad, dan ganas de dejar esta introducción aquí, colocar una silla en el borde del tiempo y pasar las horas mirando a los miembros de esta familia tan dispersamente unida, cada uno iluminado por su propia luz, cada uno sumido en un tipo distinto de silencio. Y más aún sabiendo lo que viene después. En una carta dirigida a su sobrina Una, donde relataba sus recuerdos de infancia y juventud junto a Nathaniel, Elizabeth describió «la mañana en que mi madre llamó a mi hermano para que fuese a su dormitorio, que estaba al lado de donde dormíamos nosotros, para decirle que su padre había muerto». Nathaniel apenas tenía cuatro años cuando se convirtió oficialmente en el hombre de la casa. Madame Hawthorne vivió a partir de entonces en la más absoluta reclusión («en aquel tiempo se consideraba una muestra de piedad y buen gusto que una viuda se apartase del mundo»), y los pequeños Hawthorne iban y venían de la escuela a la casa «sin otro gobierno que el de las circunstancias»: de hecho, Nathaniel, «un muchachito de hombros anchos, y cabello rizado y largo», muchas veces aprovechaba esa falta de vigilancia para abandonar el camino que llevaba al colegio y dirigirse a la costa con sus aparejos de pesca. La familia comenzó a pasar serias dificultades, pese a la ayuda de unas adorables y generosas tías, y a los pocos meses Nathaniel, Elizabeth, Louisa y Madame Hawthorne abandonaron Salem con destino a Raymond (Maine) para vivir en la casa de Robert Manning «de los Manning de Dartmouth, Inglaterra». Se trataba de una mansión «enormemente ambiciosa», pero tan extrañamente diseñada que sus pasillos se perdían en un enredo de

habitaciones intercomunicadas, puertas que no daban a ningún sitio y ventanas que se abrían al interior de otras habitaciones, una suerte de fantasía borgiana «que le había hecho ganarse el sobrenombre de "la locura de Manning"». Era un lugar ideal para un niño solitario como Hawthorne, y es posible que fuese allí donde descubrió que, más allá del misterio de los mares remotos y las tierras exóticas que narrarían otros escritores de su generación, había un misterio igual de significativo y profundo en la vida que un individuo podía llevar enclaustrado entre cuatro paredes.

Maine fue poco menos que un lugar de paso para Hawthorne, y sin embargo no recordaba otro lugar donde hubiera sido más feliz (salvo la casita de Concord que nos aguarda en cuanto traspongamos este dilatado umbral). Allí desarrolló esa «maldita inclinación por la soledad» que recorre sus narraciones más conocidas, y que encontramos en su propia existencia desde el instante en que se cierra ese paréntesis de cuatro años que constituyen sus estudios en el Bowdoin College: estudios en literatura, en religión, en filosofía, en tabernas y faldas y mesas de juego, ante cuyos sucios tapetes coincidió a menudo con el poeta Longfellow. Leyó mucho y escribió mucho, principalmente poesía y ensayo. Enviaba cartas a su familia casi a diario, a veces junto a pequeños poemas escritos en los márgenes («oh, la mundana pompa no es más que un sueño, / y como el breve resplandor de un meteoro»), casi siempre con el deseo de «estar en Raymond», pues sabía que allí, más que entre el jaleo de los compañeros de clase, más que ante aquellos tapetes manchados de vino o soñando a bordo de cualquier meteoro, «tenía la oportunidad de ser feliz». Pensaba constantemente en su madre y sus hermanas, que llenaban la casa con su pálida luminiscencia. Durante los últimos meses en Bowdoin evitó que sus compañeros de estudios lo inmiscuyeran en sus planes para futuros encuentros: tras su graduación, en 1825, Hawthorne, ya con la «w» injertada en su apellido, vació su dormitorio, regresó a Salem, se sacudió, como santa Teresa, el polvo que traía en los zapatos, y, con ese suspiro de espaldas a la puerta de los dibujos animados, «se encerró en "la habitación encantada" de la vieja mansión familiar durante los siguientes tres años».

Hawthorne podía haber sido tan intrépido como Melville, a quien quería y admiraba, pero antes que las maravillas de los lugares extraordinarios prefirió las extrañezas de los misterios cotidianos. «Ver a dónde nos lleva la fantasía de un hombre que vive su vida a plazos: diez años de existencia, digamos, alternados con diez años de animación suspendida». «Un fantasma visto a la luz de la luna: cuando la luna aparece, brilla y se funde a través de la aérea sustancia del fantasma como a través de una nube». «Hacer que el propio reflejo sea el tema de un relato». Hawthorne escribió estos apuntes, y decenas de apuntes similares, con la intención de desarrollarlos algún día hasta las dimensiones de un

cuento o una novela. Con algunos lo consiguió. Otros quedaron ocultos en sus diversos cuadernos, suspendidos en esas breves líneas que parecen ellas mismas centelleo, humo, el retrato de un fantasma reflejado en un espejo.

5

Hawthorne fue el escritor soñado. Encerrado en su casa, hecho uno con sus objetos y alejado del constante discurrir, se convirtió en el proverbial tuerto en el país de los ciegos: adquirió no solo la visión de las cosas arrebatada a los otros sino, también, la invisibilidad.

Este es Julian Hawthorne, escribiendo sobre su padre en 1884:

> *Un vago misterio envuelve los primeros años de la vida de Nathaniel Hawthorne. Resulta difícil conciliar la aparente calma y la falta de sucesos de interés de su juventud con la presencia de esas virtudes que es sabido había en él. No me refiero ahora a sus virtudes literarias o imaginativas: Hawthorne sabía de sobra cómo darles salida. He aquí, más bien, un joven rebosante de salud y fuerza física, dotado por la naturaleza de un poderoso instinto social; con una mente aguda, penetrante e independiente; dueño de un rostro y una figura de enorme belleza y gracia viril; poseedor de una voluntad inquebrantable, y propenso, cuando se terciaba, a terribles arranques de ira; en pocas palabras, he aquí un hombre hecho como a propósito para ganar el mundo y hacer uso de él, para lograr cuanto se propusiera, para sacar el mejor provecho de su aguda sensibilidad y sus maravillosas facultades; y, con todo, resulta que esta joven maquinaria abierta a todas las posibilidades y energías se contenta (o eso parece) con sentarse tranquilamente en una contemplativa soledad, para pasar todos esos años en que la sangre de un hombre corre con mayor calor por sus venas reflexionando en torno a las teorías y los símbolos de la vida, y escribiendo frías y sutiles parábolas derivadas de sus meditaciones... Su aversión por los pesados y los ignorantes, o por cualquier intromisión desagradable, aumentó hasta crear una timidez monstruosa y sobrehumana; en los primeros años de su carrera literaria, la opinión se dividía entre los que lo consideraban una damisela inclinada hacia el tono moral y el sentimentalismo, y los que lo veían como un sabio venerable y carente de sangre, de borrosa vista, cabello escaso y blanco y un exceso de espiritualidad... El hombre que en verdad era se mantenía en la distancia, observando, y solo se mostraba a las claras cuando sus derechos se veían conculcados, o se transgredía de alguna manera su libertad de pensamiento y acción. La consecuencia de esto muchas veces pudo ser que la gente no supiese nunca cuál era su verdadera personalidad.*

Es interesante ver cómo describe Julian a su padre: comienza por situarlo en el centro de «un vago misterio» —y un misterio que «envuelve», como el humo y la niebla— para ir disolviéndolo poco a poco hasta ese esquivo ser de lejanías de las frases finales, confundido entre lo que es y no es. Pero aquí no somos testigos de una transición: lo que hay es un pasar de una niebla a otra niebla, y un hombre a medio revelar entre dos aspectos de un mismo espejismo.

Este es Hawthorne:

Siempre he tenido una inclinación natural (parece que procedente del lado paterno) por la reclusión; y por aquel entonces [1825] *me lo permitía sin ambages, de manera que, durante un buen número de meses, apenas mantuve contacto humano alguno salvo con mi familia; rara vez salía excepto durante el atardecer, o solo para tomar el camino más próximo a la más conveniente soledad, que a menudo se encontraba junto al mar. Tenía pocos conocidos en Salem, y, durante los nueve o diez años que pasé allí, dudo que hubiera más de veinte personas en toda la ciudad que conocieran mi existencia. Leía sin parar, y a falta de otro empleo, no tardé en dedicarme a escribir cuentos y fragmentos, la mayoría de los cuales terminaba por quemar.*

Retrato de un solitario, pero el acercamiento paso a paso a «la más conveniente soledad» tiene como accidente inevitable el roce con uno mismo, la única compañía imposible de eludir, y Hawthorne juega a zafarse de ella en esa región espectral del humo en el que se han desvanecido todos esos testimonios —los relatos y fragmentos— de su propio reflejo. Es como el *falling angel* de Hjortsberg haciéndose un espíritu a medida para burlar a la muerte, como si todo hombre disuelto en niebla fuera un retrato de Dorian, pero todo ello como juego, sin drama, con la tranquilizadora salvedad de que uno solo quiere andar por ahí zancadilleando a su sombra, tratando de burlarse a sí mismo con el pretexto de escamotearse de los demás. Lo que viene después (que pregunten a Nerval, a Artaud, a todos los que se vieron apoderados por el juego) ya se sabe: es ese «un jour je m'attendais moimême» un día yo me espero a mí mismo, del encantamiento de Apollinaire en *Cortège*, si bien muy lejos de la travesura inocente, un *moi-même* unos cuantos tonos más serio, y que puede elevarnos por encima del mundo o encerrarnos al otro lado de un portón con barrotes. Pero para Hawthorne el encuentro consigo mismo es parte de la trama: la sombra también lo zancadillea a él. La realidad comienza a tener una cualidad soñada. El sueño se trivializa —cuando hay una grieta que le permite infiltrarse en el hombre que sueña— con las «depresiones y vergüenzas» del (sedicente) mundo real. No del todo en la realidad y no del todo en el sueño, el espacio en el que a Hawthorne le es posible moverse se hace cada vez más pequeño, hasta que un día parece limitarlo a breves raptos de felicidad doméstica frente a una chimenea encendida:

Creo que estas Navidades me he sentido más feliz que nunca, sentado ante mi propia chimenea, rodeado de mi mujer y de mis hijos; más dichoso de disfrutar lo que tengo, menos ansioso por obtener algo más allá de esto en esta vida. Mis primeros años quizá han sido una buena preparación para la parte en que declina la existencia, al haber consistido en un vacío tal que cualquier momento posterior saldría favorecido con la comparación. Durante mucho, mucho tiempo he soñado alguna vez un sueño bastante curioso; y tengo la impresión de que lo he soñado desde que estuve en Inglaterra. Sueño que sigo en la universidad —o incluso a veces en la escuela—, y

tengo como la sensación de que he estado allí un tiempo desmesuradamente largo, y que no he logrado hacer tanto como mis contemporáneos han hecho; y siento que al encontrarme con algún condiscípulo me embarga la misma sensación de depresión y vergüenza que siento al pensar en ello aun cuando estoy despierto. Este sueño recurrente, que me ha acompañado a lo largo de veinte o treinta años, debe de ser uno de los efectos de esa intensa reclusión en la que me encerré durante doce años tras dejar la universidad, cuando todos avanzaban y yo me iba quedando atrás. ¡Qué extraño que esto me vuelva ahora, cuando puedo decir que he prosperado y soy famoso... y feliz, también!

Reparemos en esta trabazón diacrónica de sensaciones reales y sensaciones soñadas: *soñado sueño impresión, soñado sueño, sensación siento, sensación siento, sueño*. ¿Quién habla, quién se columpia así de la sensación al sueño? ¿Es Hawthorne, soñando con el Hawthorne que lo sueña, todavía a tiempo de ser otro, el que puede «ganar el mundo y hacer uso de él»? ¿O se trata del Hawthorne soñado que observa desde la bruma la reclusión, la extrañeza, y ese «feliz, también»? Ni nosotros, que lo seguimos por estas páginas, ni Hawthorne, que las pasea y despasea, doblado y desdoblado (¡Hawthorne! ¿Adónde vas?), dejaremos de estar al observarlo en el borde de esta bifurcación. A fin de cuentas, lo esencial de su obra proviene de la extrañeza de ser tanto y al mismo tiempo, de que todo sentido se multiplique más allá de lo obvio. Hawthorne, por ejemplo, se encerró en su habitación sin pretender que aquello fuera un encierro, a consecuencia de «no sé qué brujería», y desde allí contempló asombrado todas sus posibilidades, desplegándose también en trabazones truncadas (salvo en el sueño): el labrador, el viajero, el hombre de mundo hecho para la vida en sociedad, la maquinaria abierta y disponible a todos los caminos. Es el tema de «Wakefield», su relato más inolvidable (creo que aquí, entre tantos relatos inolvidables, es justo utilizar el adverbio), el tema del hombre al que no le basta ser una sola cosa en una existencia caleidoscópica. ¿Por qué contentarse solo con ser el feliz casado? ¿Por qué no también el soltero, el desaparecido, el que puede cambiar de cara con solo doblar la esquina, el espía de la mujer amada? Hawthorne vio pasar su vida en intenciones, despliegues, por último en proyecciones: para no perderse en el tránsito de las mutaciones solo tuvo que encontrar un centro en el que instalarse, desde el que dejar de ser uno que pasa y, libremente, destellar en facetas.

Un centro en el que instalarse: «A mí no se me puede arrojar de la literatura por completo, toda vez que me he creído ya en varias ocasiones instalado en su centro, envuelto en su mejor calor». Estas palabras no pertenecen a Hawthorne sino a otro recluso, un hombre encerrado en sí mismo que hablaba para sí (se me hace raro este «hablaba», pero bueno) la noche del 29 de noviembre de 1912: Franz Kafka. En todo escritor «instalado en un centro» encontramos la soberanía de la literatura como ese mismo centro, y un fuego cálido como el que despide una chimenea, y

por supuesto el humo de la realidad y el sueño. Fuego, humo, sueño: no otras son las verdaderas pertenencias de los escritores recluidos, de los seres segregados voluntariamente de la existencia de los otros. Como Schwob, como Pessoa, como Kafka, Hawthorne nunca abandonó ese lugar frente a la chimenea. Tampoco cuando trabajó en la colonia utópica de Brook Farm, en la aduana de Salem o en el consulado de Liverpool; ni siquiera cuando la casa se le llenó de una desconcertante compañía. En medio del tumulto de las presencias y los ruidos, Hawthorne escribió junto a Sophia, escribió sobre Julian, reinventó a Una en narraciones breves y novelas largas, y prohibió, con insólita ferocidad, que la pequeña Rose le mostrara sus cuentos («¡que no te oiga nunca hablar de que escribes relatos!»). ¿Por qué ese temor a verse importunado por el cándido entusiasmo de una hija que quiere imitar a su padre? Quizá se trataba del miedo a esta aberración: el reflejo que se vuelve autónomo, y que al escribir relata la vida propia desde el otro lado (como la sombra que sueña «que sigue en la universidad, un tiempo desmesuradamente largo»). Sophia, Julian, Una, Rose: todos ellos son representaciones de Hawthorne, aspectos de su literatura, ruidos y rumores liberados de su dueño.

¿Liberados? Este es Hawthorne en «Las pinturas proféticas» (1837), o más bien Hawthorne desdoblado en el «mago/ pintor» de su relato, un artista adecuadamente sin nombre en el que «hombres y mujeres podían encontrar su propio espejo»:

> *Tanto de sí mismo —de su imaginación y otros dones— había puesto en el estudio de Walter y Elinor que casi los consideraba creaciones suyas, como los miles con que había habitado los reinos del Arte. Y así atravesaban, fugaces, los crepúsculos del bosque, flotaban en la neblina de las fuentes, miraban a lo lejos desde el espejo del lago, y no se dispersaban en el sol de mediodía.*

Niebla, crepúsculos, espejos y la fugacidad de una luz dispersa. El recluso que escribía «con un barro de su propia cosecha» había creado un mundo prismático, iluminado por el fuego de la chimenea, y solo podía ser feliz entre sus reflejos.

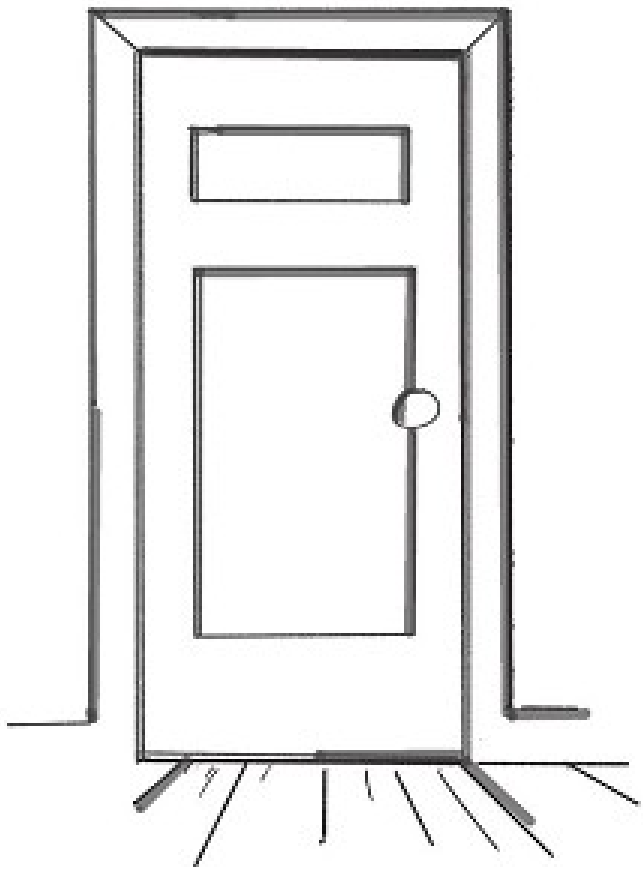
6

Pero, entonces, ¿hay una puerta en la habitación?

> *«Y esta tiene que ser la casa», se dijo, mirando la fachada de arriba abajo, antes de llamar a la puerta. «¡Que Dios se apiade de mis sesos! ¡Ese cuadro! Me parece que nunca va a desaparecer. ¡Ya mire a las ventanas o a la puerta allí los veo, enmarcados por ellas, pintados con todo vigor y reluciendo en los tonos más ardientes: los rostros de los cuadros, las figuras y el tema de la obra!». Llamó a la puerta.*

Puerta, del latín *porta*: vano de forma regular abierto en una pared, una cerca, una verja, etc., desde el suelo hasta una altura conveniente, para poder entrar y salir por él.

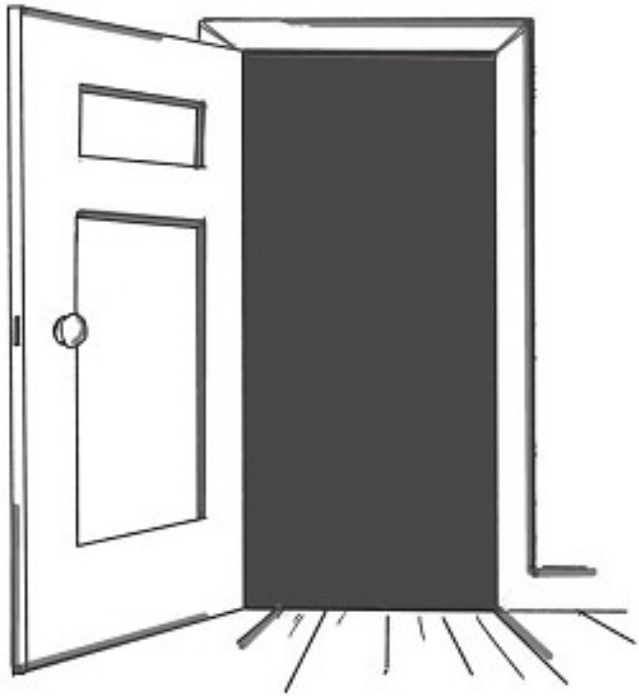
Las puertas muestran habitualmente dos aspectos. Uno —familiar, sobre todo, a los poetas, los muertos, los que todo se lo piensan dos veces, los mendigos y los residentes de cualquier manicomio, los profundamente deprimidos y los vanamente enamorados— es la puerta cerrada:



la reconocemos porque se presenta como una prolongación de la pared y porque, sin manipularla, forzarla o echarla abajo, sin ayuda de la llave correcta o de alguien convenientemente ubicado al otro lado, no podemos atravesar el vano en ninguna dirección.

Otra es la puerta abierta, o entreabierta, que permite el acceso a través del vano y el movimiento de entrada/salida al que alude la definición convencional. Estas son, en su inmensa mayoría, las puertas que todos

conocemos.



Y este es Hawthorne, en 1837, escribiendo el que posiblemente sea su relato más famoso entre las cuatro paredes de la habitación encantada:

> *La costumbre, pues es una persona de costumbres, le toma de la mano, y le guía, del todo inconsciente, hasta su puerta, donde, justo en el momento crítico, se despierta al pisar el peldaño con el pie. ¡Wakefield! ¿Adónde vas*?

Pese a los tropiezos, las pausas, las interrupciones antes de llegar hasta el umbral, nos damos cuenta de una cosa: entonces hay una puerta en la habitación. Pero, una vez en el umbral, nadie puede entrar ni salir.

¿Entonces hay una puerta en la habitación?

7

Tiene que haberla. De hecho, la habitación se está llenando de gente. Yo he creído ver más de una vez, paseando en torno a Hawthorne, un fantasma de rostro atormentado, con un pequeño bigotito y un pañuelo

de seda a rayas atado varias vueltas alrededor del cuello. Es la encarnación en negativo de los sueños de Hawthorne, recluso de las visiones del alcohol y del opio, al que conocemos por el nombre de Mr. Poe: Poe, que, dicho sea de paso, en un sueño acompañó por todo París, donde nunca había estado, al Lovecraft de las búsquedas en sueños, para ofrecerle las semillas de «La música de Erich Zann». (¿Y no escribió Poe —como un eco de Keats— que «toda certeza está en los sueños»?).

Siempre me ha parecido un detalle hacia quienes sospechamos que la mal llamada realidad no es más que narrativa, y que para empezar a comprenderla sería preciso aplicarle las mismas herramientas críticas que a la mal llamada ficción, que la madurez artística de Hawthorne comience más o menos en la misma época (1841) en que la prosa literaria encuentra un nuevo juguete en el misterio de la habitación cerrada. Ese es el año en que Poe se dispone a desarrollar una serie de variaciones sobre el tema del encierro, que había iniciado dos años antes con «La caída de la casa Usher» y que, tras «Los asesinatos de la Rue Morgue» (1841) —donde la habitación se presenta como un acertijo, y la forma de resolverlo como un nuevo género literario—, continuará en «El retrato oval» (1842), «El pozo y el péndulo» (1842), «El corazón delator» (1843), «El gato negro» (1843), «El entierro prematuro» (1844) y «Los hechos en el caso del señor Valdemar» (1845). En estos seis relatos aparecen, discretamente comunicadas entre sí y como suspendidas en el aire, otras habitaciones misteriosamente cerradas: el cuadro que confina un alma, el calabozo (menguante) que confina a un moribundo, la falsa pared que confina un cadáver, los tablones del suelo que confinan otro, el ataúd que confina a un viviente, y la consciencia confinada en un cuerpo no estrictamente vivo pero tampoco del todo muerto. Antes, en 1839, Poe había escrito «William Wilson», que no es sino una versión liminar del encierro: un hombre se refleja en otro hombre cuyos actos lo condicionan, limitan y, finalmente, lo anulan por completo, convirtiéndolo en un «muerto para el mundo, la esperanza y el cielo». Un hombre, en pocas palabras, lejos del alcance de las puertas.

Cuando *Graham's Magazine* publicó «Los asesinatos de la Rue Morgue», Hawthorne ya se consideraba a sí mismo «muerto para el mundo». Unos años antes había escrito a su viejo condiscípulo Longfellow una carta que parece como impregnada de niebla, de claroscuros y cosas entrevistas, donde se cuela esta extraordinaria confesión: «A causa de no sé qué brujería (pues realmente no puedo asignar ningún razonable porqué o cómo) he sido apartado de la corriente principal de la vida, y veo imposible regresar a ella. Desde la última vez que nos vimos me he recluido lejos de toda sociedad, aunque nunca pretendí tal cosa, ni me imaginaba la clase de vida que me disponía a llevar. Me he convertido en un cautivo de mí mismo, y me he encerrado en una mazmorra, y ahora no puedo encontrar la llave que me saque de ella; y, si

la puerta quedase abierta, casi me daría miedo salir». Hawthorne, que escribe para solicitar un favor a su amigo, detalla en esa carta una vida que le parece «soñada», como «vista a la luz de la luna», y en la que se contenta con los «insustanciales placeres de la sombra». (Es curiosa esta vida «soñada», resuelta entre las delicadas sombras que teje la luna: enseguida veremos que cierto caballero español que muchos años antes había entendido la vida como sueño tendrá algo que añadir al respecto, y también bajo retazos de luna). Todo pasa en esta carta tan de bruma en bruma y de reflejo en reflejo que se tiene la sensación de que es el mismo Wakefield quien nos habla —«¡Wakefield! ¿Adónde vas?»—, y, si fuera un Wakefield de tez cadavérica y ojos líquidos y luminosos, no cabe duda de que se trataría de Roderick Usher.

Parece, de hecho, necesario recurrir a Poe para comprender el hechizo que mantiene a Hawthorne «apartado de la corriente principal de la vida», y que ni él es capaz de entender. Recurso propio de un mundo de reflejos, esto de explicar a un hombre a través de otro hombre, al escritor por su amigo escritor, a Hawthorne por Melville o a Schwob por su epistolar Stevenson. Más sorprendente aún si, como en este caso, los dos escritores no habían tenido ocasión de pasar siquiera ante el mismo espejo. Poe y Hawthorne nunca llegaron a conocerse, en términos de estrecharse las manos en un *livingroom,* compartir mesa o sofá y eso que se llama tratarse en persona. Pero los hermanaba un vínculo más profundo que el mero contacto personal, un «distanciamiento de la sociedad» que los volvía huéspedes de un lugar entre mundos, como hecho de los descartes de esa nueva sociedad ultramarina y de viejas reliquias traídas de Europa. Cortázar los describió como seres «espectrales y distantes, apenas humanos» para sus contemporáneos, «y fácilmente podría mostrarse que no es menos marcada la reacción que en su obra produce un mundo esencialmente irreal para ellos». La irrealidad, cabría decir, de todo lo que es sólido para la bruma (o de la bruma para quienes lo fían todo a la posesión de un cuerpo).

¿Una prueba de ese misterioso vínculo? El retrato mágicamente realzado que traza Poe no solo de Hawthorne, sino también de su hermana Ebe, en «La caída de la casa Usher». Repito: el retrato de personas que no se habían visto nunca, que no se conocían de nada. En el relato de Poe, el anónimo narrador (como lo es el artista de «Las pinturas proféticas»: ¿alguna razón para que se deban ocultar tras una máscara quienes rondan a los que cruzan los crepúsculos del bosque, miran a lo lejos desde el espejo del lago y no se dispersan a la luz del mediodía?, ¿eh, Edgar? ¿Nathaniel?) es invitado a una vieja mansión señorial, perteneciente a «una antigua estirpe», por un extravagante compañero de escuela, Roderick Usher. Usher es un hombre enfermo y prematuramente envejecido, víctima de «una mórbida acuidad de los sentidos» que le impide aspirar el olor de una flor, saborear una comida o escuchar sonido

alguno (salvo el sonido de los instrumentos de cuerda) «sin sentir horror». Vive entre sombras, en compañía de un criado, un médico y una hermana también enferma, también aquejada de un extraño mal, que se manifiesta en la forma de unas «frecuentes aunque transitorias afecciones de naturaleza parcialmente cataléptica». Al narrador le sorprende el aspecto de su amigo, al que encuentra «tan terriblemente cambiado en tan poco tiempo», pero él lo atribuye a «un singular rasgo de su condición mental»:

> *Se veía encadenado por ciertas impresiones supersticiosas a la casa en la que vivía, y de la cual, durante muchos años, nunca se había aventurado a salir, a causa de un influjo que algunas peculiaridades en la mera forma y sustancia de su mansión familiar habían hecho pesar sobre su espíritu por medio de un largo sufrimiento; efecto que lo* physique *de los muros grises y torretas, y de la oscura laguna a la que asomaban, había causado finalmente en la* morale *de su existencia*.

Lady Madeline, la hermana de Roderick Usher, solo se deja ver dos veces en el relato, pero voy a quedarme con su primera aparición: gaseosa y distante como un espectro, atraviesa «una remota parte de la sala» y, sin reparar en la presencia del narrador, que sigue sus pasos con la mirada embargado por una inexplicable sensación de temor y asombro, desaparece tras una puerta. Es preciso recordar que Usher, infeliz augetisenso, apenas puede soportar la claridad del día, de manera que el salón donde recibe al narrador está iluminado por una luz muy leve, de color carmesí —un color que para Poe guarda relación con la muerte—, procedente de unos vidrios enrejados, como seguramente lo esté la casa entera. Lady Madeline se encuentra demasiado lejos como para ser vista en medio de la oscuridad, así que la luz que permite reparar en ella, de la misma naturaleza que la palidez de Roderick Usher, tiene que ser algo mágicamente surgido del propio cuerpo (y la impresión de definición y hasta de vecindad producida por la luz es tal que, solo un poco más adelante, el narrador estará seguro de recordar «el siniestro semblante de la persona *con que me encontré* en la escalera, el día de mi llegada a la casa». No, amigo mío: la viste de lejos).

Roderick y su hermana no son fantasmas, pero tampoco son por completo criaturas de carne y hueso. Son seres vaporosos, creadores y emanadores de su propia luminosidad, y también son extensiones de la propia casa: algo intermedio entre la realidad y su reflejo.

> *Cuando volví a levantar los ojos hacia la casa, apartándolos de su imagen en la laguna, creció en mi mente una extraña fantasía: una fantasía tan ridícula, ciertamente, que solo la menciono para mostrar la fuerza intensa de las sensaciones que me oprimían. Había manipulado mi imaginación hasta el punto de creer realmente que en torno a la mansión y sus tierras flotaba una* atmósfera *peculiar a estas y a su inmediata vecindad: una* atmósfera *que no se correspondía con* el aire *de los cielos, sino que había surgido, como podrida, de los árboles descompuestos, y de la fachada gris, y de la laguna muda;* un vapor *mefítico y místico, sin vida, aletargado,*

apenas discernible, *y empañado de tristeza*.

Hawthorne es un recluso a la manera de Usher, «de una timidez monstruosa y sobrehumana» (se diría que supera las escalas convencionales en su trato «hacia los pesados y los ignorantes» —en realidad hacia todo el género humano— en idéntica proporción a como en Usher está exacerbada la percepción sensorial). Pero Ebe no es menos Madeline de lo que Hawthorne es Usher. Hay varias cartas en las que Nathaniel la describe de una manera que recuerda unas veces a ese ser iluminado de sí mismo, que pasa entre las sombras de una vieja casa señorial, del relato de Poe, y otras a esa misma criatura en su aspecto como de emanación intelectual de Roderick Usher. De una de esas cartas, escrita en 1852, cuando Ebe tenía 51 años y Nathaniel trataba de encontrarle un trabajo, voy a extraer una sola frase, que nos devuelve por un instante a los habitantes de la mansión junto a la laguna: «Mi hermana es la mujer más inteligente que jamás he conocido», dice Nathaniel, «y en conjunto su talento es superior al mío». Pensemos en la joven Elizabeth, escritora de periódicos locales, en el «asombroso parecido» que el narrador de Poe descubre entre los dos hermanos —Elizabeth era la hermana que más se parecía físicamente a Hawthorne—, en las palabras que Usher masculla sobre ciertas semejanzas, de «una naturaleza apenas comprensible», que siempre han existido entre ambos: la intimidad intelectual de dos hermanos —los habitantes del palacio encantado, «dominio del monarca Pensamiento», a los que Roderick canta en voz baja con su guitarra— que han aprendido desde niños a comunicarse en el silencio. Pero Ebe es todavía más Madeline en la carta que Hawthorne escribe en 1839, recurriendo una vez más a los juegos de luz: «Nunca esperes ver a mi hermana Ebe a la luz del día, salvo cita previa o que la sorprendas paseando. Está tan poco acostumbrada a la conversación diurna que nunca la imagino bañada por la luz del sol; y lo cierto es que dudo que alguna vez ejercite las facultades de su vida y su intelecto hasta el crepúsculo». Una prisionera de los claroscuros, incapaz de «ejercitar» bajo una luz demasiado intensa «las facultades de su vida y su intelecto»: realmente, parece que Poe, convecino de Hawthorne en crepúsculos e irrealidades, tomó a los dos hermanos del natural y decidió adoptarlos en su relato, como más tarde adoptaría a Grip, el cuervo de Dickens —«¿qué son esos golpes en la puerta?»— que revolotea por las páginas de *Barnaby Rudge*, para dejarlo posado sobre el busto de Palas Atenea.

En general, hay un curioso intercambio, una especie de diálogo ajedrezado, entre los negros horrores que un claustrofóbico escribió en Filadelfia y los rojos ensueños que, a cientos de kilómetros de allí, «observaba como por el ojo de una cerradura» un agorafóbico en el interior de una habitación encantada. Ambos están secretamente unidos por esa corriente invisible que en la literatura americana de su siglo nadie

más, a excepción de Melville, pareció percibir. De los dos, el primero en detectar esa relación fue Poe. Lo hizo, sobresaltado e incómodo, en la crítica que escribió en 1842 a *Cuentos contados dos veces,* donde figura el relato «La mascarada de Howe» (1838), que veía demasiado similar a «William Wilson» (1839): «No solo he tenido la misma idea», escribió, «sino la misma idea presentada de un modo muy parecido en varios aspectos». Sin conocer el tema de ambos relatos, las palabras de Poe podrían dar la impresión de que se trata de una idea original en la que Hawthorne y él, extraños el uno para el otro, se han visto reunidos gracias a «una halagadora coincidencia». Pero el tema no es sino una versión del doble, una predilección entre los románticos, que no hacía tanto tiempo había sido tocado por Hoffmann en *Los elixires del diablo* (1815), y que visitaría a Byron y Goethe aunque no en la literatura sino en sus propias carnes, y las de, me figuro, sus desdoblados.

¿Dónde está entonces la sorpresa del vínculo? Está en un lugar fuera de la literatura, en una categoría entre la sincronía y la sinestesia, que sugiere algo más que una identificación. Poe se detiene a comentar un pasaje en «La mascarada de Howe» donde las similitudes «hacen pensar en el plagio, aunque no es sino una halagadora coincidencia de pensamiento» (echemos un vistazo a las fechas de publicación de ambos relatos para entender por qué para el susceptible Poe el plagio pasa a convertirse en algo alquitarado por la suerte, en una «halagadora coincidencia»). «Tanto en "William Wilson" como en "La mascarada de Howe"», explica Poe:

1) «la figura observada es el espectro o duplicado del que la observa»;

2) «en los dos casos la escena es una mascarada»;

3) «en los dos casos la figura está cubierta por una capa»;

4) «en los dos casos hay una riña, es decir, un intercambio de palabras airadas entre las partes»;

5) «en los dos casos el observador monta en cólera»;

6) «en los dos casos la capa y la espada caen al suelo»;

7) «ese "descúbrete, perro" de Hawthorne tiene un paralelo exacto en un pasaje de "William Wilson"».

Un apunte más, que enseguida demostrará su importancia: en el relato de Poe, narrador y desdoblado visten «una capa española de terciopelo azul», y llevan «el rostro completamente cubierto por una careta de seda negra». Es posible que al lector familiarizado con Hawthorne no se le pase por alto esta careta, seguramente adquirida en la ropavejería del reverendo Hooper, pero más intrigante le resultará el detalle de la capa española, un curioso atuendo que Poe parece prestar a Wilson desde su futuro general Lasalle.

Voy a detenerme un momento en la capa de Wilson porque me servirá para situar el verdadero origen de ambos relatos, que no se encuentra en la literatura alemana, como cabría esperar teniendo en cuenta la influencia que al menos Poe recibió de sus idealistas y de sus románticos, sino

bastante más al sur, entre otra clase de sombras y otra clase de brumas. Se trata de una capa de terciopelo azul —posiblemente una valona; desde luego es distinta de la que los dos Wilson llevan en Oxford, «de rarísimas pieles»—, bajo la cual se deja ver «un cinto carmesí» del que cuelga un estoque. He aquí un detalle marcial, que se nos presenta discretamente, y que sugiere el origen militar de la «capa española» (una evolución tardía del *sagum* de los legionarios romanos). En el relato de Hawthorne, el otro William, William Howe —pues los dobles de su relato también se llaman William, e igualmente doblan la «w» del nombre en el apellido—, viste «una capa militar», con un «bordado raído en el cuello», entre cuyos pliegues asoma «la dorada vaina de una espada». Esa capa formaba parte del uniforme de los gobernadores reales a los que la Corona británica entregaba el control de las colonias americanas, y se remonta, tras un largo periplo de cortes y añadidos, a la capa española. Hawthorne y Poe, pues, visten a sus personajes —y a sus desdoblados— en el mismo sastre de origen.

Pero ¿de dónde viene esta capa en concreto, que parece iniciar un viaje retrospectivo desde el general Lasalle de Poe hasta Wilson y Howe (quien la hereda ya con el cuello gastado)? En realidad, el viaje se inicia mucho antes, entre 1627 y 1636, pero el primer propietario de esa capa no es ningún *doppelgänger* alemán, sino un esqueleto irlandés, criado en España, huido a Francia (donde en 1853 lo reencontró Nerval, vestido «como príncipe de Oriente») y embozado por Calderón en *El purgatorio de san Patricio*. Aunque Hawthorne y Poe no se habían leído entre sí, y posiblemente tampoco habían leído esa comedia de Calderón —la primera traducción al inglés fue realizada en 1853; tres años después, por cierto, Cecilia Böhl de Faber da la primera referencia en español sobre la existencia de «unos cuentos muy extraños» de un tal señor Poe, en una cartita a Juan Valera— (perdón por esta nueva interrupción, pero Juan Valera: el que dijo aquello de «tiene razón, don Ramón: Byron no es lo bastante inmortal para nuestro gusto»), la escena del encuentro con el doble se encarna en estas tres representaciones de un modo asombrosamente similar, hasta el punto de que todas ellas parecen evoluciones o resoluciones de un mismo drama arquetípico. Veamos, en primer lugar, la descripción que hace Poe del momento en que Wilson se enfrenta al otro Wilson:

> *—¡Sabandija! —exclamé, con una voz ronca por la ira, en tanto cada sílaba que pronunciaba parecía un nuevo acicate para mi furia—. ¡Sabandija! ¡Impostor! ¡Maldito perro! No voy a dejar... ¡no voy a dejar que me persigas hasta la muerte! Sígueme, o te atravesaré ahí donde estás.*

Hawthorne, más escueto, confronta a los dobles de la siguiente manera:

—¡Descúbrete, perro! —grité—. ¡No des un paso más!

(Donde «perro» equivale a «sabandija», a «impostor», a la larga acotación de la voz ronca, y naturalmente a «maldito perro»). Y esto es lo que le dijo otro perseguido a otro embozado, con algo más de doscientos años de antelación:

Ya ha dos noches,
caballero, que aquí os topo.
Si me llamáis, ¿por qué huis?
Y, si me buscasteis, ¿cómo
os ausentasteis?...
Pues he de seguiros todo
el lugar, hasta que sepa
quién sois: en vano propongo
darle muerte, vive Dios,
que rayos de acero arrojo,
y que de ninguna suerte
le ofendo, hiero ni toco.

(Una breve pausa para detenernos en esta maravilla: no «lanzo estocadas» sino «rayos de acero arrojo». La voz lejana de un embozado más: el amigo Góngora, pasando por aquí de puntillas).

Cuando el pobre perseguido consigue arrancarle la máscara al embozado, este le dice:

¿No te conoces?
Este es tu retrato propio:
yo soy Ludovico Enio.

En la gradación de desafíos que discurre desde el siglo XVII hasta el XIX se da una enigmática curiosidad: en el primer caso (la tragedia de Calderón), el caballero pretende seguir a su doble; en el segundo (el cuento de Hawthorne), el caballero le ordena a su doble que se detenga; en el tercero (el cuento de Poe), es el caballero quien ordena a su doble seguirlo a él.

«Era mi antagonista, era Wilson, quien se hallaba ante mí en la agonía de su *disolución* (...). No había nada en las definidas y *singulares* facciones de su rostro que *no fuera mío*». Este es Poe, haciendo hablar a su caballero doble cuando de nuevo comparece (oblicuamente) el vapor, lo «apenas discernible». Y este es Hawthorne, en el proceso de describir el amago de otra disolución: «Había unas peculiaridades en su porte y su manera de andar que obligaron a los perplejos invitados a desviar la vista de aquella embozada figura a la de *sir* William Howe, como para asegurarse de que su anfitrión no se había desvanecido repentinamente entre ellos». Calderón, por su parte, es mucho más económico a la hora de resolver el

encuentro, aunque la conclusión —sin los efectos especiales de la luz y la niebla— es la misma: «¿No te conoces? ¡Yo soy Ludovico Enio!». Justo antes, la espada de Ludovico «acuchilla el viento», como si debajo de la capa del otro Ludovico se echara a faltar un cuerpo. Un poco más tarde, el doble de William Howe retira la capa de su rostro y deja caer la espada. Casi al mismo tiempo, el cuerpo del doble de Wilson se disuelve gradualmente en el aire, con la capa y la máscara a sus pies. (Es toda una sorpresa, por cierto, que Cortázar, especialista en reflejos y brumas, se salte esta vaporización al traducir el relato de Poe. En su versión, la muerte del doble se limita a una fórmula convencional: «era Wilson quien se erguía ante mí, agonizante». Pero hay otra sorpresa más: Baudelaire también se la saltó. «C'était Wilson qui se tenait devant moi dans son agonie». ¿Cuál es el motivo de estas desapariciones? ¿La eterna cuestión de economía versus literalidad? Pero es irrelevante hablar de economía si con ello nos llevamos por delante el sentido literal (y el figurado, inserto en el literal). Poe no describió la agonía de alguien que simplemente muere: no dijo *it was Wilson, who then stood before me in his agony.* Se molesta —o algo interviene para que se moleste— en anotarse el tanto de los dobles sentidos, en mostrarnos que el segundo Wilson fue siempre una visión, un montón de bruma bien arropada por el oropel de unas ropas «muy fáciles de imitar». Sus apariciones en público acontecen entre sombras, allí donde Wilson solo puede escuchar su taimado susurro, y los que le acompañan, subjetivamente aparcados en la periferia de la escena, no sabemos si ven o escuchan algo (salvo al propio Wilson). No parece un tipo de carne y hueso, en pocas palabras, y al escamotear su disolución Baudelaire y Cortázar modifican el sentido de la historia porque nos impiden ver lo que describió originalmente Poe, *the agonies of his dissolution,* con su doble sentido de muerte y desintegración, con su trampilla metaliteraria que permite la ingeniosa desaparición de un cadáver).

En fin: capas, capas y capas. El movimiento de Ludovico, el de Howe y el de Wilson, con sus respectivas disoluciones completas o amagadas, se repiten de un relato a otro como incrustaciones del inconsciente, como versiones de un mismo mito —cuyo original tal vez se encuentre en los *fylgjur* de las leyendas escandinavas, antepasado directo de ese *vardagør* o gemelo astral que, como el *doppelgänger* de los relatos y poemas románticos, anunciaba la muerte a quienes se encontraban con él—, y al mismo tiempo crean un nuevo y, hasta donde yo sé, desconocido vínculo entre Hawthorne y Poe.

Y ahora podemos seguir nuestro paseo por el camino de las baldosas ensangrentadas.

Se diría que una parte de la historia de la literatura americana, al menos la línea que va desde Poe hasta Lovecraft, fue fundada por hombres solitarios, protegidos por amorosas y rendidas tías, misteriosamente recluidos en viejos caserones donde alguna vez se dejaba ver una pálida joven, tan misteriosa y reclusiva como ellos. Las tías Lillian y Annie, las ancianas Whipple y Robie, Maria Clemm, Virginia Clemm: entre todas esas presencias, que abarcan casi cien años de historia americana, probablemente la menos lánguida y etérea fue Sophia Peabody, la extática Eva del pequeño paraíso de Concord.

Hawthorne y Sophia se casaron el 9 de julio de 1842. Hawthorne tenía ya 38 años; Sophia iba a cumplir 33. Era una mujer enfermiza, que nunca esperó casarse porque nunca pensó que habría un hombre dispuesto a «cuidar de una inválida» (lo había: el hombre que, como Wakefield, nunca había dejado de vivir al otro lado de la calle); respecto a su enfermedad, hay una nota curiosa: los dolores de cabeza que la habían atormentado desde niña, y que solo habían cesado durante el año que vivió en Cuba (1834-1835), no se manifestaron en el viaje que ella y Nathaniel hicieron a Concord inmediatamente después de la celebración de su boda, camino de la vieja rectoría. ¿Era la anticipación del encuentro físico lo que acabó con aquel problema, al que años atrás Sophia había intentado poner remedio recurriendo a los pases magnéticos? El encuentro se dejó ver también como metáfora: uno de los cuadernos que Hawthorne llevaba en su equipaje era un tomo de 18 x 24 cm, de cubiertas rígidas en color verde y vetas de mármol. Es entre sus páginas, antes que en el dormitorio, donde tiene lugar la unión: nada más abandonar el carruaje y tomar posesión de la casa (a las cinco de la tarde), Nathaniel y Sophia empezaron a escribir conjuntamente un diario.

Poco a poco, ese «viejo y agradable domicilio en la Tierra», que acoge el exilio de dos «habitantes de la eternidad», comienza a poblarse de visitantes frecuentes, animosos y bienintencionados: Ellery Channing, escritor «de toda clase de errores», en las maliciosas palabras de Poe («el primero de todos, publicar»); Henry David Thoreau, a apenas tres años de su retiro en Walden (a apenas dos de quemar accidentalmente un bosque), encantado con la cajita de música que le presta Sophia; Margaret Fuller, todavía en esa luna de miel intelectual en la que admira a Hawthorne y es admirada por él, antes de describir el estilo de su amigo como «soso», «indolente» e «incapaz de penetrar los misterios del ser», y mucho antes de que él la describa a ella como una mujer «corrosiva», «de naturaleza malvada y colmada de defectos» (Poe reparó en que al hablar «su labio superior, como impelido por la acción de los músculos involuntarios, suele levantarse, lo que da la impresión de que hace un gesto de desprecio»); Ralph Waldo Emerson, medio enamorado de Margaret Fuller, crítico de casi nadie y amigo de todo el mundo, portavoz incansable de lo que la naturaleza no puede nombrar por sí misma; y

Abby Alcott, que bastante tenía con amar a su marido y educar a sus hijitas, sobre todo a la más silvana de todas ellas, Louisa May, una encantadora mujercita de pelo largo y rodillas peladas, devota de los baños de agua helada, que escribía (¡a los diez años!) cositas, más o menos, así:

1 de septiembre de 1843

Desperté muy temprano
para darme un buen baño.
¡Me encantan los baños
helados!
A las seis recibí
mis lecciones de canto
(Mr. Lane: un buen chico,
solitario, callado,
aunque acaso un poquito
estirado). Acabé el desayuno,
puse en agua los platos,
y leí
el *Vicario* y Plutarco.
Ordené la cocina,
y Papá —biblia en mano—
nos llamó
a las cuatro hermanitas.
Preguntó cuál de todas
las creaciones divinas
era en nuestra opinión
la más noble. Anna dijo: ¡los hombres!
Yo exclamé: ¡los bebés!
(Chaladura que nadie
entendió).
Expliqué que los hombres
a menudo eran malos
pero que los bebés
no lo son.
Mi Papá sonrió,
y nos dijo que aquello
era digno del libro
e Dios.
Por la tarde cantamos,
cené frutas y pan.
Me acosté, con la luna
en lo alto:
era toda mejillas,
dientecitos de leche,
y unos ojos
contra mi
ventanal.
No podía dormir.
(Aún seguían cantando

«In the merry, merry-oh month of May»).
Me pesaba en el pecho
una enorme tristeza
por haber visto triste a
Mamá.
Lloré un rato, y con eso
—y la luna en el cielo—
me sentí un poquito
mejor.
Repetí el recitado
que Miss Sig me enseñó:
«a Mamá
nunca he de enfadar».
Y pensé en la mañana en
que me transformó en hada,
in the merry, merry-oh month of May.
Le bastó con zurcir
unas alas de plata
y papel sobre mi camisón.
Hail, all hail, thou
month of May!
We all hasten,
among the flowers so sweet
and gay!
Hail, all hail, thou month of May!
We all hasten,
we all hasten to the woods
away!
Con mis alas corrí
por las verdes colinas,
persiguiendo lebrelillos
de sol.
Y feliz hermanita
de las hojas errantes,
de las plumas y las mariposas,
me tendí entre las lilas
(invisible, incorpórea),
miré al cielo
y pensé
muchas cosas.
Ya ve usted, Mr. Emerson,
tonterías de niña...
¿Quién será Louisa May
cuando yo estoy dormida?
¿Es lo mismo sufrir
que saber?
Y este monte, estas lilas,
tantas cosas queridas,
¿qué serán c
uando yo ya no esté?

No me siento mal por haberle robado la voz a una niña (y ya de paso a una parte de su familia) y haber moldeado sus tonos con préstamos de la mía: la idea, a fin de cuentas, es mostrar la inocencia, no ya de esa niña en concreto, sino la de todo un mundo de cómplices de la belleza salvaje, hombres y mujeres para los que la creación acababa en el séptimo día, que se negaban a aceptar ningún día octavo en el que una reata de marionetas de barro y costillas parlantes manchaban el horizonte con sus escupideras de vapor (¿qué pensarían ellos de todo lo que hemos añadido después?).

Realmente asombra ver, en un lugar proporcionalmente tan pequeño, semejante concentración de individuos poéticos, soñadores, profundamente reflexivos, como magnetizados entre sí por el centro atractor de una revista local, que les da voz a todos. Solos o acompañados van y vienen, pasean por el campo, recorren el río en barca, bordeados por una discreta periferia de chalanes, vendedores ambulantes, hojalateros, granjeros, campesinos, poceros y reparadores de tejas. Aparecen unas veces con las manos vacías, otras desbordados por brazadas de flores y como pintarrajeados por plumas y pétalos de colores, o cogidos a cestos colmados ante la puerta de un recién llegado «poco solícito a que la gente frecuente su casa», dispuestos a conversar, pintar las paredes o descargar los manzanos iluminados de su pequeño huerto. Son hombres y mujeres bondadosos y sonrientes, inquietantes de tan amables, hechos para la vida en comunidad. Rodeados de bosques y sentimiento religioso, tienen la noción de haber redescubierto al individuo en su vieja relación con el infinito, lejos de lo que en Inglaterra era ya una fiebre de «molinos satánicos» y telares mecánicos. En Concord los conocen por el nombre de «apóstoles de Lo Nuevo». Ellos, que se sienten más allá del insolente pensamiento de su siglo, prefieren llamarse «trascendentalistas».

(Aquí viene bien recordar esta frase encantadora, leída en la biografía que Cortázar escribió sobre Keats: «El alma es lo que surge como construcción humana al fin de la jornada»: ¿Julio Cortázar? ¿John Keats? Da igual: un pensamiento endimión, que los une a ambos).

Años atrás, arrastrado por «el genio de la época», Emerson había fundado en Boston el Club Trascendental, una sociedad de poetas reformistas, reunidos no ya por el deseo de constituir una escuela de pensamiento sino por algo tan sencillo y taimado como la «familiaridad de ideas». Trazando una línea sinuosa que se originaba en Kant y pasaba por Fichte, Schelling, Hegel y Schleiermacher, los trascendentalistas reconocían un enemigo común: el conservadurismo puritano —todavía con olor a carne quemada— de las Iglesias unitaria y trinitaria. Rechazo frontal, sobre todo, a sus coerciones de la libertad humana, a toda forma de esclavitud moderna. Oposición de la que emanaba la idea de un nuevo individualismo que Emerson acababa de descubrir en Edward Everett, y que adoptaría un sesgo político —afortunadamente por poco tiempo— cuando, indignado por la maquinaria de las factorías que «deshumaniza a

quien la emplea» y «empobrece» a aquellos «sometidos a la incesante repetición de la misma labor manual», creyó encontrar una solución para el hombre «reducido a una especialidad» en las ideas socialistas de Robert Owen y Charles Fourier. Más tarde, pese a sus reticencias iniciales, descubriría una solución más pura en la comunidad *shaker*, cuya «importancia añadida» como sociedad provenía de ser para Emerson «un experimento en socialismo».

(Sobre el encuentro con la máquina que «deshumaniza a quien la emplea» y «la incesante repetición de la misma labor manual», véase Wilde: «Para nosotros el tiempo no avanza, gira. Parece circular en torno a un centro de dolor. La paralizadora inmovilidad de una vida gobernada en todos sus aspectos por una rutina inmutable hace que cada día atroz resulte por completo semejante a su hermano, y se comunique a aquellas fuerzas exteriores cuyo propio sentido del ser es el cambio que no cesa». Todo hombre que madruga, que abre la persiana del comercio, que trabaja de la mañana a la noche y paga religiosamente sus impuestos, es otro prisionero de Reading, otro de los deshumanizados que denuncia Emerson. ¿La solución? Desviarnos de los pasos de Hobbes y tomar el camino de La Boétie —que no en vano rima con *poésie*—).

Casi al mismo tiempo en que el Club Trascendental mantenía sus primeras reuniones, uno de sus miembros más conspicuos, Bronson Alcott —padre de la joven adoradora de los baños helados cuya vocecita hemos escuchado hace un momento—, escribía en *Doctrina y disciplina de la cultura humana* acerca del nuevo hombre que estaba por llegar:

> *La misión de nuestro tiempo es reproducir Hombres Perfectos. La desvaída Imagen de la Humanidad debe ser restaurada, y el Hombre ha de reaparecer en su lustre original. Es refundar desde sus cimientos nuestras Instituciones, nuestras Maneras, nuestros Hombres. Es devolver a la Naturaleza su uso justo, purificar la Vida; santificar las funciones del Cuerpo Humano, y regenerar la Filosofía, la Literatura, el Arte, la Sociedad. La Divina Idea del Hombre ha de formarse en la común consciencia de esta época y es el genio quien debe refundar todo cuanto ella produzca siguiendo su propia visión.*

Las mayúsculas son una apropiación del estilo retumbante de Carlyle, así como la idea del «Gran Hombre» que se deja ver tras la turba amorfa y monstruosa de los «Hombres Perfectos», también presente en Emerson como principio magnético del trascendentalismo. Pero Alcott, poco atraído por la teoría, se mostró decidido a probar la supremacía de una vida desarraigada y sin comodidades, lejos de todo materialismo, la vida que debía dar lugar a un individuo acorde con la «Divina Idea». En 1842, unos meses antes de que Nathaniel y Sophia tomaran posesión de la vieja rectoría, Alcott se instaló junto a su mujer y sus cuatro hijas en Wyman Farm, una granja situada en «una colina que se precipitaba a valle abierto», y que proporcionaba casi cuarenta hectáreas de tierra cultivable. Confiado

al principio de que no existía tal cosa como la «adquisición de tierras, sino la redención de su envilecedor estado de propiedad para uso divino», Alcott rebautizó la granja de Harvard con su nuevo nombre de liberto (Fruitlands) y se esforzó día y noche por hacer de ella un «nuevo Edén»; pero las cosechas apenas rindieron frutos y Alcott y el resto de la comunidad, que ya superaba la docena de miembros, abandonaron la colina con la llegada del invierno, como había profetizado meses atrás un descreído Emerson. Hawthorne fue otro de los profetas pesimistas. Conocía bien la dureza de aquel experimento, pues poco antes de su matrimonio había formado parte de una comunidad similar. Pero el «monje humanitario» y «pasivamente social» que firmaba sus cartas como «Nath. Hawthorne, labrador» tardó un dolor de muelas en abominar de la vida comunitaria y de la «esclavitud embrutecedora» del trabajo físico, y años después satirizó su experiencia en la novela *El idilio de Blithedale,* donde describía a los sedientos de reforma social como fanáticos «sin corazón, ni empatía, ni juicio, ni consciencia», perfectamente capaces de «pisotear tu cadáver todavía con más saña si habías dado el primer paso con ellos y no podías dar el segundo».

Entre sus paseos con Emerson y sus charlas a medianoche con Channing, más o menos imbuido de trascendentalismo, los dos primeros años en la vieja rectoría fueron relativamente productivos para Hawthorne: en la primavera de 1842 aparecería publicado el libro *Cuentos contados dos veces,* que recoge obras en su mayor parte anteriores a 1837, y en mayo lo haría el relato «La colección de un virtuoso» (en la revista *Boston Miscellany of Literature and Fashion*). Durante ese año trató también de traducir algunas obras del alemán, pero sus esfuerzos no pasaron del alero de un pobre verso sin compañero (paradójicamente para un campesino renegado y prolijo escritor, Hawthorne detestaba «cualquier trabajo, pero menos el de las manos que el de la mente»). En 1843 parece que empezó a dejar de lado (casi) toda ociosidad. Publicó varios relatos, por los que cobró una suma muy inferior a la prometida por sus editores: «La marca de nacimiento», «Los brotes y las voces de los pájaros», «El ferrocarril celestial», «Egotismo o la serpiente en el pecho», «Adoración del fuego», «La sala de la fantasía», «Los nuevos Adán y Eva», «El viejo mercader de manzanas», «La procesión de la vida» y «El anillo antiguo», todos ellos, a excepción de este último, recogidos en 1846 en *Musgos de una vieja rectoría.* Poe, que para entonces entendía mejor que nadie la invisibilidad de Hawthorne, cambió de parecer respecto a su obra y quisquillosamente le aconsejó «enmendar su pluma y comprar un frasquito de tinta visible», para que así volviera a ser «original» y dejara de ser solamente «peculiar». Hawthorne leyó la crítica con el labio torcido, pero en ocho años coincidiría con Poe. Se mostró despectivo hacia sus propios relatos, en especial los que conformaban el volumen de 1846, lo que hasta cierto punto cabría entender como un reconocimiento tácito de

que, al menos en su poco amable reseña, Poe no andaba muy lejos de la verdad (aunque Poe tenía menos prejuicios hacia Hawthorne que hacia esos trascendentalistas de Nueva Inglaterra —y su «atmósfera de falansterio»— con quienes lo suponía intelectualmente asociado):

> *Por mi honor que no estoy muy seguro de que comprenda bien lo que yo mismo quise decir en algunas de esas condenadas alegorías; pero recuerdo que siempre supe lo que quería decir, o al menos pensaba que lo sabía. He cambiado muchísimo desde entonces; y, para ser sincero, mi yo pasado no es muy de mi gusto, tal y como se refleja en este libro. Pero desde luego hay en él mucho más del crédito que por lo general el público me daba en la época en que fue escrito. Aun así, no creo que me merezca más del que ahora se me otorga. Leer ese libro me ha resultado un empeño muy desagradable*.

Invisibilidad: desaparición de todo rastro, incluida la palabra. Hawthorne debió de echar de menos que el frasco con el que escribió sus relatos no contuviera una tinta tan invisible como Poe deseaba.

9

Esta habitación
cuentan que está encantada
pues miles de visiones
    aquí
se me mostraron
y algunas
se volvieron
    visibles
para el mundo
Aquí sentí
    tristezas
y esperanzas
y júbilos
y aquí sentí a menudo
un torvo abatimiento
    cárcel y carcelero
encerrado en el sueño
que llamaba existir
Y aguardaba sentado
    por
mucho
    mucho
        tiempo
    y
muy
    paciente
        mente
confiando en que el mundo

supiera alguna vez
de mí y
    me conociera
antes de verme ya
confinado en
mi
tumba
    o asombrándome a veces
de que me desdeñara
cautivo
    de mí mismo
prisionero asustado
por aquello que anuncia
esta llave dentada

Los años siguientes ven el nacimiento de Una (1844), de Julian (1846), su regreso a Salem. Ven cumplido su deseo de un trabajo formal, su «moderada cuota de prosperidad», la muerte de su madre. Ven el final de su trabajo, ven su depresión, lo ven aún más profundamente «instalado en su centro», convertido en «ciudadano de otra parte». Ven el éxito de esa extraña ciudadanía: *La letra escarlata.* Ven a Melville leyendo *Musgos de una vieja rectoría,* soñando con *Moby Dick,* dedicándole su ballena blanca a Hawthorne. Ven su trabajo como cónsul, sus viajes por Europa, su regreso a Concord. Después, los tropiezos, el insomnio (nada raro en alguien que gastó tan pródigamente su reserva de sueños), la repentina pérdida de fuerzas; los vómitos a medianoche, su debilitadora delgadez, el estómago incapaz de digerir la comida más feble. Un último viaje, en compañía de un viejo amigo.

Después, el momento en que el sueño le entrega su llave dentada.

10

Louisa May Alcott, en 1864: «Hawthorne ha muerto. Su esposa aún aguarda su regreso, paciente y esperanzada. Me figuro que muchos de nosotros tendremos un sentimiento similar. Pero Hawthorne era una de esas personas que se hacen notar más de lo que se las ve, y lo cierto es que no lo echaremos de menos hasta que volvamos la última página de su historia, que carece de un final».

Hawthorne murió el 19 de mayo de 1864 en Plymouth, mientras dormía, en una habitación en la posada «de tejas blancas» de Pemigewasset Inn, más o menos a la misma hora en que su hijo Julian, con quien tan estrechamente se sentía unido, era iniciado en Harvard en la fraternidad Delta Kappa Epsilon: durante su iniciación, Julian hubo de permanecer tendido, inmóvil y aparentando su propia muerte, en el interior de un ataúd.

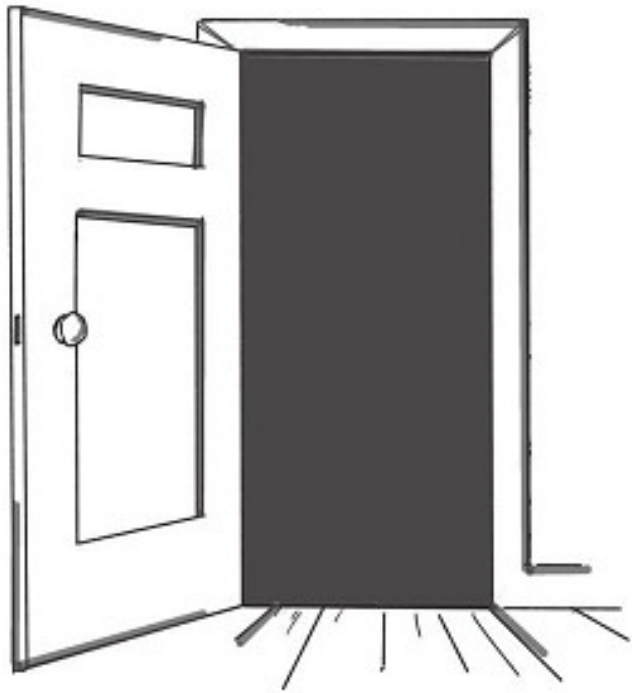
(Extraña sincronía: el padre cadáver, el hijo que reproduce escénicamente la *agonía de su disolución,* calentándole el féretro. Por desconciertos como este uno tiende a hacer suya la apelación a Horacio: tantas cautelas, tantas repeticiones, tantos hábitos para evitar salirnos del camino trillado, y una muerte real y otra simulada resulta que juegan a solaparse en la misma fecha. ¿Es el hijo que interpreta sin saberlo al padre del que es suma, destilación, reflejo, o el hijo que se interpone, que sustrae en un féretro de pega algo de la disolución plena a una muerte real, abriendo así la puerta —lo veremos— a un raro coexistir? Ejemplo: «Ver a dónde nos lleva la fantasía de un hombre que vive su vida a plazos: diez años de existencia, digamos, alternados con diez años de animación suspendida». Notas para cuentos, cosas que suceden, aunque nuestras filosofías las tengan por insoñables).

La noticia de la muerte llega a la casa, y la primera que la recibe es la pequeña Rose (futura santa María Alfonsa, reclusa de convento), que en secreto sigue escribiendo cuentos que nunca mostró a su padre. Pero nueve días antes de la partida de Nathaniel ya había sentido Rose una advertencia: cuando se despidió de él, al mirarlo ante la puerta, su fragilidad le hizo pensar en «la reproducción en nieve de un hombre firme pero muy, muy anciano». ¿Por qué esta metáfora rebuscada: un muñeco de nieve? Sophia acude a lo sencillo. No ha muerto un ser, sino su atavío de carne, y lo que otros llaman muerte —lo que llaman disolución— no es más que un regreso al hogar: «Al despertar, a esas primeras horas del alba, y verse inopinadamente entre "Aquellos Que Esplenden", ¿crees que estos no se dieron cuenta de que siempre lo habían tenido entre ellos, que siempre había sido uno de los suyos?».

Destellos. Nieve imaginaria fundida por el alba. El ataúd en la universidad y la posada remota, con las tejas de un color blanco donde centellea la primera luz.

A lo largo de sesenta años, Hawthorne había intentado trazar el camino que iba desde la presencia hasta la transparencia. Veremos ahora cómo a través de Sophia iba a caminar, cosa insólita, desde la transparencia hasta un misterioso volver a estar.

La historia de Hawthorne aún «carecía de un final».



12

La obra del artista presenta algo más que una réplica: su cualidad es la de mostrar un aspecto singular que casi nunca se revela a la mirada.

Por ejemplo, el misterioso retrato de Nerval del que habla André Breton en *Ajours* (1947), texto místico escrito en tres días y publicado en París como apéndice de *Arcane 17*, que había aparecido dos años antes. Recordando una excursión «a lo alto de la torre de Saint-Jacques», inspirada por la «enigmática aventura vivida por un joven pintor», Breton cita una carta de 1854 en la que Nerval lamentaba su estupidez por haberse puesto en manos de «un artista de talento», tras verse «obligado a posar cuando se encontraba muy enfermo»: Nerval, que solo unos años antes había posado para el fotógrafo Nadar, descubrió una peligrosa profundidad en la pintura que había hecho que a retrato y retratado los vinculase «demasiada semejanza». Ni siquiera la cámara de Nadar le había parecido tan fiel. En la protesta de Nerval se deja oír esa temerosa crítica al arte como usurpador de la realidad que ya era antigua en la época de Salustio —«el propio mundo puede considerarse un mito»—, y donde resuenan no solo Poe y Hawthorne («El retrato oval», «Las pinturas

proféticas»), sino también un perplejo modelo de Velázquez. Para protegerse de su poder, Nerval rodeó el retrato de inscripciones esotéricas —sortilegios extraídos del delirio que trazó en *Aurelia*—, pero en sus paseos por París reconocía «temblar al volver a verlo expuesto en los escaparates». Tenía razón al sospechar que se trataba de «un retrato muy logrado, pero póstumo»: Nerval se suicidó al año siguiente de haber posado para él, colgándose de los barrotes de una verja que rodeaba la alcantarilla de la Rue de la Vieille-Lanterne. Nació como Gérard Labrunie, murió como Gérard de Nerval: en el margen inferior del retrato que tanto le había inquietado escribió *je suis l'autre:* «yo soy el otro». ¿Labrunie? ¿Nerval? Solo eso: el otro.

Siguiendo el rastro de Nerval, Breton también nos presenta la carta que Rimbaud dirigió a su antiguo profesor George Izambard, el 13 de mayo de 1871, primera de las dos apologías que mucho más tarde pasarían de mano en mano bajo el título *Cartas del vidente* (la segunda tenía por destinatario a Paul Demeny). Tras describir el retrato de Nerval, del que le habló su amigo Jacques Hérold al descubrirlo en el libro *Gérard de Nerval y las doctrinas esotéricas*, Breton escribe: «La célebre afirmación *je est un autre* [yo es otro] de la *Carta del vidente* retrocede así, inesperadamente, en el tiempo, planteando un problema de origen que pide ser resuelto de una vez». Breton percibía ese desdoblamiento como una corriente que fluía, de sensitivo en sensitivo, por la maraña de nervios de la historia, cuyo primer latido no sabía situar, pero estaba convencido de que había dejado su huella en «el abad Constant, alias Eliphas Lévi», pieza clave en lo que él entendía como el «origen oculto del Romanticismo». También estaba seguro de que esa corriente no había encallado en la masa informe de los hechos. Alguien tan próximo a Breton como el joven pintor que dio lugar a la expedición a la torre, Jacques Halpern, había sufrido, al intentar el ascenso, un desarreglo análogo al de Nerval y Rimbaud: antes de entrar en la torre, sentado «de cara a ella en el lado que da a la avenida Victoria», y sin lograr «apartar la vista de su cúspide» hasta el momento desconcertante en que «ve sangre en ella», Halpern «percibió» a un hombre que se dirigía a él (reparemos en esa reveladora diferencia de grados entre «ver» la sangre supuestamente irreal en la torre y «percibir» al hombre supuestamente real que camina); el hombre «pasa de largo» y luego «se detiene un poco más allá»; entonces, como quien ha olvidado algo, «vuelve sobre sus pasos». Solo cuando Halpern lo tiene ante sí consigue ver sus «ojos húmedos», cuyo color es «un azul extraño». El hombre se sienta junto a él, le dirige unas palabras y, cosa que por algún motivo choca a Halpern, le tutea. Ese es el instante en que Halpern súbitamente comprende que «ya no es dueño de sí mismo»: «soy», dijo, «plenamente». (Plenitud: ¿encuentro con el otro que también somos?).

El «problema de origen» que para Breton se encuentra más allá de la

frase de Rimbaud tiene un excurso mucho menos conocido en otra torre. En la tercera planta del anexo construido en The Wayside —la residencia entre colinas que había pertenecido a la familia Alcott, y que en 1852 adquirieron los Hawthorne—, llamado, pese a ser un mero añadido, «la torre», Sophia escribía en 1863 a su amiga Annie Fields desde la mesa del despacho de su marido. Había sentido dentro de sí una nueva inquietud, «el temible poder de ser otro». La expresión apunta a la experiencia de Halpern y se autodefine aproximadamente en los mismos términos en que Nerval y Rimbaud comprenden la alteridad, pero la diferencia fundamental radica en esa palabra solemne: «poder». Ella nos descubre que Sophia no se limita a nombrar una misteriosa cualidad dual: la entiende, además, como una facultad, una fuerza soberana que se atesora y, ante todo, de la que se dispone. Así que la corriente advertida por Breton no solo no encallaba, sino que tampoco reconocía distancias: en la amplísima curva de diecisiete años que trazó entre París y Charleville, justo a la mitad había tomado aquella deflexión en Concord. Pero allí no concentraba la función pasiva de la declaración de Rimbaud —*on me pense,* «se me piensa»— ni la vulnerabilidad que había temido Nerval: resurgía, en realidad, como una potencia articulada por la voluntad. El *otro* de Rimbaud somete al «yo» que actúa en la apariencia de las cosas. El *yo* enunciado por Sophia, en cambio, atrapa y retiene al «otro» que nos pasa.

Pero a Sophia no le bastó con estar en posesión de ese «temible poder»: vaciándose de sí, también lo ejerció. La sensación de desplazamiento hacia «un otro» había comenzado un año antes de la muerte de Hawthorne, en involuntarios raptos de ensimismamiento. Más tarde la desarrollaría en trances cada vez más largos, en una ocasión (4 de octubre de 1865) «desde la hora del desayuno hasta las ocho de la noche». Pero ¿quién era entonces Sophia, cuando dejaba de ser ella? Era Nathaniel. Para superar su pérdida, Sophia había comenzado a copiar sus diarios, empezando por aquellos que había escrito antes de su matrimonio. Era una labor ardua, que requería de toda su concentración. Nada podía quedar fuera, por error o descuido, de la trama que había dado cuerpo a un hombre «tan oculto a la vista», como hecho de palabras engarzadas. Al igual que en la tarea cabalística, sustituir o eliminar un término suponía introducir una perturbación en esa trama, que daría lugar a una aparición irreconocible. De ese temor nacen las prolijas cartas, repletas de revisiones y correcciones, que Sophia remite al editor James T. Fields, quien había ofrecido su revista, *The Atlantic Monthly,* para la publicación de algunos pasajes de los diarios.

A lo largo del amplísimo número de cartas que dirige a Fields y a su esposa Annie, Sophia fue detallando, inadvertidamente para ambos pero quizá también para ella misma, el testimonio de su transformación. Comienza un 14 de septiembre de 1864, citando a Shakespeare, un

favorito de Hawthorne: «Tiemblo ante la idea de mostrarme una vez más al mundo. Siento como si ahora me encontrase "sin mi capa", como dice Shakespeare en uno de sus sonetos». Sophia se refiere al soneto XXXIV, dirigido a un bello y misterioso joven, el enigmático Fair Youth (hay muchos pretendientes a su trono, pero yo me quedo con el muchachito que solía hacer de chica en las obras de Shakespeare de «El retrato del Sr. W. H.», de Oscar Wilde), y en él hay unas cuantas cosas que erizarán las orejas de quienes hayan seguido con atención este camino de niebla, humo y destellos:

Why didst thou promise such a beauteous day
'And make me travel forth without my cloak,
To let base clouds o'ertake me in my way,
Hiding thy brav'ry in their rotten smoke?
'Tis not enough that through the cloud thou break...

(¿Por qué me prometiste un día hermoso
y me hiciste emprender viaje sin capa,
si me iba a sorprender la abyecta nube que
tu destello ocultó en aciago humo?
No me basta que surjas de la bruma...).

Niebla, humo y destellos: restos como de cosas desmaterializadas en el aire, que es preciso devolver a su forma original. Sophia había elegido bien la cita, el ángel tutelar de su experiencia.

A partir de esa fecha decisiva del 14 de septiembre, irá añadiendo capas de *logos* a la capa ausente y reemplazada por el humo:

5 de diciembre de 1864: «Quiero copiar, copiar y copiar. Quizá luego nada sirva para las prensas, pero aun así tengo que seguir copiando».

4 de octubre de 1865: «En este diario hay más cosas del primer año y parte del segundo año de su vida matrimonial, pero no sé si seré capaz de *dejarme fuera lo suficiente como para que el resto constituya una totalidad perfecta*». [Advirtamos que habla de «su vida matrimonial»: la vida de Hawthorne como hombre casado. ¿Y la de ella? Pero Sophia *está dejando de existir* —o está dejando pasar a Nathaniel— para que exista él].

8 de octubre de 1865: «¿No te parece que estos pasajes *revelan demasiado*?».

13 de octubre de 1865: «Pensarás que mis hojas caen sobre ti con la misma densidad y rapidez con que las hojas del otoño caen sobre la tierra... *Ahora vivo todo el día en compañía de mi esposo*».

14 de octubre de 1865: «Copiar es la mayor felicidad. Mis horas son un cántico».

20 de octubre de 1865: «Me siento impelida por una especie de férrea necesidad de

seguir copiando. *Al copiar*, *veo a través de sus ojos lo que puede que no vea con los míos*». 18 de febrero de 1866: «Ya he terminado de copiar los recuerdos de la vieja rectoría: todo cuanto pude copiar. Ha sido difícil *dejarme fuera*, pero pienso que he mostrado mucha pericia en ello. Con todo, creo que el conjunto ganaría con un mayor expurgo».

Conviene entender que Sophia no solo está copiando: al hacerlo, también está devolviendo a la única vida que conoció a un hombre que nunca se había mostrado del todo establecido en ella. Y a la vez, reconoce sus esfuerzos por «dejarse fuera» de la copia, en especial allí donde su voz se escucha demasiado, como en los recuerdos de la vieja rectoría. El resultado —el «conjunto» que menciona en su carta del 18 de febrero— es un atisbo de Hawthorne: un Hawthorne de visibilidad reducida, más o menos capa pero también bastante humo, que aún «ganaría con un mayor expurgo». Convicción del todo opuesta a la que había expresado nueve meses después de iniciada su labor, cuando, lejos de copiar «para así poder adaptarme mejor al público», su deseo de mostrarse fiel le hizo creer realmente (repito: *nueve meses*) que Hawthorne había sido traído otra vez al mundo:

Es un tremendo esfuerzo traer un rostro humano desde el pasado. Es como si yo misma lo hubiera creado. ¿Qué clase de misterio es este, y cómo es posible que yo haya hecho algo así? Nunca podré entenderlo, porque las arrugas que hay en todas y cada una de las miríadas de rostros humanos pertenecen solamente a cada rostro, y no cabe introducir la más mínima variación ni en la raya del pelo. ¡Pero helo aquí!

Los extractos de los diarios comenzaron a aparecer en el número XCIX de la revista *The Atlantic Monthly* (enero de 1866), bajo el título «Pasajes de los cuadernos de Hawthorne», y pese a aquel esfuerzo seudocabalísitco, aquel «helo aquí» tan optimista, no tardaron en dejarse oír las primeras críticas, en general bastante negativas. La más dolorosa para Sophia llegó del periodista Franklin Benjamin Sanborn, amigo de la familia Alcott, que escribió en *The Christian Register* (16 de mayo de 1866) una reseña cuya idea general se puede resumir en estas palabras bastante ásperas y, sobre todo, bastante injustas: «El cuaderno de Hawthorne, que tan poca justicia hace al genio del escritor, vuelve a abrirse al público para que este, desconcertado, se pregunte cómo un hombre así podía escribir cosas tan absolutamente convencionales, y, aún peor, cómo los amigos de este hombre podrían querer que tales cosas desfilen a la vista del mundo. El propio Hawthorne, de tan sensible carácter como era, se hubiera encogido ante la idea». Sophia, ciertamente, se encogió —«Tiemblo solo de pensar que puedo haber hecho algo que Hawthorne nunca hubiera aprobado», escribió a Fields aquel mismo día —, y solo permitió que la revista siguiera publicando los pasajes de los cuadernos después de que «Sanborn le prometiera personalmente que con

aquello no había pretendido hacerle ningún daño».

(Claro que Sanborn no había querido hacer ningún daño. Pero se encontró con un Hawthorne a pedazos saliendo de la tumba y hablando en puntos suspensivos, balbuceando lo que a él le parecían trivialidades. El entorno tampoco ayudaba. Todavía era un yermo con cuatro manzanos y un río estancado al fondo. Faltaban los árboles maduros, la lenta procesión de los amigos, los golpes contra el suelo de la fruta iluminada. Faltaba Hawthorne, sobre todo, libre de la tijera, un hombre de camisa remangada hablando para sí mientras endereza una rama o corta en dos mitades un gusano. Ese es el Hawthorne, o mejor dicho, el Nathaniel presente en el diario. Está instalado en un centro, el momento que pasa, y allí adonde alarga el brazo recoge esta fruta madura: un hecho. Ya no espera otra cosa que vivir y disfrutar, y habla a la manera de un hombre que solo vive y disfruta. Como en los versos de la cortesana Yan Rui:

La flor se abre o se cae.
Depende del Dios de las Plantas.

Él, Sanborn, buscaba un Hawthorne de cuerpo entero y se encontró para su horror con medio Nathaniel. Media flor abierta, nada más).

Todo lo concerniente al diario común apareció, primorosamente censurado, entre los números CV y CVIII de *The Atlantic Monthly* (julio-octubre de 1866), sin una sola palabra atribuible a Sophia. Pese a la promesa de Sanborn, Sophia confesaba sentirse «presa de horribles dudas», y perdía el sueño pensando en lo que el público podía leer. Así, muchas alusiones a personas próximas desaparecieron. Toda sugerencia a las funciones del cuerpo era tabú, en especial aquellas que pudieran servir de anfitriones perversos y entreabrir indiscretamente la puerta al dormitorio principal. Y quien dice el dormitorio dice el manto de unas hojas de pino, las orillas del río, la colina en el fondo de la página. Realmente hay un aspecto de Sophia que, sin nunca declararse abiertamente, discurre como una especie de llama cárdena a lo largo de las páginas del diario común: se trata de una carnalidad extraordinaria, un estar constantemente al borde mismo de la piel, que pide a la naturaleza ejemplos igual de desbordados para justificar ese algo, el deseo mismo, que se sale de sí. A veces sus palabras se elevan tanto que llegan a rozar con el ala los cielos de los poetas místicos (y se recogen de nuevo con timidez, al borde del empalagamiento). Sophia es la primera sorprendida. Pero lo que hay es el descorchamiento a borbotones de una botella que llevaba cerrada —no lo olvidemos— la friolera de treinta y tres años.

El primer párrafo con el que se abre ahora el diario, salvado de la tijera de Sophia, traza un arco perfecto de encantamiento alegórico:

esposa. No podía comprender por qué. Cuando me reuní con él, me dijo que había

transgredido el derecho de tránsito al pisotear el césped todavía sin cortar, y trató de convencerme para que regresara y así él no tuviera que violar su conciencia por hacer como yo. Fui un poco mala y no le obedecí, de modo que me castigó quedándose atrás. Esto no me gustó mucho, y subí la colina yo sola. Penetramos la grata penumbra y tomamos asiento sobre el manto de unas hojas de pino secas. Lo estreché entonces entre mis brazos, bajo aquella adorable sombra, y nos tendimos unos momentos en el seno de la querida madre Tierra. ¡Oh, qué dulce fue! Y yo le dije que no volvería a ser mala, y caía una suave lluvia perlada sin que mediasen truenos ni relámpagos, y éramos los seres más felices del mundo. Nos adentramos en el bosque y llegamos a campo abierto, desde el que se podía ver un amplio y precioso paisaje, donde nuestra vieja rectoría ocupaba un considerable lugar en la planicie, y el río abría aquí y allá sus ojos azules y ondulaba en los montañosos riscos que cercaban el horizonte. Recogimos unos arándanos y después nos sentamos. No había viento, y la quietud era absoluta. No parecía haber más movimiento en el mundo que el de nuestros latidos. La Tierra se había detenido ante nosotros. Resultaba encantador, pero el éxtasis de mi espíritu lo causaba el saber que mi marido estaba a mi lado, más que toda la suntuosa variedad de la planicie, el río, el bosque y las montañas que me rodeaban y se alzaban a mis pies.

Todo aquí parece conspirar contra Sophia para iluminar justamente aquello que pretende ocultar: comienza con esas palabras misteriosas —«esposa. No podía comprender por qué»— (recordemos que ella es la enferma autorreclusa, que nunca esperó ser amada por nadie) y prosigue hacia su clímax en un reguero de alusiones que, en su intento por oscurecerse, aumentan el poder de lo que no quiere ser nombrado: la transgresión, la violación, el castigo y la obediencia, la penetración, la doble ondulación de las colinas y el río, la pareja tendida y abrazada en «el seno de la querida madre Tierra», la «suave lluvia perlada», el mundo detenido alrededor de dos latidos, y el rapto del espíritu rodeado por la naturaleza extática, que hace girar montañas, bosque, planicie y río en una cabalgata vertiginosa (y también a la cabeza oprimida de migrañas, que a partir de entonces, sorprendentemente, deja de protestar).

Un pasaje más, de los que no aparecen en la edición publicada por Fields, convierte a la unitaria Sophia en una pagana, una madre océano a la que el éxtasis lleva a deshacerse en canciones y espuma:

Mi alma es también un vasto río, que se libera del hielo y de la escarcha... Doy gracias por haber conocido la primavera después de haberme casado. Mi corazón está tan repleto, asciende a un lugar tan alto, tan pródigamente rezuma, que, si no hubiera otro corazón para recibir mi amor ilimitado, me sentiría triste y perdida. ¡Oh, adorable Dios! Te doy gracias de que pueda derramarme en mi dulce esposo con todas mis muchas aguas, y cantar y rugir con todas mis olas en la vasta expansión de su comprensivo pecho. Qué feliz soy allí, de qué manera el Sol de su amor me deshace en centellas y en espuma, qué poco me importan regiones más amplias, pues aún no he encontrado el límite de esta. Yo misma soy la Primavera con todas sus aves, sus ríos, sus brotes, cantando, fluyendo, floreciendo en sus brazos. Me siento nueva como la Tierra que acaba de renacer. Me siento plena de dicha por ser, puesto que soy suya, completa y fielmente suya.

Sophia seguía reprendiendo —léase mutilando— a su yo más joven por su candor, su inconsciencia, su escribir llevada del momento, ese dar vueltas en el aire arremolinado y descuidar la falda de la prosa que se levanta por encima del tobillo. ¿Cuánto por encima? ¿Medio palmo? ¿Un poco por encima de la fíbula? En fin, es Sophia. No tengo claro a cuántos centímetros de carne equivalen las frases siguientes, pero me atrevo a decir que no muchos (ni siquiera para su siglo):

No me he sentido muy bien de cuerpo, así que no he podido ser tan expresiva como de costumbre.

Antes de nuestro matrimonio nada sabía de la capacidad del cuerpo, y solo los casados en la pureza llegan a saber qué maravilloso instrumento es este para los propósitos del corazón.

¡*Cómo amas ahora! Me sorprende que no me haya transfigurado por completo un amor tan profundo y celestial. Mi alma se ha visto transfigurada, y así ha sido desde que me dijiste por primera vez que me querías más que a nada en el mundo. Estoy feliz más allá del alcance de las circunstancias por esta razón.* [Comparemos esto con las palabras que dirige a Fields en la carta del 31 de mayo de 1867, veinticuatro años después: «*¡Oh, qué cartas las que he leído! Si viviéramos en un mundo de ángeles en lugar de prosaicos individuos*, *qué gloria sería publicarlas. Pero es imposible, imposible: yo misma casi tengo que ocultarme al leerlas. ¿Cómo es que no me he transfigurado ya en uno de "Los Que Esplenden" por un amor así, y así expresado?*». Ocultamiento que hace pensar en todos esos rostros del Antiguo Testamento escondiéndose de la visión de Dios, como si también ella estuviera esperando escuchar: «¡Sophia! ¿Adónde vas?»].

¡*Mi dulcísimo amor, cuánto te quiero! ¡Qué suerte más celestial la de ser amada en las alturas y en las profundidades, infinitamente, por ti*!

Como amantes nos comprendemos mejor que nunca.

Todo eso Sophia lo hizo desaparecer al borrar su propio rastro cuando expurgó los cuadernos que Nathaniel guardaba en la torre de The Wayside. Pero también aplicó ese juego de censuras y transposiciones a las propias palabras de Hawthorne. Una «deliciosa música» era escamoteada bajo hileras de puntos suspensivos, pudorosamente despojada de aquello que «los oídos no podían escuchar». También, y sobre todo, de aquello que los ojos no podían mirar: «Cuando alguien irrumpe, sin anunciarse, en las horas matinales del artista, y no se lo encuentra del todo vestido, el intruso, y no el artista, es sin duda el culpable». Sophia no quería dejar ningún resquicio a los fantaseos y las impertinencias del oído demasiado afinado, pero tampoco a la imaginación de mirada perezosa. Temía exponer de Hawthorne mucho más que «la cualidad divina de su naturaleza». Provista de tinta y tijeras, sentada a la mesa frente a la ventana

de la torre, se afanaba nuevamente en tachar y recortar, adoptó «un punto de vista menos de dentro afuera» para así —vano pretexto— adaptarse mejor al público. En algún momento las palabras suprimidas «se enrollaban como las hojas al morir, convertidas en botes ideados para hadas, flotando con belleza melancólica». Dejaban vacíos, huecos, constelaciones apagadas en un cielo mutilado: «Las estrellas en su recorrido no cubren tantos tesoros en el espacio como los puntos con los que a veces sustituyo a las palabras». El cuerpo del hombre recién devuelto al mundo se llena de agujeros, la amenaza de una podredumbre. Pero ¿qué podía haber escrito Hawthorne que precisara de esa poda? Nada especial. Solo perplejidades de escritor, retazos de solitaria intimidad, donde la intrusa y culpable Sophia creía entender demasiado:

Y después, llegado el momento, nos fuimos a la cama. Mi adorada mujercita acudió entonces al pecho de su marido, y no dudo que durmió dulcemente; pues es una mujer amada, y eso es más de lo que se puede decir de las demás esposas de este mundo.

Para mi dulce compañerita de cama (que debería estar siempre aquí, pero no lo está ahora).

A mi queridísima consorte.

¿Qué sentido tiene, de todos modos, meterse en la cama cuando estás solo?

Mi mayor placer en la cama es tirarme en diagonal, con los brazos en aspa, en postura semicircular, y en toda otra postura incompatible con un compañero de lecho. Creo también que, durante mi sueño, te busco a través de los vastos espacios de nuestro colchón.

Vuelve pronto a casa, mi pequeña Paloma, o tu marido va a olvidar el uso de la lengua.

¿Las correcciones y las enmiendas devolvieron a Hawthorne a la niebla, lo convirtieron en una niebla distinta? Hay que tener cuidado con las letras, pues las letras tienen fuerza: «Y así sucedió a Rabí Ishmael ben Eliša con sus discípulos, que estudiaron el libro *Séfer letzirá* y equivocaron los movimientos y caminaron hacia atrás, y acabaron hundiéndose ellos mismos en la tierra hasta el ombligo por la fuerza de las letras». Escribir es ordenar adecuadamente las cosas para las que hace tiempo se descubrió un nombre. Es encontrar ese orden (y otro orden secreto). Es trastornarlo, también, para alcanzar nuevos logros, nuevos espacios del mirar. ¿Pero y copiar? ¿No es una forma desmesurada y fiel del escribir? «Copiar», del latín tardío *copiari,* «proveerse abundantemente de algo» (derivado de *o*̆*p*̄*e s* , «abundancia, recursos», de cuya raíz proviene la palabra *obra*): según el axioma que animó a un célebre copista, *copiar* significa «repetir en un

idioma ajeno un libro preexistente». Pero a veces, como esperaba Whitman, la persona es el libro. El «idioma ajeno» al que Sophia se había enfrentado era la voz de Nathaniel, nada menos, la persona misma de Hawthorne. Poco a poco, «caminando hacia atrás», había descubierto su lengua secreta, había visto «a través de sus ojos» cuando la transcripción todavía era transparente y fiel. Así fue como le había devuelto la palabra, el fuego que lo arropaba «con su mejor calor», y, ataviándolo de ese revestimiento, «había traído su rostro humano desde el pasado». Después se apoderaron de ella el miedo y la vergüenza. Deshizo su orden conocido, introdujo una mutación en los términos que implicaba mucho más que «una variación en la raya del pelo». Ya no se trataba de «reconstruir literalmente la obra espontánea», sino de hacer una nueva obra de su obra: no copiar, sino tratar los materiales de origen de otra manera. No parece casualidad que más tarde Sophia sintiera el cuerpo como anudado, aquejado de implacables dolores, comienzos de la ruina de ese templo donde un fantasma maltrecho había hecho una última aparición: «Me parece que te resultaría muy curioso ver lo muerta en vida que parezco», fueron las palabras que escribió a James T. Fields el 12 de junio de 1868, terminada ya su tarea. Esas hubieran podido ser también las palabras de la modelo en la *vignette* de Poe, el lamento de Georgiana después de que Aylmer hubiera «borrado de su mejilla el último matiz púrpura de su marca de nacimiento, aquel único memento de imperfección humana».

Más que nunca, desdoblado de sí, Hawthorne podía haber hecho suyos los versos de Masaoka Shiki, que nació tres años después de su muerte:

Ah, si me vuelvo, ese que pasa ya
no es sino bruma.

Copiar es hacer aún más real lo conocido, eludiendo su condición subrogada mediante el énfasis de lo generalmente desapercibido. Por eso la obra del copista presenta mucho más que una réplica: su cualidad es la de mostrar un aspecto ordinario que casi siempre se oculta a la mirada.

Sobre la traducción

El cuaderno que contiene el diario conjunto de Nathaniel y Sophia Hawthorne (18 x 24 cm, cubiertas rígidas en color verde, vetas de mármol) consta de 59 entradas, 40 de ellas pertenecientes a Nathaniel, y 19 a Sophia. La regularidad con la que Nathaniel escribe inicialmente contrasta con la aparente timidez de Sophia al mezclar su voz con la de su marido, si bien en el transcurso de los dieciséis meses que abarca el diario irá sucediendo poco a poco lo contrario, y las entradas de Sophia —a su manera progresivamente extática, pero siempre dejando caer aquí y allá algún delicado hallazgo de observación y estilo— terminarán por ser más numerosas que las de su marido. La desatención de Nathaniel al diario común puede deberse al hecho de que, más allá de estar atareado en los relatos que posteriormente conformarían el libro *Musgos de una vieja rectoría,* llevaba también un diario aparte. Sophia seguirá su ejemplo, aunque brevemente, y escribirá unas notas diarísticas propias entre diciembre de 1843 y enero de 1844, compaginándolas con su interés, ahora más decidido y constante, hacia el dibujo y la pintura. El 2 de enero, al volver la vista atrás hacia el tiempo (no tan lejano) del diario común, Sophia deja caer una frase que regresará de otra manera veinte años más tarde, cuando retome los cuadernos para devolver a Hawthorne a una nueva vida: «¿Pero fuimos dos?».

Una primera edición del diario conjunto, sin las aportaciones de Sophia, apareció en la revista *The Atlantic Monthly,* dirigida por Fields, en los números VII a X (julio-octubre de 1866), con abundantes omisiones y alteraciones en el texto. Sophia, que había comenzado a copiar los textos en 1864 sin el menor interés en publicar su contenido al menos no en periódicos o revistas, cambió de parecer, hostigada por las deudas, y un poco a regañadientes fue poniendo las copias en manos de Fields a medida que trabajaba en ellas. Posteriormente, una edición en dos volúmenes (*Passages from the American Notebooks,* Boston, Ticknor and Fields, 1868) recuperó los textos publicados en *The Atlantic Monthly* con cambios menores en algunos pasajes y meras revisiones de puntuación.

A partir de aquí, la historia de las ediciones de los *Cuadernos americanos*, y con ellos el diario común, cambia por completo tras la muerte de Sophia Hawthorne en 1871. Los cuadernos, posiblemente conservados hasta entonces en la torre de The Wayside, en Concord, pasan a ser propiedad de su hijo Julian, que —para proveer a dos familias, la oficial y la que mantenía en la sombra— en 1903 los venderá a Stephen

Wakeman, coleccionista de *memorabilia* americana y en especial de todo lo relacionado con Hawthorne (incluidos unos rizos, presumiblemente, de su hermana Elizabeth). Seis años después, los cuadernos pasarán a la colección J. Pierpont Morgan como parte de la Wakeman Collection, que Morgan adquiere de otro coleccionista, George Sidney Hellman, con quien Julian ya había mantenido contacto a fin de venderle muchos de los papeles —convertidos ya en reliquias— que Sophia y Nathaniel habían atesorado con su característica devoción y reserva, entre ellos sus cartas de amor, doscientos «autógrafos de personas distinguidas (...) [procedentes de] cartas íntimas que el autor nos dirigió a mi padre y a mí», y treinta y siete libros de la biblioteca de Nathaniel. (Todo esto, y muchas más cosas realmente interesantes en torno a la vida de Julian, como su paso por la cárcel o las acusaciones por parte de los críticos de que sus novelas eran obra en realidad de su hermana Una, puede encontrarse en la amena biografía de Gary Scharnhorst *Julian Hawthorne: The Life of a Prodigal Son*, University of Illinois Press, 2014). Tras la muerte de J. P. Morgan, su hijo funda la Pierpont Morgan Library en 1924, fecha en que el cuaderno con el diario de Sophia y Nathaniel Hawthorne (catalogado como MA 580) pasa a formar parte de su amplísima colección de libros y manuscritos. El estado de conservación del diario muestra el desgaste propio de los años, pero también las escisiones, tachaduras, marcas, cortes, y otras mutilaciones y manipulaciones llevadas a cabo por Sophia durante su periodo de copista. Mientras que algunos pasajes (los tachados con tinta azul o lápiz, pero no los tachados con tinta negra) han podido recuperarse por completo, otros, que formaban parte de hojas arrancadas o recortadas, deben considerarse definitiva (y lamentablemente) perdidos.

Con el cuaderno ya restaurado y a disposición de los estudiosos, apareció en 1932 una nueva edición casi completa (a falta de los pasajes de Sophia) del diario común, como parte integrante de los *Cuadernos americanos* editados por Randall Stewart. Habría que esperar, sin embargo, al excelente trabajo realizado por Patricia Dunlavy Valenti bajo el título «Sophia Peabody Hawthorne's "American Notebooks"» (*Studies in the American Renaissance,* editado por Joel Myerson, Charlottesville, University Press of Virginia, 1996; págs. 115185), para que el lector interesado pudiera tener ante sí por primera vez las aportaciones de Sophia a los diarios de 18421843. En aquellas setenta páginas, Patricia Valenti estableció un canon definitivo, no solo al interpretar algunos textos de difícil lectura distorsionados por las tachaduras de Sophia, sino también al reordenar algunas de las páginas que habían sido restituidas al cuaderno de manera incorrecta durante el proceso de restauración —desencuadernado, foliación, numeración y encuadernado— realizado antes de su catalogación en la Pierpont Morgan Library. Esta es la edición en la que se apoya el trabajo más completo acometido hasta la fecha (el de Nicholas R. Lawrence y Marta L. Werner en su excelente *Ordinary*

Mysteries: The Common Journal of Nathaniel and Sophia Hawthorne (1842-1843), American Philosophical Society, Filadelfia, 2005, que incluye la reproducción en facsímil de todas las páginas del cuaderno original), y también, naturalmente, esta traducción.

«La ciudad era una democracia, en el mejor sentido de la palabra, tan perfecta como jamás vio la tierra. La gente, anciana o joven, constituía una gran familia. Se tenían gran cariño porque así es como eran, y no por una cuestión de dinero, de posición social o por medrar en el mundo. El muchachito más pobre del pueblo era igual al más rico en el colegio y en el patio de juegos».

A mediados del siglo XIX, Concord (1.784 habitantes) fue un enclave extraordinario donde un conjunto de mentes irrepetibles coincidieron en torno a una idea común (el despertar de una nueva conciencia, o de una conciencia arcaica pero olvidada y sin embargo necesaria, acerca de ser hombre) cuyo centro era la literatura, y su lugar de encuentro una pequeña revista local que se convirtió en historia americana y duró más de cien años. Eran vecinos y amigos, poetas solitarios, paseantes de los ríos y de los bosques, conversadores incansables y ensimismados contempladores de la naturaleza. Algunos de ellos habitaban en antiguas casas solariegas, como Emerson, como Hawthorne. Otros lo hacían en habitaciones de amigos, como Margaret Fuller o Ellery Channing. Otros eran filósofos vagabundos. Thoreau, que podía haber vivido de sus patentes, se retiró durante dos años al corazón del bosque junto a un lago para vivir de lo que plantaba y pescaba en una cabaña que él mismo construyó. Leían por la mañana, por la tarde, por la noche, ya fuera a pleno día o a la luz de una vela. Pasaban calor en verano y un terrible frío en invierno, se arreglaban prolijamente solo para estar en casa, aprovechaban la luz del sol para escribir, y por las noches encendían siseantes bujías que atraían a polillas y mosquitos, y entonces seguían escribiendo, conversando, leyendo, escuchando fantasmas. Los cielos eran más claros entonces. Las flores tenían un color más vivo. Una idea era algo prodigiosamente transparente. Para ellos, el mundo del mañana tenía la belleza de sus mejores sueños, y las páginas que escribieron cuando soñaban con nosotros siguen siendo todavía maravillosamente jóvenes.

Bibliografía

Bosco, Ronald A.; Murphy, Jillmarie (eds.), *Hawthorne in his own time*, University of Iowa Press, 2007.

Bradford, Gamaliel, «Portrait of Margaret Fuller», *The North American Review*, vol. 210, n. 764, julio de 1919.

Brewer, Priscilla J., «Emerson, Lane, and the Shakers: A Case of Converging Ideologies», *The New England Quarterly*, vol. 55, n. 2, junio de 1982.

Cain, William E. (ed.), *A historical guide to Henry David Thoreau*, Oxford University Press, 2000.

Channing, William Ellery, *Thoreau: The Poet-Naturalist,* Roberts Brothers, Boston, 1873.

Cheney, Ednah D. (ed.), *Louisa May Alcott: Her Life, Letters and Journals*, Roberts Brothers, Boston, 1890.

Coburn, Frank Warren, *The Battle of April 19, 1775, in Lexington, Concord, Lincoln, Arlington, Cambridge, Somerville and Charlestown, Massachusetts*, Lexington, Massachusetts, publicado por su autor, 1912.

Cohen, B. Bernard, «Emerson's "The Young American" and Hawthorne's "The Intelligence Office"», *American Literature,* vol. 26, n. 1, marzo de 1954.

Delano, Sterling F., «George P. Bradford's Letters to Emerson from Brook Farm», *Resources for American Literary Study*, vol. 25, n. 1, Penn State University Press, 1999.

De Rocher, Cecile Anne (ed.), *Elizabeth Manning Hawthorne: A life in letters*, University of Alabama Press, 2006.

Dietrich-Smith, Deborah, *Cultural Landscape Report: North Bridge Unit, Minute Man National Historical Park*, National Park Service, Brookline, MA, Olmsted Center for Landscape Preservation, enero de 2004.

Emerson, Edward Waldo (ed.), *The complete works of Ralph Waldo Emerson*, Houghton, Mifflin and Co., Boston y Nueva York, 1904.

—; Forbes, Waldo Emerson (eds.), *Journals of Ralph Waldo Emerson with annotations*: *1841-1844*, Constable and Co., Londres, 1911.

Emerson, Ralph Waldo, *Lectures and biographical sketches*, Houghton, Mifflin and Co., 1895.

Evans, F. W., *Shakers. Compendium*, Appleton and Co., Nueva York, 1859.

Francis, Richard, «Circumstances and Salvation: The Ideology of the Fruitlands Utopia», *American Quarterly*, The Johns Hopkins University Press, vol. 25, n. 2, mayo de 1973.

Grodzins, Dean, *American Heretic: Theodore Parker and Transcendentalism*, The University of North Carolina Press, 2003.

Hawthorne, Julian, *Nathaniel Hawthorne and his wife,* James R. Osgood and Co., Boston, 1885.

Hawthorne, Nathaniel, *Love letters of Nathaniel Hawthorne*, publicación privada, The Society of the Dofoss, Chicago, 1907.

—, *The Writings of Nathaniel Hawthorne* [en 22 vols.]. Houghton, Mifflin and Co., Boston y Nueva York, 1900.

Hawthorne Lathrop, Rose, *Memories of Hawthorne*, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1897.

Herbert, T. Walter, *Dearest Beloved: The Hawthornes and the Making of the Middle-Class Family*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Hudspeth, Robert N. (ed.), *The Correspondence of Henry D. Thoreau*, volumen 1: *1834-1848*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2013.

Jenkins, Nancy Luanne, *Selected Literary Letters of Sophia Peabody Hawthorne (1842-1853)* [tesis doctoral], The Ohio State University, 1992.

Jones, Buford; Idol, Jr., John L. (eds.), *Nathaniel Hawthorne: The contemporary reviews*, Cambridge University Press, 1994.

Keyes, John Shepard, *Autobiography, transcribed from ms. in John Shepard Keyes Papers*, William Munroe Special Collections, Concord Free Public Library, Concord, Mass., Concord Free Public Library website.

Lawrence, Nicholas R.; Werner, Marta L. (eds.), *Ordinary Mysteries: The Common Journal of Nathaniel and Sophia Hawthorne (1842-1843)*, American Philosophical Society, Filadelfia, 2005.

Mace, Aurelia G., *The Aletheia: Spirit of Truth*, Farmington, Maine, 1907.

Mathews, James W., «George Partridge Bradford: Friend of Transcendentalists», en: *Studies in the American Renaissance*, 1981.

Myerson, Joel (ed.), *The Selected Letters of Ralph Waldo Emerson*, Columbia University Press, Nueva York, 1997.

—; Shealy, Daniel (eds.), *The Selected Letters of Louisa May Alcott*, Little, Brown and Co., Boston, 1987.

Peabody Mann; Mary Tyler, *Life of Horace Mann*, Walker, Fuller and Co., Boston, 1865.

Petroski, Henry, *The Pencil: A History of Design and Circumstance*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2010.

Poe, Edgar Allan, *The Complete Tales and Poems*, The Modern Library, Nueva York, 1938.

—, «Our Amateur Poets», n. III: «William Ellery Channing», *Graham's Magazine*, agosto de 1843.

Quincy, Josiah, *The history of the Boston Athenaeum*, Metcalf and Co., Cambridge, 1851.

Reisen, Harriet, *Louisa May Alcott: The woman behind «Little Women»*, Picador, 2009.

Reynolds, Grindall, *The story of a Concord Farm and its Owners*, Concord Lyceum, 1883.

Sanborn, F. B., *Bronson Alcott at Alcott House, England and Fruitlands, New England*

(1842–1844), The Torch Press, Cedar Rapids, Iowa, 1908.

— (ed.), *Familiar letters of Henry David Thoreau*, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1894.

Scharnhorst, Gary, *Julian Hawthorne: The Life of a Prodigal Son*, University of Illinois Press, 2014.

Spiller, Robert E.; Ferguson, Alfred R. (eds.), *Collected Works of Ralph Waldo Emerson*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1971.

Thoreau, Henry David, *Walden, or Life in the Woods*, Ticknor and Fields, Boston, 1854.

Valenti, Patricia Dunlavy, *Sophia Peabody Hawthorne: A life*, volume 1: *(1809–1847)*, University of Missouri Press, 2004.

Wineapple, Brenda, *Hawthorne: A Life*, Knopf, 2003.

Zimmerman, Brett, *Edgar Allan Poe: Rhetoric and Style*, McGillQueen's University Press, 2005.

DIARIO DE SOPHIA
Y NATHANIEL HAWTHORNE

Nota-Diario 1842-1843

Todas las páginas de este diario correspondientes a la parte de Mrs. Hawthorne que no están incluidas aquí fueron destruidas, así como arrancadas, por ella cuando transcribió el volumen para su publicación 35 años atrás.

Julian Hawthorne
Nueva York, 9 de abril de 1903

Diario escrito por Nathaniel Hawthorne y su esposa (1842-1843) Concord, 19 de noviembre

Este diario fue escrito conjuntamente por Hawthorne y su esposa y parece que Mrs. H. ha dejado intacta toda la parte que él escribió. Esa parte comenzaba tras poco menos de un mes de casados, cuando se marcharon a vivir a la vieja rectoría, y este volumen del diario continúa hasta la fecha en que abandonaron el lugar. Está repleto de muestras de cariño que Hawthorne emplea al dirigirse a su mujer y que Mrs. H. eliminó (como muchas otras cosas) cuando «editó» e imprimió los diarios. Este es el único volumen de los diarios escritos en un familiar tono de familia, cosa muy natural, pues prácticamente todo el tiempo que pasaron en la vieja rectoría fue una luna de miel.

(Nota de Mr. Wakeman)[1]

9 de julio-5 de agosto

esposa... No podía comprender por qué. Cuando me reuní con él, me dijo que había transgredido el derecho de tránsito al pisotear el césped todavía sin cortar, y trató de convencerme para que regresara y así él no tuviera que violar su conciencia por hacer como yo. Fui un poco mala y no le obedecí, de modo que me castigó quedándose atrás. Esto no me gustó mucho, y subí la colina yo sola. Penetramos la grata penumbra y tomamos asiento sobre el manto de unas hojas de pino secas. Lo estreché entonces entre mis brazos, bajo aquella adorable sombra, y nos tendimos unos momentos en el seno de la querida madre Tierra. ¡Oh, qué dulce fue! Y yo le dije que no volvería a ser mala, y caía una suave lluvia perlada sin que mediasen truenos ni relámpagos, y éramos los seres más felices del mundo. Nos adentramos en el bosque y llegamos a campo abierto, desde el que se podía ver un amplio y precioso paisaje, donde nuestra vieja rectoría ocupaba un considerable lugar en la planicie, y el río abría aquí y allá sus ojos azules y ondulaba en los montañosos riscos que cercaban el horizonte. Recogimos unos arándanos y después nos sentamos. No había viento, y la quietud era absoluta. No parecía haber más movimiento en el mundo que el de nuestros latidos. La Tierra se había detenido ante nosotros. Resultaba encantador, pero el éxtasis de mi espíritu lo causaba el saber que mi marido estaba a mi lado, más que toda la suntuosa variedad de la planicie, el río, el bosque y las montañas que me rodeaban y se alzaban a mis pies.

Viernes, 5 de agosto de 1842

Llueve, llueve, y creo firmemente que no hay sol en este mundo salvo el que brilla en los ojos de mi esposa. Ahora mismo me ha dado órdenes estrictas de que tome la pluma; y, para asegurarse mi obediencia, me ha desterrado al pequeño apartamento de tres metros cuadrados que recibe por mal nombre «mi estudio», pero que no se sorprenda si la taciturnidad del día, y el embotamiento de mi soledad, se convierten en las características principales de cuanto escribo. ¿Y sobre qué puedo escribir? La felicidad no es una cadena de sucesos; porque es parte de la eternidad, y nosotros hemos estado viviendo en la eternidad desde que llegamos a esta vieja rectoría. Al igual que Enoc, se diría que hemos sido trasladados al otro estado del ser sin vernos obligados a pasar por la muerte. Nuestras

almas han debido de escapar inadvertidamente en el tranquilo y profundo éxtasis de algún largo abrazo; y nosotros solo podemos percibir esa parte mortal de la que nos hemos despojado a través de la vida de nuestros espíritus, más ferviente y auténtica. Por fuera, nuestro Paraíso se parece bastante a un viejo y agradable domicilio en la tierra. La antigua casa (pues parece antigua, si bien fue creada expresamente por la Providencia para que la usáramos nosotros, y en el preciso momento en que la quisimos) se alza tras una noble avenida de álamos balsámicos; y cuando por casualidad observamos a algún viajero de paso, entre el sol y las sombras de esta larga avenida, su figura resulta demasiado borrosa y distante como para turbar nuestra sensación de feliz apartamiento. Pocos, ciertamente, son los mortales que se aventuran en nuestros sacros dominios. George Prescott[2] —que aún no ha llegado a ser lo bastante terrenal, me figuro, como para verse impedido a visitarnos de cuando en cuando en el Paraíso— viene a diario a traernos tres pintas de leche de alguna vaca ambrosiana; en ocasiones también hace una ofrenda de flores mortales en el altar de cierto angélico personaje. Mr. Emerson[3] viene alguna vez, y se le tiene en tan alta estima que aquí se le honra (y con él a su gnomo, el llamado Ellery Channing[4]) con nuestro néctar y nuestra ambrosía. Mr. Thoreau[5] ha escuchado en dos ocasiones la música de las esferas, que, para nuestra comodidad privada, hemos envasado en una caja de música[6]. Elizabeth Hoar[7] (que entre espíritus se siente más en casa que entre cuerpos carnales) ha venido alguna vez por estos lares, sin otro fin que el de darnos la bienvenida al mundo etéreo; pero en las últimas fechas se ha volatilizado hacia alguna otra región del espacio infinito. El segundo domingo, a contar desde nuestra llegada, un incauto mortal nos impuso su presencia montado en una calesa. Desde entonces ha habido tres o cuatro visitantes, que absurdamente pensaban que las cortesías del bajo mundo han de ser respondidas por la gente cuyo hogar está en el Paraíso. No debo olvidarme de mencionar que el carnicero viene dos o tres veces por semana; y hemos avanzado tanto en las costumbres de Adán y Eva que desde entonces solemos proveer nuestros festines con algún delicado carnero o ternera, cuya inmaculada inocencia les otorga el feliz derecho de convertirse en nuestro sustento. ¡Ojalá mi esposa me permitiera dar cuenta aquí de las etéreas exquisiteces que el gentil Cielo nos proporcionó el día de nuestra llegada! Nunca, sin duda, se oyó de tales manjares en la tierra: hablo al menos por mí. Bien; las personas arriba mencionadas son prácticamente las únicas que han turbado la consagrada sombra de nuestra avenida; aparte, es verdad, de cierto pecador que vino a negociar la hierba de nuestro huerto, y otro más que acudió con una nueva cisterna, pues uno de los inconvenientes de nuestro Paraíso es que no alberga agua útil para beber o bañarse; de modo que las lluvias del Paraíso nos vienen, literalmente, como caídas del cielo. Me pregunto por qué la Providencia no hace surgir una fuente fría y cristalina que burbujee ante nuestra

puerta; en mi opinión, no faltarían razones para rezar por tal favor. De momento nos vemos en la ridícula necesidad de encargar el agua en el mundo exterior. Solo imaginarme a Adán abandonando a trompicones el Paraíso, con un cubo en cada mano, en busca de agua que beber o para que Eva pueda darse un baño, me supera. Pensaré que estoy completamente equivocado, a menos que vea la mencionada fuente burbujeando a nuestra puerta la próxima vez que asome la cabeza. Por lo demás, la Providencia nos ha tratado tolerablemente bien; pero a este respecto confío en que todavía se haga algo. También, ya puestos a pedir futuros favores, agradeceríamos mucho un gatito. Los animales (salvo, tal vez, un cerdo) nunca están de más, ni siquiera en el más paradisiaco de los entornos. Dicho sea de paso, por nuestra avenida sube de vez en cuando un joven potrillo, para pastar en la hierba tan rara vez pisada; y también un rebaño de vacas, cuyo fresco aliento bien nos compensa por la comida que obtienen. Hay también algunas gallinas, cuyo tranquilo cloqueo es muy agradable escuchar por toda la casa. A veces, al otro lado de la avenida se planta un perro negro, pero cuando le silbo mete el rabo entre las patas y se aleja a la carrera. ¡Qué perro más tonto! Si tuviera más fe, tendría huesos de sobra.

Sábado, 6 de agosto

Otro día gris, que amenaza lluvia, aunque sin la presencia de ánimo necesaria para llover con ganas. Con todo, ayer llovió lo suficiente para llenar nuestras bañeras, que entusiásticamente sacamos al exterior para que recibiesen el benéfico aguacero. En cuanto a la nueva cisterna, parece embrujada; pues, aunque el chorro cae en ella como una catarata, sigue casi vacía. Me pregunto dónde la consiguió Mr. Hosmer[8]. Quizá en el palacio de Tántalo, bajo cuyos aleros tuvo que haber estado antes, pues, al igual que la copa de la que este bebía en el Hades, nuestra bañera tiene la propiedad de llenarse sin parar, y sin estar nunca llena del todo.

Tras el desayuno, cogí mi caña de pescar y atravesé el huerto hasta la orilla del río; pero como tres o cuatro chicos ya se habían hecho con los mejores lugares que hay en la ribera, no pesqué nada. Este río nuestro tiene la corriente más remolona con la que jamás me he topado. He pasado tres semanas en sus márgenes, y lo he cruzado a nado todos los días, para así poder determinar hacia dónde corren sus aguas; y al final he tenido que resolver el interrogante por medio del testimonio de terceras personas, y no por mi propia observación. A causa del sopor de la corriente, en ninguna parte de su curso hay orilla alguna en donde brillen los guijarros, ni la más estrecha franja de reluciente arena; se limita a retozar entre anchas praderas, o a besar la enredada hierba de los pastos y los campos segados, o a bañar las suspendidas ramas de añejos arbustos, y

otras plantas amantes del agua. Lirios y juncos crecen a lo largo de sus márgenes, apenas profundos; el amarillo nenúfar despliega unas hojas anchas y tersas sobre su superficie; y la fragante ninfea blanca aparece en muchos lugares favorables, por lo general escogiendo una ubicación tan distante del borde del río que nadie puede alcanzarla, salvo a riesgo de caer al agua. Pero demos gracias a esta hermosa flor por nacer, al menos. Uno se maravilla al pensar en la procedencia de su soledad y su perfume, nacida como fue del negro lodo sobre el que dormita el río, y del cual, igualmente, el nenúfar extrae su vida impura y su fétido aroma. Así sucede con muchos individuos de este mundo: la misma tierra y las mismas circunstancias pueden producir lo bueno y lo hermoso, lo pérfido y lo feo; algunos tienen la facultad de asimilar únicamente lo que es malo, y así se vuelven tan fétidos como el amarillo nenúfar. Unos pocos asimilan tan solo las buenas influencias; y su emblema es la inmaculada y fragante ninfea, cuyo mero hálito es una bendición para cuanta tierra la rodea. Yo poseo una ninfea así, celestial y humana, y[9] pido al cielo que no me represente a mí su compañera amarilla. Entre cuanto producen los márgenes del río, no debo olvidar la espiga de agua, que crece en el mismo borde y alza un largo tallo coronado por un chapitel azul, entre enormes hojas verdes. Tanto la flor como las hojas quedan bien en un florero junto a unas ninfeas, y rompen la invariable blancura de estas últimas; y, puesto que unas y otras son como niños de las aguas, se llevan perfectamente bien entre sí. Mi mujer es quien debe recibir el crédito de haber introducido esta mejora en el arreglo de las ninfeas. Tiene un amor y un gusto por las flores que raya en la perfección, y sin los cuales una mujer es un monstruo; y esto es algo que estaría bien que los hombres poseyéramos, dentro de lo posible.

Me baño una vez al día, a veces dos, en nuestro río; pero una sola zambullida en el salado mar significaría mucho más que toda una semana empapándome en esta corriente sin vida. En alguna parte he leído acerca de un río (ignoro si en las regiones clásicas o en nuestras Indias occidentales) que parecía disolver y arrebatar el vigor de quienes se bañaban en él. Quizá un día se descubra que nuestra corriente posee esta propiedad. Sus aguas, sin embargo, tienen de inmediato un agradable efecto, al ser suaves como la leche, y siempre más cálidas que el aire. Su tonalidad tiene un ligero matiz dorado; y mis miembros, cuando los contemplo a través de su medio, parecen leonados. No me consta que los habitantes de Concord se asemejen a su río natal en cualquiera de sus características morales; sus antepasados, ciertamente, parecen haber tenido la energía y el ímpetu de un torrente de montaña, más que la languidez de esta apática corriente, tal y como lo demuestra la sangre con la que mancharon su Río de la Paz. Se dice que en él abundan los peces; pero las capturas más importantes que he hecho se limitan a una tortuga de los pantanos y una enorme anguila. La primera logró escapar a su elemento

natural; la segunda nos la comimos, y lo cierto es que tenía el sabor del río en su carne, con un notorio regusto a fango. En general, no es que sienta mucha predilección por el río Concord; pero me agrada tener un río tan al alcance de la mano, justo al pie de nuestro huerto. No le falta distinción ni un cierto pintoresquismo, ya se le mire de cerca o cuando, de lejos, un azul resplandor en su superficie, entre prados y bosques verdes, lo asemeja a un ojo en el semblante de la tierra. Agrada también contemplar algún pequeño esquife de fondo plano deslizándose por su calmado seno, que ociosamente cede a cada golpe de remo, y permite al bote avanzar a contracorriente casi con la misma libertad que a favor de ella. Igual que agrada observar al pescador que se aleja por el margen, a veces refugiándose tras una mata de arbustos, y siguiendo su hilera junto al agua con la esperanza de pescar algún lucio. Pero, si uno sopesa el río en lo que vale, no encuentro nada mejor con lo que compararlo que una de esas torpes lombrices que desentierro para utilizarlas como cebo. La lombriz es letárgica, al igual que el río; el río es fangoso, como lo es la lombriz, y cuesta saber si la lombriz y el río están vivos o muertos, pero, pese a todo, con el paso del tiempo consiguen arrastrarse. Nuestro río nos ofrece su mejor cara cuando la brisa de norte a oeste riza su superficie, en los días de radiante luz solar; adopta entonces una vivacidad que no le es propia. La luz de la luna también le brinda su belleza, como hace con todo paisaje de tierra o agua.

Domingo, 7 de agosto

Ayer al atardecer subí la cima que hay frente a nuestra casa; y, al mirar desde allí la vasta extensión del río, comprendí que había sido un poco injusto en mis observaciones. Quizá, como ocurre con otras personalidades mansas y tranquilas, lo apreciaré mejor cuanto mayor sea mi trato con él. Ciertamente, mientras lo miraba me pareció uno de los rasgos más hermosos en un paisaje de gran belleza campestre. Su curso era visible a lo largo de dos o tres millas: se curvaba en semicírculo alrededor de la colina sobre la que me hallaba, y a cada lado formaba la línea central de un ancho valle. De lejos se asemejaba a un jirón de cielo encastrado en la tierra, a la que daba una forma ideal y etérea que parecía más propia de las regiones superiores. Cerca de la base de la colina pude distinguir las sombras de cada árbol y cada roca, reproducidas con tal definición que se me antojaban incluso más adorables que la realidad; porque, por más que supiera que carecían de sustancia, representaban ese ideal al que el alma siempre aspira en la contemplación de las bellezas terrenas. Todo el cielo, además, y las engalanadas nubes del crepúsculo se reflejaban en el cauce pacífico del río; y, sin duda, si su cauce puede proporcionar un reflejo tan adecuado del Paraíso, no habrá de ser ni tan ordinario ni tan impuro como

lo describí ayer. O, si lo fuera, para mí habrá de ser un símbolo de que incluso al corazón humano que menos espiritual pueda parecer en ciertos aspectos aún le cabe la capacidad de reflejar un infinito Paraíso en sus profundidades, y, por lo tanto, también de disfrutarlo. Reconforta pensar que hasta el más pequeño y turbio de los lodazales puede contener su propia imagen del Paraíso. Recordemos esto cuando nos sintamos persuadidos de negar toda vida espiritual a ciertas personas en quienes, no obstante, tal vez nuestro Padre pueda ver la imagen de su rostro. Este vacuo río alberga una profunda religión que le es propia; confiemos pues en que también lo haga la más vacua de las almas humanas, aunque sea de manera inconsciente.

El paisaje de Concord, tal y como lo vieron mis ojos desde la cima de la colina, no tiene unas características muy marcadas, pero sí rebosa de una belleza serena, a semejanza del río. Hay unos prados vastos y tranquilos, que, a mi entender, se cuentan entre los lugares que más placer producen en cualquier paisaje natural; el corazón reposa en ellos con una sensación que muy pocas cosas pueden procurar, pues casi todos los demás objetos se hallan perfilados de una manera tan clara como abrupta; pero un prado se ensancha como un pequeño infinito, si bien con la seguridad que ofrece un hogar, y que no encontramos ni en la expansión del agua ni en la del aire. Las colinas que bordean estos prados son anchas hinchazones de tierra, o largas y no muy empinadas crestas, algunas de ellas pródigamente coronadas de bosque. El blanco pueblecito de Concord, allá lejos, a mano izquierda, parece estar impetrado entre boscosas colinas. El verdor de los campos es todavía más ideal de lo que es común en esta época del año, cuando el tinte otoñal ha hecho, por lo general, un considerable avance sobre árboles y hierba. Ayer por la tarde, tras las copiosas lluvias de las últimas jornadas, quedó un día digno de primeros de junio... o, sin duda, de un mundo recién creado. De haber estado mi esposa conmigo, habría tenido una sensación mucho más profunda de belleza, pues lo hubiera mirado todo a través de las propiedades de su espíritu.

A lo largo del horizonte había masas de esas espesas nubes en las que el capricho puede ver imágenes de cosas existentes o soñadas. Sobre nuestra vieja rectoría (de la cual no se aprecia más que un atisbo, entre el ramaje de sus árboles) se veía la figura inmensa, gigantesca, de un sabueso apostado con la cabeza erecta, como montando vigilante guardia, ahora que el amo de la casa se hallaba fuera. ¡Que las fuerzas de las regiones superiores siempre guarden el tesoro de mi corazón, esté yo a su lado o lejos de ella! Qué dulce era acercarme a mi propio hogar, tras haber vivido tanto tiempo sin hogar en el mundo; pues ningún hombre puede saber qué es un hogar hasta que, al aproximarse a él, siente que una esposa acudirá a recibirlo en el umbral. Con pensamientos como este descendí la colina, y salté el muro de piedra, y crucé el camino, y ascendí nuestra avenida; mientras la vieja y extraña casa se revestía de un aire de bienvenida.

Lunes, 8 de agosto

Me gustaría poder describir nuestra casa, pues lo cierto es que tiene personalidad propia, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de edificaciones en estos tiempos. Tiene dos plantas, con una tercera en el tejado compuesta de habitaciones abuhardilladas. Cuando visité la casa por primera vez, a primeros de junio, se parecía bastante a como fue en vida del viejo clérigo, y dejaba ver tanto polvo y desarreglo como cabe esperar que alguien acumularía a su alrededor durante sesenta años de inquilinato. Creo que nunca han pintado las habitaciones; de todos modos, las paredes y los paneles, así como las enormes vigas cruzadas, tenían un venerable y ya muy desvaído tono marrón. El mobiliario consistía en unas sillas reumáticas, de respaldos altos y patas cortas, unas viejas mesitas, armazones de camas con majestuosas columnas, señoriales y cómodas, espejos en antiguos marcos negros, todo lo cual, probablemente, estaba de moda en los días del predecesor del doctor Ripley10. Exigía a la imaginación no poca energía concebir la idea de transformar aquel anticuado edificio, donde el bueno del pastor había escrito sus soporíferos sermones más de medio siglo atrás, en una confortable residencia moderna. Sin embargo, eso es lo que hemos logrado. El dormitorio del viejo doctor (que era la habitación principal de la planta baja) lo hemos reconvertido en salón; y, ayudándonos de alegre pintura y papel, de una coqueta alfombra, cuadros y grabados, un nuevo mobiliario, *bijouterie,* y una diaria provisión de flores, se ha transformado en una de las más bonitas y agradables salas que pueda haber en el mundo. La sombra de nuestro fallecido huésped nunca acudirá a turbarla; pues su aspecto ha cambiado de un modo tan completo como el escenario de un teatro. Probablemente el fantasma se asomó un buen día, lanzó un gruñido y desapareció para siempre. La sala de enfrente ha sido metamorfoseada en almacén. Atravesando la casa, tanto en la primera como en la segunda planta, discurre un espacioso vestíbulo o entrada, que ocupa más espacio del que nunca se destinaría a tal propósito en tiempos modernos. Este detalle contribuye a dar a la casa en su conjunto una apariencia amplia, espaciosa y cómoda; podemos respirar con más libertad gracias a tan holgado pasillo. La puerta principal del vestíbulo se abre a la majestuosa avenida de la que ya he hablado; y la puerta de enfrente lo hace al huerto, a través del cual un sendero desciende hasta el margen del río. En la segunda planta hemos acondicionado tres habitaciones, una de ellas nuestro dormitorio, cuya descripción se la dejaré a mi esposa pues ella lo ha adornado a su gusto. La habitación de enfrente está reservada a los invitados, y contiene el mobiliario prerrevolucionario más presentable del viejo doctor. Después de todo, los modernos no han inventado nada mejor, como mobiliario habitacional, que aquellas cómodas sostenidas sobre cuatro largas y esbeltas patas que elevaban una auténtica torre de

caoba hasta el techo, rematada por un tocado fantásticamente tallado. Tan venerable estructura adorna nuestro dormitorio para invitados. En la parte trasera de la casa se encuentra ese pequeño cuarto al que llamo mi estudio, y el cual, en sus tiempos, fue testigo de las labores intelectuales de mejores estudiantes que yo. Su interior contiene, con algunos añadidos y alteraciones, el mobiliario de mi pequeño cuarto de soltero de Boston; pero no es difícil detectar la mano y el corazón de la mujer en muchos de sus arreglos; por ejemplo, en la feliz distribución de los muebles, en el jarroncito con flores que hay en una de las estanterías, y en ese jarrón de bronce, algo más grande, que con sus elegantes helechos preside el escritorio. Por tamaño, la habitación es tal y como debe ser, pues a la hora de escribir no soy capaz de comprimir suficientemente mis pensamientos en una habitación muy espaciosa. Tiene tres ventanas, dos de las cuales reciben la sombra de un enorme y precioso sauce, cuyas ramas barren el saliente alero; a este lado tenemos una vista del huerto y, más allá, un atisbo del río. La otra ventana es desde la que Mr. Emerson[11], el predecesor del doctor Ripley, contempló la primera batalla de la Revolución: lo que no debió de resultarle difícil, pues las tropas británicas se vieron obligadas a replegarse a unos cien metros de la casa; y, mirando un poco más allá, ahora mismo todavía puedo vislumbrar el contrafuerte occidental del viejo puente, cuyo paso era lo que estaba en liza. El nuevo monumento es visible desde la base hasta su cima[12].

Pese a todo cuanto hemos hecho por modernizar la vieja casa, parece que apenas hemos turbado su aire de antigüedad. Es evidente que otras parejas recién casadas han pasado aquí su luna de miel, aunque ninguna con tanta felicidad como nosotros; que aquí han nacido niños, y la gente ha envejecido y ha muerto en estas habitaciones y alcobas; aunque esos mismos aposentos han querido mostrar buen aspecto una vez más, para nuestro provecho. Es cierto que también hay armarios oscuros, y extraños recodos y rincones, donde los fantasmas de los antiguos ocupantes podrían ocultarse durante el día, y salir al acecho cuando la noche encubre nuestros sacrílegos arreglos. De momento no hemos visto ninguna aparición; pero sí oímos ruidos extraños, particularmente en la cocina; y anoche mismo mi esposa, cuando estaba sentada en el salón, escuchó golpes y pasos, como si alguien trabajara en mi estudio. Bueno, si no me equivoco (pues estaba medio dormido cuando me lo contó), lo que realmente oyó fue como si una persona arrugase un papel con la mano, en nuestro propio dormitorio[13]. Debió de tratarse del viejo doctor Ripley, atareado en uno de sus sermones: en la buhardilla hay un arcón repleto de ellos. Pero no ha de temer que vayamos a turbarlos. Nunca llegué a ver al viejo patriarca, cosa que lamento, pues me hubiera encantado asociar su venerable figura, a sus noventa años de edad, con la casa en la que residió.

Por fuera, la casa presenta el mismo aspecto que en vida del doctor. Tiempo atrás recibió una mano de pintura blanca; pero las tormentas y el

sol de muchos años casi la han hecho desaparecer del todo, para producir en su lugar una sobria tonalidad gris, que se adapta perfectamente a la antigua forma de la estructura. Volver a pintar su venerable fachada sería un verdadero sacrilegio; sería como ver al doctor Ripley con peluca marrón. Apenas comprendo qué razón hay para que nuestros arreglos y mejoras en el interior de la casa, alegres por más superficiales que sean, se antojen de tan óptimo gusto, pese a que las pesadas y viejas vigas, y el alto panelado de las paredes, remitan a un tiempo ya lejano. Pero así es: el alegre empapelado parece pertenecer realmente a estos viejos muros; y modernidades tales como lámparas con estrellas colgantes, floreros de cartón, sobredorados frascos de colonia, candelabros de plata y jarrones de bronce y alabastro no se antojan fuera de lugar. Es como si un hombre entrado en años mantuviera el corazón abierto a nuevas cosas y a nuevos amigos, y a menudo se abasteciese de nuevas ideas, si bien resultaría menos agraciado de intentar adaptar su aspecto exterior a las pasajeras modas de la época.

Martes, 9 de agosto

Nuestro huerto, en su día, fue muy productivo y lucrativo; y nos dijeron que en un año rindió al doctor Ripley cien dólares, restando la suma que invirtió en la reparación de la casa. Pero su mejor época ya quedó atrás. Muchos de los árboles están cubiertos de musgo, y tienen ramas resecas y podridas entremezcladas con las verdes y prósperas; y es normal que así sea, pues supongo que algunos de estos árboles fueron plantados por Mr. Emerson, que murió durante el primer año de la Revolución. Tampoco los frutos, probablemente, aguantarán la comparación con los delicados productos de la pomología moderna. Muchos de los árboles parecen sostener una abundante carga; pero son vulgares manzanas de piel rojiza, que solo sirven para hornear o cocinar. El huerto del juez Shallow[14], con sus selectas camuesas y sus manzanas de piel dura, era sin duda muy superior. Pese a todo, me agrada imaginarme al buen pastor caminando entre las sombras de estos viejos manzanos de fantásticas formas, cogiendo algún fruto que saborear por aquí, podando una rama demasiado profusa por allá, y todo el tiempo calculando cuántos barriles alcanzará a llenar y qué sustanciosa suma podrá añadir a su estipendio por la venta. Y esos mismos árboles me rinden a mí sus frutos con la misma longanimidad que a él: sus viejas ramas, como manos y brazos añosos, ofrecen unas manzanas del mismo sabor de las que en vida ofrecían al doctor Ripley. Así es como los árboles, en su condición de cosas existentes, forman un peculiar vínculo entre los vivos y los muertos. Mi imaginación siempre encuentra algo de interés en los huertos, especialmente, en los viejos huertos. Los manzanos, como cualquier otro

árbol frutal, tienen un carácter doméstico que les hace establecer relaciones con el hombre; han perdido, en buena medida, la naturaleza salvaje del árbol silvestre, y se han ido humanizando al recibir los cuidados del hombre y al contribuir a sus necesidades. Se han convertido en parte de la familia; y sus personalidades individuales son tan bien comprendidas y apreciadas como las de los miembros humanos. Un árbol es brusco y rezongón, otro es afable; uno es grosero y mezquino, otro se vacía del todo en su generosa munificencia. Incluso las formas de los manzanos muestran una enorme individualidad, en las extrañas posturas que adoptan y en el modo grotesco en que retuercen las ramas en todas direcciones. Y habida cuenta de los muchos años que han permanecido alrededor de una casa, que han conversado con sus sucesivas dinastías de ocupantes y de lo frecuentemente que han llenado de gozo sus corazones en el pródigo otoño, sería casi un sacrilegio talarlos.

Aparte de los manzanos, hay otras muchas clases de árboles frutales en las proximidades de la casa. Cuando llegamos aquí por primera vez había árboles que daban turgentes cerezas, aunque tan amargas que dejamos que se pudrieran en las ramas. Dos largas hileras de arbustos con pasas de Corinto nos proveyeron en abundancia durante casi cuatro semanas. Hay también un considerable número de melocotoneros, pero todos muy viejos, de ramas podridas, gomosas y cubiertas de musgo, y frutos, me temo, de calidad muy pobre. Producen, sin embargo, con gran abundancia: los melocotones son casi tan numerosos como las hojas; e incluso los retoños y brotes que echan las raíces de los viejos árboles presentan algunos frutos. También hay perales de diferentes tipos, y uno o dos membrillos. En general, estos árboles, así como otros elementos y complementos del lugar, dan una idea muy aproximada de la aparente comodidad en la que nuestro buen doctor debió de pasar su vida. Todo parece haber convenido a su suerte, la que posiblemente ha de servir para hacer fácil y abundante la vida de un clérigo rural. Hay un granero que, cada año, probablemente debió de estar repleto de heno y otros productos agrícolas. Hay leñeras, y un gallinero, y un palomar, y una vieja porqueriza de piedra, cuya parte abierta ha sido tomada por crecidos rastrojos, lo que indica que ningún puerco la ha ocupado en fechas recientes. Si logro obtener el permiso de mi esposa, he pensado seriamente en reclutar un nuevo beneficiario para esta parte de la casa. Debemos encargarnos de mantener un cerdo, aun cuando no tengamos el propósito de regalarnos con su carne; y, por mi parte, siento una gran simpatía e interés por la raza de los cerdos, y me divertirá mucho estudiar el carácter de un gorrino. Quizá pueda intentar que aflore su naturaleza moral e intelectual, y cultivar sus afectos. También un gato, y quizá un perro, sean adquisiciones deseables para nuestro hogar.

Miércoles, 10 de agosto

Ayer fue el mesiversario de nuestra boda, y bien que estuvo a la altura, pues fue uno de los días más hermosos que jamás hayan enriquecido la tierra. La boda fue el 9 de julio, que amaneció radiante tras una larga temporada de nubes y lluvia, así como el día de ayer surgió de las tinieblas y las sombras, pues ha llovido a lo largo de casi una semana, y esta mañana no brilla el sol. Había pasado enferma tres semanas, pero estaba segura de que me encontraría bien para tal ocasión, y que el clima sería espléndido, aunque nadie lo hubiera dicho el día anterior. Desperté con la luz, y me levanté de un salto para ver la promesa de los cielos. Hacía bueno, aunque había algo de niebla; pero el sol naciente dispersó las brumas, y apareció el cielo azul. Mis últimos síntomas de enfermedad desaparecieron también, y el doctor W.[15] dictaminó a su llegada que ya no tenía fiebre, si bien mi pulso estaba en 106. Esto lo atribuyó al inminente evento. Sarah Clarke arregló mi vestido nupcial y adornó mis cabellos con nenúfares, y Cornelia me lo trenzó. Fue a las once y media del sábado, casi a mediodía, cuando mi hermano James Clarke nos declaró marido y mujer ante los ojos de los hombres y Dios. Estaban presentes, además de la familia, Cornelia, Sarah[16] y la cocinera Bridget. Mientras tenía lugar la ceremonia, el sol no dejó de brillar en todo su esplendor (...).

(...) sin incidencias, salvo que a mi amado se le cayeron algunas bayas, pues le até mal la cuerda de la cesta, y me tiré sobre un montón de paja, lo que le dejó bastante consternado. Rogó a los cielos que hubiera una horca para ordenarlo todo de nuevo, pero no había ninguna. Soy muy mala. Y es algo inexcusable, pues él es el ser más adorable que jamás vivió. Sí: con toda su fuerza, voluntad y brío, su adorable naturaleza es la más perfecta que jamás he podido ver o imaginar. Es un verdadero serafín. Eran las ocho cuando regresamos, y encontramos encendida la lámpara del vestíbulo, y también nuestro precioso salón iluminado por la buena de Sarah. Comprobamos que habíamos recogido casi dos kilos de bayas.

Esta mañana mi querido marido trajo del río algunos nenúfares, espigas de agua, flores del cardenal y una punta de flecha, y todo ello lo ha metido en nuestra fuente de alabastro. Es difícil poder ver algo tan bonito: todas son plantas de río, y casan muy bien. El soberbio escarlata de las flores del cardenal, el intenso púrpura de la espiga de agua y los estambres dorados de los lirios crean una perfecta armonía, resaltada por el verdor y la amplitud de las hojas.

Miércoles, 10 de agosto

La inclinación natural del hombre por la primigenia ocupación de Adán se desarrolla en mí con mucha presteza. Compruebo que siento un enorme

interés en nuestro jardín; aunque, al haber sido sembrado antes de que llegásemos, no tengo el mismo afecto por las plantas del que tendría si su semilla hubiera sido plantada por mis propias manos. Es algo semejante a cuidar y educar a los hijos de otra persona. Con todo, supuso un momento muy dulce reunir los primeros revoltijos de judías verdes, que son las viandas más tempranas con las que el jardín ha provisto nuestra mesa. Y me encanta observar el progresivo desarrollo de cada nuevo vegetal, y anotar su crecimiento diario, que siempre me produce una nueva sorpresa. Es como si algo fuera creado bajo mi vigilancia, y en parte con mi ayuda. Un día, por ejemplo, miro las matas de judías, y solo veo las hojitas verdes que suben por la estaca; al día siguiente, otra vez, echo un nuevo vistazo, y ya hay unas delicadas flores; y al tercer día, en un examen un poco más atento, descubro los tiernos brotes de judías, ocultos en la densidad del follaje. Después, cada mañana, voy observando la dilatación de las vainas, y calculo cuánto les queda para rendir sus tesoros. Todo esto brinda placer e idealismo, de un modo hasta ahora inconcebible, a la cuestión de proporcionar un sustento a mi familia. Supongo que Adán lo sintió en el Paraíso; y, en lo tocante a los goces mera y exclusivamente terrenales, pocos pueden experimentarse que sean más puros e inofensivos. Hablando, por cierto, de judías, son un alimento clásico, y su cultivo tuvo que haber sido la ocupación de muchos sabios y héroes de la Antigüedad. La calabaza de verano es también un vegetal con el que resulta agradable tratar; crece en forma de urna o de jarrón, alguno en la superficie, otros a considerable profundidad, y todos ellos presentan un borde maravillosamente festoneado. Un escultor podría reproducir casi cualquiera de las calabazas que crecen en nuestro jardín, y quedarían preciosas en mármol, o en porcelana china; y, si pudiera permitírmelo, haría imitaciones exactas de los verdaderos vegetales para las piezas de mi vajilla. Me parece que serían platos muy apropiados para servir en ellos los vegetales del jardín. Aparte de las calabazas de verano tenemos las de invierno, de cuello quebrado, que me encanta mirar cuando hacen asomar su enorme vientre para su maduración al sol de otoño. No hay producto vegetal que proporcione mayor sensación de calidez y confort a quien lo observa que la calabaza. Nuestra cosecha, sin embargo, no promete ser muy abundante, pues las hojas formaron una innecesaria sombra sobre los brotes jóvenes, de tal modo que la mayoría de ellos cayeron sin producir el germen de un fruto. Ayer y hoy he podado un buen número de hojas, y dado así a los brotes que quedan la oportunidad de beneficiarse del aire y del sol; pero me temo que la estación ya está demasiado avanzada como para que las calabazas adquieran una masa suficientemente considerable, y cobren al sol su color amarillo. Tenemos melones y sandías, que prometen venir en tal número como podamos comer. Con todo, lo que más importa de estos vegetales no parece consistir en que sean artículos comestibles, sino, más bien, en el encanto que nos produce ver que algo viene al

mundo; y, cuando nace una calabaza o un melón, ya es una existencia voluminosa y tangible, a la que la imaginación puede abrazar y con la que puede regocijarse. Adoro ver también que con mi propia mano contribuyo a la vida y el bienestar de la naturaleza animada: resulta reconfortante comprobar que las abejas acuden a tomar la miel de los brotes de mis calabazas, por más que cuando están saciadas vuelen y vuelen hasta alguna remota colmena, que no me dará nada a cambio de lo que han cogido de mi jardín. Pero hay mucha más miel en el mundo, y por tanto estoy contento.

El maíz, en el esplendor y juventud de su verdor, es un vegetal muy bonito, ya sea en su condición de planta aislada o en la espesura del campo abierto, ondulando, susurrante, y meciéndose en aras de la brisa y el viento de una tarde de verano. Tenemos unas cincuenta lomas, me parece, que rendirán una abundante cosecha. Quiera el Cielo que podamos comerla entera; pues no es agradable pensar que algo que la Naturaleza se ha tomado la molestia de producir tenga al final que tirarse. Bueno, al menos las gallinas agradecerán nuestra sobreabundancia, y también los cerdos; claro que no tenemos ni gallinas ni cerdos propios. Pero por lo menos gallinas sí deberíamos tener. Hay algo muy sociable, y apaciguador y hasta reconfortante, en sus soliloquios y en las conversaciones que mantienen entre sí; y, en los momentos de ociosidad y meditación, no hay nada más grato que ver un grupo de gallinas picoteando su diario alimento, con el galante gallo entre ellas. No me cabe duda de que Milton observaría complacido la escena.

Me doy cuenta de que no he hecho un resumen completo de nuestro jardín, cuando ciertamente se merece un muy amplio registro en esta crónica, puesto que la labor que en él llevo a cabo es la única labor de mi vida actual. Además de lo que ya he mencionado, tenemos matas de pepinos, que hoy han dado el primer fruto de la temporada; un surco de remolachas, y otro de zanahorias, y otro de alcaraveas y nabos, ninguno de los cuales promete una cosecha muy abundante. Lo cierto es que el terreno está seco y, por si fuera poco, esta temporada ha recibido muy poco abono. También tenemos repollos en proverbial abundancia, con lo poco que a mi dulce esposa y a mí nos gustan; y sería irracional pensar que Sarah se pueda comer cincuenta repollos. En algún momento tendremos tomates. Cuando llegamos aquí descubrimos que había guisantes ya listos para su recogida; y fueron esas, y no las judías verdes, las primeras ofrendas de la estación a nuestra llegada.

Sábado, 13 de agosto

Vista desde fuera, mi vida, en este momento, es más la de un niño de lo que nunca fue desde que de verdad fui niño. Suele suponerse que las

preocupaciones de la vida llegan con el matrimonio; pero parece que yo he dejado atrás toda preocupación, y vivo con una confianza tan simple en la Providencia como la que posiblemente sintió Adán antes de descubrir que había un mundo más allá del Paraíso. Mi inquietud principal consiste en atender la prosperidad de mis vegetales; en observar cómo les afecta la lluvia o el sol; en lamentarme por los añublos de un calabacín, y en regocijarme con el espléndido crecimiento de otro. Es como si la relación primigenia entre la Naturaleza y el Hombre hubiera sido restituida en mi caso, y solo y exclusivamente tuviera que esperar de ella el sostén de mi Eva y de mí: como si solo tuviera que confiar que nos provea de comida y de ropa, y de todas las cosas necesarias, sabiendo con absoluta seguridad que no me fallará. La lucha contra el mundo, la batalla de un hombre entre los hombres, la agonía del esfuerzo universal por arrancar el sustento de la vida a una hueste de codiciosos competidores: todo eso me parece un sueño. Mi único objeto es vivir y disfrutar; y cuanto sea esencial para vivir y disfrutar vendrá con la misma naturalidad que el rocío del cielo. Esta es —en la práctica, al menos— toda mi fe. Y así despierto cada mañana con la inconsciencia del niño que ignora lo que le deparará el transcurrir del día, a sabiendas de que algo seguro le traerá. Después del desayuno salgo directamente a mi jardín, y recojo cuanto la munificente Madre ha creído adecuado para nuestro sustento del día; y últimamente suele darme un par de calabazas y un pepino, y promete para muy pronto maíz y judías. Luego atravieso el huerto para descender a la orilla del río, y paseo por sus márgenes, buscando flores para mi esposa. Normalmente distingo alguna que otra azucena por la orilla, creciendo con dulce mojigatería lejos del alcance del brazo mortal. Pero ni así se me escapa. Sé muy bien el destino que le aguarda, mejor de lo que cree saberlo esa necia flor; así que allí que me meto, sin que me importe mojarme los pantalones, y atrapo la tímida azucena por su esbelto tallo. De esta forma consigo cinco o seis —que por lo general son todas cuantas crecen a mi alcance— en una sola mañana: algunas están medio podridas o casi comidas por los gusanos, como vírgenes de mancillada fama o con una mordaz pena en el corazón; otras son tan puras y perfectas como lo era el ideal de la Naturaleza, cuando esta imaginó por primera vez tan adorable flor. La más encantadora flor es el nenúfar, cuando es perfecto. Aparte de nenúfares, recojo todo lo que de bello pueda haber en la húmeda tierra de la ribera: una tribu anfibia, si bien dotada de una mayor suntuosidad y gracia que las flores silvestres de los yermos y los setos. A veces la blanca punta de flecha; siempre la aguja azul y las hojas anchas y verdes de la espiga de río, que contrastan y armonizan muy bien con las azucenas. Desde hace dos o tres días he ido encontrando algún que otro tallo de la flor del cardenal, y es un placer ya solo recordar su magnífico escarlata. El mundo realza sus brillos y colores gracias a flores de semejantes gamas; incluso de su perfume, que por lo demás es el alma y el espíritu de una flor; se puede prescindir de él cuando

se engalana con su gloria escarlata. Es, también, una flor de pensamiento y sentimiento; parece hundir sus raíces en los corazones de aquellos que la miran. A veces me da la impresión de que otras flores de vivo color carecen de toda emoción; pero eso con el cardenal no pasa. En fin: que una vez preparo mi brazada de flores, se las llevo a mi esposa, al lado de la cual lo que de más adorable hay en ellas se me antoja el emblema de la imperfección. Mi imaginación las entreteje, a las flores y a ella, en una sola corona; y, cuando le ofrezco mi ramito, me da la impresión de que le estoy presentando a unos seres que de alguna forma atesoran parte de la naturaleza de mi esposa en su ser. «Mi Lirio, aquí están tus hermanas, ¡cuídalas!»: esto es lo que dice mi fantasía, mientras mi corazón sonríe y se regocija ante la idea. Luego es mi querida esposa la que se regocija con las flores, y se apresura a ponerlas en agua, y las prepara de una manera tan deliciosa que estas se alegran de haber sido arrancadas del fangoso lecho del río, y de su húmedo y enmarañado margen, de entre esas plantas de repulsivo olor y burdo aspecto donde la viscosa anguila, y la rana, y la negra tortuga tienen su escondite; se alegran de haber sido rescatadas de una vida tan indigna para convertirse en los ornamentos de nuestro salón. ¿Qué mejor cosa podría desear la más adorable de las flores? Es su triunfo mundano, que recordará con dicha cuando se despliegue en el Paraíso de las flores. Una vez concluido este importante asunto, subo a mi estudio, y por lo común leo, o si no escribo este diario (¡o posiblemente me duermo!), y, si no, sufro el modo en que holgazanea el Tiempo a su propio capricho, mientras avanza hasta la hora de la cena. Cuando hace bueno, el evento principal de la tarde, y el más feliz del día, es el paseo que doy junto a mi mujer; ella debe describir estos paseos, pues cualquier cosa que hayamos disfrutado juntos siempre siento que mi pluma no es digna ni apropiada para detallarla. Luego llega la noche; y vuelvo la mirada al nuevo día que ha pasado en algo que el mundo consideraría pereza, y ni yo mismo podría sugerir más apropiado epíteto que ese; y, pese a todo, no tengo la sensación de que haya pasado en vano. Cierto: sería un pecado y una vergüenza, en un mundo como el nuestro, que uno pasara la vida de esta manera; pero durante al menos unas semanas de verano es bueno vivir como si el mundo fuera realmente el Paraíso. Y así es, y así ha de ser; aunque, por un breve instante, una sombra fugaz de esfuerzo y de preocupación terrena se enrosque a nuestras propias realidades.

Lunes, 15 de agosto

George Hillard y su esposa[17] llegaron procedentes de Boston, ya caída la tarde del sábado, para pasar el domingo con nosotros. Fue una sensación deliciosa escuchar el rumor del coche por nuestra avenida y verlo tomar la curva ante nuestra puerta, pues sentí entonces que se me consideraba un

hombre con una mujer y un hogar, un hombre que tenía una existencia tangible y un paradero en el mundo, cuando unos amigos acudían a servirse así de su hospitalidad. Fue una especie de reconocimiento y de bienvenida que se nos hacía a la comunidad de la gente casada: un permiso concedido a nuestra paz y bienestar, en ningún caso indispensable, pero muy agradable de recibir. Mi esposa y yo los recibimos, pues, cordialmente ante la puerta, y los invitamos a pasar a nuestro salón, y enseguida al comedor[18]. Quiera el Cielo que Mrs. Hillard haya descansado bien en nuestra habitación de invitados; pero dudo que haya dormido tan dulcemente[19]. No obstante, la noche nos cubrió a todos, y pasó, y trajo una mañana gris y sombría, que hubiera logrado contristarme de no ser porque el sol de mi esposa brillaba en mi corazón, y lo llenaba de luz y de calor. Tuvimos un desayuno espléndido de *flapjacks* (*slapjacks* es como mi esposa insiste en llamarlos)[20], de *flap-jacks* o *slap-jacks,* y de arándanos que recogimos en una colina cercana, y de percas, besugos y abadejos que pesqué en el río la tarde anterior. Hacia las nueve, Hillard y yo nos fuimos a pasear al lago Walden, visitando de camino a Mr. Emerson para obtener su guía o sus indicaciones. Mr. Emerson, por un escrúpulo de conciencia, nos entretuvo hasta que la gente hubo entrado en la iglesia, y luego nos acompañó en ilustre persona. Nos desviamos un poco de nuestro camino para visitar a Mr. Edmund Hosmer, un hacendado de cuya llana sabiduría autodidacta Mr. Emerson tiene una opinión muy elevada. Lo encontramos paseando por sus terrenos: era un individuo menudo, pero robusto y fornido, de edad madura, algo tosco y feo a la vista, pero de rostro amable y expresivo, y sus modales estaban revestidos de una natural cortesía. Me dio la impresión de que era un hombre de habla libre y copiosa, y poco inseguro de sus propias opiniones, pues, a la menor provocación de Mr. Emerson, se arrancó en un discurso acerca del estado de la nación, la agricultura y los negocios en general en el que fue soltando los pensamientos que se le ocurrían según araba, y en los que había una especie de sabor y de olor a tierra reciente. No había en ellos nada realmente original que pudiera llamarme la atención; pero eran sensatos y muy personales, y habían crecido en el mismo suelo en que los encontramos. Opino, sin embargo, que este buen hacendado carecía de la naturalidad que debió de tener en el pasado; probablemente la sencillez de su carácter se habrá resentido, en algún grado, al percibir la impresión que causa en quienes lo tratan. Supongo que habrá un círculo donde se le considerará un oráculo; de manera que asume una actitud inevitablemente oracular, y habla como si la verdad y la sabiduría se expresasen por medio de su voz. Mr. Emerson ha arriesgado que le inflijan aún más daño llevándolo a la letra impresa, un juicio que pocas personas pueden soportar sin perder su inocencia. Pero, al cabo, no puede esperarse que un hombre dotado de habla y pensamiento, sea cual sea su lugar en la vida, y una forma propia de

dirigirse a los demás, ya sea mediante la pluma o la lengua, vaya por el mundo sin encontrarse a sí mismo y, dado que todos esos autodescubrimientos son parciales e imperfectos, hacen más mal que bien al carácter. Mr. Hosmer es más natural que el 99 por ciento de los hombres; y sin duda es un hombre con un profundo sentido moral e intelectual, una verdad férrea, una realidad, algo que sentir y tocar. Sería divertido trazar un paralelo entre él y su admirador, Mr. Emerson: el místico, que alarga el brazo desde su lugar entre las nubes, en su vana búsqueda de algo real; y el hombre de inquebrantable sentido común, cuyas ideas parecen brotar de su mente, sólidas y cargadas de sustancia, de la misma manera en que hace brotar patatas, remolachas, zanahorias y nabos de la tierra. A Mr. Emerson se le da muy bien buscar hechos; pero estos parecen fundirse y tornarse insustanciales entre sus manos.

Tras dejar a Mr. Hosmer, nos dirigimos, cruzando los senderos del bosque, al lago Walden, mientras recogíamos unas moras bastante grandes por el camino. El lago era muy hermoso y resultaba refrescante a mi alma, tras la larga y exclusiva familiaridad con nuestro manso río de aguas leonadas. Yace en el seno de varias colinas boscosas, y no es muy extenso, pero sí lo bastante amplio como para que las olas rielen sobre su superficie, y para asemejarse a un azul pedacito de firmamento circundado de tierra. La costa tiene una estrecha playa de guijarros, y solo por poder compararlo al viscoso y enlodado margen del río, con su festón de juncos, ya bastó para que todo un día de viaje mereciese la pena. Muy al fondo, en sus profundidades, se puede ver un lecho de arena que es pura blancura, destellando bajo un agua transparente que, en mi opinión, es el líquido más puro que hay en el mundo. Después de que Mr. Emerson nos dejase, Hillard y yo nos bañamos en el lago; y de veras parece que no solo mi parte corporal sino también mi yo moral, han sido purificados por el baño. Demasiado lodo y cieno se había acumulado en mi alma; pero esas aguas cintiladas la han limpiado del todo.

Volvimos a casa a tiempo de llegar a la cena, que mi esposa presidió con toda la gracia y elegancia imaginables. En la parte que le toca, ella constituye un testimonio del aire de digna hospitalidad que muestro yo desde el otro extremo de la mesa; de modo que no puede haber la menor duda de que somos el mejor anfitrión y la mejor anfitriona posibles. Para mi desdicha, sin embargo, descubrimos que una caja de vino del Mediterráneo había sido víctima de la fermentación acética, con lo cual el esplendor de la fiesta se vio un tanto mermado. Fuera como fuese, todos dimos cuenta de la cena con buen apetito, y después nos marchamos al unísono a echar nuestras respectivas siestas. Entretanto sobrevino un innecesario chaparrón, que roció de tal modo la hierba y los arbustos que mi mujer se vio privada de acompañar a nuestros invitados y a su marido al paseo de después de la cena. La caminata tuvo como principal resultado la enorme brazada de la colgante clemátide, ahora en plena flor, que llevé a

casa, y con la cual hemos decorado esta mañana nuestras jarras y floreros. A nuestro regreso, vimos[21] a Mr. y Mrs. Storer[22] y Elizabeth Hoar, que enseguida se retiraron; y estuvimos despiertos hasta las diez contándonos historias de fantasmas[23]. Esta mañana, a las siete en punto, nos dejaron nuestros amigos; y en este preciso instante, siendo no sé qué hora exactamente antes del mediodía, mi mujercita está, o debería estar, descansando plácidamente de las fatigas de su hospitalidad. A ambos nos encantó la visita; y también, creo yo, a nuestros invitados, y encantados estamos, del mismo modo (como mi querida esposa es tan amable de decir), de que nos dejen otra vez el uno con el otro. Si ella pretende tener una crónica mejor de los sucesos de ayer, habrá de ser ella quien la escriba.

Martes, 16 de agosto

He estado examinando la biblioteca del viejo doctor Ripley, que (al menos una parte de ella) se encuentra almacenada en una de nuestras casas anexas, donde ocupa dos estanterías. El doctor, por supuesto, heredó las obras eruditas, así como la mansión y la viuda del reverendo Mr. Emerson, de prerrevolucionaria memoria; y se diría que un número considerable de los volúmenes fueron transmitidos a ese difunto de tanto tiempo atrás por sabios de épocas todavía más remotas. Hay viejos infolios oscuros, cada uno de los cuales contiene mil páginas, o poco más o menos, algunos en latín, obra de autores católicos y otros que demuelen como almádenas las doctrinas papistas, en inglés común. Una disertación en torno al libro de Job ocupa, a simple vista, buena parte de varios pequeños y gruesos tomos en cuarto, cada uno de los cuales contiene una media de uno o dos capítulos. El propio Job, me temo, habría considerado la más severa prueba a su paciencia el tener que leerse tan inconmensurable disertación. También hay un vasto infolio dedicado al Cuerpo de la Divinidad, demasiado corpulento este cuerpo, diría yo, como para contener siquiera un poco de espíritu. El cuarto es la forma más común en que se recogen estos viejos volúmenes, cuadrados y casi tan gruesos como anchos y largos, lo que hace pensar en un inmenso número de páginas macizas y detalladamente impresas que trasegar: una ardua, pesada y torpe masa de conocimientos, que solo de imaginarla podría producirle una indigestión al estómago intelectual. Libros de este cariz por lo general se remontan a doscientos años atrás, si no más, y están encuadernados en piel negra, muy solemnemente, y tienen un aspecto semejante al que yo atribuiría a los libros de magia. Otros, de similar antigüedad, son volúmenes muy pequeños, tanto que fácilmente podrían haber sido guardados en los bolsillos, algo más holgados, de los chalecos del pasado: pequeños, pero tan negros como sus hermanos mayores, e impresos en letra menuda, con amplios entreverados de citas en latín y griego. De un modo u otro, estos

pequeños volúmenes siempre me dan la impresión de que hubo de existir el propósito de hacerlos mucho más grandes, pero que se vieron malogrados en las primeras etapas de su crecimiento y acabaron por ello raquíticos y atrofiados. Algunas de esas obras son colecciones de sermones de los viejos teólogos de Nueva Inglaterra, hombres famosos en su tiempo, pero cuyos escritos ya no pueden encontrarse en parte alguna, salvo en una biblioteca procedente, tras una o dos mudanzas, de algún clérigo de su época. En las hojas en blanco de muchos de esos viejos libros están escritos los nombres de sus antiguos propietarios, que dejaron vacíos sus púlpitos hace ya más de un siglo: algunos quizá se contarían entre los primeros peregrinos, y otros sin duda nacieron antes de que los peregrinos trascendiesen sus labores terrenales. En algunas de las hojas en blanco hay páginas escritas a mano, en las que quizá se contiene una profundísima sabiduría y una verdad muy importante, pero de la cual el mundo nunca sacará provecho, al menos mientras nadie pueda leerlas. Las aportaciones del doctor Ripley a la biblioteca no revisten mayor interés. Volúmenes del *Christian Examiner* [24] y el *Liberal Preacher*[25], sermones modernos, las controvertidas obras de los ministros unitarios y pacotilla similar; pero los cuales, me figuro, habrán de mostrar con suficiente claridad, al compararlos con la parte más antigua de la biblioteca, la diferencia entre el frío, insulso y vagamente liberal clérigo de nuestros días, y el intolerante pero fervoroso lanzaesputos de las épocas puritanas. En general, prefiero la variedad mencionada en último lugar en lo que se refiere a la tribu de los vestidos de negro.

En un enorme y viejo baúl de madera cubierto de cuero encontré muchos otros recuerdos del venerable doctor, tales como su mejor gorro de piel de castor, con un festón de solemne anchura, y un sombrero de seda del mismo estilo, para vestir en verano; las zapatillas que llevaba en su estudio, cálidas y confortables; su tabaquera metálica; su cajita de hojalata de aire japonés, para guardar la borla con la que se blanqueaba el cabello o la peluca, medio siglo atrás. Asimismo, hay dos retratos, uno aparentemente de su madurez, el otro de su venerable edad. Tales cosas se encuentran mezcladas con sermones manuscritos, viejos rimeros de desfasadas cuentas y numerosas cartas, algunas con instrucciones escritas por manos femeninas. Tal vez encontremos en ellas algo de interés, si la más intransigente de las esposas consiente en que las leamos, en defensa de lo cual mucho podría traerse a colación, pues no en vano somos, en el ínterin, los herederos del viejo doctor y los legítimos legatarios de su historia completa. El baúl también contenía algunas obras de literatura más ligera que el resto de su biblioteca; entre ellas, el *Quijote Espiritual* [26], *Thaddeus de Varsovia* [27] y un volumen de poesía de *Della Crusca* [28], el único que jamás he visto. Entre los volúmenes más antiguos olvidé mencionar el *Alfred* de *sir* Richard Blackmore[29]. Blackmore fue un poeta muy admirado en Nueva Inglaterra, y es probable que sus obras

constituyeran una parte importante de la literatura de buen tono que uno podía encontrar en cualquier biblioteca, ciento veinte años atrás.

Sábado, 20 de agosto

Esta semana hemos tenido un tiempo muy gris hasta ayer. Aunque creo que ni me hubiera enterado de no ser porque Adán se lamentaba a diario de los estragos que esa continua humedad estaba causando en su jardín. Y es que me importa muy poco de qué guisa viste el cielo, si hace sol o está sombrío afuera, de lo completa y suficiente que es mi felicidad interior, y lo eficiente como sol de mi sistema que es mi queridísimo señor. No me he sentido muy bien físicamente, así que no he podido ser tan expresiva como de costumbre, pero mi felicidad nunca varía, en tanto reconozco mi lugar, y sé que soy de veras su esposa por primera vez desde que llegamos al Paraíso. Fue también la primera vez que dejé a mi amado solo en nuestro Edén, si bien a menudo ha tenido que separarse de mí por algún tiempo. Me acompañó por la avenida y el camino un ratito, pero no llegó más lejos porque estaba en camisón.

Elizabeth acudió a la puerta a recibirme, con aspecto fatigado y muy cansado. Nunca la había visto así de extenuada. Se mostró tan cordial como siempre.

22 de agosto

Di un paseo por el bosque, ayer por la tarde, hasta la casa de Mr. Emerson, con un libro que Margaret Fuller[30] se había dejado tras la visita del sábado por la noche. No encontré el camino más corto, y paseé sin rumbo hasta una parte muy aislada de esta espesura, pues espesura es como se la habría de llamar para hacerle justicia, tan densa y tenebrosa era la sombra de sus robles y pinos. En un momento dado vagué hasta una extensión tan cubierta de arbustos y maleza que apenas pude abrirme paso por ella. Nada resulta más irritante que un paseo de esta naturaleza: verse tan mortalmente atormentado por una innumerable cantidad de pequeños contratiempos es algo que me indigna y me deprime al mismo tiempo. Siempre que me doy de bruces con una extensión de arbustos, que se cruzan y entretejen entre mis piernas, y me rozan la cara, y me agarran de la ropa con su multitudinaria garra... siempre, en tales dificultades, siento que casi valdría lo mismo tirarme al suelo y morir de rabia y desesperación que dar un paso más lejos. Es cosa de risa, cuando he podido escapar de ese apuro, pensar en lo horriblemente que me había afectado momentos antes; pero con el tiempo he aprendido a tener paciencia, pues por estos pagos hay muchas extensiones de similar

espesura en los márgenes de las praderas, y a menudo mis paseos me conducirán hasta ellas. Tras escapar de los matorrales, no tardé en llegar hasta un espacio abierto entre los bosques: un lugar muy solitario, rodeado de árboles añosos y altos, y tan silencioso y tranquilo como si nadie hubiera puesto un pie allí en todo el verano. Una bandada de cuervos celebraba su aquelarre en las copas de los árboles; por lo visto, se sintieron ofendidos o agraviados por mi presencia, pues todos a una comenzaron a graznar, y, arrojándose con verdadera rabia al aire, levantaron el vuelo hacia alguna soledad más segura. La mía, probablemente, fue la primera forma humana que habían visto en todo el día, al menos si habían permanecido varados en aquel lugar; pero quizá habían sobrevolado millas y millas de campo, desayunado en la cumbre del Greylock y almorzado en la base de Wachusett, y simplemente habían ido a cenar y dormir entre los tranquilos bosques de Concord. Pero en aquel momento tuve la impresión de que habían permanecido allí, en las silenciosas copas de los árboles, durante todo el *sabbath*, y me sentí como el que irrumpe sin saberlo en una reunión de idólatras. Claro que un cuervo no ostenta verdaderas pretensiones religiosas, pese a la gravedad de su semblante y su negro atuendo; en realidad son ladrones, y probablemente infieles. Aun así, ayer sus voces se empastaban admirablemente con el influjo de aquella tarde soleada, cálida y, con todo, otoñal; se hallaban a tal altura que su poderoso clamor era un añadido a la paz de la escena, y no un motivo para perturbarla. No había otro sonido salvo la canción de los grillos, que no es sino una quietud sonora; pues, por más fuerte que suene, y por lejos que se escuche, la mente no la concibe como un sonido, tan plenamente entremezcla y pierde su individualidad entre las restantes características del otoño que viene. ¡Adiós al verano! La hierba sigue verdeando en las colinas y los valles; el follaje de los árboles es tan espeso como siempre, y no menos verde; las flores abundan en los márgenes del río, y en los setos, y en lo más profundo de los bosques; también los días son tan calurosos como lo eran hace un mes... y, pese a todo, en cada soplo de aire, en cada rayo de sol, se siente la influencia del otoño. No sé cómo describirlo: tiendo a pensar que hay una especie de frescor en medio de tanto calor, y más templanza en el brillo del sol. No hay brisa que no sople sin que me estremezca el hálito del otoño; y observo su melancólica gloria en los lejanos destellos de oro, entre las alargadas sombras de los árboles. Las flores —incluso las más luminosas, como el solidago y el fastuoso cardenal: las flores más gloriosas del año— tienen esta suave tristeza en medio de su pompa. El melancólico otoño se deja ver en el brillo de todas y cada una de ellas. Hay años en que esta influencia la he sentido más pronto que en otros: a veces puedo percibir el otoño incluso en los primeros días de julio. No hay emoción igual que la que origina esta débil percepción, dudosa pero, aun así, auténtica, o esta profecía, más bien, de la decadencia del año, tan

deliciosamente dulce y triste en un mismo soplo.

Después de dejar el libro en casa de Mr. Emerson, regresé a través de los bosques y, al adentrarme en Sleepy Hollow[31], observé que había una dama reclinada cerca del sendero que se curva en su linde. No era otra que Margaret. Había estado allí toda la tarde, meditando o leyendo; pues tenía un libro en la mano, con un extraño título, que no entendí y he olvidado. Me dijo que nadie había roto su soledad, y empezaba ya a desarrollar una teoría acerca de que ningún habitante de Concord había visitado jamás Sleepy Hollow cuando vimos que un nutrido grupo de personas entraba en aquel predio sagrado. Muchos de ellos siguieron un sendero que los llevó muy lejos de nosotros; pero un anciano pasó cerca de donde estábamos, y sonrió al ver a Margaret tendida en el suelo, y a mí sentado a su lado. Hizo una observación acerca de la belleza de la tarde, y se internó en la tiniebla del bosque. Hablamos entonces del otoño, y de los placeres de perderse en los bosques, y de los cuervos, cuyas voces había escuchado Margaret, y de las experiencias de los primeros años de la infancia, cuya influencia permanece en el carácter después de que se haya perdido su recuerdo, y de la visión de las montañas desde muy lejos, y de lo que se divisa desde sus cumbres, y de otros asuntos de alta y baja filosofía. En medio de nuestro paseo escuchamos unas pisadas allá arriba, en el lado más alto de la orilla; y, mientras el intruso seguía oculto entre los árboles, este llamó a Margaret, a quien había entrevisto. Entonces surgió de la verde sombra; y he aquí que se trataba de Mr. Emerson, que, a pesar de su consagración clerical, no había encontrado mejor manera de pasar el *sabbath* que rondando por los bosques. Parecía haber disfrutado de un rato muy agradable, pues dijo que había hoy musas en los bosques, y susurros que se dejaban oír entre la brisa. Como ya eran las seis, nos separamos: Mr. Emerson y Margaret en dirección a su casa, y yo en dirección a la mía, donde mi mujercita estaba muy ocupada preparando un té. Por cierto, Mr. Emerson me invitó a cenar hoy, sin compromiso, según conviniese a mi apetencia llegado el momento; y resulta que no me apetece. Del mismo modo, me hizo llegar una invitación a través de Mrs. Ripley, de Waltham, para que mi esposa y yo acudiésemos a una fiesta que celebra el jueves que viene por la noche, en su casa: creo que se trata de una fiesta anual, que tiene lugar la noche siguiente a la celebración del F. B. K. Irá mi esposa, si así lo desea, y se quedará a pasar allí la noche, lejos de su pobre y desconsolado esposo.

Anoche se vio la más maravillosa luz de luna que jamás haya bendecido este mundo terreno; y, cuando salí a bañarme en el río, que estaba tan calmo como la muerte, me dio la impresión de que me zambullía en el mismísimo firmamento. Pero ahora mismo prefiero estar en la tierra que aun en el séptimo cielo.

Miércoles, 24 de agosto

El lunes por la mañana caminé hasta la casa de Mrs. Alcott[32], dos millas, para darle una carta de mi madre y que ella la dejara en Boston al día siguiente. Caminé muy diligentemente y completé la distancia en muy poco tiempo, sintiéndome más animada a cada paso que daba y tan fuerte como un pequeño león. Tras una visita muy agradable a su cabaña, Mrs. Alcott propuso que su hermano Junius[33] me llevase en bote hasta casa, en vez de regresar a través del polvoriento camino. De modo que Anna, Louisa, Junius y yo nos dirigimos hacia el río, y Mrs. Alcott colocó un cojín escarlata en mi asiento, y Mr. Junius esparció unas ramitas de árbol bajo mis pies para protegerlos del polvo o la humedad del bote, y allá fuimos, surcando río abajo su centelleante cauce. Estaba totalmente en calma, de modo que era imposible decir en qué parte de la orilla terminaba lo tangible y empezaba lo reflejo, salvo por el hecho de que el reflejo era mucho más hermoso y límpido, como si hubiera sido rociado por la lluvia. El púrpura camalote, la espléndida cardenal, la espirea de todos los colores y la punta de flecha y las azucenas parecían regocijarse de estar en ese mundo de hadas bajo la tierra. Y las nubes de afelpada blancura surcaban el éter azul muy por debajo de nosotros, como si estuviéramos navegando entre dos hermosos firmamentos y todo ese ornamento esmeralda de la tierra se hallara suspendido a nuestro alrededor gracias a la potencia de varias contrafuerzas. Las amarillas aguas del río convierten las plantas que crecen en su lecho en oro puro: uno podría imaginar que es el río Pactolo[34], y los llanos que le rodean, los de la encantadora Grecia. De vez en cuando una bandada de pájaros cruzaban en su vuelo el remoto paraíso que había allá abajo y se desvanecían como fantasmas. Oh, ¿quién podría haber imaginado que había fango, fuego y rocas bajo nuestro pequeño bote, en lugar de este extraño paisaje? Era verdaderamente cautivador, con una notable excepción: mi noble y majestuoso marido tendría que haber estado sentado conmigo remo en mano en vez de un tal Junius Alcott, que no tiene lugar en mis aprecios. Enseguida atracamos en una ensenada y Junius saltó del bote y recogió un «cónclave de cardenales» (como mi querido marido llama acertadamente a los grupos de estas flores) y me las ofreció, y Louisa Alcott cortó los camalotes y los añadió a tan radiante compañía. ¿Qué cardenal romano vistió jamás un manto semejante al de esos imperiales dignatarios *yankees*? Ningún tinte tirio igualó jamás este tono. Dios pinta mejor de lo que el hombre puede imitar. Puse pie en tierra en una roca al pie de nuestro huerto y llegué a la cena justo después de que mi marido y Louisa hubieran tomado asiento, sintiéndome como una ninfa de las aguas recién llegada de enjoyadas cuevas y profundidades pobladas de juncos. Por la tarde fuimos a nuestra boscosa colina para recoger arándanos. Nos adentramos en el bosque de pinos a la espera de que el sol debilitara sus fuerzas, y me tendí sobre esta antigua y joven

Tierra, y fue un dulce descanso el que tuve hasta que empecé a sentir frío. Comenzamos entonces nuestra labor, y en el mayor silencio, como tres mudas dríades, llenamos nuestras cestas. De vez en cuando levantaba la cabeza para comprobar el avance del sol, y llamé a mi querido señor y a Louisa para que levantasen por un instante los ojos de su absorbente labor. Las vacas pastaban a mi lado, respirando a mi alrededor con el más dulce aliento. Muy civilmente me acerqué a una de ellas, pero, tras dedicarme una mirada presumida, inclinó la cabeza y se alejó entre tambaleos, sin la menor gracia de cuerpo o alma. Había un buen cúmulo de nubes por encima del sol, prestas a ser transformadas en soberbios mantos de púrpura y oro. Pero el astro rey no estaba de buen humor y no brindó una sola partícula de gloria a ningún objeto próximo, y, tras aguardar bajo la lluvia su esperado desfile, dejamos sin prisas a su estúpida majestad para que disfrutase a solas de su egoísmo. Tras el té, Louisa y yo separamos nuestros frutos de todo lo que no servía, mientras mi adorado marido se hallaba sentado frente a mí, brillando como una estrella. Ah, ahora que lo pienso... El sol se puso en sus ojos, y estos irradiaron el esplendor perdido hacia mí, y hasta mi corazón. ¡Oh, sol! Perdona el irreverente comentario que he hecho de ti. Eres mucho más sabio de lo que pensaba.

Ayer, martes, por la tarde, fuimos a buscar cardenales a la orilla del río, y encontramos doscientos noventa potentados metidos en el agua hasta los tobillos, y los arrancamos. No creo que jamás haya habido tan resplandeciente visión como esos doscientos noventa cardenales dispuestos en un grupo compacto, cargados en el hombro de mi marido al regresar a casa. Por la noche los dispuse todos en la mesita para las flores[35].

Miércoles, 24 de agosto

Hoy abandoné[36] a mi Sophia a las cinco de la mañana y salí a pescar algo para la cena. Al pasar por el huerto, sacudí nuestro manzano y comí la dorada manzana que cayó de él. Tiendo a pensar que estas manzanas tempranas, que llegan como una dorada promesa antes de los tesoros de la fruta otoñal, son casi más deliciosas que cualquier otra cosa que venga después. Solo tenemos un árbol así en nuestro huerto; pero nos proporciona una abundancia diaria, y promete seguir haciéndolo durante al menos una semana más. Mientras tanto, otros árboles comienzan a dejar caer sus frutos ya maduros sobre la hierba; y cuando los saboreo, y percibo su endulzado aroma y sus ennegrecidas semillas, me siento algo abrumado por la inmediata prodigalidad de la Providencia. Supongo que a Adán en el Paraíso no le gustaba encontrarse sus frutos pudriéndose en el suelo, después de haberlos visto crecer en los soleados días del primer

verano del mundo. No obstante, los insectos, en el peor de los casos, obtendrán de ellos un buen festín; así que no se verán desperdiciados en el vasto plan de la naturaleza. Además, tengo una ventaja sobre el primigenio Adán, ya que cabe la posibilidad de repartir los frutos que nos sobren entre gentes que no habitan un Paraíso propio.

Después de atravesar un caminito que hay junto a la orilla del río lancé mi sedal, y no tardé en sacar un pececito de lo más pequeño. Parecía una buena mañana para el pescador de caña: había en el aire una frescura otoñal, y el cielo estaba claro, si bien la niebla se extendía sobre las tierras bajas y la superficie del río, niebla que una suave brisa de vez en cuando condensaba en guirnaldas. Al principio apenas podía distinguir la orilla opuesta del río; pero, a medida que el sol se alzaba, los vapores se iban dispersando gradualmente, hasta que solo quedó un cálido tinte ahumado cubriendo la superficie del agua. Las granjas, al otro lado del río, hicieron su aparición por entre las atezadas nubes; se escuchaban las voces de los chicos, gritando a sus rebaños de camino a los pastos; un segador afilaba su guadaña y se disponía a trabajar en un prado cercano. Mientras tanto, continué a la espera en la rezumante margen de la corriente, tratando de atraer a los pececillos; y aunque los escamosos habitantes de nuestro río comparten algo del carácter de su elemento natal, y tardan mucho en picar, logré pescar no menos de dos docenas. Todos ellos eran bramas: un pez ancho, plano y casi circular, cuya forma se parece bastante a la de una platija, con la salvedad de que nadan sobre sus bordes, en lugar de hacerlo por los costados planos. En lo que concierne al puro placer, no es que merezca mucho la pena pescar en nuestro río, pues es como tirar el sedal a un charco de lodo; y uno no asocia la idea de frescura y pureza al pez, como hacemos con aquellos que habitan las rápidas y translúcidas corrientes, o rondan las costas de las grandes profundidades salobres. Ante el margen poblado por los juncos, ya arrojado el sedal sobre los altos arbustos que se sumergen en el agua, da la impresión de que no podremos pescar otra cosa que ranas y tortugas del barro, o reptiles de similar especie; y, aun cuando sacamos un pez de reputado aspecto, sentimos cierta inquietud al pensar en tocarlo. En cuanto a nuestro río, mi mujercita expresó anoche su personalidad admirablemente. Dijo: «Es demasiado perezoso como para cuidar su higiene». Yo podría escribir páginas y páginas, y solo oscurecería la impresión que transmite esta breve sentencia. Sea como fuere, nos aventuramos a comer parte de mi pesca como desayuno, y la encontramos muy sabrosa; y el resto recibirá el debido agasajo durante la cena, acompañado de judías, maíz y pepinos de nuestro jardín; de manera que la comida de este día procede directamente de la caritativa Naturaleza, sin la intervención de terceras personas entre nosotros y ella.

Sábado, 27 de agosto

Un melocotonero, que crece junto a nuestra casa, y barre la ventana de la cocina, está tan cargado de fruta que he tenido que apuntalarlo. Jamás había visto melocotones de apariencia tan espléndida: grandes, redondas bellezas de mejillas escarlata, apiñadas por todo el árbol. En una semana, si no menos, comenzarán a estar listos para la recogida. De igual modo, un peral está madurando su generosa carga de dulce y pequeña fruta, que nos tendremos que comer casi al mismo tiempo que los melocotones. Hay algo agradablemente irritante en esta superflua abundancia; es como si al estar bajo un árbol de manzanas maduras, y, al darle una sacudida con la intención de que caiga una de ellas, nos cayera una docena, retumbando en nuestros oídos desde todas partes. Pero merece la pena tocar la certeza de que hay una generosidad infinita y un botín incansable en nuestra Madre Naturaleza; y nunca había concebido esa idea tan vívidamente como ahora, al ver que soy, junto con las dos o tres bocas que voy a alimentar, el único heredero del tesoro de frutas que dejó el viejo clérigo. Sus hijos, y todo su servicio doméstico, sus amigos del pueblo, y los invitados de la curia que acudían a hablar desde su púlpito acostumbraban a comer, y a atiborrarse, de estos árboles. Ahora, todas esas buenas personas de buen comer ya no están entre nosotros; y en lugar de ellos hay una pareja solitaria, cuyo apetito está más que satisfecho con los frutos que los árboles arrojan a sus pies.

Sea como sea, de vez en cuando tenemos algún invitado que evita que se pudran nuestros melocotones y peras. George Bradford[37], mi antiguo compañero de trabajo en la Comunidad, nos visitó anoche, y hoy ha cenado aquí. Este verano ha estado cultivando vegetales en Plymouth, y vendiéndolos en el mercado. ¡Qué modo de vida tan singular para un hombre educado y refinado! Pasar sus días en duro y continuado esfuerzo físico, y después trasladar los productos de su trabajo en una carretilla hasta el mercado público, para allí venderlos al por menor: un picotín de judías o guisantes, un puñado de nabos, una cucurbitácea, una docena de espigas de maíz. Sin una cierta excentricidad de carácter, pocos hombres tendrían la fuerza moral necesaria para llevar esto a cabo; y es muy sorprendente encontrar esa fuerza combinada con la mayor delicadeza, y una personalidad de un equilibrio nada frecuente. De vez en cuando regresa, durante uno o dos días, para seguir con sus asuntos entre eruditos y gente ociosa; como, por ejemplo, esta misma semana, en que ha dejado de lado su pala y su azada para asistir a la ceremonia de graduación en Cambridge. Es un hombre atípico; un original perfecto, y, aun así, sin ninguna arista: su personalidad se puede percibir y comprender pero es casi imposible describirla, pues, de aferrarme a alguna característica, esta se vería inevitablemente alterada y distorsionada en el proceso de ponerla por escrito. Le he invitado a convertirse en miembro de mi familia; aún

está sopesando la propuesta, pero lo más probable es que no acepte. Quizá con todas esas propiedades delicadas y extrañas que lo convierten, en muchos aspectos, en algo más parecido a sombra que a sustancia, será mejor para ambos que no acepte.

Los pocos días de verano que nos quedan se han visto, en las últimas fechas, terriblemente oscurecidos de nubes. Hoy hemos tenido una o dos horas de sol y calor, pero el sol se alzó entre la nube y la niebla; y, antes de que pudiera llegar a secar la humedad del chaparrón que la noche pasada cayó sobre la hierba y los árboles, las nubes se habían congregado otra vez entre él y nosotros. Esta tarde, el trueno retumba a lo lejos, y, creo, han caído unas gotas de lluvia; pero el grueso del chaparrón ha estallado en otra parte, dejándonos sin otra cosa que su pesarosa oscuridad. Hay en la atmósfera un calor bochornoso, que despoja el cuerpo y la mente de toda vivacidad y brío.

Domingo, 28 de agosto

Y otro día de lluvia: la lluvia más fuerte, creo, que ha caído desde que llegamos a Concord. La naturaleza visible jamás tuvo un aire más sombrío. Asomé por la ventana abierta de mi estudio con cierto desconsuelo, y observé que el enorme sauce que da sombra a la casa había recogido y retenido toda una catarata de lluvia entre sus hojas y ramas; y los árboles frutales gotean, también, continuamente, incluso en los breves intervalos en que las nubes nos dan un respiro. Si se les agitara para que hiciesen caer sus frutos, descargarían una buena ducha sobre la cabeza de quien hubiera debajo. La lluvia es tibia, procedente de alguna región del sur; pero, para dar fe de que se trata de un periodo de lluvia otoñal, el sauce esparce una multitud nada rara de hojas amarillas, que descansan en el inclinado techo de la casa, y se extienden por el sendero de grava y la hierba. Los demás árboles todavía no han hecho caer sus hojas, aunque en algunos de ellos se adivina un tinte de verdor más suave, próximo al amarillo. Durante todo el día escuchamos el agua haciendo plic-plicplic y chop-chop-chop al caer desde el alero, y burbujeando y espumeando en las cubas que hemos dispuesto para recogerla. Las planchas y los tablones sin pintar de la mansión y las casas anexas se han vuelto negros por la humedad que los ha empapado. Mirando al río, nos percatamos de que su superficie, generalmente lisa y espejeante, está emborronada por una infinidad de gotas de lluvia; todo el paisaje, hierbas, árboles y casas, tiene un aspecto completamente empañado por el agua, como si la tierra estuviera transida de humedad; la boscosa colina, a más o menos una milla de distancia, adonde acudimos a recoger arándanos, está cubierta en su cima por la niebla, como si el demonio de la lluvia hubiera aposentado allí su trono; y, si miramos al cielo, parece que toda esa agua que ha caído

sobre nosotros no fuera nada al lado de la que vendrá. De vez en cuando no falta, al menos, un atisbo de cielo por el horizonte, o un deslumbramiento de la atmósfera, mitad lúgubre, mitad alegre; las gotas de lluvia dejan de percutir, salvo cuando los árboles se sacuden de encima un suave chaparrón; pero no tardamos en escuchar el amplio, tranquilo, lento y firme reinicio de la lluvia. O mucho me equivoco, o el río ha crecido considerablemente a lo largo del día, y su corriente ha adquirido cierto grado de fuerza.

En tan lúgubre clima, cuando el mortal común casi ha olvidado que alguna vez hubo una dorada luz solar, o que alguna vez la habrá, mi mujercita parece que de veras la irradia desde su corazón y su mente. Las sombras no pueden dominarla; ella es quien las conquista, y las arroja muy lejos de su esfera, y crea un arcoíris de esperanza moral hasta en la nube más negra. En cuanto a mí, no soy mayor que una nube, en temporadas así; pero ella contribuye a hacer de mí una nubecilla soleada, pues se interna en los más remotos recovecos de mi corazón, y brilla a través de mí. Y así, sin siquiera el apoyo de una ocupación objetiva, sobrevivo a tan melancólicos días, y soy feliz. Esta mañana, mi esposa leyó para los dos, de una forma bellísima, el Sermón de la Montaña; de manera que pensé que hasta su propio Autor se habría sentido satisfecho de verlo así expresado. En el transcurso del mediodía siguiente, la lluvia cesó por un tiempo; y salí y reuní algo de maíz y algunas hortalizas de verano para la cena, y recogí las manzanas, peras y melocotones que el viento había hecho caer. Humedad, humedad, humedad: todo estaba impregnado de humedad. Me mojé con las hojas de los tallos del maíz, la húmeda hierba empapó hasta muy adentro mis botas de piel de vaca, los árboles echaron sobre mi cabeza el agua que retenían, y enseguida la impenitente lluvia comenzó a caer otra vez, hasta hacerme regresar a casa. ¿Cuándo volveremos a caminar por las remotas colinas, y a sumergirnos en la profundidad de los bosques, y a recoger cardenales a la orilla del río? El camino que solemos tomar probablemente estará ahora bajo el agua. ¡Qué inhóspita es la Naturaleza, cuando llueve! En el ardiente calor de los días de sol aún conserva un ápice de piedad hacia nosotros; abre retazos de sombra, donde el sol no puede llegar; pero no proporciona ningún refugio contra sus tormentas. Tiembla uno al pensar en lo goteantes de humedad que estarán esos densos y agraviados rincones —esos ensombrecidos taludes— donde tanto placer encontrábamos en las tardes de bochorno. ¿Y qué será de los pájaros, con una lluvia tan intensa como esta? ¿Cabe pensar que la esperanza, y una instintiva fe, se encuentran tan entremezcladas en su naturaleza como para que se vean animados por la noción de que el sol volverá a salir? ¿O quizá piensan, como casi hago yo, que ya no regresará el sol nunca más? Muy desconsolados se habrán de ver, entre las goteantes hojas; y, cuando un simple verano constituye una porción tan importante de sus vidas, se hace duro pensar que tantísimo de

ellas acaba disuelto en lluvia. De igual modo, en lo que a mí respecta, estoy ávido de días de verano; la vida de un hombre no cuenta con tantos como para perder uno solo sin lamentarse por ello.

Martes, 30 de agosto

Mi esposa prometió, en medio de la lluvia del domingo, que ayer haría buen tiempo y, ¡mirad!, el sol volvió a nosotros, y trajo uno de los días más perfectos que jamás se hicieran desde que Adán fue arrojado del Paraíso. Dicho sea de paso, ¿llovió alguna vez en el Paraíso? De ser así, ¡qué poco confortable tuvo que ser la enramada de Eva[38]! ¡Y qué tiempo más miserable y reumático debieron de pasar en su lecho de húmedas rosas! Tiemblo solo de pensar en ello. Lo cierto es que el mundo, ayer por la mañana, parecía nuevamente creado, y yo fui testigo de su nacimiento; pues me levanté antes de que el sol estuviera sobre la colina, y me fui a pescar. Con qué celeridad desapareció toda lobreguez y pesadumbre del espíritu de la tierra, ante una sola sonrisa del benéfico sol. Esto demuestra que todo pesar no es sino un sueño y una sombra, y que la dicha es la auténtica verdad. Hacen falta muchas nubes, y que estas se suspendan largo tiempo sobre nosotros, para contristarnos; pero un simple rayo de sol es siempre suficiente para alegrar el paisaje. Las orillas del río, de hecho, reían cuando la luz del sol se hizo en ellas; y el propio río estaba más vivo y feliz, y, por mera gracia y diversión, había barrido numerosas guirnaldas del heno de los prados, y viejas y podridas ramas de los árboles, y demás oropeles. Dichos materiales flotaban corriente abajo, girando y girando en remolinos, o apresurando su camino hacia el cauce principal; y muchos de ellos, antes de su hora, habrán sido arrastrados probablemente al Merrimack, y llegarán más allá hasta el mar. Los lugares en los que en mi excursión anterior me detuve a pescar se encontraban ahora bajo el agua, y las copas de algunos arbustos, a lo largo de la margen del río, apenas asomaban sobre la corriente. Se han inundado enormes extensiones de campo.

Durante todo el día sopló viento del noroeste; y tantas nubes —los restos de la oscuridad ya ida— se dispersaban por el cielo que la brisa no dejaba de hacerlas pasar por delante del sol. La mayoría volvían a irse al cabo de un rato; pero a veces la sombra remoloneaba lo bastante como para hacerme temer que regresara el mal tiempo. Entonces irrumpía otra vez el brillante estallido de la luz del sol, y yo sentía que en adelante sería imposible otro día de lluvia. Pero que sea mi esposa la que describa el día: sin duda lo hará muy bien, pues fue ella quien lo creó, o algo, al menos, debió de influir en su manufactura, dado que tan certera fue en su profecía.

Por la tarde, Mr. Emerson vino a visitarnos, acompañado de Mr. Frost,

el colega y sucesor del doctor Ripley. Mr. Frost[39] es el claro ejemplo de cura plomizo, y reúne las condiciones para engrosar las existencias de sermones manuscritos, de los cuales ya tiene que haber una inquietante cantidad en el mundo. Me doy cuenta de que mi respeto por los clérigos como tales y mi fe en la utilidad de su oficio disminuyen a diario. Desde luego, necesitamos una nueva revelación, un nuevo sistema, pues parece que el antiguo carece de vida. Mr. Frost, no obstante, es probablemente uno de los mejores y más útiles de su clase; porque hasta el momento no le ha preocupado la posibilidad de que su profesión, constituida como lo está ahora, sea necesaria para los hombres, ni su propia utilidad y fortuna en ella; por lo cual se emplea con fe y confianza, como hacían los ministros hace cien años, cuando tenían realmente algo que hacer en este mundo. No recuerdo ningún detalle de interés en nuestra conversación. Una vez se marcharon nuestros visitantes, me detuve ante el ventanal del balcón, y bajé la vista hacia la avenida; y no tardó en aparecer allí una anciana mujer, una vieja matrona, decente, sencilla, con un vestido oscuro, y lo que parecía un libro manuscrito bajo el brazo. El viento retozaba en su vestido, y agitaba el velo sobre su rostro, y parecía juguetear con ella; pero, al verla de cerca, más me parecía una triste y anciana criatura, de pálido y delgado semblante, con algo semejante a una expresión desconcertada y perdida. Su manera de andar era muy singular, algo tambaleante, como si marchase (pero no exactamente tambaleándose) de un lado al otro del sendero; yendo hacia delante como si no importase gran cosa hacerlo encorvada o erguida. Tales eran mis observaciones al verla aproximarse entre retazos de sol y sombra por nuestra larga avenida, hasta que, al alcanzar la puerta, llamó con un golpecito, y preguntó por la señora de la casa. Como ese adorado personaje estaba dormido, mi hermana Louisa acudió a preguntarle qué se le ofrecía, y me trajo su volumen manuscrito. Contenía este un certificado donde se afirmaba que la anciana era una viuda procedente de tierra extranjera, que recientemente había perdido a su hijo, y que ahora estaba privada por completo de amigos y parientes, y sin medios para mantenerse. Añadida al certificado, había una lista de nombres de personas que le habían mostrado su caridad, con el monto de sus diversos donativos: por lo que recuerdo, ninguno era mayor de veinticinco centavos. He aquí una extraña vida, y un personaje propio de una novela o un poema. Me figuro que los primeros años de su existencia, y buena parte de su viudedad, debió de pasarlos en la tranquilidad de un hogar, rodeada de parientes, y niños, y de esas comadres que las mujeres congregan en torno a ellas para sus chismorreos, que duran toda una vida. Pero en su declinar, se alejó de todo aquello, hasta de su propio país natal; y es una vagabunda, aunque todavía tenga en su aspecto decencia y un recuerdo de la vida doméstica, propia de quien ha sido esposa y madre y ha tenido un techo propio sobre su cabeza. Y, con todo, mostraba el descuido inherente a su vida actual. Tengo debilidad

por los vagabundos de toda condición, y nunca, que yo sepa, he negado ni una migaja a un mendigo errante, si yo llevaba algo en el bolsillo. Hay tanta necesidad y desdicha en el mundo que no podemos dudar en tomar por cierta la palabra de mortal alguno que nos diga que precisa nuestra ayuda; y, si acaso fuéramos engañados, aun así el bien que nos hacemos a nosotros mismos, a resultas de tan bondadoso acto, vale más que la minucia por la que lo obtenemos. Es de desear, pienso yo, que a personas tales se les permita vagar por nuestras tierras de abundancia, esparciendo la simiente de la caridad y la ternura: como aves de paso que llevan las semillas de preciosas plantas de tierra en tierra, sin sospechar siquiera el cometido que desempeñan.

Jueves, 1 de septiembre

Mr. Thoreau cenó ayer con nosotros. Es un personaje curioso: un joven en el que aún prevalece mucho de la primigenia naturaleza salvaje, y, por más sofisticado que sea, lo es según un modo y un método propios. Es tan feo como el pecado, de nariz alargada, boca extraña, y muestra maneras toscas y un tanto rústicas, aunque corteses, que encajan muy bien con su fachada. Pero su fealdad es del tipo honrado y agradable, y le sienta mucho mejor que la belleza. Se educó, según creo, en Cambridge, y en un tiempo fue maestro en esta ciudad; pero desde hace dos o tres años repudia las formas comunes de ganarse la vida, y parece inclinado a llevar una especie de existencia indiana entre hombres civilizados: una existencia indiana, quiero decir, en lo que respecta a la ausencia de cualquier esfuerzo sistemático por buscar su sustento. Lleva un tiempo viviendo con la familia de Mr. Emerson, y como retribución trabaja en el jardín, y ejerce tantos otros oficios como su destreza le permite, animado por Mr. Emerson a sacar cuanto de auténtica virilidad haya en él. Mr. Thoreau es un agudo y delicado observador de la naturaleza, un observador genuino, que, sospecho, es casi tan raro personaje como personalísimo poeta; y la Naturaleza, en recompensa a tanto amor, parece haberlo adoptado como a un niño predilecto, y le muestra secretos que a muy pocos les es concedido ver. Se lleva bien con las bestias, los peces, las aves y los reptiles, y siempre tiene las más extrañas historias que contar de sus aventuras, episodios de su amistad con nuestros hermanos menores en la vida mortal. Hierbas y flores, allá donde crezcan, ya sea en un jardín o en el bosque salvaje, son igualmente sus amigos. También mantiene estrechas relaciones con las nubes, y puede presagiar las tormentas. Un rasgo que lo caracteriza es el profundo respeto que siente hacia la memoria de las tribus indias, cuya vida salvaje tanto le hubiera favorecido; y, por extraño que resulte decirlo, rara vez pasea por un sembrado sin encontrarse una punta de flecha, o de lanza, o cualquier otra reliquia de los pieles rojas, como si

sus espíritus desearan que él fuera el heredero de tan simples riquezas.

Con todo, tiene mucho más que una mera inclinación literaria: lo suyo es un gusto profundo y auténtico por la poesía, especialmente por los poetas antiguos, aunque más limitado de lo que sería deseable, como sucede con todos los trascendentalistas, hasta donde yo los conozco. Es un buen escritor; al menos, ha escrito un buen artículo, una intrincada disquisición sobre historia natural, en el último *Dial* [40], que, según dice, elaboró a partir principalmente de observaciones propias escritas en sus diarios. En mi opinión, este artículo ofrece una imagen muy representativa de su personalidad y sus pensamientos: es auténtico, preciso y literal en lo que observa, y describe tanto la esencia como la presencia de aquello que ve, a la manera en que un lago refleja sus boscosas orillas, mostrando cada hoja y definiendo al mismo tiempo la salvaje belleza del paisaje completo; en el artículo también hay pasajes de neblinosa y soñadora metafísica, que por una parte son afectados, y, por otra, no dejan de ser exhalaciones naturales de su intelecto; y otros donde sus pensamientos parecen escanciarse y resonar como espontáneos versos, lo que en puridad son, dado que en este hombre hay verdadera poesía. Hay también, a lo largo del artículo, un sustrato de sentido común y de verdad moral, que es en sí un reflejo de su personalidad; pues el hombre no carece de sabiduría al pensar y sentir, por más imperfecto que sea en su manera de actuar. En general, me parece un tipo sano e íntegro, al que merece la pena conocer.

Tras la cena (en la cual abrimos la primera sandía y el primer melón que nuestro huerto ha brindado) Mr. Thoreau y yo fuimos a dar un paseo por la orilla del río; y, en un determinado momento, dio una voz para que le trajesen la barca. De inmediato, un joven la acercó a remo desde el río, y Mr. Thoreau y yo nos alejamos corriente adentro, la cual se volvió mucho más hermosa que cuadro alguno, con su tranquila y oscura sábana de agua, medio soleada, medio en sombras, entre altas y boscosas orillas. Las últimas lluvias han hecho aumentar de tal modo el caudal que muchos árboles están sumergidos hasta las rodillas, por así decir, en el río; y las ramas, que hasta hace poco se alzaban en el aire, ahora se inclinan y beben de las profundidades de la corriente que pasa. En cuanto a los pobres cardenales, que solo unos días atrás brillaban en la orilla, no pude ver sino unos pocos de sus bonetes escarlatas asomando sobre el agua. Mr. Thoreau manejaba el bote con tanta perfección, ya fuera con dos remos o con uno, que este parecía responder a su voluntad por puro instinto, como si no exigiera el menor esfuerzo físico conducirlo. Me dijo que, cuando hace años unos indios visitaron Concord, descubrió que había adquirido, sin la ayuda de un profesor, el método exacto que ellos conocían para impulsar y dirigir una canoa. Sea como sea, escaso de dinero como está, el pobre tipo ansía vender el bote (del cual es tan buen práctico) que él mismo construyó con sus propias manos; de modo que acepté darle el precio que pedía (solo siete dólares), y, en consecuencia, me convertí en

poseedor del Musketaquid. Ojalá pudiera adquirir las dotes acuáticas de su propietario original por una tarifa tan razonable como esa.

Viernes, 2 de septiembre

Ayer por la tarde, mientras mi esposa, Louisa y yo recogíamos las manzanas que el viento había hecho caer en nuestro huerto, Mr. Thoreau llegó con el bote. Como el prado adyacente se había visto inundado por la crecida del caudal, Mr. Thoreau remó directamente hasta el pie del huerto y se detuvo ante la cerca, tras surcar más de cuarenta o cincuenta yardas de agua allí donde la gente había estado recogiendo heno una o dos semanas atrás. Subí al bote con él, para aprovechar y recibir una lección de pala y remo. Mi mujercita, que se quedó a mirar, no creo que pueda sentirse muy orgullosa de la competencia de su marido. Conseguí, es cierto, impulsar el bote haciendo uso de los dos remos; pero el manejo de una sola pala es algo que le queda muy lejos a mi actual destreza. Mr. Thoreau me había asegurado que solo era preciso desear que el bote marchara en una dirección concreta para que este tomara de inmediato ese rumbo, como imbuido por el espíritu del timonel. Puede que a él le funcione, pero desde luego a mí no; el bote parecía embrujado, y volvía la cabeza a todos los puntos de la brújula excepto al adecuado. Él tomó entonces los remos, y, aunque no pude observar nada de particular en su manera de dirigirlo, el Musketaquid se volvió de inmediato tan dócil como un potro domado. Sospecho que aún no ha trasladado sus afectos del antiguo amo al nuevo. Algún día, cuando nos conozcamos mejor, se volverá más tratable; en especial tras haber tenido el honor de transportar a mi mujercita, que es amada por todas las cosas, vivas o inanimadas. Hemos decidido cambiarle el nombre de Musketaquid (nombre indio del río Concord, cuyo significado es «Río de las Praderas») por el de Lirio del Estanque, que resulta muy bonito y adecuado, pues durante la temporada de verano traerá a casa más de un cargamento de lirios de las orillas del río, tan pobladas de juncos. No es muy probable que yo vaya a hacer en él viajes tan largos como los que Mr. Thoreau ha hecho. En cierta ocasión siguió río abajo hasta el Merrimack, y de ahí, creo, hasta Newburyport: un viaje de unas ochenta millas, en este barquito.

Por la tarde, Ellery Channing vino a visitarnos, pues deseaba hablar conmigo acerca del *Boston Miscellany*[41], del que había oído que yo sería editor, y en el cual quería contribuir. Se trata de uno de esos jóvenes raros e inteligentes a quienes Mr. Emerson (eterno repudiador de todo cuanto es, y buscador de ni él sabe qué) recluta constantemente, tomándolos por genios. No hay nada especial en él: alguna originalidad y buena predisposición en su carácter, pero ninguna, o muy poca, en su intelecto. Aun así, el muchacho parece creerse un genio; y, por ridículo que resulte,

considera sus versos demasiado sagrados como para venderlos por dinero. Venderá su prosa al mejor postor; pero el pie prosódico y las líneas tintineantes no están hechas para ser trocadas en oro, algo que, dicho sea de paso, no es muy probable que le vayan a ofrecer por ellas. Me cae bastante bien, no obstante; pero, después de todo, estos originales en miniatura, cuando uno ya ha visto unos cuantos, resultan más vacíos y vulgares que incluso aquellos que siguen el común sendero de la vida. Tienen reglas y rutinas que observan con tan pocas variaciones como otras personas observan *sus* propias reglas y rutinas; y, una vez hemos descubierto su misterio, nada puede resultar más fatigoso. Una percepción y una concepción innata de la verdad otorgan la única clase de originalidad que no termina por hacerse intolerable.

Domingo, 4 de septiembre

Ayer por la mañana hice un viaje a solas en el Lirio del Estanque, y me animó mucho mi fortuna en hacer que el bote se dirigiese hacia donde yo le ordenaba. Siempre me ha gustado la sensación de flotar; pero creo que nunca he concebido adecuadamente el alcance de mi disfrute hasta ahora, cuando comienzo a sentir un poder sobre aquello que me sostiene. Supongo que debí de percibir algo similar a esta sensación de triunfo muchos años atrás, cuando aprendí a nadar; pero ya lo he olvidado. ¡Oh, ojalá pudiera dejarme llevar del todo! Quiero decir, ojalá pudiera inducirme a tener una auténtica relación con la naturaleza, y estar en términos de amistad con todos los elementos con los que estoy hermanado.

Tuvimos tormenta ayer por la tarde; y hoy ha hecho frío, con viento del noroeste: un día otoñal como mi alma y mi cuerpo aman. Mi esposa fue a misa por la mañana, pero no así su marido. Él ama el *sabbath*, sin embargo, aunque todavía no ha hecho las disposiciones precisas para observarlo; pero el día rara vez viene y se va sin que... Pero acaba de llegar una visita, así que esta disquisición tendrá que descansar entre las cosas que nunca se verán escritas.

Martes, 8 de septiembre

Mi queridísimo marido ha ido a navegar por el río, y es muy temprano. El sol no se ha alzado sobre la colina opuesta, y yo creo que voy a contar algo de mi preciosa vida, mi felicísima y encantadora vida. (El gatito se acomoda en la página opuesta de este libro, ronroneando con mucho placer... y de vez en cuando pasando su garrita muy suavemente por mi pluma). La visita que interrumpió a mi querido marido en la frase de

arriba (oh, por qué no llegaría más tarde) era la de Margaret y Mr. Sam Ward[42]. Nos lo hemos pasado enormemente bien con ellos. A Mr. Ward le gustaron muchísimo la casa y sus alrededores. Parecía pensar que en Boston no hay cabida para una sala tan encantadora como nuestro viejo y pintoresco salón, y que nada podría persuadir a esa ciudad a imitarlo, dado su degenerado gusto actual. Atravesamos el huerto en dirección a la orilla del río, y mi marido y Mr. Ward se tendieron sobre la hierba mientras Margaret y yo nos sentábamos en unas rocas. Margaret es muy brillante, y, mientras ella hablaba con mi marido, Mr. Ward se dirigía a mí, que debía de parecerle una especie de mortal encantado en su Elíseo terrenal. Quería saber a qué nos dedicábamos, y le dije que no nos dedicábamos a nada relevante, aunque en verdad era mucho: intentar no hacer nada de lo que pudiera hablarse en estos adorables días de verano. Él dijo que había estado muy ocioso durante los dos meses siguientes a su matrimonio, pero que desde entonces no había tenido ni diez días de asueto, y parecía pensar que debíamos empezar a trabajar, puesto que nuestros dos meses ya habían transcurrido. Dijo que la luna de miel nunca debía terminar, cosa que yo podía haber suscrito. Al rato Margaret me animó a llevarle a casa y mostrarle los muebles que venían con el alquiler, en tanto ella permanecía con mi queridísimo marido. A Mr. Ward le encantó nuestro salón, y opinó que el mobiliario era muy bonito, así como las vistas que teníamos desde las ventanas de nuestro dormitorio. En pocas palabras, todo le encantó, y me figuro que debió de pensar que mi marido era un hombre regio que superaba todo cuanto había esperado, pues ¿quién puede imaginar a alguien así? Ni siquiera yo, cada día que pasa. El martes amaneció brillante, sin una sola nube. Nuestra hermana Louisa se marchó en la diligencia a las seis y media. Me gusta mucho Louisa; es tan sincera, y honesta, y desinteresada... Y me alegra que haya venido a vernos, porque quería hacerle ver que su adorado hermano no es demasiado desdichado conmigo, y que vive en un dulce retiro. No podría culparla si piensa que la esposa de él no es ni de lejos digna (...) de tibia sonrisa a través de una inquietante nube. La tierra, no obstante, parecía lozana y verde, y el otoño había tenido el detalle de desplegar uno o dos espléndidos lirios. No tardamos en descender por la colina, y volvió a brillar aquel sol que de poco servía, iluminando los campos, el río y los bosques con una luz dorada bajo el adusto cielo azul. El río estaba terso, perfectamente en calma, y tomaba como rehenes a los árboles y los cielos, allá en sus profundidades, donde se nos antojaban más reales que aquellos que podíamos tocar y mirar aquí arriba; o, al menos, *igual* de reales, ¿por qué no? Todo el mundo parecía dormir, salvo en una granja de la vecindad, aunque muy lejos, donde vimos al bueno de Mr. Jack Flint[43] con dos brillantes cubos de hojalata presto a ordeñar sus vacas. Abandonamos el río y enfilamos nuestro camino a través de un corto sendero, donde crecía la genciana azul, de campanillas cerradas, o la saponaria, y mi

queridísimo amor recogió todas las que había. Es muy bonito verle recoger flores con tanto interés. Añade tal gracia a su majestuosidad...

Domingo, 18 de septiembre

¡Con qué celeridad pasa el verano, aun cuando parece remolonear al marcharse, cogido del brazo del otoño! Últimamente no he caminado gran cosa por las colinas ni por los bosques: mi tiempo libre lo he pasado principalmente con mi barca, que ya he aprendido a manejar con tolerable destreza. Ayer por la tarde (pues mi queridísima esposa había ido a casa de Mr. Emerson con su madre) hice un viaje a solas hasta el brazo norte del río Concord. Soplaba un viento terriblemente fuerte en contra, procedente del noroeste, lo que, junto a la corriente, aumentada por la crecida del agua, llevó a que esta primera parte del periplo resultara bastante ardua. La oscura superficie del río estaba tachonada de pequeños torbellinos y remolinos; y, por otra parte, la brisa hacía que las ondas golpeasen la proa de la barca con un sonido semejante al aletear de un pájaro. Las algas, allí donde más discernibles se hacen a través de las leonadas aguas, estaban completamente estiradas por el ímpetu de la corriente, y parecían como forzadas a emplear todas sus fuerzas para sujetarse a las raíces. Si, aun por un instante, desistía yo de seguir remando, la proa del bote se veía arrastrada en redondo por las fuerzas combinadas de la corriente y el viento. No obstante, seguí adelante con firmeza y vigor, y, al entrar en el ramal norte, no tardé en encontrarme flotando dulcemente a lo largo de una tranquila corriente, a refugio de la brisa gracias a los bosques y a una elevada colina. Del mismo modo, la corriente fluía con tanta suavidad que era un puro placer impulsar el bote contra ella. Nunca habría imaginado que en Concord hubiese un paisaje fluvial tan hermoso como este del ramal norte. El caudal se abre paso por la más recóndita intimidad y el más profundo corazón del bosque, el cual, como si no le agradase mucho la intrusión, por más tranquila, amable y discreta que sea, parece cerrarse en torno a ella, y apenas le permite avanzar; pues los árboles han arraigado en la misma orilla del agua, y allí hunden sus ramas. En un lado, la ribera es bastante alta y está formada por el lateral de una colina, cuyo nombre indio he olvidado, pese a que Mr. Thoreau me dijo cuál era; y aquí, en algunos trechos, los árboles parecen dispuestos a precipitarse desde las alturas, y se yerguen inclinados sobre el río, extendiendo los brazos, como si estuvieran a punto de tirarse de cabeza al agua. En el otro lado, la ribera está casi al mismo nivel del río; y aquí el silencioso cónclave de árboles se alza con los pies en la corriente, y deja caer su follaje para así cubrir la superficie. Algunas viñas desperdigadas se entrelazan en torno a abedules, álamos o saúcos, y descuelgan sus racimos (aunque escasos y raros en esta época del año)

sobre el agua, de manera que puedo tocarlos desde mi bote. Apenas soy capaz de recordar una escena de más completo y encantador aislamiento que mi paso por el río a través de este bosque; ni siquiera una canoa india, antaño, hubiera podido dejarse llevar en una soledad más absoluta de lo que lo hizo la mía. En ninguna otra parte he tenido una ocasión similar de comprobar cuánto más bello es el reflejo de aquello que llamamos realidad. El cielo, y el espeso follaje a cada lado, y el efecto de la luz del sol al abrirse paso a través de la sombra, ofreciendo unos tonos luminosos que contrastaban con la serena profundidad de los colores imperantes... todo ello se antojaba insuperablemente hermoso, al ser contemplado en las capas altas del aire. Pero, al mirar hacia abajo, allí estaba también, idéntico hasta en el más mínimo detalle, si bien resuelto en una belleza ideal que, sin comparación posible, más satisfacía al espíritu que el verdadero paisaje. Casi estoy convencido de que el reflejo es la verdadera realidad: ese algo real que la Naturaleza dibuja imperfectamente para nuestros más ordinarios sentidos. Después de todo, la sombra desencarnada es lo más próximo al alma que existe.

Había numerosos indicios del otoño en aquella hermosa escena. Dos o tres árboles ya estaban envueltos en sus abrigos de muchos colores, ese vivo escarlata y oro que se ponen antes de vestir de luto. Se alzaban en tierras bajas, pantanosas, donde probablemente ya los habrá alcanzado la escarcha. Otros enseñaban un verde luminoso, fresco, similar a los tonos de la primavera, aunque esto, igualmente, es síntoma de ruina. La mayor parte del follaje, sin embargo, parece inalterada; pero aquí y allá se dejaba ver una hoja amarilla revoloteando en el aire, cruzándolo fugazmente, y posándose por fin en el agua. Montones de ellas flotaban dispersas en el cauce del río, muchas curvadas hacia arriba, como formando pequeños barquitos, perfectos para el viaje de las hadas. Tenían un aspecto extrañamente hermoso, y, con todo, una melancólica belleza, mientras se perdían corriente abajo. El aspecto general del río, no obstante, difería muy poco del que tiene en verano; al menos, la diferencia desafía toda definición: está más en la línea del profuso dorado de la luz del sol que otra cosa. Atraviesa ya la corriente un escalofrío otoñal; pero, allí donde recibía un buen rayo de luz procedente de los intersticios del follaje, se veía una multitud de insectos saltando de un lado al otro de su superficie. La luz solar, al caer así sobre el oscuro río, crea un efecto de lo más encantador; lo lustra, por así decir, a la vez que lo deja tan oscuro como siempre.

Durante mi regreso, dejé que el bote flotase casi por su propia voluntad corriente abajo, y pesqué peces suficientes para el desayuno. Pero, en parte por un escrúpulo de conciencia, y en parte, creo, porque de esa manera me evitaba el problema de tener que limpiarlos, los devolví finalmente al agua, y los vi alejarse como si nada hubiera ocurrido.

Lunes, 10 de octubre

La verdad es que ha pasado mucho tiempo desde mi última entrada. Pero en general hemos tenido unos días muy soleados y agradables, aunque a menudo muy fríos; y no puedo soportar que se malgaste algo tan precioso como es la luz del sol de otoño quedándome en casa. De modo que he pasado casi todas las horas de sol en campo abierto. Mi principal entretenimiento ha sido navegar río arriba y abajo. Hace una o dos semanas (el 27 y 28 de septiembre) hice una excursión a pie con Mr. Emerson, y pasé fuera dos días y una noche: fue la primera y única noche que dormí lejos de mi adoradísima esposa. Pasamos la noche en el pueblo de Harvard, y la mañana siguiente caminamos tres millas más, hasta el pueblo de los *shakers*[44], donde tomamos el desayuno. Mr. Emerson se enfrascó en una discusión teológica con dos hermanos *shakers*; pero los detalles se me han ido de la mente, y las restantes aventuras del viaje han perdido ya su frescura y no puedo recordarlas adecuadamente. Así que se quedarán sin contar[45]. Nada recuerdo tan bien como el aspecto de las hileras de gencianas que crecían junto al camino, tan hermosas que hubiera querido volverme atrás y llevárselas a mi mujercita. Tras un arduo viaje, llegamos sanos y salvos a casa la tarde del segundo día: la primera vez en mi vida que realmente llegaba a casa. El sábado de la misma semana, mi amigo David Roberts[46] vino a vernos, y se quedó con nosotros hasta el martes por la mañana. Mi esposa lo describirá. El miércoles hubo una feria de ganado que pasaría a describir si hubiera tenido algún aspecto pintoresco. Todo lo anterior constituye los principales eventos visibles de nuestra existencia.

Mientras tanto, el otoño ha seguido avanzando, y se dice que ha llegado un mes antes de lo habitual. Hubo heladas, suficientes para matar las judías y aplastar las viñas, hace más de quince noches; pero desde entonces hemos tenido uno de los más deliciosos veranillos de los que jamás he disfrutado: días suaves, dulces, perfectos, en los cuales la cálida luz solar parecía abrazar la tierra, y a todos los hijos de la tierra, con amor y ternura. Por lo general, no obstante, los días de sol se han visto afectados por vientos del noroeste, demasiado fuertes y cortantes como para resultar agradables. Estos vientos han cubierto nuestra avenida de hojas secas, aunque los árboles aún conservan un follaje de considerable densidad que ahora el otoño ha vuelto pardo, cuando no multicolor. Tampoco nuestras manzanas han dejado de caer, y caer, y caer; y hemos recogido las mejores de la húmeda hierba, y las hemos puesto en el almacén y en todas partes. El jueves, John Flint comenzó a recoger aquellas que quedaban en los árboles; y supongo que sumarán cerca de veinte barriles, si no más. Como siempre que tengo algo que vender, las manzanas están a un precio realmente bajo, y no recibiré más de un dólar por barril. He vendido mi parte del campo de patatas por veinte dólares, y me he quedado diez

fanegas para uso propio. Y hasta aquí la historia económica de nuestra vida reciente.

12 de la mañana. Acabo de escuchar justo ahora unos súbitos golpecitos en la ventana de mi estudio; y al levantar la mirada de mi libro (un ejemplar de Rabelais) he visto la cabeza de un pajarito, ¡y parecía pedir que le dejase pasar! Probablemente intentaba volar, pues estaba subido al cristal que había golpeado; y, en cuanto me moví, el emplumado visitante salió volando. Este incidente ha tenido un curioso efecto en mí; me dio la impresión de que el pájaro era un visitante espiritual, tan extraño resultaba que esta cosita silvestre hubiese solicitado nuestra hospitalidad.

Martes, 8 de noviembre

Lamento que nuestro diario haya sufrido tanta desatención; pero, a menos que mi traviesa mujercita tome cartas en el asunto, no veo que esto vaya a cambiar. Toda mi inclinación por la escritura se ve más que satisfecha en las tonterías que escribo para la prensa; lo que conlleva que toda labor gratuita con la pluma resulte peculiarmente desagradable. Desde la última fecha, hemos hecho un viaje de nueve días a Boston y Salem, y ayer hizo una semana que volvimos. De esta forma nos hemos perdido más de una semana de delicioso clima otoñal, que debíamos haber pasado en los bosques, o sobre el río. Desde que regresamos, sin embargo, y hasta el día de hoy, ha habido una sucesión de días de genuino veranillo, con suaves vientos, o incluso sin ellos, y una atmósfera de niebla que idealiza la naturaleza, y un cálido y benéfico sol que le invita a uno a tenderse en un rincón y olvidar toda preocupación mundana. Hoy, el cielo es más oscuro y amenaza tormenta, y de vez en cuando deja caer algunas sombrías lágrimas. Supongo que ya toca despedirse del veranillo, y no esperar más amor y ternura de la Madre Naturaleza hasta que nos hayamos adentrado lo suficiente en la próxima primavera. Se ha transformado ya en algo tan feo, en su aspecto exterior, como le es dado ser. Mi esposa y yo dimos ayer un paseo hasta Sleepy Hollow, y apenas vimos nada verde, salvo el eterno verdor de la familia de los pinos, que la verdad es que son árboles por los que dar gracias a Dios en esta época del año. Una hilera de jóvenes abedules conservaba un muy generoso manto de hojas amarillas o leonadas, que se llenaron de dicha con la luz del sol. Había uno o dos robles cuyo follaje aún conservaba un rojo bruno, oscuro, que les daba un aspecto cálido y denso; pero la mayoría de los robles ya habían alcanzado la última etapa de decaimiento otoñal: la tonalidad marrón oscura. Sus hojas se esparcen por millones en el bosque y crujen bajo nuestros pies; pero quedan suficientes en los árboles para entonar el toque melancólico del arpa cuando el viento sopla entre ellos. Encontramos algunas hileras de gencianas en nuestro prado, la mayoría de ellas malogradas y marchitas,

pero otras estaban casi perfectas. El otro día, después de nuestro regreso de Salem, encontré una violeta; y eso que hacía tanto frío aquel día que se había formado una enorme charca a la sombra de los árboles, la cual permaneció helada de la mañana a la tarde. El hielo era tan grueso que no pudieron romperlo ni los palos ni las piedrecitas que le lancé. Pero el hielo, al igual que la nieve, pronto dejarán de ser para nosotros asuntos tan extraordinarios.

Durante la pasada semana hemos encendido tres estufas; y, de aquí en adelante, ni la luz del más alegre fuego nos confortará bajo el manto de la noche. Las estufas son odiosas en todos los aspectos, excepto porque nos hacen estar perfectamente cómodos.

Jueves, 24 de noviembre

Hoy es Día de Acción de Gracias, una fiesta muy bonita y antigua; y mi mujer y yo hemos puesto en ella todo el corazón, y hemos celebrado con mucha alegría nuestro pavo, y el *pudding*, y las tartas y las natillas, aunque nadie más que nosotros se sentaba a nuestra mesa. Creo que había una sensación vívida y animada de que por fin hemos encontrado nuestro hogar, y de que desde el último Día de Acción de Gracias se ha reunido una nueva familia.

Últimamente hemos tenido muchos días de sol y de frío: tan fríos que nos hemos visto obligados a apretar bastante el paso en nuestras caminatas para entrar en calor. Anteayer vi a un grupo de chicos patinando sobre un lago que había inundado un prado vecino. El agua corriente aún no se ha congelado. La vegetación se ha quedado bastante tiesa, salvo en unos cuantos lugares protegidos. En una acequia algo profunda, mi esposa y yo encontramos una planta muy alta que tenía el más fresco y saludable verdor, y que, por su aspecto, debía de haber crecido en las últimas semanas. Vagamos por los caminos del bosque, que resultan muy agradables al sol de la tarde: los árboles se muestran cálidos y abundantes, quiero decir aquellos que han conservado sus hojas rojizas; y allí donde las hojas se dispersan sobre el camino, o se acumulan abundantemente en alguna oquedad de las colinas, el efecto no carece de encanto. Hoy, la mañana se ha despertado con lluvia, que al cabo de unas horas ha mudado en nieve y aguanieve; y ahora el paisaje resulta tan lúgubre como cabe imaginar: blanco, con algún parche aquí y allá de suelo pardusco y hierba marchita. El río crecido, de color plomizo, se arrastra como a regañadientes; y a esto podemos llamarlo el primer día del invierno.

Domingo por la mañana, 11 de diciembre de 1842

Han pasado cerca de tres meses desde que hablé de mi vida y mi amor en este diario. Hemos tenido muchas visitas, y viajado a Boston y Salem mientras tanto, y varias cosas me han impedido escribir aquí. La semana pasada dimos nuestro primer paseo juntos desde que empezó a nevar. La tarde comenzó por mostrarse bastante oscura, con un cielo azul pálido embellecido por unas nubes muy suaves y delicadas de tenue púrpura. Aquella oscuridad se me antojaba muy hermosa, pero mi queridísimo marido dijo que prefería un cielo totalmente despejado. Nos dirigimos al sendero de Peter[47]; pero, al toparnos con un mar interior que cubre un prado (para variar) bastante helado, y a unos muchachos patinando en él, decidimos atravesarlo. Fue muy agradable. Pequeños islotes de árboles y matorrales se dispersaban por los gélidos brazos de aquel océano en miniatura, cerrados con fuerza inmitigable. La superficie era un poco desigual, pero a los chicos les daba igual, y un mocoso alto y feo se obstinaba en lanzarse cerca de donde estábamos, como para mostrar su gracia y su maravilloso talento, cuando hete aquí que hizo el ridículo de la manera más embarazosa. «¡Oh, que algún poder la dádiva nos diera / de vernos a nosotros como otros nos ven!», como cantaba el exaltado Burns. No tardamos en cruzar el lago, y la nieve carecía de la dureza suficiente para sostenernos, y casi a cada paso un maligno geniecillo parecía tirar de nuestros talones hacia abajo como si pretendiera agotarnos; pero no le prestamos atención, y procedimos a cruzar otra pradera para llegar a Sleepy Hollow a través de un precioso caminito serpenteante que ascendía entre los árboles. En la cima mi querido señor se dejó caer en la blanca nieve y yo, que ya no tenía aliento a causa de mi ingobernable (...)[48].

Viernes, 31 de marzo de 1843

El primer mes de la primavera ya ha tocado a su fin; y todavía descansa en la colina y el valle una espesa nieve, y el río sigue helado de orilla a orilla, aunque una lluvia tardía ha abierto charcos que cubren la superficie del hielo, y los prados se han inundado hasta formar amplias lagunas. Han tenido que pasar veinte años al menos para que se viera un invierno tan prolongado. Casi he olvidado los senderos del bosque y los rincones de sombra del pasado verano, que antes conocía tan bien; y tanto se limitan mis vistas desde el interior de nuestro hogar que en ocasiones, al mirar por la ventana, me asombro al descubrir a no mucha distancia unas casas que habían desaparecido ya de mis recuerdos. Viendo el presente aspecto de las cosas, parece que bastará apenas otro mes para que se vaya toda la nieve del campo abierto; y en los bosques y hondonadas perdurará un poco más. El invierno habrá durado cinco meses, ni un día menos; y no será injusto decir que siete. Un enorme lapso, sin duda, para echar de menos la sonrisa de la Naturaleza, en un solo año de existencia humana.

Incluso en medio de esta dicha a veces he suspirado y he gruñido; pues amo la luz del sol y los verdes bosques, y la centelleante agua azul; es como si el retrato de nuestra felicidad interior debiera estar inscrito en un bello marco de naturaleza exterior. Mi querida mujercita lo lleva infinitamente mejor que yo; y, salvo por mi bien, creo que no ha deseado ni una sola vez la llegada del verano. Pero ella es la luz del sol, la delicada primavera y el delicioso verano en su propia persona; de otro modo el invierno hubiera sido verdaderamente horrible[49]. Todo lo demás ha sido pura dicha. Y tampoco el pesar penetra en la realidad de nuestras vidas[50]. Cuanto más tiempo vivimos juntos, cuanto más profundamente penetramos el uno en el otro, y mutuamente nos fundimos en uno, más felices somos. Seguro que Dios coronará de hijos nuestra unión, pues tal cosa satisface la más alta condición del matrimonio[51].

En cuanto al curso diario de nuestra vida, he escrito, con muy encomiable diligencia, un promedio de dos a cuatro horas al día, y el resultado puede verse en varias revistas. Podría haber escrito más, si hubiera pensado que merecía la pena; pero me contentaba con ganar suficiente oro como para cubrir nuestras necesidades inmediatas, ya que tengo perspectivas de lograr un trabajo de oficina y un sueldo, lo que evitará la obligación de escribir para comer. Dichas perspectivas aún no se han visto cumplidas; y no nos importa esperar, pues ocupar un cargo inevitablemente nos alejará de nuestro feliz hogar actual: al menos de un hogar exterior, pues hay otro dentro de nosotros que nos acompañará dondequiera que vayamos. Mientras tanto, la gente de la revista no paga sus deudas, de modo que probamos algunos de los inconvenientes de la pobreza, y la mortificación —solo temporal, no obstante— de deber dinero con los bolsillos vacíos. Es una molestia, no un problema.

Cada día me adentro en la nieve y chapoteo hacia la ciudad, echo un vistazo en la estafeta de correos y paso una hora en la biblioteca; y entonces regreso a casa, habitualmente sin haber cambiado una palabra con ser humano alguno. Mi esposa es, en el más estricto sentido, mi única compañía, y no necesito otra: no hay ningún vacío en mi mente como no lo hay en mi corazón. A decir verdad, he pasado tantos años en un aislamiento tan absoluto de toda sociedad humana que no es ninguna maravilla si ahora siento que todos mis deseos se ven colmados por esta única relación. Pero mi Paloma ha venido hasta mí desde el tumulto de muchos amigos y un amplio círculo de conocidos; y, pese a ello, vive día a día en esta soledad sin ver a nadie más que a mí y a nuestra Molly[52], mientras la nieve de nuestra avenida no se ve turbada en semanas por otras pisadas distintas de las mías; y, aun así, siempre está feliz, y mucho más que feliz. ¡Doy gracias a Dios de que solo yo le baste a su ilimitado corazón!

A modo de ejercicio, corto y sierro madera; y físicamente no he estado nunca en tan buena condición como ahora. Esto se lo debo

principalmente, sin duda, a tener el corazón satisfecho, en ayuda de lo cual viene el ejercicio aquí mencionado, y más o menos la proporción justa de labor intelectual, y una dieta en la cual las manzanas forman una parte considerable, si bien no excluyo comidas más sustanciosas.

El 9 de este mes salimos de nuestra casa para visitar las ciudades de Boston y Salem: al menos, mi esposa se detuvo en la primera y yo lo hice en la segunda, donde retomé todos mis hábitos de soltero durante cerca de quince días, y llevé la misma clase de vida en la que diez años de juventud se esfumaron como un sueño. Pero ¡qué enormemente cambiado me sentía! Por fin me he aferrado a una realidad que nunca me será arrebatada. Así que estuvo bien separarme de mi felicidad por mor de contemplarla. El 21 regresé a Boston, y partí hacia Cambridge para cenar con Longfellow, a quien no había visto desde que volvió de Europa. Al día siguiente, regresamos a nuestra vieja casa, que había estado desocupada durante todo ese tiempo, pues nuestra Molly Bryan vino a Boston con nosotros.

Viernes, 7 de abril

Mi adoradísima esposa ha abandonado a su pobre marido; hoy se ha ido a Boston para ver a su hermana Mary, que se casa con Mr. Mann en dos o tres semanas[53], e inmediatamente después visitarán Europa durante seis meses. Un carromato llegó hacia las once para llevarse a mi Paloma a la estación de postas. La ayudé a subir, y me quedé mirándola desde el umbral hasta que desapareció de mi vista. Después fui a cortar y serrar madera. Sentía una inquietud interior que exigía ejercicio activo, y creo que serré más vivamente que nunca. Cuando volví a entrar en casa lo hice con cierta sensación de abatimiento; pero no sin una mezcla de placer, al ser en mayor medida consciente de que toda separación es temporal, y apenas real aun para el escaso tiempo que pueda prolongarse. Tras mi solitaria cena, me tendí, reloj en mano, y traté de dormir; pero el sueño no acudía, quizá por la razón, más que suficiente, de que mi mujercita estaría en aquel preciso instante dando incómodos tumbos sobre un camino lleno de baches. De modo que me levanté y comencé a escribir en este diario, y apenas había comenzado me vi interrumpido por la visita de Mr. Thoreau, que venía a devolverme un libro, y a anunciar su propósito de residir en Staten Island como tutor privado de la familia del hermano de Mr. Emerson. Mantuvimos una charla a este respecto, y acerca de las ventajas espirituales de un cambio de lugar, y del *Dial*, y de Mr. Alcott, y otros asuntos similares o concatenados. Me alegro por Mr. Thoreau de su partida; pues físicamente carece de salud, y, moral e intelectualmente, parece no haber encontrado la clave exacta que le sirva de guía; y, a todos esos respectos, es probable que le beneficie su traslado. También es un

paso hacia una posición más segura en el mundo. En lo que me concierne, preferiría que se quedase aquí, pues diría que es una de las pocas personas con las que intimar es como escuchar el viento entre las ramas de un árbol en el bosque, y, con toda esa arrebatada libertad, también tiene una educación elevada y clásica. Dice que Ellery Channing viene de regreso a Concord, y que él (Mr. Thoreau) ha llevado a buen puerto, en su nombre, un acuerdo por el alquiler de una casita a 55 dólares el año, tierras incluidas. Me siento más contento que otra cosa; pero Ellery, por lo que he ido viendo de él, no será sino un pobre sustituto de Mr. Thoreau.

Tenía el propósito, si las circunstancias así lo permitían, de pasar cuanto durase la ausencia de mi esposa sin cambiar palabra con ser humano alguno; pero mi pitagórico voto se ha visto quebrantado tres o cuatro horas después de mi partida: *su* partida, quería decir; pero igual vale decir la *mía.*

Sábado, 8 de abril

Tras escribir ayer tarde, salí y serré y corté madera hasta la hora de la cena; luego estudié alemán (traduzco *Lenore* 54), con alguna ocasional mirada a un hermoso atardecer, que no podía disfrutar lo suficiente, a solas, como para dejar mi libro a un lado. Tras encender la lámpara, acabé *Lenore,* y me sumergí en el *Cándido* de Voltaire, sin dejar de refrescarme de vez en cuando con alguna tonadilla de la caja musical de Mr. Thoreau, que me ha dado para que se la guarde. La tarde fue de lo más aburrida. ¡Qué esencial es, más que la luz de las lámparas o el fuego de la chimenea, la presencia de mi mujercita, que tanto brilla! Me bañé y me fui a la cama poco después de las nueve55. Me dio un poco de miedo que el fantasma del viejo doctor aprovechase la coyuntura para visitarme; pero tiendo a pensar que sus anteriores visitas tenían a mi esposa por objeto, y que yo no soy lo bastante espiritual como para comunicarme con los espectros. Sea como sea, no sentí ninguna perturbación de esa índole, y dormí bastante profundamente hasta las seis de la mañana, más o menos. Dado que nada me retenía en la cama, me levanté antes de las siete. Pasé la mañana pluma en mano; y a veces sentía el germen de una idea, y me empleaba a fondo para materializarla en palabras; pero, en general, mis pensamientos vagaban ociosamente, y se negaban a dejarse elaborar con cualquier fin que respondiera a un sistema. Entre las once y las doce acudí a la estafeta, pero no había correo; pasé después más de una hora leyendo en el Athenaeum56. De camino a casa me encontré con Gaffer Flint57 por primera vez en muchas semanas —aunque Gaffer es nuestro vecino más próximo— yendo en la misma dirección. Le pregunté si podía vendernos algunas patatas, y prometió que enviaría media fanega para que las probásemos; también me ha hecho tener esperanzas en que vaya a

comprarnos un barril de manzanas[58]. Tras mi encuentro con Gaffer regresé a nuestra vieja y solitaria rectoría, abrí la puerta sin esa alegría en el corazón que siento cuando voy a recibir la bienvenida de la adorable sonrisa de mi esposa, subí a mi estudio y comencé a leer un cuento de Tieck. Trabajo lento, ¡y también ocioso! Sin demora, Molly tocó la campanilla para anunciar la cena: un suntuoso banquete compuesto de ternera guisada y macarrones ante el cual, en solitario estado, me senté. Mi apetito me sirvió con holgura, pero no comí por placer; nada me entusiasma en mi actual estado de viudez. (Hasta aquí había escrito cuando llegó Mr. Emerson). Tras la cena, me tendí en el sofá, con el *Dial* como somnífero, y dormí una pequeña siesta; después me puse a escribir.

Vino Mr. Emerson, que traía el semblante iluminado; y tuvimos la mejor charla que recuerdo haber mantenido jamás con él. Mi mujercita, lo sé, querrá conocer cada una de las palabras que pronunciamos; pero me conoce demasiado como para esperar nada parecido. Emerson parecía fascinado con Margaret Fuller, pues, según él, es notable el cambio que ha dado a un estado superior desde la última vez que se vieron. La ensalzó hasta considerarla la mujer más insigne, creo, de la época antigua o moderna, y la única figura digna de consideración en el mundo. (Aquí sonó la campanilla para la cena). Después hablamos de Ellery Channing: está a punto de aparecer un volumen de sus poemas, con revisiones del propio Mr. Emerson y de Mr. Sam Ward. Parece que no le augura una muy amplia recepción; lo llama «poesía para poetas», y opina que quizá sea admirado por un centenar de personas, mientras que para el resto del mundo significará poco o nada. Después hablamos de Mr. Thoreau y de su próxima partida, respecto a lo cual estuvimos bastante de acuerdo, si bien Mr. Emerson parece haber sufrido algún inconveniente tras la experiencia de tener a Mr. Thoreau como inquilino. No me cabe duda de que a una persona tan tozuda e intransigente es mejor tratarla de vez en cuando al aire libre que tenerla como invitado permanente a tu fuego y tu mesa. Hablamos de Brook Farm, de los aspectos morales tan singulares que presenta y del inmenso atractivo de que su progreso y su desarrollo puedan ser observados, y eso permita escribir su historia. Charlamos sobre Charles Newcomb[59], quien, por lo visto, está atravesando una nueva fase moral: se muestra callado, inexpresivo, habla poco o nada, y escucha sin ofrecer otra respuesta que una risa sardónica; algunos de sus amigos creen que está adentrándose en un eclipse perpetuo. Discutimos, o simplemente tocamos por encima, otros varios asuntos; y por fin, entre las cinco y las seis, Mr. Emerson se despidió, amenazando con regresar a menos que no tarde en visitarle. Salí entonces a cortar leña, pues el tiempo asignado para dicha tarea se había visto muy reducido a causa de su visita; pero, en general, no lo lamentaba. Retomé el diario durante unos minutos antes de la cena, y he completado el pasaje actual entre el sol poniente y la noche creciente. ¡Me gustaría ver a mi esposa!

Domingo, 9 de abril

Mi querida Mujercita: tras acabar de escribir en el diario, me senté un buen rato en la silla de la abuela, pensando en muchas cosas; pero pensar en ti —en el inmenso pensamiento que eres tú— estaba por encima de todos los demás pensamientos, como el sol que insiste en acariciar las ramas de un árbol, y reluce en cada hoja aislada. Tampoco es que estuviera muy animado; mi humor se encontraba en el punto más bajo al que jamás haya descendido estando tú presente; y, sin embargo, tampoco me sentía del todo infeliz. Una y otra vez he dado cuerda a la cajita de música de Mr. Thoreau, pero, como no podía ser menos, se ha desvanecido su peculiar dulzura, y estoy bastante seguro de que la arrojaría por la ventana si me viera condenado a escucharla a menudo. Carece de un alma infinita. Cuando casi había oscurecido tanto como la luz de la luna lo permite, encendí la lámpara y continué leyendo el relato de Tieck, lenta y dolorosamente, deseando una vez tras otra contar con tu lúcida cabecita para ayudarme a superar mis dificultades. Por último, decidí aprender un poco más sobre los verbos y pronombres antes de seguir adelante, de manera que tomé el manual de conversación, en el que me enfrasqué encomiablemente, hasta que, a eso de las nueve menos cuarto, escuché unos golpecitos en la puerta de mi estudio; ¡y hete aquí que veo a Molly con una carta! No le pregunté de dónde la había sacado; me bastó con suponer que había sido entregada por un mensajero celestial. Queridísima esposa, no me esperaba una carta; y no te puedes ni imaginar qué alivio supuso en mi soledad y mi pesadumbre, aun cuando su contenido no pudo por menos de turbarme: ¡y pensar que debiste de haber estado sentada allí como hora y media, en aquella taberna infestada por el humo del tabaco, rodeada por toda esa horrible gente...! A la que, sin embargo, Dios creó, aunque no dudo que tú negarás tal cosa. Llamé a Molly para entregarle su carta, que recibió con una expresión de placer en el rostro tan amplia y brillante como el fuego de la cocina. Entonces leí, y releí, y re-releí, y cuatro, cinco, seis veces volví a leer tu amorosa epístola, hasta que me la aprendí de memoria; y luego continué releyéndola por el placer de mirar tu caligrafía de hada. Cogí entonces otra vez el manual de conversación; pero no podía estudiar, así que me bañé y me metí en la cama. Ahora son casi las diez. Durante la noche permanecí despierto un buen rato, pero no vi ningún fantasma.

Me levanté hacia las siete, y descubrí que la parte superior de mi nariz, en la región circundante, estaba gravemente descolorida; y en la comisura del ojo izquierdo hay una enorme mancha de un púrpura casi negro, y una gruesa franja del mismo tono medio rodeando la parte inferior de cada ojo, en tanto el verde, el amarillo y el naranja se extienden por el país «circunyacente». No se diferencia gran cosa de un espléndido atardecer, que arrojase su esplendor sobre el cielo del semblante de tu marido. Creo

que haré bien en dejarme ver lo menos posible durante tu ausencia, o de otro modo la gente pensará que hemos tenido una verdadera pelea, y has abandonado el campo de batalla; aunque, a juzgar por mi baqueteado aspecto, parecería que más razones tendría yo para huir que tú. ¡Armado va el diablo con su leño! ¿Qué habré hecho yo para que me haya atacado de esa forma? Sea como sea, no siento dolor, y más bien creo que se trata de una leve afección de los ojos.

Comencé a escribir esta mañana, y agarré una idea por la cola, que trato de sujetar con fuerza, por más que se debata por librarse. Como, sin embargo, aún no estaba lista para ser fijada en papel, cogí el *Dial,* y terminé de leer el artículo acerca de Mr. Alcott. No es muy satisfactorio, y no me ha enseñado mucho. Después leí el artículo de Margaret sobre Canova, que no está mal. Hacia esa hora sonó la campanilla del almuerzo, y bajé sin mucha prisa, aunque con buen apetito. Pero creo que no voy a digerir bien la comida hasta que regreses. Tras el almuerzo, comencé esta carta para aquella[60] a quien Dios bendecirá siempre y por siempre: y esto es rezar tanto por mí como por ti. Tu sincero Esposo. P. D.: Era en la comisura de mi ojo *derecho,* no el izquierdo, donde se concentraba ese púrpura de color tan negro. Pero los dos tienen un aspecto de todos los diablos.

Cinco y media. Tras escribir la carta anterior[61], volví a ponerme a trabajar en el cuento de Tieck, y di vueltas y vueltas a lo largo de varias páginas; y entonces, a las cuatro y media, abrí de par en par una de las ventanas de mi estudio que dan al oeste, y salí a recibir la luz del sol. Descendí por el huerto hasta la orilla del río. El camino del huerto sigue bastante cubierto de nieve, al igual que todo el universo visible, salvo algunas vetas en las colinas y algunas manchas de sol en las hondonadas por donde asoma la tierra oscura. El río, que unos días atrás se hallaba totalmente confinado, ya rompió sus grilletes; pero un tracto de hielo se extendía desde casi el pie del monumento hasta el contrafuerte del viejo puente, y parecía tan sólido que supuse que seguirá estando allí uno o dos días más. Grandes placas y masas de hielo llegaban flotando corriente abajo, la cual, aunque no era muy violenta, descendía a un ritmo más rápido del que acostumbra a tener nuestro aletargado dios río. Estas enormes placas, al chocar con la barrera helada que he mencionado antes, actuaban en ella como un ariete, y eran proyectadas fuera del agua, cuando no se veían arrastradas bajo el manto de hielo. Por fin descendió corriente abajo una inmensa mole de hielo, y, al golpear la barrera casi en su centro, esta cedió; y todo fue barrido hacia delante, dejando el río completamente despejado, con algún trozo de hielo suelto flotando suavemente aquí y allá. Tan enorme cúmulo, en su descenso, embistió un árbol que se alzaba en medio del caudal, haciéndolo temblar como un junco; y arrastró consigo los arbustos que bordean lo que en verano es la orilla del río, pero que ahora se encuentran poco más o menos en mitad de la crecida. En su

actual estado, nuestro río presenta una anchura realmente majestuosa. La pequeña loma que constituía el contrafuerte del viejo puente es ahora una isla con su copete de árboles. A lo largo de la orilla más próxima, una hilera de árboles se alzan cubiertos de agua hasta las rodillas, y los más pequeños hasta la cintura; y algo más lejos, en la superficie del río, vemos emerger penachos de arbustos, alzando como pueden sus cabecitas como si tratasen de respirar. El agua prorrumpe desde el amurallamiento, e invade varias yardas los límites de nuestro huerto. (Aquí sonó la campanilla que avisaba de la cena). Si nuestro bote estuviera en buenas condiciones, me lanzaría ahora mismo a hacer una expedición, y a visitar rincones en las orillas de los prados que, en poco tiempo, estarán a una o dos millas de la orilla del agua. Pero se encuentra en muy mal estado, lleno de agua, y seguramente tan agujereado como un cedazo.

Al volver tras la cena, descubrí que la pequeña Puss se había acomodado en el estudio, probablemente con la intención de pasar aquí la noche. Ahora duerme en el escabel, entre mis piernas, y ronronea de manera harto escandalosa. El día en que partió mi esposa, Puss vino a mi encuentro y se dirigió a mí con la mayor gravedad; pero no he logrado saber si era para compadecerse de mi pérdida o para que le redoblase mis cuidados. Puesto que Puss ya se ha erigido en un tercer miembro de la familia, no resultará inoportuno que la mencione. Ignoro en qué invierte Molly su tiempo. De vez en cuando oigo un portazo que resuena como un trueno; pero nunca se deja ver, ni dice palabra, a menos que sea para anunciar una visita o entregar una carta. Por mi parte, el día de hoy lo habré pasado sin intercambiar una sílaba con ser humano alguno, a menos que algún imprevisto me obligue al ejercicio de la palabra antes de acostarme.

Lunes, 10 de abril

Estuve hasta las ocho meditando sobre este mundo y el otro, y sobre mi querida mujercita en relación con ambos; y entre medias iba perfilando tenuemente los pasajes de un cuento. Encendí entonces la lámpara, y me obligué a entregarme a la gramática alemana. Ah, querida mía, las noches son tan monótonas... La lámpara no sirve para iluminar mi espíritu, pese a que Molly la ha llenado hasta arriba. No obstante, y dado que carecía de la energía suficiente para bañarme, retrasé ese deber más de lo habitual, y no me metí en la cama hasta las diez[62]. Soñé muchísimo, pero de nada ha servido, pues todos los personajes y sucesos del sueño se han desmaterializado. A las tres y media me desperté, y no volví a quedarme dormido hasta que empezó a aclararse el cielo; entonces dormí hasta las seis y me levanté a las siete. ¡Queridísima esposa, qué buen marido tienes, que registra con todo detalle sus sueños y vigilias! Querría que supieses de

mi vida durante nuestra separación tan exactamente como si estuvieras todo el tiempo a mi lado. Pasé la mañana escribiendo (no puedo decir que para mi satisfacción) hasta las once, que fue cuando salí al pueblo. No había nada en nuestro apartado de la estafeta. Leí durante la hora de costumbre, o más, en el Athenaeum, y regresé sin decir palabra a mortal alguno. Entendí, por una conversación que pude escuchar, que un hijo de Adán va a ser enterrado esta tarde tras una procesión desde el templo; pero no pude oír el nombre del difunto. No es que importe mucho: escrito estará en el Libro de la Vida. Desde que volví a casa he introducido esta importante entrada en el diario; y ahora, con alguna impaciencia, aguardo a escuchar la campanilla.

Mi abigarrado rostro parece hoy un poco más humano; aunque me sentía naturalmente avergonzado de toparme con las miradas ajenas, y de este modo le he vuelto la espalda, o mis hombros, tanto como me ha sido posible, al mundo.

En la cena me aguardaba un enorme trozo de ternera asada. Mi querido amor, no sois vos muy proclive a los usos de una mujer de buen yantar; y, aun así, de buena gana hubiera aceptado vuestra ayuda, por frugal que fuese, a la hora de negociar este enorme corvejón. Me avergüenza comer solo: se convierte en una mera satisfacción del apetito animal, el tributo que nos vemos impelidos a pagar a nuestra naturaleza más mezquina; mientras que en tu compañía es algo refinado, y moralizante, y espiritualizado; y sobre nuestras terrenas provisiones (o más bien *vituallas,* pues esa es una forma muy tonta de llamarlo), sobre nuestras terrenas vituallas se extiende una salsa de nobles y elevados pensamientos, y la dura carne se reblandece de sentimientos tiernos. Pero, oh, estas comidas solitarias son la parte más amarga de mi experiencia presente. Cuando todos los acompañantes se levantaron de la mesa, todos ellos, en la sola persona de tu maridito, subieron al estudio, y se emplearon en leer el artículo sobre Oregón en la *Democratic Review* 63. Más tarde se abrieron paso por las escarpadas y desconcertantes profundidades del cuento de Tieck hasta las cinco, momento en que, al unísono, salieron a cortar leña. Hoy ha hecho un día gris, con intervalos en los que el aire traía algún goteo de nieve. ¡Te parecerá bonito, haberme abandonado sin dejar hecha una cantidad suficiente de sol hasta tu regreso! ¿No te da vergüenza?

Hoy he hablado con tantos mortales como ayer64. Ya está cayendo el sol; y he de meditar hasta que oscurezca.

11 de abril, 1843

Medité, por lo tanto, pero sin resultados que puedan calificarse de espléndidos. Entonces, a las ocho en punto, encendí la lámpara, y me forcé

a trabajar hasta las nueve en este eterno cuento de Tieck. Baño y cama hacia las diez. ¡Terribles horas para acostarse, Paloma mía![65]. Al despertar, me encontré en una región muy diferente de la que había ocupado en las primeras horas de la noche. Me levanté antes de las siete. ¿Verdad que está bien? Pasé la mañana escribiendo; pero, a las once, mis pensamientos dejaron de fluir —lo cierto es que su corriente se ha visto lamentablemente interrumpida todo el tiempo—, así que dejé la pluma y salí a hacer mi visita diaria al pueblo. ¡Qué paseo más horrible! No había nada en la estafeta; de modo que desperdicié mi hora habitual en el Athenaeum y regresé a casa, si se le puede llamar casa a un lugar donde no estás tú. Hasta la hora de la cena me empleé en el cuento de Tieck, y continué esa agradable labor tras el banquete. Es mi propósito, pobre esposita mía, que la misma mañana después de tu regreso te hagas cargo de este horrible asunto y acabes tú el cuento, y ayudes a salir a tu esposo de sus desconciertos, para que pueda finalmente descansar.

Justo cuando estaba a punto de ahogarme con una enorme palabra alemana, Molly anunció a Mr. Thoreau. Quería dar un paseo en el bote, por última vez, quizá, antes de abandonar Concord. De modo que achicamos el agua y zarpamos para emprender nuestro viaje. El bote hace aguas; pero no más de las que hacía en otoño. Remamos hasta el pie de la colina que limita con el brazo norte, y allí atracamos, y ascendimos la húmeda y nevada ladera por mor de las vistas. Al verlo desde allí, bien podía pasar el río por un brazo de mar, tan ancha es ahora su henchida corriente; y yo podría haber imaginado que, más allá de alguno de aquellos cabos, el imponente océano se extendía de par en par ante nuestros ojos. En el viaje de regreso nos subimos a una enorme placa de hielo que flotaba río abajo, y a bordo de esta llegamos directamente al lugar donde debíamos tomar tierra, remolcando el bote a nuestra zaga.

Tras separarme de Mr. Thoreau, pasé media hora cortando leña, hasta que Molly me informó de que Mr. Emerson deseaba verme. Traía una carta de Ellery Channing, escrita en un tono realmente agradable. Tras leerla y discutirla, junto con otros asuntos, Mr. Emerson se marchó; desde ese momento me he ocupado de mis labores diarísticas, y así los hechos han quedado registrados hasta el momento actual: las seis y diez. Esta noche, esta noche, sí, en una hora, este Edén, que no es Edén alguno para un solitario Adán, recuperará a su Eva.

Mediados de abril, 1843

(...) y en verdad son un alma perfecta en cada fibra. Es únicamente el pensamiento interior el que lleva al cuerpo a su naturaleza material o angélica. «¿No sois vosotros el templo del Dios vivo?», dice el apóstol. Ah, sí: pero también sospecho que algunas personas son el cubil del

archienemigo, y es por su intermediación por lo que esta milagrosa forma se ve deshonrada. Antes de nuestro matrimonio nada sabía de la capacidad del cuerpo, y solo los casados en la pureza llegan a saber qué maravilloso instrumento es este para los propósitos del corazón. Aquellos que se casan por conveniencia o capricho se excluyen para siempre de conocer siquiera remotamente lo que eso significa. La impureza de una unión, en cualquier otro ámbito que no sea la completa unicidad en espíritu, es causa, de manera inmediata y eterna, de que el Querubín descargue la espada en llamas ante este árbol de vida. El profano nunca probará los goces del Elíseo, porque se trata de un goce espiritual, y ellos no pueden recibirlo.

Durante varios días me vi sumida en una especie de sopor. Creo que no debo temer que haya más frío y hielo, pues ¿cómo iban las aves a estar equivocadas? Mantienen la más animada conversación hasta después del atardecer, desde la hora más temprana del alba. Se diría que están discutiendo medidas importantes que llevar a cabo en sus residencias de verano. Ahora no tienen tiempo para sentarse en una ramita y entonar oberturas, óperas, sinfonías y valses: se formulan impacientes preguntas, y solo por accidente, como surgido del puro éxtasis, un florido trino precipita de tarde en tarde sus pequeñas ondas de dorado sonido a través de la atmósfera. Las diminutas formas de esas aves muestran la misma agitación que sus voces. No paran de aletear y de moverse. Incluso cuando tres o cuatro de ellas se retiran a la copa de un árbol para reunirse en consejo, insisten en mover las cabezas y colas en lugar de quedarse ahí quietas. En cierta ocasión vi dos petirrojos saltando del suelo al aire exactamente igual que las gallinas cuando están enfadadas; pero sospecho que en el caso de los petirrojos se trataba de un conflicto amoroso y no de odio. El jueves 13, mi querido marido me llevó a dar un paseo en bote. Fue una delicia volver a estar en el agua. Fuimos hasta el puente rojo, pero la marea estaba tan alta y la corriente iba tan rápido que no pudimos pasar por debajo. Las contracorrientes hacían que nuestro nenúfar estuviese casi parado, pero finalmente dimos la vuelta y lo entregamos al caudal descendente sin que tuviésemos que usar mucho el remo. Flotábamos sobre los prados cuya hierba en verano solemos pisar, y los árboles parecían crecer directamente en las profundidades del río. Era la primera vez que salía a tomar el fresco desde mi regreso, y resultó muy vivificante. Parecía que estábamos en un pequeño mar, de tanto como el río ha crecido.

Que yo recuerde, nunca he estado en el campo antes de la llegada de la primavera. Por lo menos, nunca la había visto. Nunca la había sentido. Esta sensación del comienzo de una nueva vida, procedente de la empatía con la que observo el alumbramiento de la tierra, es una experiencia novedosa. Mi alma es también un vasto río, que se libera del hielo y de la escarcha... no, tampoco del hielo y de la escarcha; pues he sido libre y he vivido sin ataduras durante toda esta temporada de frío, en el paradisiaco

verano que es el corazón de mi marido, pero, aun así, mi alma se abre paso. Tengo una nueva esperanza, en parte, procedente de ese sol de felicidad pura que veo en los ojos de mi querido amor, pues ha suspirado mucho por la llegada de días más templados, de las flores y la hierba verde, y ahora está muy contento; y, en parte, supongo, por una respuesta involuntaria a todos estos árboles pujantes, y a este precipitar de aguas, y al aleteo y a las voces de los pájaros. Doy gracias por haber conocido la primavera después de haberme casado. Mi corazón está tan repleto, asciende a un lugar tan alto, y tan pródigamente rezuma que, si no hubiera otro corazón para recibir mi amor ilimitado, me sentiría triste y perdida. ¡Oh, adorable Dios! Te doy gracias de que pueda derramarme en mi dulce esposo con todas mis muchas aguas, y cantar y rugir con todas mis olas en la vasta expansión de su comprensivo pecho. Qué feliz soy allí, de qué manera el Sol de su amor me deshace en centellas y en espuma, qué poco me importan regiones más amplias, pues aún no he encontrado el límite de esta. Yo misma soy la Primavera con todas sus aves, sus ríos, sus brotes, cantando, fluyendo, floreciendo en sus brazos. Me siento nueva como la Tierra que acaba de renacer. Me siento plena de dicha por ser, puesto que soy suya, completa y fielmente suya. Por eso mi vida es tan hermosa y tan llena de gracia. Por eso el mundo es tan dulce como las rosas[66].

Domingo, 23 de abril

Hoy hace un día completamente distinto del último domingo. Entonces hacía un día suave y soleado después de un amanecer con niebla, y los pájaros cantaban en cada ramita. Cantaban sin parar, y me sentía inclinada a responder: «¡Sí, sí, sí, lo sé, lo sé! Jamás hubo un sol tal, un aire tal, un cielo tal, ¡un Dios tal! ¡Lo sé, mis pequeñines, que lo adoráis conmigo!». Mi corazón decía esto, y no tenían intención de parar. Hoy llueve y hace frío, y apenas se oye un pájaro. El pasado domingo, por la tarde, Ellery Channing nos visitaba por primera vez. Tenía un aspecto más vivo y se mostraba más sociable de lo que acostumbraba el verano pasado. Es posible que resulte un compañero más digno e interesante de lo que presuponías, queridísimo esposo. A mí me parece que tiene una forma de decir las cosas mucho más agradable que Mr. Thoreau, pues dice mucho sin dar la impresión de que exprese algo de importancia. El lunes cenó y tomó té con nosotros, y disfruté su visita más que ninguna otra que nos haya hecho antes. Su tez parece unos cuantos tonos más luminosa y sonríe a menudo. (Ah, oigo ahora a la alondra del prado, que entona su reclamo en tirabuzones dorados. La lluvia no la desanima. Sabe que el sol brilla más allá de las nubes...). Ellery volvió a venir esta semana y salió a dar un paseo en el bote, y tomó té a su regreso. El viernes por la tarde mi queridísimo esposo me llevó a dar un paseo en bote. Tomamos tierra en

las praderas, casi volcamos en el remolino que se formó bajo el puente rojo, chocamos contra las rocas, y en nuestros intentos por atracar al pie del huerto nos quedamos atrapados entre las piedras del muro, ¡y fue por poco que conseguimos escapar al desastre! Daba la impresión de que a mi dulce amor todos estos contratiempos y obstáculos le quitaron el ánimo, mientras que yo solo podía reír, pues no puedo sentir miedo, y me da igual el peligro si estoy junto a él; pero encontré una solución a este misterio cuando pusimos pie en tierra. Te sentías así por mi causa, tú, mi tierno héroe. Cuando estás solo jamás sientes la menor inquietud. ¿Puedo amarte o admirarte más? A nuestro regreso visité a Mrs. Prescott, y solo vi a la radiante Miss Abba: radiante e inquebrantable. Pero no debo olvidarme de mencionar que rielábamos por el río junto a una pequeña serpiente, que evidentemente soltó amarras por accidente y trataba en vano de sacar la cabeza y la blanca garganta fuera del agua. Mi marido trató de levantarla con un remo, pero la serpiente pugnó por zafarse de él, pues no distinguía entre amigos y enemigos. Dejamos atrás una ordenada hilera de jóvenes sauces donde conversaban varios mirlos de agitada cola. Se me ocurre si no serán estos los corredores de rumores y escándalos en el género de las aves, y si no participarán también ellos en todas sus diabluras; de ahí que vistan la librea de su majestad la marta cibelina. Al otro lado del río vimos la más verde de las colinas que jamás hayan bendecido nuestros ojos. ¿Por qué unos lugares son más verdes que otros, queridísimo esposo?

Encontré un nuevo placer la semana pasada en rastrillar las hojas secas y las ramitas del camino de entrada. Ejercicios calisténicos en versión rural. Fue un enorme placer, pues no solo estaba dejando más bonita la avenida, sino que también proporcionaba aire y luz a la nueva hierba, y yo misma respiraba puro néctar, y suavemente estremecían el aire corrientes de música procedentes de las aves que había encima y en torno a mí, piando entre raptos de dulce locura.

Martes, 25 de abril

La primavera avanza, a veces con días de sol, a veces —como hoy es el caso— con días de frío, humedad y tristeza. Esta época del año irradia una influencia que me hace casi imposible volcar mi mente en labores literarias, ya sea porque varios meses de un trabajo harto constante han desgastado esa parte de mi energía, ya sea porque en primavera resulta más natural trabajar activamente que pensar. Pero mi impulso es no hacer nada de nada: tenderme al sol, o pasear sin rumbo y mirar el renacer de la Naturaleza desde ese sueño suyo semejante a la muerte, o dejarme llevar por la corriente del río a lomos de mi bote. Si tuviera alas, de buen grado volaría; aunque preferiría ser arrastrado por la brisa, y posarme alguna que

otra vez en un retazo de verde hierba, y luego perderme suavemente en un remolino de viento hasta un lugar aún más soleado[67]. Pero aquí vegeto, en la tierra, muy feliz sin duda en el fondo, pero harto preocupado por esta sensación de imbecilidad que me embarga, una de las más deplorables sensaciones, creo yo, que mortal alguno puede experimentar: ser como un lápiz sin punta, consciente de estos entumecidos dedos, y de esta mente que ya no es capaz de aferrarse a nada con alguna fuerza. El aletargamiento de mi intelecto me vuelve irritable[68].

¡Oh, qué dichoso sería si no hubiera nada que hacer! Me detendría entonces a observar cada pequeño milímetro que avanzase la estación, y ni una hoja crecería en la vecindad de nuestra vieja mansión sin que yo lo supiera. Pero ahora, con el peso de una continuada labor sobre mis hombros, mi mente carece de libertad para emprender tales observaciones. Me limito a mirar lo que ocurre de un modo muy genérico. La nieve, que hace dos o tres semanas cubría las colinas y el valle, se ha visto reducida a dos o tres motitas dispersas por el paisaje visible; aunque sin duda todavía habrá montones en esos lugares del bosque donde reinan las sombras. No ha habido ninguna lluvia violenta que haya acudido a arrastrarla; ha ido desapareciendo poco a poco, centímetro a centímetro y día tras día; y he observado que, a lo largo del camino, las hojas verdes de la hierba han surgido de manera aislada en el mismo borde de la nieve, tan pronto como la tierra ha quedado al descubierto. Los pastos y los prados aún no brindan un efecto general de verdor; ni tampoco tienen ese tinte marrón, carente de alegría, con que las viste el tardío otoño, cuando la vegetación ha desaparecido por completo. Hay ahora un atisbo de verdes, una pálida sombra, pero no su cálida realidad. Algunas extensiones se ofrecen felizmente a la vista; hay una extensión así al otro lado del río: el campo de siega que, cultivado con tanto cuidado, rodea una antigua granja de color rojo. Tales retazos de tierra tienen por vestidura ese bello y tierno color verde que ninguna otra época del año llega a igualar; porque, por muy verde que sea la hierba en el futuro, nada como esta aridez circundante será capaz de mostrarla. Ni en nuestro huerto ni en ninguna otra parte los árboles tienen hojas; y, con todo, hasta para el observador menos atento parecen llenos de vida y sangre vegetal. Es como si, por arte de magia, pudieran hacer brotar instantáneamente todo su follaje, y el viento, que ahora suspira a través de sus ramas desnudas, fuera a hallar su paso dificultado de pronto por innumerables hojas. Este repentino desarrollo no resultaría mucho más maravilloso que el centelleo del verdor que, por un instante, a menudo ilumina como hacía antaño la pendiente de un camino o de una orilla; es como el centelleo de la luz del sol. Hace un momento era marrón, como el resto del paisaje; pero, al mirar otra vez, observas que aparece la verde hierba. La primavera, no cabe duda, se acerca con alígeros pasos, aunque el invierno ha remoloneado tanto que, con suerte, apenas podrá recuperar la mitad del periodo asignado a su

reino.

El río, en esta estación, ha invadido más tierras de las que, según es sabido, había invadido en los últimos veinte años. A lo largo de su curso la corriente ha formado en las zonas intermedias una sucesión de lagos. Mi barca ha quedado varada en el fondo de la huerta, a una distancia convenientemente próxima a la casa. Me ha llevado sobre muros de piedra; y hace escasos días, Ellery Channing y yo pasamos entre un par de barrotes en el gran camino del norte, por el cual remamos una considerable distancia. Los árboles adquieren una apariencia singular en medio del agua. El acortamiento de sus troncos destruye no poco las proporciones del árbol entero, y, por efecto de su abreviación, tomamos consciencia de la regularidad y propiedad que hay en las formas de la Naturaleza. Las aguas ahora están bajando, pero poco a poco: las islas se van sumando a la masa terrestre, y otras islas emergen de la corriente, y pronto, de igual modo, estarán unidas al continente. A una escala menor hemos visto el proceso del diluvio, y podemos ahora ser testigos del resurgimiento de la tierra.

Los cuervos nos visitaron mucho antes de que la nieve hubiera desaparecido; parece que la mayoría ha partido, o se ha desplazado a las remotas profundidades de los bosques que habitan durante el verano. Los patos han venido en gran número, y muchos cazadores se apuestan para cazarlos por el río; pero también ellos han comenzado a escasear. Las gaviotas llegan del mar, y planean a gran altura sobre nuestras cabezas, sacudiendo sus anchas alas bajo el sol que brilla en lo alto. Se cuentan entre las aves más pintorescas que conozco; seguramente las que más, porque su forma de volar las convierte poco menos que en elementos fijos del paisaje; la imaginación tiene tiempo de descansar en ellas: no son de las que se alejan en un momento. Asciendes entre las nubes y te aferras a esas gaviotas planeadoras, y reposas entre ellas sobre la atmósfera que te sostiene. En cuanto a las aves más pequeñas, las que construyen sus nidos en nuestros árboles y cantan para nosotros en el albor de la mañana, que sea mi mujer quien las describa. Ella es también un ave en muchas cosas, y las ama como si fueran de su propia especie. Pero debo mencionar la numerosa compañía de mirlos —más que los célebres «veinticuatro» que fueron cocinados en un pastel[69]— que se congregan en las copas de los árboles contiguos y vociferan con todo el clamor de una turbulenta reunión política. La política ha de ser, sin duda, la razón de tan tumultuoso debate; pero, con todo, cada sonido por separado es ya una canción, y el efecto general es de pura armonía. Mr. Thoreau me dice que en esas ruidosas agrupaciones coinciden tres especies diferentes de aves de color negro: una de ellas es el cuervo, pero he olvidado las otras dos. Los petirrojos llevan mucho tiempo entre nosotros, y los gorriones han llegado más recientemente.

Miércoles, 26 de abril

He aquí otro día de niebla, que enmudece al sol. Los macizos de lilas que hay bajo la ventana de mi estudio casi han echado sus hojas; en otros dos o tres días podré alargar la mano y arrancar un ramo bien verde. Estas lilas semejan tener muchos años, y han perdido el exuberante follaje de su apogeo. La vejez otorga un aspecto singular a las lilas, a las rosas y a otros arbustos ornamentales; uno esperaría que tales cosas, al crecer únicamente para la belleza, debieran florecer en una juventud inmortal, o al menos morir antes de su decrepitud. Son árboles del Paraíso, y, si por su naturaleza no tendrían que ser objeto de la putrefacción, han perdido su derecho de nacimiento por haber sido trasplantados en otra parte. Hay algo ridículo y paradójico en la idea de un venerable rosal, y algo análogo a esto hay en la vida humana. Individuos que solo pueden ser bellos y ornamentales (que no pueden dar al mundo otra cosa que flores) deberían morir jóvenes, y nunca ser vistos con cabellos grises y arrugas, y así tampoco los arbustos de flores con cortezas musgosas y frugal follaje, como las lilas que crecen bajo mi ventana. No es que la belleza no sea digna de la inmortalidad: ninguna otra cosa, de hecho, es más digna de ella, y de ahí, quizá, esa sensación de que existe algo impropio cuando la vemos vencida por el tiempo. Respecto a los manzanos, no hay reproche alguno en que se hagan viejos; que vivan cuanto quieran, y nos conforten de la forma en que más gusten: seguirán siendo respetables aun cuando solo nos provean con una manzana o dos por estación, o ninguna. Las flores humanas, al envejecer en el mundo, deberían brindar, más allá de sus adorables criaturas, alguna clase de fruto que satisficiera nuestros apetitos terrenales; de otro modo los hombres verán con descontento que el musgo se les acumule en derredor.

La primavera y el invierno entablan ahora una batalla por el dominio de mi estudio; y yo cedo un poco a cada cual, y todo a ninguno. La ventana está abierta, y hay fuego en la estufa. El día en que abrimos la ventana de par en par por primera vez debería marcar una época del año; pero he olvidado anotarlo. Setenta u ochenta primaveras han visitado esta vieja casa, y sesenta de ellas vieron aquí al viejo doctor Ripley, no siempre viejo, es cierto, pero poco a poco fue adquiriendo arrugas y canas, y se iba pareciendo más y más a la imagen del invierno. Él, sin embargo, no era una flor humana, sino uno de esos árboles, frutales o leñosos, que adquieren su gracia con la ancianidad. La primavera pasada se encontró la casa vacía, por primera vez desde que fue construida; y ahora asoma otra vez a nuestras ventanas abiertas, y encuentra aquí nuevos rostros. Como creo que mi mujercita es hermana gemela de la primavera, deberían saludarse tiernamente la una a la otra: pues ambas irradian frescura y están cubiertas de rocío, ambas están colmadas de esperanza y dicha, ambas tienen voz de ave y siempre cantan con el corazón, a ambas, a veces, las

envuelve esa niebla fugaz que solo sirve para hacer que las flores nazcan con más brillo; y ambas tienen el poder de renovar y reinventar el fatigado espíritu. ¡Me he casado con la primavera! ¡Soy el marido del mes de mayo!

Es sorprendente cuánta suciedad trae consigo el invierno, o deja tras él. Mi queridísima esposa se ha empleado hasta la hartura en la labor de purificar su imperio en el interior de la casa; y el patio, el jardín y la avenida, que deberían ser mi departamento, exigen una cantidad aún mayor de trabajo. La avenida está cubierta de hojas secas: toda la tanda, por lo visto, del año pasado, parte de la cual mi esposa ha rastrillado en varios montones, con la idea de hacer una hoguera. Me pregunto qué les ocurrirá cuando no haya una «Filis de hábiles manos»[70] que se deshaga de ellas. Hay bastantes ramas picadas, que una tempestad tras otra han hecho caer, negras y podridas. En el jardín hay repollos pasados, que en otoño no consideramos dignos de recoger; y judías secas, y tallos marchitos en el arriate de espárragos; en resumen, todos los naufragios del año que ya se fue, sus reliquias molidas, sus huesos secos. Es una lástima que el mundo no pueda resurgir realmente de la nada cada primavera. Allá en el patio hay pilas de leña, que debería haber serrado y guardado en el cobertizo hace mucho, pero que ahora cubrirán la tierra, me temo, por lo menos hasta junio. Hay un montón de astillas desparramadas alrededor; y, al retirarlas, vimos que debajo crecían tallos de hierba amarilla. La naturaleza hace lo que puede por embellecer tanto desaliño. La hierba crece con mucha diligencia, en especial en las esquinas protegidas y soleadas de los edificios, o en el esquinazo del escalón que da entrada a la casa, lugar que parece particularmente favorable a su crecimiento; pues ya ha crecido lo suficiente como para combarse, y mecerse al viento. Me sorprendió observar que algunos rastrojos —en concreto, una planta que mancha los dedos con su líquido amarillo— habían sobrevivido, y que retenían su savia y su frescura tan perfectamente como en verano, pese a todas las heladas y nevadas que han sufrido el pasado invierno. Cuando los vi eran las últimas cosas verdes del otoño y aquí están otra vez, las primeras de la primavera.

Jueves, 27 de abril

Di un paseo por el campo, rodeando la colina que da al otro lado de la casa, ayer al mediodía, pero no observé nada reseñable. Las ranas han comenzado sus conciertos, si bien aún no a coro completo. No vi ni violetas ni anémonas, ni nada que se parezca a una flor, pese a que miré muy atentamente la parte protegida de los amurallamientos y todos los lugares que me parecían propicios. Subí la colina y pude ver un amplio panorama de la crecida del río, que se extendía a mi alrededor en semicírculo a lo largo de tres o cuatro millas, y proporcionaba una vista

que hubiera sido mucho más bonita que en verano de haber habido más follaje. Era como la formación de un nuevo mundo, pues por todas partes surgían islas, y cabos que se adentraban en la corriente; y tales extensiones, que habían sido ganadas al imperio del agua, eran las más verdes de todo el lugar. Tan pronto como el diluvio las abandona, la naturaleza las reivindica como propiedad suya cubriéndolas de verdor; o es la hierba tal vez la que ha estado creciendo bajo el agua. En lo alto de la colina en la que me encontraba la hierba apenas había empezado a brotar; y observé que incluso esas extensiones, que de lejos parecían bastante verdes, no estaban sino escasamente cubiertas de hierba cuando por fin llegué a ellas. Era la esperanza lo que las pintó con tonos tan brillantes.

Ayer por la tarde vimos una luz muy brillante en el río, señal de que los ocupantes de un barco se afanaban en arponear un pez. Parecía una estrella descendente, como la roja Marte, y, dado que el agua estaba en una perfecta calma, su resplandor se reflejaba en lo más hondo de sus profundidades. Fue un espectáculo muy pintoresco. Después de acostarnos, en la profunda quietud de la noche, escuchamos de pronto el suave y alegre trino de un pájaro procedente de un árbol cercano: era una verdadera melodía, como aquellas que saludan el purpúreo amanecer o se mezclan con la dorada luz del sol. ¿Qué quería decir aquel pajarito, al prorrumpir así en plena noche? Probablemente su trino surgió en medio de sus sueños, en los cuales imaginaba estar en el Paraíso con su pareja; y, súbitamente despierto, vio que se encontraba en una fría ramita sin hojas, con la niebla de Nueva Inglaterra penetrando sus plumas. Debió de ser un triste intercambio de realidad por imaginación; pero, si vio que su pareja estaba junto a él, entonces todo estaba bien.

He aquí otra mañana con niebla, desapacible a la vista, pero más agradable de lo que parece; pues pinta las colinas y los valles con un pincel más rico que el de la propia luz. Hay más verdor ahora mismo que cuando asomé por la ventana hace una hora. El sauce que hay frente a la ventana de mi estudio ya se prepara para hacer brotar sus flores. Se le ponen muchos reparos a los sauces: no es un árbol seco, ni limpio, y yo siempre lo asocio con algo viscoso; y creo que no hay árbol que, para producir una completa satisfacción, no tenga una textura sólida y dura en su tronco y sus ramas. Pero el sauce es casi el primero en hacer brotar sus hojas, y el último en esparcirlas por el suelo; y durante todo el invierno sus ramitas amarillas le confieren un aspecto soleado, que proporciona una influencia positiva desde el punto de vista apropiado. Nuestra vieja casa perdería mucho si tuviéramos que talar el sauce, con su dorada corona sobre el tejado en invierno y su cimera de veraniego verdor. El actual Mr. Ripley lo plantó hace cincuenta años, más o menos.

Ayer por seis dólares me traje un buen montón de estiércol, y pronto comenzaré a trabajar el jardín. Aparte, hay una abominable cantidad de trabajo que hacer, o que debería hacerse, consistente principalmente en

retirar todos los residuos del año pasado que cubren el jardín, el patio y el huerto. *Odio cualquier trabajo*, pero menos el de las manos que el de la mente.

Martes, 9 de mayo

Mi queridísimo esposo, tú no deberías trabajar, en especial con las manos, y es normal que lo odies. Eres un serafín que ha venido a observar la naturaleza y los hombres desde la quietud y el reposo, sin tener que verse obligado a extenuarse en imitarlos o en ir por ahí retirando viejos residuos. Ni Apolo entre su rebaño se hubiera visto tan fuera de lugar como tú con tu sierra, tu hacha y tu rastrillo bajo el brazo. La Flor del Tiempo solo debería abrirse; no debería prestarse a utilidad alguna. Me gustaría ser Midas el tiempo necesario para convertir en oro suficiente cada cosa que tocase, y proporcionarte así el sustento y todo cuanto embellece la vida. Pero ¡ay de mí! No hago otra cosa que amarte. Sé que te basta con eso, pero me gustaría poder darte algo más.

El pasado jueves, 4, di mi primer paseo con mi Apolo Febo. El sol no brillaba, y el viento que soplaba por el este era tan fuerte y resuelto que nos heló hasta el corazón, pero no el interior de estos trópicos de amor, pues ningún viento puede helar allí el aire. Caminamos por el sendero de Peter y no vimos ninguna flor. Visitamos la cabaña en ruinas y moralizamos un poco sobre su chimenea de piedra, y luego descendimos hasta el valle que hay junto al agua, casi por completo cubierto de repollos aplastados, ese vegetal repugnante. Recorrimos cierta distancia de un sendero lleno de hojarasca, y entonces nos dimos cuenta de que debíamos regresar sobre nuestros pasos. Seguimos avanzando por aquel pasillo abierto en el bosque y me sentí muy atraída por el musgo, de un color verde pálido, que colgaba de los árboles como una larga y vetusta cabellera. Era muy bonito de ver, como el musgo del mar, y cogí un poco para hacer una guirnalda. El suelo estaba salpicado por el blanco de las siemprevivas, que surgía por todas partes en tal abundancia que se hubiera podido escribir el nombre de la Inmortalidad por toda la tierra. Mi querido esposo vio finalmente un talud en el bosque y acudimos a escalarlo, para descubrir que había numerosas aguileñas, pero ni el menor rastro de flores. Los arces estaban en flor, y mostraban ese hermoso brote escarlata que aparece antes de echar la hoja. Al regresar a casa nos vimos atraídos por una orquesta de mirlos que cantaban en un árbol sin hojas. La opinión que tengo de estos pájaros ha cambiado mucho durante nuestros últimos encuentros. Por lo que se ve, ya han arreglado sus asuntos políticos y domésticos y han dejado de cotillear, y ahora se reúnen en bandas de cuarenta y cincuenta miembros para ejecutar sus maravillosas sinfonías. Uno podría cerrar los ojos y soñar que su oído ha captado la

música de las esferas, o que a través de la puerta del Paraíso, descuidadamente abierta, una entremezclada tonadilla de sacabuche, salterio, dulcémele y arpa tocada por los ángeles ha llegado a la tierra para devolverle al hombre la armonía. Parecía que los gorriones acababan de llegar aquel día, pues más allá de los sauces con cuello de cisne había multitudes descendiendo en picado por el aire a una velocidad maravillosa; su velocidad es demasiado grande como para que su movimiento sea del todo grácil, pero dan la impresión de haber sido creados para permanecer en pleno vuelo sin posarse nunca. De tarde en tarde, cuando uno de ellos surca el aire sin agitar las alas, resulta soberbiamente hermoso; uno de estos tranquilos individuos pasó justo por encima de nuestras cabezas a muy escasa distancia, de manera que pudimos verlo a placer. En su danza aérea, unos y otros se cruzaban y volvían a cruzarse en interminables revueltas, pero se tocaban y embarullaban tan poco como los planetas en sus órbitas.

La tarde siguiente, 5 de mayo, viernes, paseamos hasta la colina coronada de bosques de Barrett's Hill[71]. Hasta entonces no habíamos visto ninguna flor, pero estaba segura de que algunas humildes violetas florecían en aquella pendiente soleada. Así que, mientras paseábamos por allí buscando con avidez, me topé finalmente con el ojo azul de la primera violeta. Me arrojé al suelo y besé a aquella pequeña, preciosa desconocida. Unas pocas más crecían en derredor. Después ascendimos por la colina y nos sentamos tranquilamente un rato bajo los pinos. Y, al descender de nuevo, ¿qué es lo que vi bajo unos arbustos sino una preciosa anémona de color blanco, inclinando su cabeza de lirio como una campana de marfil? Lancé un grito y encontramos más y más, hasta que por fin recogimos un enorme ramo de estas flores, las más elegantes que existen. De modo que aquel memorable día regresamos a casa repletos de riqueza.

El sábado 6 fuimos a Sleepy Hollow por el camino del pueblo y rodeando Cesar's Castle. Sobre un promontorio que había a la derecha, según se entraba en la hondonada, encontramos algunas de las primeras violetas pedata, que son más altas y pálidas que las otras. Pero, tras dejar Sleepy Hollow y cruzar un estrecho arroyo, miles de anémonas nemorosas saludaron nuestra aparición desde la orilla, así como las violetas blancas de brocado púrpura. Me senté y cogí tantas como pude reunir. Miss Martha Prescott y su enamorado, Mr. John Keyes[72], aguardaban sentados mientras tanto en lo alto de la colina. Ese mismo día recibimos la visita de Ellery Channing, que ha llegado para ocupar su residencia en Concord.

El domingo 7, Mr. Lane y Mr. Samuel Larned[73] vinieron a vernos. Mr. Lane me cayó muy bien. Se mostró muy educado y agradable; es un individuo de enorme sentido común, y su rostro me recuerda mucho al de Alcott: ha cambiado bastante desde la última vez que le vi, el pasado otoño. Mr. L. me pareció muy guapo, a la manera pintoresca de las

bellezas tropicales. Ellery vino a tomar el té por la tarde, con el propósito de huir de una elevada charla en casa de Mr. Emerson entre un tal Mr. Bennett, Mr. Lane, etc. Y por la noche tuvimos el placer de recibir a George Bradford, un alma tan pura como la mejor que Dios haya creado. La mañana siguiente vino de nuevo para llevarle una carta mía a mi madre. Esa tarde, 8, lunes, llegó papá, la primera visita que nos hace desde que nos casamos. Se quedó con nosotros hasta la mañana del sábado 13. No salimos a pasear mientras estuvo aquí, porque no me gusta dejarle solo; pero el sábado por la tarde fuimos a un roquedal a la orilla del río que hay cerca del campo de batalla, donde mi queridísimo esposo había descubierto algunas aguileñas, y, ¡sorpresa!, estaba todo escarlata, listo para la cosecha. Nunca vi tantas juntas. La violeta pedata le da también un aspecto celestial a cada rincón y cada zona protegida, y el terreno era un hermoso mosaico de las más adorables violetas azul oscuro, houstonias y siemprevivas. Hacia el primero de mayo los cerezos comenzaron a florecer, y ahora (día 19) perales, manzanos y melocotoneros están en toda su gloria. Nunca había visto perales en flor. Dos que hay en nuestro enorme huerto están realmente soberbios. Parecen fuentes de flores, que, surgidas en espiral, extienden sus largas ramas en nobles curvas y brotes blancos como la nieve. Los manzanos parecen más bien una montaña de flores, pues sus enramadas son muy desiguales y angulosas. El aire está lleno de la fragancia procedente de esta miríada de cálices. Durante uno o dos días observo que los pétalos no dejan de caer: es como una tormenta de nieve en verano, pero los copos no se derriten, sino que cubren el suelo como lunitas blancas. Las venerables lilas que rodean dos lados de nuestra vieja rectoría comienzan a desplegar sus brotes muy lentamente. No ha llovido en casi quince días, y por eso la vegetación parece que tarda en salir. Hemos advertido la llegada de algunos pájaros. Una mañana escuché un dulce parloteo, como de saludos e intercambios amorosos, que en mi oído sonaron a nuevo, y, al mirar por la ventana, vi los árboles, los arbustos de lilas y la valla adornados con turquesas muy vivos, de un azul celestial, en la forma de unos pajaritos azules. Era evidente que acababan de llegar. Fue en abril. Otro día, unas notas tan claras como el diamante, ricas como el oro, hicieron que mi corazón palpitase con auténtica y noble emoción: me asomé, pero, aunque no cesaba de escuchar aquel tono señorial, la causa parecía tan oculta como el dios en la estatua de Mammon[74]. Por fin, sin embargo, un pequeño atardecer, una suerte de atardecer abreviado, se abrió paso entre los árboles, y reconocí a la espléndida oropéndola. Había llegado aquel día. Así que los dulces pajaritos amarillos brillaron como pedacitos de sol al mismo tiempo, y prorrumpieron en su agradable gorjeo.

Esta semana fui a ver una mañana a Mrs. Emerson y la encontré muy pálida y débil. Nadie los acompañará este verano para que pueda descansar. No me cabe estar más agradecida. Mrs. Emerson quiere ponerse

bajo tratamiento homeopático y con eso espero que se reponga. El jueves por la tarde, mi amado me acompañó a visitar a Ellen[75] y Ellery Channing a su graciosa casita roja. Ellen nos recibió en la puerta. Está encantadísima con su casa, y parecía muy feliz, aunque cansada, pues todavía no ha terminado de arreglarla. Mi querido esposo salió a ver al señor del lugar, que estaba trabajando en sus tierras, y, por lo que vi desde la ventana, parece bastante moreno. Las vistas desde el dormitorio de Ellen eran una delicia. Una amplia, suave y tranquila llanura recortada por algunos altozanos y bosques. El efecto que causaba era de lo más dulce y apaciguador; para Ellen resulta innegablemente encantador. En esa dirección reciben al sol saliente, sin nada que obstaculice su visión. La otra alcoba da al sol poniente y a la casa de Mr. Emerson. Ellen dijo que no habían visto ni aguileñas ni anémonas rudas. Y, como habíamos propuesto volver a casa a través de los bosques, decidí recoger algunas. Mi queridísimo amor había descubierto una ribera donde se encontraban estas últimas, y fuimos por allí. Primero vimos cientos de violetas pedata y de helechos recientes, que recogimos por su dulzura. Era una tarde oscura, a medias iluminada, sin viento, y deliciosa para pasear. No fuimos capaces de encontrar el sendero principal por el que habíamos llegado, así que nos vimos perdidos en el bosque abierto, y finalmente rehicimos nuestros pasos. Llegamos a un promontorio bastante elevado desde el que obtuvimos una bonita vista. Un ancho y hospitalario tocón nos invitó a sentarnos y, juntos, aceptamos la invitación. Desde allí vimos el pueblo y Cesar's Tower y unas encantadoras pendientes cubiertas de hierba recién brotada, y árboles de tierno follaje. Me llamó particularmente la atención la belleza de los robles más jóvenes. Sus hojas nuevas eran de color escarlata y amarillo pálido, y unos preciosos brotes —una profusión roja — colgaban bajo el pequeño dosel que conformaban unas ramas separadas y pobladas de hojas. El nuevo follaje de los abedules era también muy hermoso: las hojas tienen una forma exquisita, y parecen realmente lustrosas, y las esbeltas pedaliáceas les dan movimiento. Parecen pequeñas pirámides en pleno vuelo, en una danza etérea. Mientras estábamos sentados en aquel viejo tocón, un cenzontle acudió a entretenernos, por medio tan solo de su garganta, con las notas de todas las aves y todos los sonidos de la naturaleza, incluso el croar de una rana. Estaba solo en un árbol, y por lo visto se divertía tanto como nosotros. Por fin descendimos la colina y atravesamos Sleepy Hollow, y visitamos la orilla de las rudas. Nunca había visto tantas. Me senté entre ellas y recogí hasta que pensé que el siniestro dios del Hades me terminaría recogiendo a mí. Mi marido también recogió tantas como su mano pudo tomar. Cuando terminamos la cosecha, vimos un manzano con un brazo roto, completamente en flor, y le quitamos sus brotes rosados, al ver que las manzanas no podían madurar. Luego subimos la colina que hay al otro lado de nuestra rectoría, y volvimos a casa. Puse las rudas y las aguileñas que recogí en un cuenco

de lata y se las envié a Ellen esa misma noche, para su enorme alegría, según le dijo a Mary. Pensé muchísimo en mi madre y quise que fueran para ella, y al final decidí que no me sentiría bien a menos que le enviase una colección igual de espléndida. Así que ayer tras la cena mi señor y yo fuimos a las rocas de las aguileñas y encontré muchas más que antes, y unas cuantas violetas pedata. Mi amor pretendía ir a la ribera de las rudas para coger flores frescas, pero, no bien acabábamos de llegar a la avenida, Mary anunció que Ellery Channing había venido a pescar, y eso acabó con nuestros planes. Esta mañana (sábado 19) me levanté temprano, y, rebosante de dicha y satisfacción, empaqueté las aguileñas, las anémonas del bosque, las rudas, las violetas pedata y las blancas, y las aretusas que Mary Hosmer me trajo, y Mary Bryan llevó el paquete a la diligencia.

Esta semana he sembrado de flores mi jardín. Es la primera vez que echo semillas a la tierra. Miss Catherine Barrett[76], Mrs. Emerson y Louisa Hawthorne me las proporcionaron. Tengo el aster de China, el clavel silvestre, el amaranto dorado y el blanco, lavateras, aguileñas, narcisos, silenes, almizcle, flor del Perú, dedaleras, siemprevivas, dalias, capuchinas, campanillas, bocas de dragón, escabiosas y muchas otras. Mi querido marido también ha acabado de plantar su jardín esta semana. Durante más de quince días hemos puesto espárragos en la mesa. Ha plantado patatas, maíz, calabazas, guisantes, judías, tomates, pepinos, melones, nabos, zanahorias, rábanos y hierbas aromáticas.

He comprobado que el colibrí, la más exquisita de las creaciones de Dios, frecuenta los cerezos, y en esos que hay cerca de la ventana de nuestro dormitorio he visto colibríes a menudo a lo largo del mes. Son una especie de preciosa fantasía, y quizá sugirió la figura de Ariel en la imaginación de Shakespeare[77]. En forma, color y movimiento, son de una perfecta belleza. Si los más viles e innobles reptiles y animales responden a lo que de más bajo hay en el hombre, y demuestran que el hombre es un caído de un estado más elevado, entonces también el colibrí demuestra que es divino, y su belleza angélica.

Ha sido una felicidad inexpresable ver la llegada del verano y de la primavera paso a paso junto a ese sinónimo y armónico de la Naturaleza que es mi marido. Me siento llena de dicha. Nunca había visto su llegada. Nunca hubiera podido apreciarla solo con esa mitad de alma que una vez tuve. Ahora es como si de veras acabáramos de nacer, y viésemos el mundo recién hecho por la mano de Dios en la mañana de la Creación.

Martes, 23 de mayo

Esta mañana descubrí al levantarme que había caído lluvia, bendita sea. No había llovido desde el primero de mayo, cuando diluvió por la mañana y se aclaró por la tarde. Ese día, a las once y media, mi hermana se casó

con Mr. Horace Mann, y fue directamente a Inglaterra una hora después de la ceremonia. El matrimonio fue una decisión repentina, y tuvieron poco más de un mes para preparar un viaje de seis meses por Europa. Fue uno de los sucesos más felices de mi vida del mismo modo en que para ella significaba la coronación de su dicha, pues nunca pude resignarme a ver el trabajo tan duro que hacía para otros, ni su triste semblante. Ahora es por completo feliz, y alabemos a Dios, y que Dios la bendiga. Son cerca de las diez y la lluvia ha cesado por, espero, solo unas horas, pues la tierra no puede haber saciado su sed. El aspecto que tiene cada cosita verde es ahora soberbio, ¡y de qué manera las nuevas semillas y las jóvenes plantas muestran su felicidad! Muy temprano, cuando todavía estábamos en la cama, mi querido esposo anunció que había un pájaro en la galería. Me levanté para ver qué clase de pájaro era y descubrí que se trataba de un gorrión. Volaba de un lado a otro, y abrí la ventana para que pudiera salir si así lo deseaba. Es un misterio cómo ha podido entrar aquí. El domingo por la tarde, Ellery y Ellen Channing vinieron a tomar el té. Fue una visita muy agradable. Ellery resplandecía, y parece idolatrar completamente a mi adorado marido. El lunes por la mañana comencé el busto de la más noble cabeza en la cristiandad y el paganismo, la de mi querido Señor.

Viernes, 2 de junio

Anoche cayó una helada, que ha causado un enorme daño a mi jardín. Las judías han sufrido enormemente, aunque, por suerte, solo habían retoñado poco más de la mitad de las que planté. Las calabazas, tanto las de verano como las de invierno, parecen haber muerto todas. En cuanto a los otros vegetales, no ha habido demasiado que lamentar: las patatas no habían llegado a salir de la tierra, salvo dos o tres, y los guisantes y el maíz son de una naturaleza más dura. Es triste que la naturaleza nos juegue estas malas pasadas a los pobres mortales, invitándonos con soleadas sonrisas a que confiemos en ella, y entonces, cuando nos tiene por entero en su poder, nos ataca en el corazón. Nuestro verano, tal y como mi mujercita observa sabiamente, comienza en los últimos días de junio; y como añadí yo, no menos certeramente, termina alrededor del primero de agosto. No hay por tanto más de seis semanas en todo el año en que una helada pueda ser considerada como algo destacable.

La decepción que acabo de mencionar, sin embargo, no es nada comparada con otra, que, me temo, hemos sufrido nosotros hace uno o dos días. Dejaré que sea mi esposa quien lo cuente, si lo desea; o quizá sea mejor no ensombrecer otra página con una relación así. Dios podrá enmendarlo todo. Confiemos en que lo hará.

Jueves, 6 de junio

Mi amado ha salido a pescar. Es un día cálido y nublado, y anoche cayeron varias mantas de agua. Hoy se cumple una semana de la tarde en que dimos un paseo por el sendero de Peter. Era una tarde de lo más deliciosa, y la tierra estaba azul de tantos lupinos y violetas grandifloras como había, con algún que otro tono rosa del aster de los bosques y el brillo dorado de las estrellas amarillas. Trajimos a casa una brazada de flores. De un grupo de violetas emanaba un olor maravilloso. Era como una peculiar camarilla con su propia fragancia, suave y extraña. Las había de muchas variedades. Algunas eran de un azul pálido, otras de un denso púrpura con ojos dorados; otras de un azul ultramarino con ojos muy oscuros, y tallos de casi quince centímetros.

Al día siguiente, y ya durante varios días, no me encontré muy bien. Leí en la cama *Pasado y presente* de Carlyle. El estilo es odioso, pero el propósito y los pensamientos son nobles. Es como intentar abrirse paso por un abigarrado bosque con excesivos incordios en torno a los pies, mientras constantemente el cielo se descorre sobre tu cabeza, los pájaros cantan en las enramadas, los pinos murmuran acerca del infinito, y, como dijo mi esposo, los truenos resuenan y los relámpagos lo iluminan todo de vez en cuando. Uno puede ocuparse por entero en la maraña y los matorrales de abajo o en escuchar una música mejor, según sea su disposición. La humanidad de Carlyle hace que cualquier cosa que escriba me resulte tolerable. Nació para *mostrar.* Nadie puede fingir ignorancia sobre las maldades cometidas en Inglaterra después de que él ha hablado.

También he leído *The Home,* de Fredrika Bremer[78]. Es un libro encantador. Una madre divina, un padre noble, adorables hermanas, y un hermano con la cabeza de un ángel y el más tierno y honrado corazón. El tasador es una nube de tormenta con un arcoíris en ella. Mrs. Gunilla es una lluvia hacendosa y un bendito rayo de sol.

Hemos tenido noticias de Mary Mann exactamente un mes después de su partida. Dice que siente una «satisfacción completa». Eso es como música para mis oídos. Beethoven no podría pulsar esa cuerda de mi corazón. Cuando dos personas se casan *por amor,* ambos ascienden a una esfera de perfección y zarpan hacia el infinito por su propia cuenta, completos en ellos mismos, sin someterse ni ligarse a nada que no sean las grandes leyes del Universo. Fui la primera en abandonar mi familia de este modo con un suave sonido de timbales, llamado armonía esférica, y ahora Mary ha partido hacia su propia órbita, tras haber encontrado a la otra mitad de su propia esfera. Ni ella ni yo carecemos de nada, y tan solo deseamos que aquellos que quedan atrás giren también en círculos completos por las azules profundidades de la dicha. Pero nunca podremos sentirnos ajenas a aquellos que no son tan felices como nosotras. Ahora, ella y yo podemos saludarnos con un mutuo ademán de la cabeza, con la

barbilla bien alta, y decir: «¡Soy tan feliz como tú!» (pensando para nuestros adentros «*más feliz que*...»). ¡Ojalá Elizabeth pueda protagonizar este maravilloso cuento y decir, también, «y yo con vosotras»!

No dejo de pensar en esa riada de libros «para la gente» que últimamente empiezan a llegar como una nueva especie de diluvio, todos ellos impresos en los tipos más diminutos y viles, y en un papel negro todavía más vil. Parece una cruzada contra la vista, por más que pretenda ser un beneficio para la mente. Puede que nos convirtamos en una nación más sabia, pero también ciega, aunque quizá eso no importe cuando lleguemos a saber tanto como Milton antes de que la «serena gota»[79] empapara sus ojos. Los Estados Unidos serán una gran Institución de Ayuda al Invidente, salvo por unos cuantos doctores Howe[80], que habrán salvado sus ojos al poder leer en libros decentes, y ellos serán quienes cuiden de nosotros. Teniendo en cuenta que la gente verdaderamente pobre no puede permitirse velas suficientes para tener buena luz, pienso que es una pena que esto sea así. Desearía que los gastos se recortasen en otras cosas, y que pudieran presentarse unas hojas más despejadas y limpias a quienes tienen hambre y sed de conocimiento y unos pocos peniques que gastar.

Viernes, 23 de junio

El verano ha llegado por fin: los días más largos, y el sol cegador, y el calor febril. Ayer el día brillaba como acero fundido; por la noche era imposible dormir, a causa del bochorno más molesto que hemos pasado desde que vinimos a vivir a Concord, y hoy hace otro día de calor infernal. En cierto modo disfruto de este horno siete veces recalentado que es el corazón del verano, por más que me deje abatido como una planta sedienta. La luz del sol nunca es demasiada, ni demasiado intensa, para mi gusto; pero no tengo nada en contra de las tormentas de verano. Si tuviera libertad para no hacer ahora absolutamente nada, ninguna obligación que cumplir, ningún trabajo mental o físico que desempeñar, sería tan feliz como una calabaza, y no me diferenciaría gran cosa de ella. Pero la necesidad de mantener mi mente ocupada reconcome mi bienestar como esos bichos de las calabazas que habitan el interior de las enredaderas. Me muestro inquieto, y produzco poco, y casi nada que valga la pena producir.

El jardín tiene ahora buen aspecto: las patatas florecen, los primeros brotes de maíz se mecen al viento, y los últimos ya han crecido mucho; las calabazas, tanto las que se consumen en verano como las de invierno, me da que crecen a mejor ritmo que las de mis vecinos. Me veo, no obstante, obligado a mantener una pugna continua con los bichos de las calabazas, tanto que, si los dejase a sus anchas un solo día, seguramente destruirían las previsiones de todo el verano. Es imposible no sentirse irritado con

estos gusanos sin escrúpulos, que no tienen reparos en causarme tamaño mal con el solo propósito de comer una o dos veces. Hasta para ellos mismos sería mejor si al menos esperasen a que las calabazas hubieran crecido del todo. No hay un placer mayor que el de vengarse de ellos. ¿Por qué, me pregunto, la naturaleza ha proporcionado tal horda de enemigos a cada valioso comestible, mientras los rastrojos pueden crecer sin verse perturbados, y han sido provistos de tal tenacidad para aferrarse a la vida, y tales medios de propagación, que el jardinero debe mantener una lucha continuada si no quiere verse rodeado y sin esperanzas? ¿Qué oculta virtud hay en estas cosas, que se les ha conferido el poder de dispersarse con el viento, y agarrarse a la tierra con irreductible terquedad, y florecer a pesar de todo obstáculo, y no sufrir podredumbre ya sea bajo el sol o la sombra, para burlar sempiternamente a sus enemigos con esa retorcida exuberancia? Es un verdadero misterio. Hay algo como sagrado en torno a ello. Quizá si pudiéramos penetrar en los secretos de la naturaleza descubriríamos que eso que llamamos rastrojos son más esenciales para el bienestar del mundo que los más preciosos granos o frutas. Cabe dudar de ello, sin embargo, pues hay una inconfundible analogía entre estos perversos rastrojos y los malos hábitos y las inclinaciones al pecado que recorren el mundo moral; y podemos figurarnos que tanta bondad hay en una cosa como en la otra.

Nuestros guisantes están tan crecidos que no me extrañaría nada que en una semana los tuviéramos en nuestra mesa. Las judías se han malogrado, y planté una nueva remesa anteayer. Tenemos sandías ya bastante desarrolladas, y los melones nacerán en tres o cuatro días. Anoche planté algunos tomates, y también alcaparras. Mi intención es plantar algo más de maíz al final del mes, si no antes. Mi mujercita debería avergonzarse por no llevar el registro del jardín y su procesión de florecillas silvestres con tanta prolijidad, al menos, como la que yo pongo en hablar de nuestros vegetales y matas culinarios. Sobre todo, no debería omitir la aparición de las primeras rosas; ni de las aretusas, una de las razas más delicadas, agraciadas y dulces, en cada uno de sus aspectos, de todas las flores. En los últimos quince días las he encontrado en los pantanosos prados, levantando la barbilla sobre montones de húmedo musgo; su tonalidad es de un delicado rosa, con variada intensidad de color; se parece un poco a un casco griego. Algo tiene que pasarle a mi mujercita para no haberla descrito, y es esta una hazaña más allá de mis fuerzas. Del mismo modo, dejaré que sea ella quien describa la visita de dos de sus amigas, que vinieron ayer y se marcharon por la mañana. Se las puede mencionar con toda justicia entre las flores. Me asombra también que haya olvidado mencionar el nacimiento en este pérfido mundo de una palomita blanca[81]. ¡Oh, qué traviesa es!

Hasta la presente estación nunca había observado lo mucho que remolonea el crepúsculo en estos días, que son los más largos. El tono

anaranjado del horizonte por el oeste perdura hasta las diez, como poco; pero no soy capaz de decir cuánto más. Hace dos noches aún era capaz de distinguir las letras a la luz de este prolongado resplandor, entre las nueve y las diez. Me parece que el amanecer comienza a dejarse ver a una hora muy temprana, como a las dos; así que el dominio absoluto de la noche se ha visto reducido a casi nada. También parece haber, si no una necesidad disminuida, sí, al menos, una posibilidad de conciliar el sueño menor que en otros periodos del año. Apenas soy ya capaz de lograr un buen reposo; consumo las noches en dar vueltas, en agitarme, en sacudirme, y luego en el tumulto de los sueños. Envejeceríamos y nos desgastaríamos el doble de rápido si no hubiera invierno: es el verano, y no el invierno, lo que nos sustrae la vida mortal. Bueno: apreciamos el valor de aquello que nos es arrebatado.

24 de junio, 1843

Dios nos da lo que es digno de la eternidad: consumado Amor, buena salud, incluso un hogar encantador, y, por si fuera poco, la potestad de recibir amigos y hacerles felices. Mi dulcísimo marido, ¿no nos ha puesto Dios un yugo muy pesado?

¡Qué maravilla! En este momento en que me he sentado a reflexionar con los ojos clavados en ese viejo y antiestético álamo, y pensaba en lo feas que parecen sus ramas secas, una espléndida oropéndola vino a posarse allí donde mis ojos descansaban. ¡Qué gloria ha dado al viejo árbol! Lo acepto como una señal de Dios.

El 22 de este mes florecieron las primeras rosas. El dulce brezo que hay en el lado sur de nuestra casa descubrió sus primeras flores. Ese fue el día en que la dorada Anna Shaw[82], y su hermana Sarah[83], la rosa de Sarón[84], vinieron a vernos, y no pudieron elegir un momento mejor. Su visita fue realmente encantadora, querido mío, ¿no es verdad? Llegaron a las nueve del más adorable de los días que hayamos tenido, un día verdaderamente veraniego. Nuestro espíritu familiar salió a su encuentro cuando llegaban procedentes de la parada de carruajes, y cogió sus maletas, y conversó con ellas todo el camino de la manera más imparcial, dijeron ambas, primero dirigiéndose a una y luego a la otra. Tú, amado mío, las recibiste en la puerta de tu estudio con la sonrisa y el esplendor más celestial que *ellas* jamás vieran, aunque es *mi* privilegio diario. Después fueron a su dormitorio, y, cuando volvieron a salir, acudieron a nuestro dorado apartamento, y les encantó ver allí dispuesto el mobiliario que en Boston habían visto a mi cuidado. Las llevé entonces al comedor, para que tomasen un poco del pan de jengibre que les había preparado y bebiesen nuestra deliciosa agua. Permanecieron luego un rato en el salón, y el lugar les encantó: las cortinas, el sofá, todo. La Dorada Anna se lanzó sobre la

alfombra de flores —la flor más espléndida de todas—, y la rosa de Sarón se medio reclinó sobre la otomana: ¡qué hermosos ornamentos para mi salón! Después fuimos a la galería y allí charlamos, y Sarah quiso saber lo que decían las cartas que Mary había enviado desde Londres, así que las leí en voz alta. Anna, sin embargo, apenas prestaba atención, pues decía haber caído en un lugar encantado y que no podía evitar sumirse en trance. En mitad de aquello, mi queridísimo esposo salió de su estudio, y no podías estar más bello, mi amado, y fuiste al pueblo y a casa de Mr. Emerson para averiguar si este se hallaría de regreso a tiempo de cenar con nosotros. Después de que te fueses, Anna subió a nuestra habitación y durmió una siesta en nuestro pequeño sofá blanco, junto a la ventana. Mientras ella estaba allí, Sarah y yo hablamos sobre el matrimonio y terminamos las cartas de Mary. Antes de que Anna despertase tú regresaste, trayendo tres rosas de terciopelo. Entregaste una a Sarah con una sonrisa que podría haber creado la luz: lamenté enormemente que Anna no pudiera recibir la suya de tu mano. Pero cuando, radiante, salió de nuestra alcoba, con la tez de sus mejillas sonrosada por el sueño y similar a la Aurora en su cabello fluyente, Sarah le dio la rosa, y ambas se las llevaron consigo como si fueran reliquias. Tú desapareciste en el interior de tu estudio hasta que llegó Mr. Emerson, pues he aquí que, en tanto yo miraba hacia la avenida, ¿quién apareció por la puerta, sino Platón en persona? Llegó literalmente con la lengua fuera. Acababa de regresar de Boston y no quiso demorarse ni un segundo en venir. Anna y Sarah bajaron al salón para verle, y te pidieron también a ti que te unieses, querido mío. Nuestra cena fue muy agradable. Mary Bryan la preparó de maravilla: cordero, nuestros propios espárragos, macarrones y patatas, y como segundo plato unas natillas muy frías y refrescantes, y en opinión de Sarah, muy ricas. Mr. Emerson se mostró muy ameno y habló mucho[85]. Tras la cena se quedó con nosotros un buen rato, y mantuvo una animada charla con Anna; Sarah tuvo que acostarse antes de que Mr. Emerson se marchase. Tú, queridísimo esposo, cumpliste tu parte y mucho más que eso, teniendo en cuenta tus inclinaciones, y Anna preguntó después si, a juzgar por lo que había oído, no te habías mostrado inusualmente sociable; no esperaba tener tanto trato contigo. Dijo que era maravilloso mirarte a los ojos, pues tenían una expresión muy afable. Creo que eran alrededor de las cinco cuando Mr. Emerson se marchó, y tú le acompañaste para aprovechar y pedir un cabriolé que llevase a Anna y Sarah a Stowe por la mañana. Qué luz y qué brillo desprendías mientras, con el más cálido de los semblantes, le hablabas a Anna del vehículo y la hora, y con qué tacto le urgiste a que se fueran más tarde. Haces realidad todos mis sueños de lo que debe ser un perfecto anfitrión y de cualquier otra cosa imaginable. Cuando ambos os marchasteis, Anna se dirigió a la silla que tenemos en el jardín y se sentó allí un rato, pero, cuando Sarah bajó de su siesta, se tumbó cuan larga es en la hierba, semejante a una de las ninfas de Diana, si no a Diana en

persona. De esa guisa nos pusimos a hablar. Me dijo que había esperado pasarlo muy bien, pero que la realidad había superado toda expectativa. Mientras estábamos allí, Anna subió corriendo las escaleras y regresó con unos cuantos libros, pero, justo cuando volvía, apareciste tú por la avenida, y ella los dejó y se sentó en el peldaño. Le pedí que volviera a tumbarse en la hierba, y así lo hizo. Quería que vieses lo adorable que estaba en esa postura. Tú te lanzaste contra los bichos de las calabazas durante un rato y luego llegó la hora del té. Tras el té, y cuando el sol ya había descendido lo suficiente, nos dirigimos a la terraza, y Anna adornó la roca que hay entre los dos jóvenes olmos y después lo hizo Sarah. El río parecía un espejo; estaba en calma, cubierto de sombra, y en las mejores condiciones. Visitamos el monumento y subimos la avenida hasta el camino, y entonces tuviste la amabilidad de acompañar a Sarah y Anna a Sleepy Hollow. Entretanto yo vine a casa, y arreglé la habitación para la noche con ayuda de Mary Bryan, y llevé tinas de agua para el baño. Sarah se retiró poco después de su regreso; pues ya eran las nueve, aunque aún había luz. Anna volvió a adoptar esa pose suya sobre la hierba, si bien ahora con un manto bajo el cuerpo. Allí permaneció tendida toda la tarde, con un pequeño escabel para reposar los brazos, y las hojas en flor se derramaban sobre nosotras en un suave diálogo con el rocío. Nos enseñó varias constelaciones en los magníficos campos del espacio, extrañamente límpidos esa noche: la silla de Casiopea[86], Sagitario, la Lira, etc. Al cabo, también ella se fue a la cama. Era una noche terriblemente calurosa, y tú y yo apenas dormimos. No corre el aire en nuestro lado de la casa, pero, salvo por lo que a ti te afectaba, estaba muy contenta de que a ellas les llegara suficiente brisa para estar cómodas. Amaneció un día espléndido, y a las siete o siete y media ambas se marcharon en un cabriolé ligero, con conductor. Fue una visita encantadora. Todo discurrió como debía, y tú estuviste tan perfecto como siempre, haciendo cada cosa de la manera más elegante.

Hoy han florecido las primeras rosas de Damasco (24 de junio). Querido mío, ¿cómo puedo describir la aretusa mejor de lo que tú lo has hecho? Es de un rosa púrpura, con cinco pétalos curvados en la forma más exquisita. Fue cerca del primero de junio cuando me trajiste algunas a casa, amado: las aretusas y una flor carmesí oscuro de aspecto majestuoso y serio. No conozco su nombre. La lupina, azul y blanca, abundó mucho en mayo y durante la primera mitad de junio. Mi jardín no ha tenido demasiada suerte. No todas las semillas que planté han brotado, y solo una de las cinco dalias que mi padre sembró cuando estuvo aquí la segunda semana de mayo. He quitado muchos rastrojos de mi jardín. No he dado un paseo contigo desde el 29 de mayo. Pero el 21, el día más largo del año, me llevaste a dar una vuelta en el bote. Vimos muchas ranas de cabeza verde y garganta naranja despatarradas sobre el agua con las narices por fuera y ese aspecto imperturbablemente grave. Vimos también un lirio

(acababan de salir los lirios), pero no podíamos arrancarlo sin pasar apuros. Remé un poco para ayudarte con la corriente, y el viento soplaba en contra con mucha fuerza.

Sábado, 1 de julio

Ayer cogimos nuestro primer montoncito de guisantes verdes (muy pequeño). Desde la semana pasada, todos los días han sido tremendamente calurosos, y nuestro jardín florece como el propio Edén, si bien no me figuro que Adán se viera condenado a luchar contra tan tremenda reata de rastrojos.

9 de julio, domingo

Este es el aniversario de nuestra boda, mi queridísimo amor. Hace un día maravilloso y la luna está casi llena. Qué dulce es revivir tan felices horas. Pero creo que, de todas las personas, somos las que menos tomamos en cuenta fechas y aniversarios, y todas las señales exteriores de la vida. Dudo que alguna vez hayan existido amantes que pensasen menos en los regalos y ofrendas visibles propios de dos espíritus unidos. Esto es porque nos amamos de corazón, y, por tanto, vivimos en el espíritu, y no necesitamos accesorios que sirvan como testimonio de un acuerdo ya de por sí perfecto. Hemos ocupado los ámbitos libres de la Eternidad desde la primera vez que nos reconocimos, y el Tiempo está bajo nuestros pies. ¿Cómo íbamos a darnos nada el uno al otro, cuando somos una sola alma indivisible? ¿Qué importancia le vamos a dar al paso del tiempo y de las estaciones cuando tales medidas no existen en la Eternidad, sino que son tan solo cambios de un estado? El estado en el que ahora nos encontramos es de una felicidad mucho más profunda que la del pasado 9 de julio. Entonces teníamos sueños, y soñábamos con el Paraíso. Ahora nuestro Paraíso es este, y nuestros sueños más hermosos se cumplen ante nosotros. Somos más felices ahora de lo que imaginábamos entonces, o quizá de lo que ahora imaginamos, pues ¿quién puede decir lo que va a pasar? ¿Quién sabe qué algo más profundo se oculta tras lo más profundo? No podemos sondear corazones insondables ni contar las demostraciones del amor[87]. Cuanto más pienso en ello, más frustrada se ve mi capacidad para expresarme. No puedo orientarla, pero siento que Dios es munificente más allá de la capacidad que tenga el hombre para comprender[88].

No me he encontrado muy bien en estas dos últimas semanas, pero esa es la verdadera poesía del malestar, pues me siento llena de dicha con cada pequeñísima prueba de que soy lo que cualquier dama que adora a su

señor querría ser, y tú eres tan tierno e indulgente con mis caprichos y lamentos, e irradias tal satisfacción y contento, que siento que por ti podría sobrellevar alegremente cualquier carga de dolor o desasosiego. Nunca te he visto tan dulce y adorable como ahora. Eso pienso cada día que pasa, ¡ni tan hermoso! Sentado a mi lado como estás ahora, pienso que eres de una belleza incomparable... ¡ah, ojalá nuestra palomita se parezca a ti!

Domingo, 9 de julio

Mi queridísimo amor, no sé qué decir, y, con todo, no puedo quedarme tampoco satisfecho sin señalar con una o dos palabras el más sagrado aniversario de nuestra existencia. Pero la vida crece y palpita bajo mis pies como un océano lleno hasta los bordes, y el empeño de reducir a palabras alguna de sus partes es como tratar de meter el océano en una copa. Nunca hemos sido tan felices como ahora; nunca hemos tenido tan inmensa capacidad para la dicha, que rebosa con todo lo que cada día y cada momento nos ofrecen. Pienso que este cumpleaños de nuestra vida matrimonial es como un cabo que ahora hemos doblado, y que encuentra un océano de amor más infinito extendiéndose ante nosotros. Que Dios nos bendiga y nos sostenga, pues hay algo mucho más temible en la felicidad que en la tristeza: esta última es mundana y finita, pero la primera se compone de la textura y la sustancia de la eternidad, de modo que los espíritus todavía encarnados hacen bien en temblar ante ella.

Martes, 18 de julio

Esta mañana recogí la primera calabaza de verano. Debíamos haber tenido cosecha hace días, pero sufrimos la pérdida de dos de las matas, bien fuera porque las raíces enfermaron o por culpa de esos insectos del infierno. Varias veces hemos tenido ya nabos y zanahorias. Las pasas están maduras, y disfrutamos plenamente de las cerezas, que han resultado estar más deliciosas de lo que me esperaba. George Hillard y su esposa nos visitaron el pasado sábado; él se marchó el lunes por la tarde, y ella sigue con nosotros.

Viernes, 28 de julio

Ayer tuvimos maíz tierno para cenar, y hoy tendremos más: no está del todo maduro, pero sí lo suficiente para poderlo comer. No ha llovido en

muchas semanas, salvo un moderado aguacero, y la tierra parece consumirse por una lenta fiebre. Creo que este clima afecta al humor y al carácter de un modo muy desfavorable: se siente una irritabilidad, una inquietud, una insatisfacción constantes, que se suman a una incapacidad absoluta para volcar la mente en cualquier esfuerzo serio. En mi caso, y en lo que concierne a la producción literaria, el verano ha sido ocioso y de poco provecho, y solo me cabe esperar que esté amasando mis fuerzas para el otoño y el invierno. De cara al futuro, debo esforzarme en ser tan diligente durante nueve meses al año como para poder permitirme unas vacaciones completas y sin obligaciones los tres restantes[89].

Lunes, 31 de julio

Ayer tuvimos nuestro primer pepino. Hubo síntomas de lluvia el sábado, y el clima ha estado desde entonces tan húmedo como la más sedienta de las almas pueda desear.

Mediados de agosto, 1843

¡Y deambular libremente en la total ociosidad! En la belleza de cada mañana me he sentido asfixiada cuando te encerrabas en este estudio a trabajar y tejer en tu telar intelectual para el beneficio de las naciones. Con todo, amado mío, no puedo dejar de lamentar que a veces tengas esa necesidad de escribir porque la riqueza de tu sabiduría, y esa delicada reprensión que haces del error y la locura, se verían perdidas para el mundo si guardaras silencio. Estaría feliz contigo (...) al menos cuando llega un día tan descorazonador como los de la última semana. Pronto volveré a caminar. Salgamos a pasar los días en el bosque y a olvidarnos de todo cuidado, como hicimos el pasado verano. Septiembre está a la vuelta de la esquina y nos convertirá en prisioneros entre cuatro paredes. Aquí vienes. No podré acabar el libro esta noche.

Mediodía del martes, 29 de agosto

Mi querido esposo, he estado pensando si enviarte otra carta o escribirte aquí. Y he decidido hacer lo segundo; pues es posible que no recibas otra carta en Salem antes de tu partida, y no esperarás recibir alguna en la estafeta de Boston. Mi dulcísimo amor, recibí tu adorable carta ayer por la mañana, y no tengo palabras para expresar mi alegría. Has sido muy bueno y muy tierno al escribirme tan pronto. Sabías que, aun cuando

había aceptado renunciar a ti tan heroicamente y al final sonreí, mi corazón estaba dividido y afligido por tu ausencia, y que necesitaba de algún recuerdo tuyo tanto como tú necesitabas entregármelo. Una y otra y otra vez leo tus amadas palabras[90]. Esto hace que me ría de toda clase de percances exteriores. No pueden afectarme, pues me siento blindada y protegida por la certidumbre de tu precioso amor. Me siento orgullosa y victoriosa por su causa. Para mí no puede haber sombras ni oscuridad a menos que lo pierda.

Fue por olvido de todos que se quedara aquí la carta, pero principalmente fue culpa mía. Mi padre la envió por correo el mismo día, y mi madre la respondió. Le produjo una enorme felicidad verte, esposo mío. Habla de mi «magnífico Caballero», y aunque se lamentaba por la carta, dice: «Pero vi una hermosa epístola viviente». Me siento muy feliz por George Hillard y el Girasol[91]. Así que vas a ver a Fanny Longlady[92], la de oscuros ojos...

Me alegro por ti de que te quedes allí hasta el sábado. Confío en que me traigas muchas historias del mar cuando regreses. Oh, te vas a sentir tan bien, y tan renovado... Mi corazón se acelera solo de pensarlo. Ya me encuentro muy bien, amado mío. Ayer ya estaba mejor, y hoy mejor todavía. Mi cabeza parece haber recuperado la calma. Creo que ha sido la Corte lo que me ha preocupado tanto, pues fue cuando terminaba el juicio que sentí el dolor por primera vez. Probablemente lo alargó y lo agravó todo lo que siguió, pero esta tranquilidad y este estar libres de todo cuidado y acción me han restablecido por completo[93]. En especial, me siento tranquila por ti. Después de que ayer te enviase mi carta, leí y no hice nada hasta las doce, y después dormí un rato. Tras la cena, Ellery Channing vino a charlar conmigo acerca de Mr. Allston[94], y también para saber si podía servirle de ayuda o iluminarle un poco. Lo cierto es que no pude; pero se quedó mucho rato y fue muy agradable, y al cabo llegó mi padre de trabajar con el azadón, y le habló de las adorables familias de Knapp, Crowninshield y White, y comentaron el asesinato de este anciano[95]. Mi padre se marchó por fin y Ellery dijo que le encantaba escuchar historias de labios de ancianos caballeros. Dijo que Mrs. Fuller se había marchado y estaría varios días ausente. Por la noche encendí el quinqué y nos sentamos en el salón; papá leyó el *Change* por lo de las notas de Dickens[96] y yo *Les mémoires de Luther* [97] hasta las ocho y media, que fue cuando me zambullí en el mar de la bañera para después irme a la cama. ¿A que me he portado bien? Esta mañana, no mucho después de las cinco, me levanté, y me lamenté por ti al ver que estaba nublado. Mi padre apareció poco después y fue al jardín para trabajar con la azada hasta el desayuno. Tras desayunar arrancó el resto de las ajedreas, y las esparcimos por el suelo de dos altillos. Para cenar recogió una calabaza muy bonita y muy grande y tres mazorcas de maíz; pero olvidó las patatas, y se pasó nada menos que hasta la hora de la cena en casa del hacendado Barrett[98].

De modo que hoy, en vez de patatas, tendremos arroz. No cogió judías porque pensaba que no era necesario. Mientras estuvo fuera, salí y cogí otra mazorca de maíz y algunos pepinos: da miedo la cantidad que tenemos, querido amor. ¡La verdad es que estamos plagados de pepinos y calabazas! Arreglé todos tus chalecos y a las once me metí en la bañera. Un caballero de muy malas trazas acaba de venir a por el bote. Jamás había visto un hombre tan extraño. O estaba loco, o borracho, o era un truhan. Su rostro no daba ninguna confianza, y sus modales tampoco. No sé si volveremos a ver nuestro pequeño nenúfar. Estaba vestido con un abrigo largo de terciopelo negro, muy desgastado. Me produjo escalofríos.

Mediodía del miércoles, 30 de agosto

Amadísimo mío. El héroe del abrigo de terciopelo nos ha devuelto la barca a las siete de la tarde, así que, sea cual sea el mal que pueda hacer, no roba barcos[99]. Qué irreverencia hablar de verdadero amor, como si pudiera convertirse en un cuento que nos cuentan. Siento su encantamiento más ahora que antes. No puede desgastarse más que el rostro del sol que, a lo largo de incontables años, ha alumbrado el mundo con su luz cada mañana. El nuestro sobrevivirá a todos los soles, y nos llenará de vida y calor a través de la desaparición de las eternidades[100]. Lo que llamamos bella ilusión, florecimiento y fragancia, ese indefinible encanto, prevalece como si Dios hubiera puesto Su sello sobre tales cosas para mostrar que los accesorios del verdadero amor son tan permanentes como Su propio Trono. ¿No sería una burla lo contrario? ¿Qué sentido tiene la vida mortal, si no es como un baremo para medir el disfrute y la consecución de un sentimiento que parece, por su propia naturaleza, haber sido el producto de un alma increada?

La expresión «para siempre» se ha visto profanada muy a menudo. Nosotros sabemos emplearla con sagrada reverencia, porque nos alzamos en las alturas del ser, como espíritus entremezclados[101].

Mi padre se quedó a comer en casa del hacendado Barrett y, después de esperarle hasta las dos y media, me senté a solas, tan hambrienta como el lobo que se comió a Caperucita. No regresó hasta muy pasadas las seis. Te eché de menos en la mesa, amado mío, pues tu silla estaba vacía. Pero ¿dónde no te echo de menos? Mrs. Bab. pasó el día con Mary. ¡Como no come, no sale muy cara como invitada! Paseé por la avenida un buen rato, por la tarde. Tras el té nos sentamos en el salón y leí a Tasso, hasta que papá cambió el *Change* por las *Notas americanas*; afirmó que era una lectura demasiado aburrida, y luego charlamos un ratito. Por error me levanté más tarde de lo que pretendía; pero me acosté antes de las diez. Esta mañana me sentí más perezosa y no me levanté hasta las seis. Desayuné sola, pues papá estaba tan interesado en sus rastrojos que no

pude convencerle de que entrase antes de las ocho, y me moría de hambre. Se ha comprado un sombrero de paja pequeño, de copa baja, por seis peniques, y verle hoy, con eso puesto y tu hábito azul, era todo un espectáculo. Dice que «es muy difícil soltar el azadón, pues un rastrojo crece muy cerca del siguiente». Después de desayunar dispuse mis flores y mi quinqué, y luego comencé a coser tu camisón. Ellery Channing vino a decirme que Caroline Sturgis[102] estaba en casa de Mr. Emerson y que este deseaba dar un paseo con ella en el bote, esta misma tarde. Así que vino a ver si era posible. Se sentó un rato y habló de los lápices del padre de Mr. Thoreau, aduciendo que son tan buenos como los ingleses, y que deseaba que fueran usados en lugar de estos[103]. Traía una carta dirigida a Elizabeth donde hablaba sobre ellos. Decía «odiar a los ingleses» y que prefería usar cosas americanas. A Mary no le dio tiempo de llenar la bañera grande, así que a las once «me hice al mar en el tazón»[104] de nuestra, por lo demás, ovalada bañera verde. Papá se ha ido al pueblo y yo voy a arreglarme un poco, pues no me he vestido desde que tomé el baño. Hay dos calabazas verdaderamente adorables, nacidas del mismo tronco, de exquisita forma, que hemos decidido guardar para la siembra. Adiós, querido.

1 de septiembre

Dulcísimo marido, te envié ayer una carta en vez de escribirte aquí. Papá acudió tras la cena a casa del hacendado Barrett y se quedó allí a tomar el té. Ellery y Caroline no vinieron a dar su paseo en el bote. Envié a Mary a la estafeta de correos con mi carta, aunque eso supusiera quedarme sola, pues quería que saliese la misma tarde. Mientras estaba sentada en el salón, en tan profunda soledad y silencio, escuché cómo las manzanas caían una a una en el huerto. Era el sonido de la totalidad del tiempo. Pensé en ese verso de Bryant, «cuando se oye el sonido de las nueces al caer»[105], pero sobre todo pensé en ti. No había nadie aquí y te quería con toda mi alma. Después del té fui a ver a Mrs. Prescott, y solo encontré a Miss Abby en casa. Nos sentamos en el salón por la tarde, sin una sola luz, y «totalmente destruidas», como dice Mary, por los «musquitos». Papá se bañó hace dos noches en el río y disfrutó mucho, pero pareció pensarse si hacerlo de nuevo. Averigüé al fin que se sentía demasiado solo al hacerlo sin compañía, y pensé entonces que, al ser ya anciano y poderle ocurrir un accidente, prefiere no ir. Así que le dije que Mary y yo podíamos acompañarlo y sentarnos en el muro mientras él iba al río. Eso hicimos, y observamos cómo la luna creciente forcejeaba con las nubes tanto en el cielo como en las plácidas aguas mientras papá nadaba en ellas. Hacía mucho calor. A las nueve ya estaba metida en la cama. Me desperté a las cinco y poco después me levanté, y lo primero que hice fue ir al huerto y recoger unas lustrosas manzanas amarillas (...). Mrs. White nunca te ha

visto y sentía un gran deseo por conocer a alguien de quien había recibido tan elevado placer. Hay algo muy reconfortante en Mrs. White, aunque ella es, por desgracia, una *forma*, no solamente formal. El juez gozaba de buen aspecto y parecía resuelto a vivir mil años[106]. Se quedaron mucho rato en casa. En realidad, tú eras el principal objeto de su búsqueda.

2 de septiembre

Amado, papá acaba de irse. No son todavía las siete. Siento una enorme satisfacción de estar hoy sola para esperarte. No quiero que nada te quite de mi cabeza ni un instante. Solo lamento que no brille el sol. Oh, no: tampoco eso importa, pues no vendrás.

Miércoles, 13 de septiembre

Hace dos noches cayó una helada, según George Prescott; pero en nuestro jardín no hubo efectos visibles. Anoche, sin embargo, cayó otra, que ha quemado las hojas de las calabazas de invierno y los pepinos, pero no parece haber causado mayor daño. Hoy hace una mañana preciosa, y promete ser uno de esos días celestiales que convierten el otoño, después de todo, en la más deliciosa época del año. Mi mujercita y yo hemos planeado emprender un viaje por el río esta tarde.

Domingo, 23 de septiembre

Hoy he recogido las dos últimas calabazas de verano; han durado desde el 18 de julio, y comestibles he contado cincuenta y ocho, de una calidad excelente. El pasado miércoles (creo) recogí las calabazas de invierno, sesenta y tres en total, y la mayoría de buen tamaño. Nuestras últimas tandas de maíz verde, plantadas hacia el primero de julio, ya hace dos o tres días que están listas para comer. Aún tenemos judías; y los tomates, aunque se hayan atrasado, nos llenan un plato cada uno o dos días. Mi cosecha de patatas promete ser bastante buena; en general, mi primer experimento independiente en agricultura ha salido realmente bien.

Hace un día espléndido, luminoso, muy cálido, y, con todo, hay una suavidad inexpresable tanto en su calidez como en su luminosidad. En días así es imposible no amar la Naturaleza; pues ella, evidentemente, nos ama a nosotros. En otras épocas del año no es esa la impresión que me da, o solo a muy raros intervalos; pero en estos felices días otoñales, cuando ha perfeccionado sus cosechas, y llevado a cabo todas las cosas necesarias

que debe hacer, la Naturaleza rebosa de una bendita abundancia de amor. Es maravilloso estar vivo. Gracias, Dios, por el aliento —¡sí, por el mero aliento!—, cuando está hecho de una brisa tan celestial como esta. Nos toca la mejilla con un beso real, y si pudiera retozaría cariñosamente entre nosotros; pero, puesto que debe pasar, nos acaricia con todo su bondadoso corazón y sigue su camino, para acariciar de igual modo la siguiente cosa que encuentre. Una bendición constante se difunde por el mundo. Miro por la ventana y pienso: «¡Oh, qué día tan perfecto! ¡Oh, qué mundo tan hermoso! ¡Oh, qué buen Dios!». Un día así es la promesa de una Eternidad llena de dicha; nuestro Creador no hubiera forjado tal tiempo, y no nos hubiera dado unos corazones tan profundos para disfrutarlo por encima y más allá de todo pensamiento, si no hubiera querido que fuéramos inmortales. Es como si entreabriera las puertas del Cielo para dejarnos ver algo de lo que hay más allá.

¡Diantre! Esta fantasía me ha llevado muy lejos; así que regresemos a nuestra vieja rectoría. Nuestro huerto madura muy deprisa; y las manzanas y las peras, que caen con un fuerte golpe, se esparcen por la hierba en tal abundancia que una cosa así parece casi un problema, aunque muy grato. Esta feliz brisa también hace que caigan, como si la fruta nos fuera arrojada desde el mismo cielo; y a menudo, cuando el aire se encuentra en perfecta calma, oigo el suave rumor de una enorme manzana. Bueno, somos ricos en bendiciones, aunque pobres en dinero[107].

Viernes, 6 de octubre

Ayer por la tarde (después de dejar a mi mujercita con mi hermana Louisa, que ha estado con nosotros dos o tres días) di un paseo a solas hasta el lago Walden. Era un día frío, con mucho viento del noroeste, y unas nubes densas rodaban y giraban por el cielo, pero aún predominaba un agradable sol otoñal. Los campos siguen estando verdes, y las grandes masas de los bosques aún no han adquirido sus vestiduras de muchos colores; pero aquí y allá hay solitarios robles de un rojo firme y profundo, y arces de una tonalidad más brillante, y avellanos, ya sean amarillos o de un verde más suave que en verano. Algunos árboles parecen haber recuperado sus tonos de mayo o de los primeros días de junio, como paso previo a retomar sus más brillantes colores del otoño. En algunos lugares, a lo largo de las tierras más bajas y húmedas de la orilla, hileras enteras de árboles se hallan revestidas de la perfecta magnificencia del otoño, con todos sus tonos de espléndido color, y se diría que han adoptado la paleta donde la Naturaleza prepara sus matices a la hora de pintar un cuadro. Tales tonalidades parecen haber sido reunidas sin un plan previo; y, con todo, hay una perfecta armonía entre ellas, y una delicadeza y una dulzura hechas de un millar de diferentes luminosidades. Creo que entre esos

colores no hay tanto contraste como en un principio cabría esperar; cuanto más piensa uno en ellos, más parecen compartir un elemento, razón por la cual hasta su más brillante disposición sosiega al observador en lugar de excitarlo. Y no sé si se trata más de un efecto moral o físico, que se limita a operar en la mirada, pero hay también una especie de pensativa dicha que a menudo arranca un suspiro, si bien nunca una sonrisa. Jamás nos da por imaginar, por ejemplo, que esos árboles tan alegremente vestidos pudieran mudar en jóvenes damiselas envueltas en un atuendo festivo, y que fueran a ponerse a bailar en el llano. Si les cupiera sobrellevar una transformación semejante, seguramente se ordenarían en una procesión fúnebre, y marcharían tristemente con sus vestiduras púrpura, escarlata y oro por la hierba marchita. Cuando la luz del sol incide sobre ellos parecen sonreír; pero es como si tuvieran roto el corazón. Mas son vanos mis intentos de describir estos brillos otoñales, o de expresar la impresión que producen en mí. Lo he intentado mil veces, y siempre sin la más mínima satisfacción. Por suerte, no hay necesidad de registrar tal cosa, pues la Naturaleza renueva su escenario año tras año; y, aun cuando nosotros hayamos dejado este mundo, en espíritu podremos crear esos paisajes; así que dispensémonos ahora y siempre de hacer mayores esfuerzos por expresarlos mediante la palabra.

El lago Walden se mostraba límpido y hermoso, como siempre. Me tentaba darme un baño; y aunque el agua estaba tan helada que me hacía temblar, era como el temblor de una muerte feliz. Jamás ha habido un agua tan transparente como esta. Le lancé palitos, y los vi flotar suspendidos sobre un medio casi invisible; era como si el aire puro estuviera por debajo de ellos, al igual que encima. Si tuviera que bautizarme, lo haría en este lago; pero lo cierto es que uno no querría contaminarlo lavando en él sus pecados. Nadie, salvo los ángeles, debería bañarse aquí. Sería un lugar inigualable para que se bañase mi mujercita; y tarde o temprano, espero, nuestro bendito bebé vendrá a sumergirse en su seno.

En una pequeña y apartada hondonada, que se abre a la más bella cueva en todo el lago, hay una pequeña aldea de cabañas y chabolas habitada por los irlandeses que trabajan en el ferrocarril. Tres o cuatro de estas edificaciones, las más rudimentarias, diría yo, las construyeron para sí hombres civilizados, empleando burdos tablones de bordes salientes. Contra algunas la tierra se amontona hasta el techo, o en su vecindad; y cuando la hierba haya tenido tiempo de crecer sobre ellas, parecerán pequeñas colinas naturales, o una especie de hormiguero, o algo en lo que la Naturaleza haya participado más que el hombre. Estas cabañas se encuentran distribuidas entre los árboles (robles, avellanos y pinos blancos), allí donde los troncos les conceden un espacio en el que alzarse; y así, al adaptarse a intersticios naturales en lugar de tener que abrir alguno nuevo, no rompen ni perturban la soledad y lo aislado del lugar. Se

escuchan voces, y los gritos y las risas de los niños, que juegan por ahí como los rayos de sol que descienden por entre las ramas. Las mujeres lavan tras los árboles, y largas hileras de ropas blanqueadas se extienden de árbol en árbol, chasqueando y retozando en la brisa. En una pocilga aún más improvisada que las chabolas gruñe un cerdito, y asoma su hocico por entre las hendiduras de su morada. Domésticas ollas y teteras se ven junto a las puertas, y una mirada al interior muestra los bastos bancos que sirven de asiento, y las camas sobre el suelo. La nariz del visitante repara en la fragancia de una pipa. Y, pese a todos estos objetos mundanos, el reposo y la santidad de la vieja madera no parece haber sido destruida ni profanada; extiende su sombra sobre esta pobre gente, y de una forma u otra los asimila al carácter de sus habitantes naturales. Su presencia me turbó tan poco como lo hubiera hecho el mero descubrimiento de un nido de ardillas en un árbol. Sin duda es un tormento ver el enorme, alto y feísimo lecho del ferrocarril, que aquí avanza hasta adentrarse en el lago, o a lo largo de su margen, en inmediata vecindad de esta pintoresca aldehuela. Pocas veces habré visto algo tan hermoso como la cueva que hay en la orilla donde se encuentran las chabolas; y, cuanto más miraba, más preciosa me parecía. Los árboles la cubrían con su espesa sombra; pero en un lado había un brillante macizo de arbustos que parecían iluminar el escenario al completo con el efecto de una dulce y melancólica sonrisa. Sentí como si hubiera allí espíritus, como si aquellos arbustos tuvieran una vida espiritual; en pocas palabras, la impresión era indefinible, y, tras mirar y reflexionar un buen rato, regresé sobre mis pasos a través de la aldea irlandesa, y, lentamente, me alejé por el sendero del bosque.

De acuerdo a mis invariables costumbres, me confundí de camino, y al llegar a un sendero volví la espalda, en lugar de mi rostro, hacia Concord, y seguí adelante con mucha diligencia, hasta que un cartel me informó de mi error. Di la vuelta entonces, y no tardé en verme adelantado por un anciano terrateniente que marchaba en una calesa; muy amablemente se ofreció a llevarme, y en poco tiempo me dejó en el pueblo.

19 de noviembre

Este veranillo es muy hermoso. Ayer y anteayer hacía aquí tanto calor que me sentí realmente incómoda al pasear a mediodía, pero el dulce aire y la calma resultaban encantadores. Hoy ha refrescado, pero aun así hace un poco de calor. Esta mañana vimos el ópalo del amanecer, y las estrellas volviéndose más pálidas ante él, como también la luna menguante, que se alzó entre las cinco y las seis y, en la forma de un bote de puro oro plateado, flotó en este mar de aire sonrosado[108].

El estudio de mi adorado marido resulta ahora encantador. Como este

invierno abandonamos nuestro salón, le he quitado los cuadros, y he colgado el Comos en las paredes y el Loch Lomond, los cuales he pintado expresamente para él, y sobre la chimenea todavía cuelga la *Madonna del pesce* de Rafael. También he colocado el sofá del salón allí, entre las ventanas que dan al oeste, y lo he cubierto con una bonita tela para que su damasco siga impoluto pese al polvo de la estufa, y la pequeña mesita de centro de caoba, que pertenecía al salón, descansa bajo el juego de estrellas suspendidas, cubierta con un paño púrpura. La mesa antigua, que antes estaba allí, se rompió un día bajo los brazos de mi querido esposo, y la mesa se vino abajo con un estruendo, asustándome a mí, que estaba debajo. Ya la hemos arreglado y aguantará, y la hemos puesto en el pasillo, en lugar de otra más antigua que antes se hallaba allí[109], y que habré de llevar a mi dormitorio. En un secreter he puesto la preciosa media estatua de Ceres, y enfrente, en el otro, el florero dorado de Margaret. Por las tardes, cuando el sol inunda el cuarto, el resultado es encantador: aún más, quizá, cuando las estrellas reciben el sol, y vierten su brillo sobre cada objeto, y muestran debajo la más noble cabeza de la cristiandad, en la vieja silla de esculpido respaldo, y, cada vez que levanto la mirada, dos estrellas bajo un ceño de serena blancura irradian amor y compasión sobre mí. Mi querido amor me está leyendo Shakespeare en voz alta este invierno, y puedo decir de corazón que nunca hasta ahora lo había comprendido. Su voz deja ver que se trata de una magnífica galería de retratos, ilustrados por nobles sentimientos. Lo que es grande es más grande, y lo que es menos noble se muestra con mayor nitidez, pues el mero acto de su lectura sirve por igual de aguda crítica. ¿Puede haber una vida más feliz? Los suntuosos banquetes intelectuales[110], y el penetrante amor que, tan reconcentrado, nos rodea y hace que cada momento sea insigne, y la quietud de la Eternidad y su permanencia, añadidas al sedoso florecer de la Felicidad que innobles y desleales poetas han insistido en declarar que siempre se desvanece con el roce y el desgaste de la vida, se muestran tan delicados y frescos como siempre, y así seguirán, si persistimos en mantenernos iguales y sin mácula. ¿Qué? ¿Podría el benigno y sabio Dios planear otra cosa? ¡Oh, no! Es el hombre el que yerra y luego dice: «Es inevitable», «lo contrario es solo un sueño». Nunca lo creí, y mi realidad ha demostrado ser del todo ideal, y así habrá de ser; pues la sagrada, la elevada, la etérea delicadeza de un alma como la que tiene mi marido hará que el Cielo siga rodeándonos a través de las amplias vistas azules del futuro. Mis pensamientos no pueden todavía alcanzarlo. Cada día se alza ante mí como un nuevo sol. Es tan reconfortante encontrar una persona sin teorías de ninguna clase, sin partidismos ni tendencias sectarias, libre de toda ofuscación mundana, capaz de flotar como una estrella y de trazar su propio camino, sin regla alguna excepto las que dicta la mano de Dios... Este es uno de los secretos de su sempiterna novedad y encanto. Así vive, transparente a los Cielos y al Pensamiento puro, ¿y puede el pensamiento

desgastarse? Puesto que no juega con la Verdad, esta se extiende ante él como la bendita luz del sol, amplia y plena. Ni microscopios ni espejos ustorios, ni ninguno de esos compases de puntas fijas o aparatos para la disección, impertinentes por más pequeños que sean, ni la mayor lente de aumento que haber pueda, perturban la serena totalidad y la grandeza de la Verdad. Cada hora que pasa doy gracias a Dios de que este hombre sea mi marido: ¡toda la naturaleza cabe en él! Es tan insondable como cualquier indicio de Dios; pues es únicamente cuando los hombres insisten en dirigir sus diminutos reflectantes a la Verdad que consiguen cerrarla, y clavetean puentes sobre las profundidades del alma, pero tal gente es tediosa y pronto aburre. No podemos llegar más allá del puente, ¿y quién puede estar siempre sobre él? Pero ser arrastrado eternamente a profundidades todavía más remotas, viendo solo el espacio más allá del espacio, eso es el verdadero encantamiento, eso es la comunión inagotable, y eso es él y soy yo: nuestro misterio[111].

Apéndice I

Una mañana de 1842, a esa hora en la que todas las cosas conservan todavía un aspecto como encogido y amoratado, a Nathaniel se le ocurrió que ya iba siendo hora de a conocer su hogar reciente a un diario incipiente. Era el 8 de agosto (lunes). Durante la noche había caído un suave rocío, y por esa razón la hierba le pareció «todavía más ideal de lo que es común en esta época del año»; tenía algo que ver con un nuevo tono de verde, esa especie de vida moteada, un lustre que a los ojos le resultaba apetitoso. Paseando por el prado vio un conejo embelesado que mordisqueaba unas matitas de hierba húmeda, y, como todo el mundo, tuvo envidia de ser conejo a esa hora de la mañana. Pero a lo único que llegó fue a sentarse en una piedra para quitarse los zapatos. (El conejo, dicho sea de paso, no se espantó). Regresó bordeando el huerto, enfiló el pequeño trecho de losas de piedra y entró de nuevo en la casa, dejando tras sí una fantasmagoría de huellas húmedas: el recorrido lo terminó en su estudio, decorado con el mobiliario de su «pequeño cuarto de soltero de Boston», que por una de las ventanas daba a un pequeño sauce. Una vez hechas las presentaciones entre árbol y diario —esto fuiste tú, diario; esto serás tú, árbol—, Nathaniel dio por terminada la visita y se dirigió hacia la otra ventana. Era la misma «desde la que Mr. Emerson, el predecesor del doctor Ripley, contempló la primera batalla de la Revolución americana, lo que no debió de resultarle difícil, pues las tropas británicas se vieron obligadas a replegarse a unos cien metros de la casa; y, mirando un poco más allá, ahora mismo todavía puedo vislumbrar el contrafuerte occidental del viejo puente, cuyo paso era lo que estaba en liza».

De haber contado con los medios para llevar la mirada algo más lejos, Mr. Emerson habría podido ver una escena sin duda menos trágica que la de unos soldados abiertos en canal y saltando por los aires pero, hasta cierto punto, bastante más desconcertante. Por un lado el ajetreo de unas faldas; por otro los bastones, los sombreros. ¿Qué significaba todo eso? Algo verdaderamente insólito. A escasos metros de los campos arrebujados de entrañas y de los forcejeos por los «pasos en liza», las familias mejor posicionadas de los condados vecinos habían decidido posicionarse todavía mejor y hacer un nuevo tipo de turismo, un turismo de guerra, con fuentes de pastitas sobre manteles de colores, criados que acarreaban porcelanas para el té y, en ocasiones, hasta una pequeña banda para el acompañamiento musical. Pensemos esta barbaridad por un

momento: familias enteras, bien vestidas, sentadas en sillitas plegables sobre un promontorio entre cestos de mimbre, caballos asustados y tortitas comidas por las hormigas, compartiendo educadamente sus prismáticos de teatro y escuchando entre estruendos y temblores de tierra los comentarios del amigo exmilitar que haría las veces de guía entusiasmado e insensible al peligro. En ocasiones, alguna bala de cañón hacía volar en pedazos a aquellos ávidos testigos de la noticia inmediata y sin intermediarios. En el mejor de los casos se limitaban a sufrir la impertinencia de los caminos bloqueados por los cadáveres y los boquetes abiertos por la artillería. Nada que ver con la ventaja posicional que lugares como la vieja rectoría podían brindar a sus propietarios, que no tenían más que abrir los postigos de la ventana para encontrarse cómodamente instalados ante una versión hiperrealista de nuestras noticias de la tarde. Ahí tenemos, por ejemplo, a Mr. Emerson, vestido de negro y con cabellos de plata, el 19 de abril de 1775, tan boquiabierto como cualquiera que asistiese a ese espectáculo (y qué espectáculo: muchachos que hace nada estaban en el patio de una escuela trabados en algún deporte y ahora se destripan debajo de tu casa), y, sin embargo, igualmente incapaz de mirar hacia otra parte. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? Pasmarse ante lo inusual, lo inconveniente, lo fugitivo, lo que no esperamos encontrar dos veces, forma parte de la curiosidad humana. Si la suerte nos presenta el ojo de una cerradura, es absurdo volverle la espalda y resistirnos a mirar por ella, incluso para un hombre sensato y bondadoso como Mr. Emerson.

Yo mismo, en mi condición de curioso lector y buen civilizado de nuestro tiempo, sentí el deseo de saber qué era lo que se veía desde los ventanales de la vieja rectoría que daban al puente del norte, aquel día de una lejana primavera en que Mr. Emerson descubría una forma primitiva de televisión. Así que busqué la manera de llegar hasta esos ventanales hace algo más de diez años, cuando pasaba una temporada en Cambridge (Massachusetts) todo allí —las calles y los árboles, las casas coloniales, las puntitas de flecha que podías encontrar en pleno bosque solo con remover un par de piedras con la punta de la bota— parecía demostrar que el pasado no había quedado atrás, que en un lugar así la suma de un viejo puente y unos robles de época tenía que dar como resultado un montón de fantasmas. Tercera semana de abril, lo recuerdo muy bien. Una de esas gloriosas primaveras bostonianas que brotan de un día para otro repletas de colores, saliendo no se sabe cómo de sesenta centímetros de nieve. Me encantaba estudiar en los parques, en los jardines, iluminado por una luz que parecía provenir en parte de aquel nuevo sol y en parte de algún encandilado centro de mi propia vida. A finales de marzo había conocido a una familia que vivía en una antigua casita en Craigie St., a muy pocas millas de la vieja rectoría y a solo unas calles de la preciosa mansión en la que vivió Longfellow (y donde ardió horriblemente su pobre esposa

Fanny). Yo buscaba un alojamiento temporal, y ellos me ofrecieron amablemente, y a un precio muy asequible, una de sus habitaciones de la planta de arriba. La casa (mitad laberinto, mitad ruina)había sido construida muchos años antes de la Revolución por un tatarabuelo del dueño actual, y todos sus posteriores habitantes la habían ido llenando con sus cosas, sin deshacerse, como buenos americanos apegados a su historia, de las que habían pertenecido a los habitantes anteriores, de modo que la casa estaba llena hasta el más remoto rincón de objetos y reliquias que podían contar una tortuosa novela familiar. Mis caseros —un hombre y una mujer de saludable cabellera rizada, ataviados como *hippies* del Rancho Spahn, y dos bonitas gemelas de veinte años idénticas a la madre— se dedicaban a la fabricación de instrumentos musicales de la América colonial, y cada Cuatro de Julio, desde que las niñas cumplieron seis años, los cuatro miembros de la familia desfilaban por las calles vecinales interpretando canciones patrióticas con aquellos cachivaches de su invención.

¿Y bien? ¿Qué clase de individuos seríamos si no nos dejásemos llevar por la tentación de asomarnos, cuando la vida nos ofrece la menor oportunidad, al misterioso y ordinario milagro de las vidas ajenas? ¿Qué clase de personas, si no aprovechásemos cualquier pequeña brecha en la corriente de nuestra vida mortal para remontarnos más allá de lo que nos concede el ser parte de un solo tiempo y una sola conciencia? Me encantaba mirar a aquella familia puliendo una y otra vez sus instrumentos de juguete, rodeados de plumas de colores y pucheros abollados por históricos viajes río arriba, Boston, Harvard, Concord, quizá un breve alto en Fruitlands. Me encantaba mirar a través de ellos hacia siglos y lugares en los que yo no era nada, o quizá una hoja suelta volando en el camino. Es verdad que se trata de una forma poco indecorosa de curiosidad, comparada con lo que supondría plantarse ante una ventana bien abierta que asoma a una matanza, pero la diferencia es puramente circunstancial, y solo un punto de vista moral distingue entre robar con la mirada retazos de inocencia y, a la manera de Mr. Emerson, mirar a todos aquellos jóvenes bien educados matándose como animales los unos a los otros (y sé que estaban bien educados: solo hay que leer el sobrio testimonio que sigue a esta entradilla para comprobar que, al menos entonces, nuestra humanidad no se disolvía por completo en la crudeza de la guerra cuerpo a cuerpo). Lo que desde luego no cambia, como en la fábula del escorpión y de la rana —«¡qué esperabas, si soy el escorpión!»—, es esa misteriosa llamada desde dentro, eso que llamamos un impulso, y de hecho si el bueno de Mr. Emerson, pasando por alto las distancias temporales, me hubiera dejado un hueco en su arcón castellano y me hubiese ofrecido amablemente unas mazorcas, estoy seguro de que me habría apresurado a prestarme como espectador embelesado de al menos un ratito de barbarie. Pero una distancia de doscientos cuarenta

años me hizo salir ganando: al menos mi compañía no era un anciano sacerdote enjuto de sermones ni la carnaza de los jóvenes muertos con un boquete en el pecho cuando paseé, un 19 de abril precisamente, por los alrededores y las salas de la vieja rectoría: la pequeña de las dos gemelas —la pálida y resuelta, la habladora, la orgullosa de sus seis minutos de pereza en el canal del parto— me llevó en un viejo coche hasta el hogar del matrimonio Hawthorne y, como si fuera la dueña del lugar o una experimentada intrusa, me mostró las habitaciones abiertas al público y dos o tres más en la planta de arriba, a las que solo podía accederse desde un paso restringido. Hablaba en voz muy baja. No había nadie allí, ni siquiera los guías del Trustee of Reservations: solo objetos antiguos y una joven de apenas veinte años que parecía una prima lejana de todos ellos, que iba sigilosamente de acá para allá, abriendo puertas y ventanas rezongantes, como quien esparce puñaditos de luz. Aquí se tendió la rosa de Sarón, como una de las ninfas de Diana, aquí colocaban los lirios de agua, las anémonas perladas de rocío. Aquí comieron, bebieron, pensaban y escribían, en esta cama hacían el amor. ¿Y no ves estas letras amorosas, talladas torpemente en el cristal?

Los accidentes de los hombres
son los planes de Dios.
Sophia A. Hawthorne, 1843
Nath Hawthorne Este es su estudio
Una frágil ramita tímidamente
se recorta contra el cielo
Compuesto por mi esposa
y escrito con su diamante
Inscrito por mi marido en el crepúsculo,
Abril 31843.
Bajo la luz dorada
SAH

Aquella tarde no había ninguna frágil ramita acariciando el cielo al otro lado de la ventana. ¿Y fantasmas? Tampoco, creo yo, si con ello nos estamos refiriendo a un par de recién casados ya difuntos y a los cadáveres del campo de batalla. Pero mi desdoblada amiguita no me iba a dejar marchar de allí sin que tuviera al menos una pequeña revelación espectral. Con las maneras sioux de sus antepasados, se sentó tranquilamente en el suelo, enroscó su meñique a mi meñique, tiró de mí para que me sentara a su lado (estábamos en una propiedad no solo privada sino además histórica, debo recordar) y, abriendo el libro que había traído en el interior de su desordenado bolsito, me leyó un largo pasaje mientras, de vez en cuando, me animaba a alargar el cuello y mirar por la ventana, donde las sombras de la noche que caía ya jugaban a forcejear con otras sombras. Es

el pasaje que doy a continuación, con sus cuerpos destrozados y su ensordecedora cureña, su coraje malversado y su extraña humanidad, pero al que, lamentablemente, le falta algo que soy incapaz de devolver: la suave y delicada transparencia —los juegos cuerpo a cuerpo entre las sombras— de aquella encantadora luz dorada.

La batalla de North Bridge, Concord

Frank Warren Coburn, *The Battle of April 19, 1775 in Lexington, Concord, Lincoln, Arlington, Cambridge, Somerville and Charlestown, Massachusetts* (Lexington, Massachusetts, publicado por su autor, 1912), págs. 78-95. (Las notas, salvo que se indique lo contrario, pertenecen a Coburn).

Mientras tanto, un gran número de americanos comenzaba a congregarse en las colinas al norte del río. El comandante de los ingleses que se apostaban en North Bridge y las proximidades supo de esta acción, y consideró que lo más inteligente sería concentrar a su pequeño ejército de tres compañías en el propio puente, pues ese parecía ser el lugar que amenazaban atacar. En consecuencia, las dos compañías que se encontraban más alejadas recibieron la orden de marchar desde las colinas y unirse a la tercera, y así las tres marcharon al este, el punto más próximo del puente.

A un cuarto de milla de North Bridge, y en dirección oeste, se encuentra una pequeña loma que se eleva unos doce metros sobre el nivel del río. Llegar hasta ella por el camino del río significaba recorrer algo más de dos lados de un triángulo irregular, y marchar casi media milla[112]. La cima de la elevación preside una hermosa vista en ambas direcciones del río, con North Bridge en el centro, y el pueblo a casi una milla en dirección sur.

Los americanos avanzaron desde Punkatasset Hill hasta este lugar, la cuarta posición que tomaban, hacia las nueve en punto, pues sus refuerzos habían aumentado lo suficiente para suscitar una creciente sensación de agresividad. En el lugar empezaban a congregarse los tipos más duros de Concord y Acton, de Bedford, Lincoln, Carlisle y otras poblaciones vecinas. Joseph Hosmer, que ejercía de asistente, se encargaba de que los soldados formasen a medida que llegaban: las compañías de milicianos a la derecha y la milicia a la izquierda encaraban el puente[113].

El coronel James Barrett reunió a sus oficiales para un consejo de guerra, el primero de la Revolución americana, y, entre tanto, llegaron el capitán Isaac Davis y su compañía de milicianos de Acton, que marcharon hasta una posición situada a la izquierda de la fila, como habían adquirido

el hábito de hacer durante su instrucción. Tras detener a su pequeña guarnición, el capitán Davis se unió al resto de oficiales en el consejo de guerra.

En aquella pequeña colina se congregaban cuatro compañías de Concord, dirigidas respectivamente por el capitán David Brown, con cincuenta y dos hombres; el capitán Charles Miles, con cincuenta y dos hombres; el capitán George Minot, con un número de hombres desconocido; y el capitán Nathan Barrett, con un número de hombres también desconocido. Procedentes de Acton había tres compañías, una bajo las órdenes del capitán Isaac Davis, con treinta y ocho hombres; una bajo las del capitán Joseph Robins, con un número de hombres desconocido; y una bajo las del capitán Simon Hunt, con un número de hombres también desconocido. Había dos compañías procedentes de Bedford, una bajo las órdenes del capitán John Moore, con cincuenta y un hombres; y la otra bajo las del capitán Jonathan Willson, con veintiocho hombres. Poco más tarde el capitán Willson murió y el mando recayó en el teniente Moses Abbott. Lincoln estaba representada por el capitán William Smith, con sesenta y dos hombres.

Aparte de estos soldados regulares y organizados, había muchos individuos presentes que, sin duda, tomaron parte como patriotas en los sucesos subsiguientes, y fácilmente hicieron que las fuerzas americanas ascendiesen al menos a cuatrocientas noventa unidades.

Estos hombres dominaban las tropas hostiles que había en el puente y más allá del río hasta el pueblo, donde se levantaban unas enormes columnas de humo procedentes de los pertrechos militares en llamas. La impresión que les dio fue que se estaban incendiando sus propias casas. Espoleados por ese temor, y por su conocimiento de la matanza que había tenido lugar en Lexington, estaban dispuestos a seguir a sus oficiales adonde estos los ordenasen. El consejo no pudo tomar más que una decisión:

—Marchar hasta el centro del pueblo para defenderlo o morir en el intento.

El coronel Barrett dio entonces la orden al mayor John Buttrick de dirigir un avance sobre el puente y en dirección al centro del pueblo. Y sus instrucciones fueron idénticas a las que el capitán Parker dio unas horas antes: no disparar a menos que les disparasen a ellos.

Eran entonces entre las nueve y las diez en punto. El coronel Barrett se retiró a un altozano en la retaguardia y el mayor Buttrick se apresuró a ejecutar la orden. Naturalmente, la compañía elegida para marchar en primer lugar era una de las de Concord, pero su capitán respondió que prefería no hacerlo. Aquello nos sorprendió, pues justo en aquel momento Concord parecía la parte más interesada. La explicación, sin embargo, no era la falta de coraje, pues las compañías de Concord formaban parte de aquel avance. Entonces Buttrick se volvió al capitán Davis y le preguntó si

tenía miedo de avanzar. Davis se apresuró a responder:

—No, no tengo miedo, y no hay nadie en mi compañía que lo tenga.

De inmediato dio la orden de marchar, y los hombres de Acton cambiaron del lado izquierdo de la fila al derecho, y fueron los primeros en marchar hacia los invasores.

El mayor John Buttrick de Concord dirigió en persona este pequeño ejército hasta la pendiente que desembocaba en el río, pero no sin antes haberle ofrecido el mando a un oficial superior que se hallaba presente, el teniente coronel John Robinson, del regimiento de Prescott. Robinson vivía en Westford y había respondido a la llamada de alarma. Magnánimamente, rechazó el honor de dirigir, pero, con el valor que le caracterizaba, solicitó marchar al lado de Buttrick, a lo que este accedió. Estos fueron los dos hombres que marcharon primero al frente de la hueste americana contra los soldados del rey.

Llegó entonces el capitán Isaac Davis y su compañía de treinta y siete hombres de Acton. Luego la siguiente, una compañía de Concord bajo las órdenes de Charles Miles. Después otras dos compañías de Concord bajo las órdenes del capitán David Brown y el capitán Nathan Barrett. Otra compañía procedente de Acton se unió entonces a las filas, la comandada por el capitán Simon Hunt. No bien acababan de doblar la esquina del camino principal, arreciaron los disparos en el puente. Por orden del coronel Barrett las compañías de Bedford y de Lincoln fueron las siguientes en unirse a las filas. La marcha era de a dos, y a la música de «The White Cockade», tocada por dos jóvenes pífanos, Luther Blanchard, de la compañía Acton de Davis, y John Buttrick, de la compañía Concord de Brown.

Marcharon descendiendo por el camino, hoy cortado, en dirección sur hasta la punta del triángulo, y después hacia el puente en dirección este: recorrieron en total un cuarto de milla. Los ingleses observaban muy atentamente el avance, y, cuando se alcanzó el vértice sur del triángulo, y las columnas giraron hacia la izquierda y cambiaron de frente en dirección al puente, procedieron a retirar los listones de madera. El mayor Buttrick gritó ordenándoles desistir, con lo cual abandonaron el puente y formaron apresuradamente para entrar en combate en el camino, más allá del extremo este. Llegó entonces la noticia del primer fuego enemigo en la batalla de Concord, disparado por las filas inglesas. Solomon Smith, un miembro de la compañía Acton de Davis, vio a su derecha el lugar en el río —que entonces corría paralelo al camino— donde había impactado la bola de cañón. Aquello se vio rápidamente seguido por otras dos descargas, pero los americanos pensaron que tampoco esta vez los estaban apuntando a ellos.

Aún marchaban adelante el mayor Buttrick y su pequeño grupo. No bien llegaron a las proximidades del puente, una repentina descarga de los ingleses demostró que su intención era detener el avance americano.

Luther Blanchard, el pífano de Acton, sufrió heridas leves.

El mayor Buttrick oyó su grito de dolor, y casi dando un salto en el aire exclamó:

—¡Fuego, por el amor de Dios, fuego!

La orden fue obedecida. Los ingleses respondieron matando al capitán Davis y a uno de sus soldados, Abner Hosmer. Davis, al darse cuenta de que Blanchard había sido herido, se afirmó sobre una de las piedras del arroyo para tener una posición más segura, y mientras apuntaba con su arma recibió un disparo que le atravesó el corazón. Hosmer murió a causa de un balazo que le atravesó la cabeza. Ezekiel Davis, hermano del capitán y soldado de su compañía, fue herido, como también lo fue Joshua Brooks, de Lincoln, cuya frente sufrió un ligero corte a causa de una bala que cruzó su sombrero de lado a lado.

La descarga de los americanos también fue efectiva: mataron a un soldado e hirieron al teniente Hull del cuadragésimo tercer regimiento, al teniente Gould del cuarto, al teniente Kelly del décimo, al teniente Sutherland del trigésimo octavo, y a varios de los que formaban las filas.

Los americanos avanzaban bajo las órdenes del mayor Burrtick, y las tres compañías inglesas, bajo las órdenes de Lowrie, desistieron y se retiraron hacia el pueblo de Concord. Por el camino se encontraron con refuerzos consistentes en dos o tres compañías comandadas por el teniente coronel Smith, que respondía así a la petición de ayuda urgente enviada por el capitán Lowrie justo antes de que comenzara el combate. Smith, que era un «tipo muy gordo y pesado», según el testimonio de uno de sus oficiales —el cual nos ha dejado un interesante diario—[114], en vez de alcanzar a Lowrie en el puente se encontró con él casi a las afueras del pueblo.

Desde el instante en que los americanos llevaron a cabo aquel heroico avance sobre el puente, cesó toda disciplina militar entre ellos. Corrieron unos cuantos metros tras los ingleses que marchaban en retirada, después procedieron hasta un promontorio en el lado este del camino tras la casa de Elisha Jones y allí tomaron posiciones tras un muro de piedra, a unos doscientos metros de donde los ingleses se habían detenido cuando se encontraron con sus refuerzos.

¿Por qué los americanos se desviaron en lugar de perseguir a sus enemigos hasta el pueblo de Concord, como habían resuelto hacer? Aquí solo caben conjeturas. De igual manera sorprende que hicieran caso omiso de la pequeña fuerza que todavía se hallaba tras ellos, río arriba, afanada en destruir propiedades americanas en el hogar del coronel Barrett. Coraje sin duda no era lo que les faltaba, sino más bien experiencia militar.

En tanto estas escenas tenían lugar en North Bridge, las fuerzas británicas a las que antes hemos aludido, consistentes en tres compañías bajo el mando del capitán Parsons, habían marchado río arriba hasta el hogar del coronel Barrett, a unas dos millas del puente. Se hallaban bajo la

guía directa del espía Ensign De Bernicre, que previamente había recorrido el camino y se había familiarizado con su topografía, en particular con los escondrijos que almacenaban provisiones militares entre las casas que jalonaban el camino. Conocía muy bien las que había en la casa del coronel Barrett, y ese lugar era, por encima de todos, el principal objetivo.

A primeras horas de la mañana los hombres de la familia Barrett se habían encargado de asegurar las provisiones de los colonos. Habían arado una extensión de terreno de unos nueve metros cuadrados al sur del viejo cobertizo, que posteriormente sería utilizado como huerto. Uno guiaba una yunta de bueyes a lo largo de los surcos, mientras otros iban dejando caer en ellos los mosquetes que habían estado guardando en la casa. Los demás surcos los cubrieron a la perfección. Llevaron al ático las balas de los mosquetes y las metieron en el fondo de unos barriles que luego llenaron de plumas. Las otras municiones las ocultaron en los bosques vecinos.

Cuando los soldados llegaron allí encontraron la casa al cuidado de la venerable esposa del coronel Barrett. El capitán Parsons le explicó su misión, y le aseguró que su propósito era destruir solo la propiedad pública y capturar al coronel Barrett. Comenzaron su búsqueda, pero apenas encontraron nada de lo que esperaban. Tampoco capturaron al comandante de los milicianos.

Mientras llevaban a cabo esta tarea, el hijo del coronel Barrett, Stephen, un joven de unos veinticinco años, marchaba por el camino del río que llevaba a Price Plain, de regreso de la misión que le habían encomendado, consistente en interceptar a los milicianos que debían llegar desde Stow, Harvard y otras ciudades vecinas. Su cometido era informarlos del peligro que amenazaba sus casas, y advertirlos de que tomasen otro camino para llegar a Concord.

Al llegar a la puerta de la cocina de su casa se topó con un oficial inglés, quien, convencido de que se trataba del coronel Barrett en persona, lo puso bajo arresto. Al saber, no obstante, por Mrs. Barrett que se trataba en realidad de su hijo, el joven fue puesto en libertad. Otro hijo, James Jr., al estar impedido e inactivo, no atrajo ninguna atención hostil.

Tanto éxito habían tenido el coronel Barrett y sus numerosos ayudantes al esconder el enorme monto de propiedad provincial que habían dejado a su cargo que el capitán Parsons no encontró casi nada que confiscar o destruir. Se hizo con unas cuantas cureñas que procedió a quemar en el camino próximo a la casa.

Este fue el lugar más lejano al que llegó la invasión británica. A las tres compañías que se encontraban en la casa del coronel Barrett les había tocado la ruta más larga con diferencia, superando al resto por muchas millas. Tras una noche sin dormir, y una marcha tan larga, tenían hambre y sed, y Mrs. Barrett recibió órdenes de que les diese lo que pidiesen. La

mujer no estaba en situación de poder negarse. Algunos, por no decir todos, se apresuraron a pagar por lo que recibieron, pero la buena mujer se negó a aceptar, diciendo:

—Tenemos órdenes de dar de comer al enemigo si tiene hambre.

Algunos, sin embargo, insistieron, y al marcharse arrojaron el dinero a su regazo. Mrs. Barrett solo pudo exclamar:

—¡Este es el precio de la sangre!

Al haber cumplido con el objeto de su misión, al menos hasta donde pudieron, los ingleses tomaron para su viaje de regreso al pueblo el mismo camino indirecto por el que vinieron, el que cruzaba North Bridge. Cuando llegaron a la taberna de la viuda Brown, en el cruce de caminos, a apenas una milla del puente, hicieron un alto y tres o cuatro oficiales entraron en la casa para beber. Los soldados se sentaron en la cuneta, y bebieron lo que los oficiales les sacaron. Los oficiales insistieron en pagar a Mrs. Brown, pero esta no quiso aceptar su dinero. Charles Handley, un jovencito de trece años nacido en Concord, vivía allí, y ha dejado testimonio jurado de que escuchó entonces los cañones en el puente, pero los británicos no parecieron reparar en ello. Todo el mundo consideró, por tanto, que nada sabían de la contienda hasta que llegaron al lugar y vieron a los ingleses muertos. Había dos: uno fue asesinado al instante, y el otro, herido en un primer momento, fue despachado con un salvaje hachazo en la cabeza estando indefenso. Al parecer, después de que los americanos hubieran cruzado el puente persiguiendo a los ingleses que se habían alejado de allí, un joven que el reverendo William Emerson[115] tenía empleado en la vieja rectoría (la cual todavía hoy, 1912, sigue en pie) salió a ver el campo de batalla. Sorprendió al inglés tratando de levantarse, y, sin pensarlo, consideró que su deber patriótico era matarlo. Así lo hizo, mientras el soldado estaba postrado de rodillas, intentando inútilmente ponerse en pie. El hacha se hundió hasta el fondo de su cráneo, y la sangre manó a borbotones, cubriendo la parte superior de su cabeza, mientras el hombre volvía a caer en el campo de batalla de Concord. Un poco más tarde, el Ejército inglés, bajo el mando del capitán Parsons, pasó junto al caído de camino al pueblo. Los soldados no pudieron sino estremecerse, y marcharon con la impresión, divulgada posteriormente en papel impreso, de que los americanos arrancaban las cabelleras y las orejas de sus enemigos[116]. El joven que cometió aquel acto viviría aún muchos años, y a menudo confesó haber sufrido muchos remordimientos de conciencia[117].

A los hombres que el capitán Parsons tenía a sus órdenes se les permitió, para su sorpresa, unirse al grueso de los ingleses, y Ensign De Bernicre enfatizó el asombro de los soldados en el relato que hizo de la batalla. Como hemos visto, el grueso de los americanos se detuvo en el altozano que se elevaba al este de la casa de Elisha Jones. Desde entonces, y hasta la llegada de los ingleses a Charlestown Neck, nadie pareció estar al mando, y no hubo intento alguno de mantener la menor disciplina.

Aunque a efectos militares no es fácil defender la clase de guerra empleada aquel día por los americanos, más bien propia de una guerrilla, es preciso confesar que sus bajas fueron mucho menores y su éxito, en algunos aspectos, mucho mayor del que hubieran tenido de haber luchado como un ejército, en campo abierto, bajo las órdenes de un bravo comandante. Los ingleses, en cambio, siempre se mantuvieron en los caminos, haciendo alto o marchando en sólida formación. Los americanos nunca superaban la docena o la veintena; avanzaban hombro con hombro, y en general no eran más de dos o tres. Las posiciones que elegían eran zonas a cubierto, detrás de las paredes, situadas entre los árboles, e incluso en el interior de las casas. A menudo la vigilante guardia de flanco, con la que el teniente coronel Smith había tenido la sagacidad de contar, se encontraba por sorpresa con los ingleses, sumándose así al número de bajas americanas. De haber sabido la importancia que tenían los movimientos en los flancos, y de haber seguido combatiendo de manera aislada como habían hecho desde North Bridge hasta Charlestown Neck, hubieran muerto muy pocos.

Como hemos visto, los americanos se detuvieron en el altozano que había al este de la casa de Elisha Jones. Tenían la impresión de que, cuando se reforzaran los ingleses que se hallaban en retirada, estos regresarían para volver a librar batalla. Ganada aquella posición tras el muro de piedra, pocos motivos había para temer un asalto, pues tenían toda la ventaja de su lado. Pero el teniente coronel Smith también se daba cuenta de ello e hizo que sus tropas regresaran al pueblo de Concord.

Algunos de los milicianos volvieron entonces a North Bridge, y transportaron los cuerpos del capitán Isaac Davis y del soldado Abner Hosmer al hogar del mayor Buttrick, que se hallaba muy cerca de donde iniciaron su marcha fatal. Aquel mismo día, más tarde, los trasladaron a Acton.

Tal fue el bautismo del suelo de Concord con la sangre de sus bravos defensores.

El capitán Mundy Pole, del décimo regimiento, con cien hombres, había sido destacado por el teniente coronel Smith para labores de vigilancia en South Bridge. También le habían asignado destruir cualquier almacén que pudiera encontrar en la vecindad.

El puente está a casi una milla al sur del pueblo, y en dirección contraria de North Bridge, separados ambos por casi dos millas.

El capitán Pole llegó allí hacia las ocho en punto, y enseguida colocó una guardia en el puente para impedir que nadie entrase ni saliese del pueblo. Después hizo una incursión en la inmediata vecindad en busca de comida y bebida para su ejército, lo que no costó conseguir, pues la mayoría de los hombres más capacitados estaban fuera, en labores patrióticas.

Registraron las casas de Ephraim Wood, Joseph Hosmer y Amos

Wood, pero sin apenas suerte, pues la mayoría de los bienes ya habían sido escondidos en otra parte. Los ingleses se comportaron con honor en esta parte del pueblo y tuvieron la generosidad de pagar cuanto cogían. Todas las mujeres en la casa de Amos Wood recibieron una guinea. Precisamente una de las habitaciones de la casa estaba llena hasta los topes de los bienes que los ingleses buscaban. La habitación estaba cerrada, pero el galante oficial, al creer en el interior solo se ocultaban las mujeres, dio órdenes de que ninguno de sus soldados entrase allí.

La pequeña expedición del capitán Mundy Pole a esta parte de Concord no careció, sin embargo, de resultados. Consiguió desmontar los muñones de tres cañones de hierro de veinticuatro libras, quemó tres carruajes, y destruyó una pequeña cantidad de harina, varios cañones de zanjadoras y algunas cucharas de madera.

Unos cuantos soldados ascendieron Lee's Hill, que, situado unos treinta metros sobre el río que daba a North Bridge, dominaba el puente. Desde allí podían ver sin obstáculos la creciente excitación de los milicianos, delatada por sus movimientos, y el constante incremento de su número. Finalmente se escuchó un eco procedente del valle, el cañonazo que servía de señal, después dos más, luego la descarga; y supieron que se disponían a revivir la escena que había tenido lugar en Lexington Common.

Descendieron la colina y se reunieron con los otros en South Bridge, le quitaron al puente los tablones de madera para proteger su retirada y marcharon rápidamente de regreso con el grupo, que se encontraba en el pueblo.

El teniente coronel Smith empezó entonces a darse cuenta de la distancia que había hasta Boston y de los peligros que podían acecharlos por el camino. Tuvo a todo su ejército reunido en el pueblo de Concord apenas pasadas las diez, pero era preciso atender a sus muchos soldados heridos antes de poder proceder con el viaje de regreso. A algunos los atendieron el doctor Cummings y el doctor Minot, vecinos del pueblo. Como no se habían hecho disposiciones por parte de la comandancia inglesa para el transporte de sus soldados incapacitados, llamaron a la gente de Concord para que cubriera ese vacío. A Reuben Brown le confiscaron un carruaje, y otro a John Beaton. Tomaron también ropa de cama de las casas vecinas para que los jinetes marcharan más cómodos. Se hicieron con algunos caballos, entre ellos el que pertenecía al capitán Smith, de la compañía Lincoln, que por alguna razón había dejado en la taberna Wright antes de marchar a North Bridge. El teniente Hayward de Concord recuperó el coche de Reuben Brown, que había permanecido en Arlington, en manos del ejército, y además un caballo, un edredón, una almohada, etc., y buscó a sus legítimos propietarios a través de un anuncio publicado en la *Essex Gazette* del 10 de agosto de 1775.

Además de sus heridos, el teniente coronel Smith tenía también que pensar en quienes se hallaban ilesos. Los hombres no habían dormido

desde que abandonaron Boston Common para emprender la marcha, a las diez y media de la noche anterior, y posiblemente tampoco durmieron la noche anterior a esa. Ya habían marchado más de diecisiete millas hasta el pueblo de Concord, y todavía más aquellos que habían hecho el alto en la casa del coronel Barrett, en North Bridge y South Bridge. Atrás quedaban las turbadoras escenas de la matanza de Lexington Common y North Bridge, que sin duda contribuyeron a estremecer todavía más aquellos cuerpos extenuados. Smith sabía que sus soldados necesitaban descansar, y no le faltaban razones para concederles las dos horas que les otorgó.

Aparte de esos motivos, Smith tenía uno más para no proceder de inmediato. El lector recordará que cuando el teniente coronel alcanzó Arlington (Menotomy)[118] y comprendió que su marcha había sacudido a la comunidad entera, hizo llegar una petición urgente al general Gage para que le proporcionase refuerzos. Era razonable pensar que dichos refuerzos llegarían a cualquiera de los lugares por los que había pasado en un margen de al menos tres horas. Pero por desgracia para Smith las fuerzas comandadas por Percy no iniciaron la marcha hasta las nueve de la mañana, y para entonces habían cubierto menos de doce millas, por un camino, además, algo más largo que el que él había tomado[119].

La destrucción de las provisiones militares, según el informe del teniente coronel Smith, apenas sirvió para compensarle por la pérdida de su prestigio, por no mencionar a los ingleses que habían muerto y seguirían muriendo por la causa. Smith dio a sus hombres el crédito de haber desmontado los muñones de artillería de tres piezas; de haber reducido a cenizas algunos de los nuevos afustes y un gran número de ruedas de carro; y de haber arrojado al río enormes cantidades de harina, algo de pólvora, diversas balas de mosquetón y otros pequeños artículos. En su relato, De Bernicre añade a la lista los cañones de zanjadoras y las cucharas de madera destruidas por el capitán Pole.

Mientras las llamas consumían las ruedas de los cañones, se supo que el Juzgado estaba ardiendo. El fuego lo descubrió Mrs. Martha Moulton, una anciana viuda que vivía cerca de allí, y que no había huido con los más jóvenes de la población cuando el enemigo se aproximaba. Supuso que sus años —setenta y uno— le servirían de protección, como de hecho ocurrió. Dejó un interesante testimonio de los sucesos de aquellas horas: la invasión de su casa por parte de un grupo de soldados que buscaban comida y agua; la espera de Pitcairn y otros oficiales, sentados ante su puerta y observando la rapiña de los soldados; su propia inquietud al ver que el Juzgado estaba ardiendo, y el empeño que puso para que los hombres sofocasen las llamas, incluso dándoles agua ella misma para que así lo hiciesen. Al principio los hombres se mostraron indiferentes, pero finalmente cedieron y apagaron el fuego. Así fue como se salvó el Juzgado, y posiblemente algunas de las casas colindantes, gracias a Martha Moulton.

El congreso provincial, en el documento que hizo público sobre los daños sufridos por Concord —aparte de las provisiones—, fijó el valor en 274 libras, 16 chelines y 7 peniques, de los cuales 3 libras y 6 chelines correspondían a la rotura de los cerrojos de la prisión del rey.

Apéndice II

Con *Vuelta de tuerca,* Henry James escribió la que posiblemente sea la historia de fantasmas más perfecta jamás redactada. Le sigue de cerca otro James, Montague Rhodes, con algunos encantadores fantasmas victorianos. También Dickens. También Robert Louis Stevenson, con ese fantasma de cuello quebrado (*Janet la Torcida*) que asomaba desde lo alto de unas vacilantes escaleras. Hawthorne también era un especialista en el relato de fantasmas (*The gray champion*, por ejemplo, o el inquietante —redondo hasta su frase final, que se deja caer como quien no quiere la cosa, como un ademán indolente dirigido a todo el género humano— *Young Goodman Brown*: todo cuanto parece ocurrir en el bosque es espectral). Y, sin embargo, el mejor de los que escribió no es exactamente un cuento de fantasmas, aunque su personaje principal, un caballero «en el meridiano de su vida», con tendencia a guardar «pequeños secretillos», se comporta como si lo fuera. Me estoy refiriendo a «Wakefield», esa maravillosa fantasía para claustrofílicos donde Hawthorne precipitó tanto su incapacidad para las relaciones humanas como su invencible deseo de ser translúcido.

No hace falta que salgamos de la vieja rectoría para encontrar el rastro de los fantasmas en la vida de Hawthorne. Un ejemplo: «De momento no hemos visto ninguna aparición; pero sí oímos ruidos extraños, particularmente en la cocina; y anoche mismo mi esposa, cuando estaba sentada en el salón, escuchó golpes y pasos, como si alguien trabajara en mi estudio. Bueno, si no me equivoco (pues estaba medio dormido cuando me lo contó), lo que realmente oyó fue como si una persona arrugase un papel con la mano, en nuestro propio dormitorio». Otro ejemplo: «En Nueva Inglaterra, las casas de cierta antigüedad están tan invariablemente poseídas por los espíritus que apenas tiene sentido mencionar el asunto. Nuestro fantasma solía lanzar profundos suspiros desde un particular rincón del salón, y a veces revolvía papeles, como si estuviera pasando las páginas de un sermón en el largo pasillo de arriba, donde, sin embargo, resultaba invisible pese a la brillante luz de la luna que entraba por la ventana oriental. No es inverosímil que pretendiera que le corrigiese y publicase una antología de los discursos manuscritos que atestaban un baúl situado en el altillo. En una ocasión, cuando Hillard y otros amigos charlaban con nosotros al atardecer, se escuchó un suave arrastrar, como si la sotana de seda del ministro pasara entre medias del grupo, tan cerca de nosotros que casi rozó las sillas. Tampoco entonces el

espectro se dejó ver. Un caso todavía más extraño es el del fantasma de una criada que solíamos escuchar en la cocina en mitad de la madrugada, moliendo café, cocinando, pasando la plancha: realizando, en pocas palabras, toda clase de tareas domésticas, aunque por la mañana no había el menor rastro de que realmente hubiera hecho algo. Alguna labor incumplida durante su servicio —una estola del ministro mal almidonada — inquietaba a la pobre damisela en su tumba, y la hacía trabajar sin el beneficio de un sueldo».

Sorprende la naturalidad y hasta el buen humor con que Hawthorne asistía a las apariciones acústicas de los otros residentes de la vieja rectoría, pero el trato familiar con los fantasmas no era una novedad para él. Cinco meses antes de casarse con Sophia, cuando era un feliz soltero con segunda residencia en la sala de lectura del Athenaeum —mencionado en la nota 56 del diario—, Hawthorne vio en varias ocasiones el fantasma de un «conocido clérigo», el «reverendo doctor Harris, de Dorchester», sentado tranquilamente en su silla habitual. El doctor Harris era un ancianito de cabellos blancos, «menudo, muy avejentado y endeble», en quien no era difícil reparar. Hawthorne, por ejemplo, lo observaba «con especial atención» y un creciente interés «cuando por casualidad lo veía en el Athenaeum o en cualquier otra parte», y lamentaba que su timidez le hubiese impedido tratarlo formalmente, pues «fui un buen conocedor de su persona y se trataba de un hombre muy notable». Un día, «a eso del mediodía», lo volvió a ver en la sala de lectura donde ambos solían coincidir: Hawthorne le dedicó la atención de siempre —«aunque no recuerdo que en su aspecto hubiera algo distinto de lo que había visto en tantas otras ocasiones»— y el doctor Harris siguió mirando su periódico, también con la atención de siempre.

Pero aquella tarde un amigo me dijo: «¿Te has enterado de que el doctor Harris ha muerto?».

«*No*», *respondí, muy tranquilo,* «*y no puede ser verdad, pues hoy mismo lo he visto en el Athenaeum*».

«*Tienes que haberte confundido*», *replicó mi amigo.* «¡Te aseguro que está muerto!», *y confirmó el suceso con tal cúmulo de detalles que ya no me quedó ninguna duda (...). Al día siguiente, al subir los peldaños del Athenaeum, recuerdo que pensé para mis adentros:* «¡Vaya, no volveré a ver al viejo doctor Harris!». *Con este pensamiento en mente, al abrir la puerta de la sala de lectura, miré hacia el lugar y la silla donde solía sentarse el doctor Harris, y allí, para mi perplejidad, se hallaba la figura gris, endeble, del fallecido doctor, ¡y leyendo el periódico como era su costumbre! De hecho, su propia muerte debía de haber sido publicada, aquella misma mañana, en ese preciso diario".* [Esta última frase, como caída de la nada, es pura genialidad narrativa].

(...) Recuerdo que, al menos en una ocasión, y no me parece que sucediera más veces, sorprendí en el fantasma una mirada nostálgica, llena de tristeza y decepción, que este clavó en mí por encima de sus gafas; una expresión de melancólica vulnerabilidad, que, de no ser porque mi corazón era duro como un adoquín, apenas hubiera soportado. Pero la soporté; y creo que ya no volví a ver nunca más al doctor

Harris después de que me dedicase aquella mirada suplicante».

A Hawthorne le inquietó poco todo aquel asunto, y solo repararía en «su extrañeza al ver la sorpresa y la incredulidad que despertaba en quienes escuchaban la historia». La contó por primera vez a la familia Heywood, cuya casa solía frecuentar cuando ocupaba el cargo de cónsul americano en Liverpool. A Mrs. Heywood le gustó tanto que le rogó que la escribiese, y Hawthorne, muy generosamente, le regaló la única copia existente del relato, que acabó en las manos de la hermana de Mrs. Heywood. Apareció publicado en el periódico *Salida Record* del 18 de mayo de 1900, y algunos de sus pasajes —los que he citado más arriba— fueron reproducidos en *The Athenaeum Centenary*, The Boston Athenaeum, 1907, págs. 33-34.

Pocas apariciones tan adorables como la de ese pobre ancianito, sentado en su silla de siempre, leyendo la noticia de su muerte en el periódico de la mañana; pocas tan carismáticas, tan encantadoramente literarias. Sin apenas recursos, nos ofrece todo lo que debe tener un buen relato de fantasmas: una ambientación serena, una perfecta ausencia de expectativas, la sensación encapsulada, pero que se suelta sin aviso, como de vernos repentinamente de puntillas ante lo inexplicable, ante un vacío cósmico. Es tan redonda que hasta podríamos dar por terminada nuestra tarea y, con la confianza del trabajo bien hecho, poner por fin el lacre a estas cuartillas, devolver las manos fatigadas a los bolsillos de la bata. Pero cuesta un mundo levantarse de este mullido sofá y alejarse del fuego, ¿verdad?, abandonar de una vez por todas los confines de la vieja rectoría. A uno le gustaría permanecer todavía aquí, sin hacer mucho ruido, transparente para las figuras del primer plano (una pareja de recién casados, a veces sus amigos ataviados con tan extraños ropajes), paseando de puntillas por la sala y arrugando papeles mientras ellos duermen, remoloneando aquí y allá para no dar la tarea por terminada. Venga, no la demos aún por terminada. Escribamos otra historia más, otra pequeña historia de fantasmas. Y, de hecho, ¿no era esta, precisamente, nuestra historia favorita? Aquí no se aparece ningún arrebujado viejecito, el hombre del periódico en la esquina; pero encontraremos muchas cosas de lo más interesantes, una médium en una villa italiana, libros con aspecto de necronomicones y mensajes enviados desde el otro lado de la tumba. Es una buena historia, de verdad que lo es, y todavía estamos a tiempo de leerla junto al fuego. No estorbaremos demasiado a la pareja que dormita en el sofá.

Venga, solo una historia más. ¿Qué prisa tenemos en salir? Y si tampoco esta historia nos convence, siempre podemos arrugar la última hoja y, pluma de ganso en mano, empezar otra vez.

La historia de Mary Rondel

Julian Hawthorne, *Nathaniel Hawthorne and his wife. A biography* (Boston, James R. Osgood and Co., 1885), págs. 30-35.

En el año 1858, Nathaniel Hawthorne vivía con su familia en la Villa Montauto, al otro lado de las murallas de Florencia. Aquel verano —el verano del cometa Donati— tenía entre sus vecinos más próximos a Robert Browning y esposa, que a menudo visitaban Montauto. La señora Browning se hallaba por entonces profundamente interesada en el espiritismo, y, en el transcurso de algunas discusiones sobre el asunto, se descubrió casualmente que la gobernanta de la familia Hawthorne, una joven dama americana de mucha valía y adorable carácter, era una médium. La manifestación de sus capacidades en este terreno procedía de la escritura. Cada vez que aquella dama apoyaba un lápiz sobre un trozo de papel durante aproximadamente un minuto, su mano parecía poseída, o impelida a moverse, y entonces escribía palabras, frases o páginas enteras, unas veces muy rápido, otras muy despacio, y en varios estilos caligráficos totalmente distintos, ninguno de los cuales guardaba el menor parecido con el suyo. La joven no creía que la fuente del fenómeno fuera de naturaleza espírita; lo atribuía a alguna actividad oscura y morbosa que la mente de los espectadores ejercía sobre la suya propia; y el proceso le resultaba tan desagradable que, tras experimentarlo una semana o dos, abandonó por completo aquel asunto, con la cordial aquiescencia de Hawthorne y Browning, que habían abominado de él desde el principio. La médium solía decir que nunca sabía de antemano la comunicación que iba a establecer, pero que, si centraba su atención en lo que sucedía, casi siempre era capaz de pronunciar cada palabra antes de llegar a escribirla. Los nombres que firmaban las comunicaciones eran bastante limitados, y casi todos pertenecían a amigos muertos de alguna de las personas presentes. Pronto fue posible distinguir a cada uno de los visitantes, en el momento en que estos comenzaban a escribir (a través de la médium), por su caligrafía, su manera de pensar y de expresarse, e incluso por el movimiento físico que producía la escritura.

Un día, en medio de una profunda disquisición realizada por la fallecida madre de uno de los asistentes, la mano de la médium se detuvo bruscamente, como si hubiera sido agarrada con violencia por una mano invisible, y, tras unas vagas rayitas del lápiz, apareció escrito el nombre de «Mary Rondel» a lo ancho de la página en amplios y nítidos caracteres. Nada siguió a aquel nombre, desconocido para todos los presentes, y por fin alguien formuló la pregunta: ¿quién es Mary Rondel? En aquel momento, la mano de la médium se vio poseída de nuevo, como había sucedido antes, y escribió rápidamente algunas frases que explicaban que

Mary Rondel no tenía descanso y que solicitaba la compasión de Nathaniel Hawthorne. Las preguntas siguientes obtuvieron la información de que, durante su vida, Mary Rondel había estado de alguna manera relacionada con la familia Hawthorne; que había muerto en Boston unos cien años antes, y que nada podía proporcionarle consuelo alguno salvo la compasión de Nathaniel Hawthorne. A Hawthorne le divirtió mucho, y quizá también le impresionó, aquella petición tan seria e insistente, y aseguró a Mary Rondel que, aunque, por lo que recordaba, jamás había oído hablar de ella, podía brindarle tanta compasión como ella pudiera aceptar.

Desde entonces y en adelante, Mary Rondel, violenta, terca, a menudo torpe en su expresión, y sempiternamente excéntrica en su ortografía, fue la figura principal entre los comunicantes del otro mundo. Descendía sobre el círculo como un torbellino, en los momentos más inesperados, logrando con sus pésimos modales que los demás espíritus levantasen el vuelo e insistiendo en regalar a su audiencia con una cantidad más o menos abultada de apresurados, confusos y a menudo oscuros balbuceos. Pero lo que con mayor frecuencia repetía era que por fin, tras un largo siglo de fatigoso peregrinar, iba a encontrar alivio y consuelo en la compasión de Nathaniel Hawthorne. Los otros espíritus se mostraban molestos por las intrusiones de Mary, y la acusaban de ser una personalidad caótica y malvada, en quien era imposible depositar la menor confianza al tratarse de una inveterada embustera, menos buena, en líneas generales, de lo que debía ser. No obstante, y más allá de las flaquezas que pudiera haber en su conducta moral —que ella, ciertamente, nunca trató de defender—, había algo tan genuino, tan humano y tan patéticamente desesperado en la pobre Mary Rondel que nadie podía evitar mirarla con cierta compasiva bondad. Mentirosa como, sin duda, era, brindó una impresión más consistente y real entre su audiencia mortal que sus desencarnados compañeros; y, aunque a menudo era intratable y problemática, y en ocasiones le faltaba decoro, todo se le perdonaba por aquella firme impresión de naturaleza humana que la caracterizaba incluso en su estado espiritual.

Pero, como decía anteriormente, las sesiones no tardaron mucho en tocar a su fin. Hawthorne se mudó con su familia a Roma, lo que alejó de sus pensamientos a Mary Rondel y el resto de la tribu en virtud de otros intereses. En 1859, Hawthorne regresó a Inglaterra, donde, tras una estancia de un año, zarpó a América; y allí, en 1864, murió. La gobernanta (a quien, por cierto, conocimos en 1857) dejó a la familia cuando aún estábamos en Inglaterra para casarse con el hombre con quien llevaba varios años comprometida. Durante todo ese tiempo, no se mencionó una sola vez el nombre de Mary Rondel, hasta el punto de que prácticamente la habíamos olvidado. Pero, tras la muerte de Nathaniel Hawthorne, su hijo se vio en posesión de un gran número de cartas, documentos,

manuscritos, libros y otros recuerdos, algunos de los cuales habían estado todo aquel tiempo en posesión de la familia, en tanto que otros le fueron remitidos por parientes cercanos de Salem y lugares afines. Entre ellos había un enorme libro en folio, de aspecto antiguo, encuadernado en piel marrón, cuyas cubiertas y páginas se hallaban muy deterioradas por el asiduo examen de una docena y media de generaciones. Era un ejemplar de la primera edición de la *Arcadia* de *sir* Philip Sidney, llevado a Nueva Inglaterra por el mayor William Hathorne, cuyo autógrafo aparecía en el margen de una o dos páginas. Al volver aquellas venerables páginas, oscurecidas por los años y por inmemoriales marcas de pulgar, apareció, escrito en una desvaída tinta, el nombre de Mary Rondel; y frente a él, en la misma caligrafía, el de Daniel Hathorne. Aquel inesperado hallazgo interesó no poco a su descubridor; y su interés no hizo sino aumentar cuando, al llegar a la última parte del volumen, que estaba repleto principalmente de sonetos de amor y otros poemas sentimentales, encontró varios versos subrayados, o rodeados por una temblorosa marca de tinta, junto con inscripciones tales como (también en la nítida caligrafía de Daniel) «Acepta esto como si viniera de mi propia voz» o «Por favor, amante mía, lee esto». Dos de los versos señalados contenían amorosas alusiones a unos cabellos rubios y unos ojos azules; los versos eran de tono cálido, aunque no demasiado; y en un caso, allí donde el poema hablaba de la llamada del amante a su amada, y de la respuesta que esta le daba, ciertos pasajes de la mujer también estaban marcados, como si la dama en la que Daniel había volcado sus afectos hubiera adoptado aquel método para responder a sus solicitudes. En general, parecía razonable llegar a la conclusión de que dos jóvenes, que se habían enamorado el uno del otro, y estando en condiciones de leer la novela de *sir* Philip al mismo tiempo o poco menos, habían empleado aquel ardid, un tanto tímido y retraído, para hacerle al otro partícipe de sus sentimientos. Al considerar que ciertos familiares de avanzada edad, residentes en Salem, podrían arrojar alguna luz sobre el asunto, les envié mi petición, pero sin decir nada de las comunicaciones espíritas de Florencia. Y esto fue lo que me contaron: que hacia 1755, cuando Daniel tenía veintiún años, se enamoró de una joven llamada Mary Rondel, que vivía en Boston. Que ella respondió a su amor; pero, por algún motivo, el romance no terminó bien, y Mary no tardó en morir. Esto era lo único que se sabía; pero era suficiente para completar una historia tan extraña como inexplicable. Puede que Hawthorne la conociese en su juventud; pero no pudo haber leído la *Arcadia* en los veinte años que transcurrieron hasta el episodio florentino, y es imposible suponer que hubiera alguna connivencia entre él y la médium en aquella ocasión. El nombre de Mary Rondel no es nada común; el autor de estas líneas no recuerda haber conocido a nadie con ese nombre, exceptuando este caso concreto. Pero, sea como sea, los hechos son estos, y el lector es libre de interpretarlos al albur de sus creencias o de

su incredulidad.

1 Stephen H. Wakeman (1859-1924) fue un coleccionista de libros de autores americanos del siglo XIX. En 1903, Julian Hawthorne le vendió los originales de los *Cuadernos americanos,* entre los que se incluían las páginas de este diario. (Gary Scharnhorst, *Julian Hawthorne: The Life of a Prodigal Son*, University of Illinois Press, 2014, pág. 164). Mantengo en la traducción su forma de escribir no sé si abrupta o apresurada, y ese *written in this familiar family tone* que en español produce una (todavía más) penosa redundancia.

2 El matrimonio formado por George y Abby Prescott ayudó mucho a los Hawthorne durante su estancia en Concord. Sophie Hawthorne, en una carta escrita a su madre el 26 de enero de 1845, hace mención a esta circunstancia: «La joya es *exactamente* lo que quería. Resulta raro en nosotros regalar unas piedras preciosas engastadas en oro; pero la ocasión lo justifica con creces. Mrs. Prescott [Abby] está siempre haciendo cosas por mí que nunca me permitirá pagar, y a menudo son cosas que tampoco puedo pagar [...]. El peso de esa deuda es demasiado grande. Me ha empapelado la cocina con sus propias manos, y ni siquiera me ha dejado pagar el papel; también pidió a su marido que levantase una partición [...]. Nos envía pasteles indios y pan de leche, o cualquier detallito que por casualidad tiene a mano. George no puede ser más amable cuando tiene que hacerme algún recado...». (Rose Hawthorne Lathrop, *Memories of Hawthorne*, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1897, pág. 80). En 1844, solo unos meses después de las palabras que ponen punto final a este diario, Sophia Hawthorne regaló a George Prescott por Año Nuevo un volumen forrado en tela púrpura de una tercera edición de las *Fábulas* de La Fontaine, traducido del francés por Elizur Wright, Jr. (Boston, Tappan and Dennet, 1842) en dos volúmenes. La dedicatoria, escrita por Sophia Hawthorne, decía así: «George Prescott / de su amiga / S. A. Hawthorne / 1.º de enero de 1844».

3 Ralph Waldo Emerson (1803-1882), ensayista y poeta. Una sombra más o menos espesa, en la que pueden medio reconocerse los rasgos mezclados de Swedenborg y de Wordsworth, se proyecta hasta nosotros desde el pensamiento y la obra de Emerson. Fue un escritor infinitamente mejor de lo que cabría imaginar si nos quedamos en los recelos y desprecios de Poe (que en realidad despreciaba no tanto a Emerson como a los trascendentalistas que imitaban su estilo, y esa idea de que en el hombre y la naturaleza existía una bondad inherente que debía culminar en «una unión mística».) Hawthorne, por su parte, le tenía mucho aprecio, pero recelaba de su filosofía. Es posible que el cambio de actitud que muestra Poe en sus críticas a Hawthorne, desde aquel «es un hombre de verdadero genio» de 1842 al «no tiene la menor originalidad» de 1847, responda al hecho de que, entre medias, Hawthorne se había mudado a Concord, cuna del trascendentalismo, y por tanto cabía la sospecha de que aquel individuo solitario y «algo místico» podía ser uno de ellos.

4 William Ellery Channing (1817-1901), poeta trascendentalista. Fue amigo de Thoreau, al que dio el nombre de «poeta naturalista», así como su primer biógrafo. También fue él quien le persuadió para que se retirara a una cabaña junto al lago Walden, a partir de cuya experiencia escribió la que sin duda es su obra más famosa: «Mi querido Thoreau», le escribió el 5 de marzo de 1845, «percibo tal desdicha en la caligrafía de tu carta que no estoy seguro de haberla entendido bien. Si lo he hecho, me parece que sigues siendo la misma moneda de seis peniques que siempre fuiste, bastante oxidada, pero auténtica. No veo nada para ti en este mundo a excepción de ese terreno al que una vez llamé «los brezos»; retírate allí, construyete una cabaña y comienza en ella el formidable proceso de devorarte vivo. No acierto a ver ninguna otra alternativa, ninguna otra esperanza para ti. Cómete entero; no te comas a nadie más, ni nada más. Concord es tan buen lugar como cualquier otro». (*Familiar letters of*

Henry David Thoreau, editado y con introducción y notas de F. B. Sanborn, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1894, pág. 144). Poe reseñó el primer libro de poemas de Channing en la revista *Graham's Monthly*: «En su favor cabe decir que nadie ha oído hablar de él. Como una mujer honesta, siempre ha conseguido evitar ser pasto de las comidillas. Su libro contiene sesenta y tres cosas que él llama poemas, y que no cabe duda que él supone en serio que lo son. Están llenos de toda clase de errores, el más importante de los cuales es precisamente el haberlos impreso. No están escritos en lo que llamaríamos inglés; tal vez en channingés». (Edgar Allan Poe, Our Amateur Poets, n. III: «William Ellery Channing», *Graham's Magazine*, agosto de 1843, pág. 113).

5 Henry David Thoreau (1817-1862), al que Hawthorne llamará a lo largo de su diario «Thorow», nació «en el extremo oriental de las habitaciones superiores» del viejo hogar de su abuela, un edificio construido «en el estilo típico de Nueva Inglaterra» que ocupaba un espacio «aislado y casi apartado de las vías públicas». De niño tenía una vaca «a la que llevaba a los pastos, descalzo, y los muchachos de su edad lo conocían por su falta de miedo al lodo o al agua». Pronunciaba las erres con acento francés. (William Ellery Channing, *Thoreau: The Poet-Naturalist*, Roberts Brothers, Boston, 1873, págs. 1-3). Pasó una temporada en casa de Emerson, que lo tuvo haciendo algunas chapuzas en el jardín. Su obra *Walden, o la vida en los bosques* (1854), comienza así: «Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien su mayor parte, vivía solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, en la orilla del lago Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. Viví allí dos años y dos meses. Ahora vuelvo a ser un transeúnte en la vida civilizada». La foto más conocida de este transeúnte, tomada once años después de su retiro en Walden —pelo caótico, hombros caídos, ojos translúcidos y apesadumbrados—, es la de un hombre atrapado en la vida civilizada pero cuyo fantasma, de alguna manera, todavía sigue viviendo en los bosques.

6 En una carta fechada el 24 de enero de 1843, Thoreau escribe lo siguiente: «Creo que tengo de mi parte a algunas musas ignotas, pues tuve un deseo de naturaleza musical y, tan pronto lo tuve, recibí una respuesta. El pasado verano fui impulsivamente a la casa de Hawthorne con el expreso propósito de pedirle prestada su cajita de música, y casi inmediatamente Mrs. Hawthorne se ofreció a prestármela. El otro día me dije: tengo que ir a casa de Mrs. Barrett a escuchar la suya, ¿y qué sucedió? Que a renglón seguido Richard Fuller me envió una de regalo desde Cambridge». Richard Fuller es el hermano pequeño de Margaret y Ellen Fuller, esposa esta última, a su vez, de Ellery Channing. (*Familiar letters of Henry David Thoreau,* editado y con introducción y notas de F. B. Sanborn, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1894, págs. 51-52). Acerca de Mrs. Barrett, véase la nota 76.

7 Elizabeth Sherman Hoar (1814-1878). Estuvo prometida al hermano menor de Emerson, Charles, pero murió antes de que se celebrase el matrimonio. Emerson siempre la consideró una hermana —sus hijos la llamaban «tía Lizzie»— y la invitó a unirse a los trascendentalistas. Tenía amplios conocimientos de literatura griega y alemana; algunos de sus escritos aparecieron en la revista *The Dial*.

8 Seguramente se trata de ese Edmund Hosmer al que más adelante veremos sembrando patatas, un «protegido» de Emerson. (B. Bernard Cohen, «Emerson's "The Young American" and Hawthorne's "The Intelligence Office"». *American Literature*, vol. 26, n. 1, marzo de 1954, pág. 32). La familia Alcott estuvo viviendo en el hogar de Hosmer a su llegada a Concord en 1844. Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*, escribió allí, con trece años, un poema dedicado al invierno, una de cuyas estrofas dice así:

Los pajaritos han volado
a un lugar más soleado;
no vendrán hasta que mayo
los avise con sus flores.

(F. B. Sanborn, *Bronson Alcott at Alcott House, England and Fruitlands, New England (1842-1844)*, The Torch Press, Cedar Rapids, Iowa, 1908, págs. 98-99).

9 Tachado: «la llevo en mi pecho».

10 Un tipo de una energía abrumadora, a juzgar por esta semblanza escrita por Emerson: «Ezra Ripley nació el 1 de mayo de 1751 en Woodstock, Connecticut. Fue el quinto de los diecinueve hijos que tuvieron Noah y Lydia (Kent) Ripley. Diecisiete de estos diecinueve hijos se casaron, y se afirma que la madre murió dejando diecinueve hijos, ciento dos nietos y noventa y seis bisnietos». Fue ordenado ministro de la diócesis de Concord en 1778, pero «le tiraban mucho las faldas, y esa inclinación no se vio en ningún aspecto disminuida con los años. Se aferraba al privilegio de la edad y no escatimaba en besos, ya se tratase de viudas, solteras o casadas. Una dama a la que solía favorecer de esta manera llegó a contarme que era "como si fuera a convertirte en su comida"». Murió, sin saber del mundo otra cosa que lo que contaba su semanario religioso, en 1841. (Ralph Waldo Emerson, *Lectures and biographical sketches,* Houghton, Mifflin and Co., 1895, págs. 357-365).

11 Se trata del reverendo William Emerson, Sr. (1743-1776), abuelo de Ralph Waldo Emerson, que volveremos a ver en el apéndice I. Construyó la «vieja rectoría» en 1770, y allí vivió durante seis años junto a su esposa Phebe Bliss Emerson (1741-1825). Murió en el hogar del reverendo Benajah Roots, en Rutland (Vermont), el 20 de octubre de 1776. Phebe tenía cinco hijos a su cargo y para subsistir decidió alquilar las habitaciones situadas en el altillo de la casa. Una de ellas fue alquilada por Ezra Ripley en 1778, que conseguiría, dos años más tarde, el acceso oficial a las habitaciones restantes como marido de Phebe Bliss, diez años mayor que él. Tuvieron otros tres hijos, pero dos de ellos, Sarah y David, murieron poco después de la madre, que falleció en 1825. Ezra Ripley invitó a Ralph Waldo Emerson, que entonces tenía 31 años, y a la madre de este, a vivir por un año en la «vieja rectoría». Emerson escribió allí *Nature,* en un estudio en el piso superior de la casa. En septiembre de 1841, Ezra Ripley murió, y menos de un año después, en julio de 1842, el único hijo que le sobrevivió, el también reverendo Samuel Ripley (1783-1847), alquiló la casa a Nathaniel Hawthorne por 100 dólares al año (unos 2.300 euros al cambio actual). El nieto de Samuel Ripley, Edward Simmons, solía contar que su abuela Sarah acunaba a su hija en el ático meciendo la cuna con un pie, mientras leía un libro en sánscrito.

12 Hawthorne se refiere a las batallas de Lexington y Concord, que comenzaron el 19 de abril de 1775 y supusieron la primera contienda entre el Ejército americano y el Ejército inglés, y, por tanto, el comienzo de la guerra de Independencia de los Estados Unidos (véase el apéndice I). El monumento que aparece en este pasaje es el obelisco erigido en 1836 para conmemorar la batalla de Concord. En su base puede leerse un poema de Emerson cuya fama proviene de estos dos versos: «los granjeros asediados aquí se levantaron / y dispararon el tiro que se oyó en todo el mundo». (*The complete works of Ralph Waldo Emerson,* editado por Edward Waldo Emerson, Houghton, Mifflin and Company; Boston y Nueva York, 1904, vol. IX, págs. 158-159).

13 Véase el apéndice II.

14 En *Enrique V* (II, escena 3, 3395-ss.), Shallow dice lo siguiente: «Adelante, habréis de ver mi huerto, donde, en una pérgola, comeremos unas camuesas que el año pasado yo mismo planté, y un platito de alcaraveas y lo que haga falta: vamos, primo Silence; y después a la cama».

15 Probablemente se trate de William Wesselhœft (1794-1858), médico de la familia Peabody (a la que también trató su hermano Robert). Elizabeth Peabody escribió un recuento biográfico titulado *Memorial of William Wesselhœft,* que su hermano Nathaniel Cranch Peabody, homeópata, publicó en Boston en 1859. William Wesselhœft trató a los hijos del matrimonio Hawthorne en 1848, cuando contrajeron la fiebre escarlata. (Patricia Dunlavy Valenti, *Sophia Peabody Hawthorne: A life, volume 1: 18091847,* University of Missouri Press, 2004, pág. 273).

16 Cornelia Park y Sarah Clarke, dos amigas de Sophia. El día de su boda, Cornelia se encargó de recogerle el pelo y Sarah de arreglarle y atusarle el vestido. Sarah Clarke era pintora; Cornelia Park, mentalista e hipnotizadora. Al parecer, Sophia estuvo acudiendo en Boston a un mesmerista, Joseph Fiske, que trató sus migrañas hasta 1840. Más tarde fue Cornelia quien prosiguió con los pases magnéticos. Sophia evitó hablarle a Nathaniel acerca de Fiske, pero en una carta trató de explicarle las ventajas que tenía el mesmerismo en quienes se veían, como ella, en un constante tormento a causa de los dolores de cabeza. La respuesta de Hawthorne demuestra que, a pesar del humor con el que parece tomárselo, todos aquellos juegos de manos, aquellos misteriosos coqueteos con el alma, no le hacían la menor gracia: «Mi espíritu me pide hablarte de esos milagros magnéticos, y debo pedirte que no tomes parte en ellos. No me gusta la idea de que alguien ejerza sobre ti un poder cuyo origen y consecuencias desconocemos, y cuyos fenómenos parecen más calculados para desconcertarnos que para enseñarnos alguna verdad sobre el presente o el futuro estado del ser. Si yo poseyera tal poder sobre ti no me atrevería a ejercerlo, y tampoco puedo consentir que sea otro quien lo haga. Suponiendo que ese poder proviene de transferir un espíritu a otro, la idea me hace pensar que hay una violación de lo más sagrado de un individuo, una intrusión en la parte más sagrada de ti, ¡y el intruso no sería tu marido! ¿Puedes pensar, sin que se te encoja el alma, en ser humano alguno manteniendo contigo una comunión más íntima que la que tengo yo? ¿Que ni la naturaleza ni mi sentido de lo que es justo me permitiría tener? No puedo permitirlo. Y, adorada mía, debes también recordar que ahora eres parte de mí, y que, al entregarte a la influencia de esta dama magnética, vas a entregar algo más que tu propio ser moral y espiritual, y eso si la influencia *es* moral y espiritual. ¡Y, mi amor, la verdad es que no me gusta la idea de verme arrastrado, a través de ti, a una relación tan íntima con Mrs. Park!». (*Love letters of Nathaniel Hawthorne*, edición privada, The Society of the Dofoss, Chicago, 1907, vol. II, págs. 62-63).

17 George Hillard (1808-1879), abogado, amigo de Elizabeth y Mary Peabody, y editor de la revista *Token*, que en alguna ocasión proporcionaría encargos a Hawthorne. Representó a Hawthorne en el pleito contra George Ripley, de Brook Farm, para recuperar el dinero que había adelantado por la construcción de una casa posteriormente destruida por el fuego, y le apoyó para que ocupase un cargo en la Salem Custom House, cargo que obtuvo en 1846, y del que fue despedido en 1849. Hillard y Hawthorne se conocieron en 1839, cuando el abogado le alquiló unas habitaciones en su domicilio en Boston. Se casó con una amiga de Sophie, Susan Howe (1808-1879).

18 Tachado: «y después, llegado el momento, nos fuimos a la cama. Mi adorada mujercita acudió entonces al pecho de su marido, y no dudo que durmió dulcemente; pues es una mujer amada, y eso es más de lo que se puede decir de las demás esposas de este mundo».

19 Tachado: «como mi lirio».

20 Galletas de avena.

21 Tachado: «que mi maravillosa esposa atendía».

22 Robert Boyd Storer (1795-1870) y Sarah Sherman Storer (18171907), hermana de

Elizabeth Hoar. Sarah Storer era nieta de uno de los padres fundadores, el estadista y abogado Roger Sherman (1721-1793). Robert Storer fue cónsul de Rusia en Boston.

23 Henry Fothergill Chorley, en su artículo «American Fiction», publicado en la revista inglesa *Athenaeum* en agosto de 1845, escribió que «pocos autores desde *sir* Walter Scott son capaces de contar "una historia de fantasmas" tan bien y con tanta solemnidad como lo hace Hawthorne». (*Nathaniel Hawthorne: The contemporary reviews,* editado por John L. Idol, Jr. y Buford Jones, Cambridge University Press, 1994, pág. 69).

24 Periódico de temática religiosa, fue fundado en 1813 con el nombre de *The Christian Disciple.* En 1822, Ralph Waldo Emerson publicó allí su primera obra, «Pensamientos en torno a la religión en la Edad Media». A partir de 1824 el periódico cambiaría su cabecera por la de *The Christian Examiner*.

25 *The Liberal Preacher. A Monthly Publication of Sermons by Living Ministers* fue una publicación editada por el reverendo Thomas Russell Sullivan (1799-1862), pastor unitario y padre del escritor del mismo nombre, que escribió la adaptación teatral de la obra de Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde,* retitulada simplemente como *El doctor Jekyll y Mr. Hyde* (Boston, 1887; Londres, 1888). Al coincidir el estreno londinense con los crímenes de Jack el Destripador, el actor americano Richard Mansfield fue acusado por un espectador de ser, nada menos, el asesino de Whitechapel.

26 *The Spiritual Quixote: or, the Summer's Ramble of Mr. Geoffrye Wildgoose* (1774) es una obra de Richard Graves (1715-1804), clérigo rural nacido en Gloucestershire. La obra, con algunos relatos intercalados a la manera del *Quijote* de Cervantes, sigue las andanzas de Geoffrey Wildgoose (el Quijote espiritual) y Jerry Tugwell (su particular Sancho Panza), en una cruzada veraniega contra los metodistas.

27 *Thaddeus of Warsaw* (1803), novela histórica escrita por Jane Porter (1776-1850), dramaturga y novelista inglesa.

28 Es posible que Hawthorne se refiera a *The Poetry of the World,* impreso en Londres por John Bell (British Library, Strand), en 1788, y que llegó a alcanzar cuatro ediciones, la última, en dos volúmenes, publicada con el título *The British Album* (1799). La obra está dedicada a Richard Brinsley Sheridan, y contiene poemas y obras teatrales de, entre otros, Robert Merry, Hannah Cowley, Edward Jerningham, Bertie Greatheed y Miles. P. Andrews. La poesía dellacruscana, hoy casi del todo olvidada (salvo por algún polvoriento erudito o algún fugaz anotador), tomaba su nombre de la Accademia della Crusca florentina, y tenía como propósito devolver la pureza al idioma inglés inspirándose en el estilo de Milton. Sus principales poetas firmaban sus composiciones con unos apodos («Benedict», «Reuben», «Anna Matilda», «Laura Maria») que hace años habríamos podido encontrar en cualquier revista de instituto y hoy como abajofirmantes de una poesía mucho más popular e infinitamente más ramplona.

29 *Alfred* (1723), poema épico en doce libros. Acerca de la fama de su autor, *sir* Richard Blackmore (1654-1729), Samuel Johnson dijo lo siguiente en *The Lives of the English Poets* (1779-1781): «De sus cuatro poemas épicos, el primero tuvo tanta reputación y popularidad que enfureció a los críticos; el segundo fue al menos lo bastante conocido como para ser ridiculizado; los dos últimos [entre ellos, *Alfred*] no encontraron ni partidarios ni enemigos». (Leipzig, Bernhard Tauchnitz, 1858, vol. II, págs. 40-41).

30 Quizá el mejor resumen que puede hacerse de la vida de Margaret Fuller (1810-1850) sea el que aparece como párrafo introductorio en el artículo «Portrait of Margaret Fuller», de Gamaliel Bradford: «Sarah Margaret Fuller, marquesa de Ossoli, llevaba allá donde iba el entusiasmo de vivir, pese a que a menudo de ella solo podía

decirse que estaba viva a medias. De niña, entre 1820 y 1830, causaba el revuelo entre sus compañeros de juegos de Cambridge. Como profesora y oradora, causaba el revuelo entre los círculos trascendentales de Boston. Como escritora en Nueva York, agitaba a hombres y mujeres con su alma más que con su pluma. Marchó a Italia en la década de 1840. Los italianos la amaban, y uno de ellos la hizo marquesa y madre. Después, el tormentoso mar la engulló, como hizo con Shelley». Emerson solía decir que a primera vista «causaba una impresión desagradable en muchas personas, hasta el extremo de que la mayoría no quería ni ocupar la misma estancia que ella». Margaret no parecía darse cuenta del desconcierto que causaba, y cuando se enteró de ello decidió que se mostraría «tan brillante como repulsiva». Hablaba varios idiomas (el latín lo leía perfectamente desde los seis años), tradujo con apenas treinta las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, fue la primera directora de la revista *The Dial* y corresponsal en Europa del periódico *New York Tribune*. Emerson la admiraba y Hawthorne, tras una época de admiración mutua, más bien la despreciaba. En sus cuadernos de 1858, anotó que «parece una broma de pésimo gusto que adoptara la resolución —sin duda sincera— de convertirse en la mujer más grande, la más sabia y la mejor de su tiempo. Y con ese fin se consagró a desarrollar esa naturaleza suya, fuerte, pesada, inflexible y, en muchos aspectos, malvada y colmada de defectos, y a adornarla con un mosaico de admirables cualidades, tantas como decidía poseer; poniendo aquí un espléndido talento y allá una excelencia moral, y puliendo cada pieza por separado, y el conjunto al completo, hasta que todo parecía brillar a lo lejos y encandilar a quienes lo veían. Se arrogaba el crédito de haber sido su propia Redentora, si es que no su propia Creadora». Margaret Fuller murió en 1850, en el naufragio del Elizabeth, entre un cargamento de mármoles de Carrara, a apenas cien metros de Fire Island, Nueva York. Muchos de los testigos del naufragio prefirieron saquear el barco antes que ayudar a los pasajeros. (Gamaliel Bradford, «Portrait of Margaret Fuller», *The North American Review*, vol. 210, n. 764, julio de 1919, págs. 109-121).

31 Región boscosa, de unas trece hectáreas, que en 1855 se convertiría en el principal cementerio de Concord, diseñado según los ideales estéticos de Emerson. Allí están enterrados, entre otros, Nathaniel y Sophia Hawthorne, Thoreau, Ellery Channing, la familia Alcott y el propio Emerson. No confundir con la cañada donde cierto jinete paseaba con la cabeza, «que debía tener sobre los hombros, puesta en la perilla de su montura».

32 Abigail Alcott (1800-1877), madre de Anna Bronson Alcott (18311893), Louisa May Alcott (1832-1888), Elizabeth Sewall Alcott (1835-1858) y Abigail May Alcott (1840-1879). Más o menos un año después de la visita de Sophia, Abigail Alcott y su marido, Amos Bronson Alcott (1799-1888), fundarían en Harvard una comuna vegetariana llamada Fruitlands, que acabó en fracaso, y cuya experiencia Louisa May registró en un diario escrito con diez años («¡me encanta el agua helada!») y en una pequeña pieza narrativa, *Transcendental wild oats* (publicada en 1873). Louisa es la niñita de nueve años que en este pasaje vemos a bordo del bote; la misma niñita adorable que cierta mañana, unos meses atrás, Sophia vio «en Front Street, ante la mesa del desayuno, cuando, de pronto, rompió el silencio y, con una luminosa sonrisa, exclamó: "¡amo a todas las personas de este mundo!"». (*Louisa May Alcott: Her Life, Letters and Journals,* editado por Ednah D. Cheney, Boston, Roberts Brothers, 1890, pág. 18).

33 En realidad era el hermano de Amos Bronson Alcott, un joven «mentalmente inestable y con tendencia a la desesperación» (Harriet Reisen, *Louisa May Alcott: The woman behind «Little Women»,* Picador, 2009, pág. 72).

34 La alusión al oro del Pactolo viene de Heródoto, *Historia,* V, 101: «... río que llevando en sus arenas algunos granitos de oro, y pasando por la plaza, va a juntarse

con el Hermo, que desagua en el mar» (en la traducción clásica de Bartolomé Pou). Según Ovidio, en *Metamorfosis,* XI, 136-ss., fue «la fuerza áurea» de Midas la que tiñó la corriente del Pactolo (al que Ovidio alude citando solamente el nombre de una ciudad cercana: «el vecino caudal de la gran Sardes»), cuando Baco le ordenó que se lavara en sus fuentes, para no permanecer «embadurnado en tu mal deseado oro». Hay un cuadro de Nicolas Poussin (1625) donde se representa la escena en que Midas le ruega a Baco que le libre de «la tortura del oro malquerido» (en la traducción de Ana Pérez Vega).

35 Tachado: «después del té».

36 Tachado: «los brazos de».

37 George Partridge Bradford (1807-1890), profesor itinerante, ministro unitario, un hombre «de hermoso carácter» (Sophia Hawthorne), «posiblemente el más raro del mundo» (Margaret Fuller), «en nada similar al resto» (George William Curtis), amigo de Nathaniel Hawthorne y quizá el más íntimo que tuvo Ralph Waldo Emerson, compañero de paseos de Thoreau, que lo consideraba un «experto naturalista», y de Amos Bronson Alcott, pese a estar «estrechamente asociado a un grupo de prolíficos escritores y conversadores incesantes, decir poco y escribir aún menos, y preferir la soledad, mirar las estrellas por la noche o recoger algún raro espécimen botánico en el campo durante el día». (James W. Mathews, «George Partridge Bradford: Friend of Transcendentalists», en *Studies in the American Renaissance*, 1981, págs. 133-156; y Sterling F. Delano, «George P. Bradford's Letters to Emerson from Brook Farm», *Resources for American Literary Study*, vol. 25, n. 1, Penn State University Press, 1999, págs. 26-45). La «Comunidad» a la que Hawthorne se refiere, y donde entabló amistad con Bradford, es Brook Farm. Bradford volvería a tener relevancia en la vida de la familia Hawthorne cuando se le encomendó proporcionar una educación académica a la difícil Una, que ya tenía dieciocho años («Preguntas por Una... Estudia muchísimo, George Bradford es su instructor». [*Elizabeth Manning Hawthorne: A life in letters,* edición e introducción de Cecile Anne de Rocher, University of Alabama Press, 2006, pág. 79]). Louisa May Alcott era muy crítica con la falta de atención que, en ese sentido, había recibido Una: «Su byroniano papá le prohíbe otra vez que se distinga en lo más mínimo, y Una está peor que nunca, de tanta rabia y aflicción» (*The Selected Letters of Louisa May Alcott*, edición de Joel Myerson y Daniel Shealy, Little, Brown and Co., Boston, 1987, pág. 57). Hawthorne, en cualquier caso, no parecía comprender muy bien a su hija, como se desprende de la entrada que anotó en sus diarios el 30 de julio de 1849 (cuando Una tenía quince años): «Otra tarde de luz intensa, más cálida que ayer, con moscas zumbando en el aire soleado. Mi madre aún vive, aunque poco a poco se va volviendo más débil, y apenas parece ya sentir algo. Julian juega aquí y allá sin hacer ruido, y ahora está fuera, probablemente colgado de la puerta. Una muestra un intenso y extraño interés en el estado de mi pobre madre, y apenas se la puede mantener lejos del dormitorio: se empeña en trasponer la puerta cada vez que la ve abierta, y no deja de atosigarme para que le permita subir. En parte es por la ávida curiosidad de su mente, tan activa; en parte, supongo, por una cuestión de afecto. No sé cómo imagina que será el resultado final al que su abuela se está acercando. Habla de que pronto se irá con Dios, y probablemente piensa que será arrebatada en carne y hueso. ¡Quisiera Dios que fuera así! La fe y la confianza serían de este modo algo mucho más sencillo de lo que es ahora. Pero, volviendo a Una, hay algo que casi me da miedo en esta niña: no sé si es élfico o angélico, pero sí es, en cualquier caso, sobrenatural. Se arroja con la mayor audacia en medio de cualquier cosa, no se arruga ante nada, tiene una enorme comprensión de todo, a veces parece carecer de todo tacto, y acto seguido demuestra que posee delicadeza en su más bella esencia; unas veces es dura, otras tierna; unas absolutamente insensata, otras nuevamente sabia. En

pocas palabras, de tarde en tarde capto algún rasgo de ella que me impide creer que esta niña sea mi propia creación humana, pues más parece un espíritu en el que extrañamente se entremezclan lo bueno y lo malo, y que embruja la casa en la que habito». Hawthorne no permitía que Una leyese los periódicos, y, de todas sus novelas, *La letra escarlata* y *El idilio de Blithedale* le estaban absolutamente prohibidas. A su otra hija, Rose, cuando mostró ciertas inclinaciones literarias, Hawthorne la despachó con un «¡que no te oiga nunca hablar de que escribes relatos!». (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, págs. 330 y 365).

38 Se trata de una alusión a Milton en *Paraíso perdido* (la «feliz enramada»), que señala el «lugar / elegido por el soberano sembrador, cuando hizo / todas las cosas para el placer del hombre» (vv. 4690-4692). Casi como si se tratase de un eco de Milton —mezclado con Marx—, los trascendentalistas que, como Bronson Alcott, no creían en la propiedad privada llamaban a Dios «el Supremo Propietario».

39 Barzillai Frost (1804-1858), ministro de la Iglesia unitaria de Concord entre 1837 y 1857. Emerson lo criticó ferozmente, aunque sin decir su nombre, en la alocución titulada *Discurso en Divinity School* (1838): «En una ocasión escuché a un predicador que, no sin acritud, me tentó a decir: "Ya no iré a la iglesia nunca más"». Los hombres van, pensé, donde acostumbran a ir; de otro modo, ni un alma hubiera entrado en el templo aquella tarde. Una tormenta de nieve caía sobre nosotros. La tormenta de nieve era real; el predicador, meramente espectral; y para el observador se producía un amargo contraste al mirarlo a él y mirar después por la ventana que había a su espalda, hacia tan hermoso temporal de nieve. Aquel hombre había vivido en vano. Ni una palabra suya hacía pensar que hubiera reído o llorado alguna vez, que estuviera casado o enamorado... Si alguna vez había vivido y hecho algo, eso no nos hacía a los demás más sabios. No había aprendido el secreto fundamental de su profesión: convertir en verdad la vida». (*Collected Works of Ralph Waldo Emerson*, editado por Robert E. Spiller y Alfred R. Ferguson, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1971, vol. 1, pág. 86). Probablemente el temporal de nieve fue real, pero, en cualquier caso, Emerson se sirvió de él para señalar indirectamente a un hombre (Frost) todavía más frío que la nieve.

40 La revista *The Dial,* aparecida a mediados de 1840 bajo la dirección de Margaret Fuller —en un mercado en el que ya circulaban más de 1.500 periódicos y revistas—, era descrita por sus editores como «un medio de expresión del pensamiento libre sobre esa clase de cuestiones que interesan a las mentes más inquietas de toda comunidad», y que, como rezaba el subtítulo de la revista, abarcaban «literatura, filosofía y religión». Emerson, Channing y la propia Fuller publicaron en ella pasajes de sus cartas y diarios personales. Thoreau vio aparecer allí su primer ensayo importante, *Aulus Persius Flaccus,* sobre el poeta satírico de Etruria. Bronson Alcott se encargó de llevar la polémica a la revista con sus «Dichos órficos», una serie de reflexiones sobre diversos asuntos que concitó el desagrado de los lectores; entre ellos, un crítico de Boston para quien «las huellas que quedan en el barro dejan ver un significado mucho más inteligible». Más allá de estas críticas, y a pesar de que Fuller no dudaba en poner a prueba a los lectores aceptando obras que podrían considerarse experimentales, lo cierto es que *The Dial* se hizo un merecido hueco entre las revistas y periódicos de la época. James Freeman Clarke, editor del *Western Messenger,* escribió lo siguiente, en pleno declive de su propia revista: «*The Dial* marca una época de la literatura americana; es la anémona de una nueva primavera en el mundo occidental. Por su profundidad de pensamiento, ese tono suyo tan puro de moral individual y social, sus inteligentes críticas y su original belleza». (VV. AA., *The Oxford Handbook of Transcendentalism,* edición de Joel Myerson, Sandra Harbert Petrulionis, Laura Dassow Walls, Oxford University Press, 2010. XXV: Todd H. Richardson,

«Transcendentalist Periodicals» XXVI: Susan Belasco, «*The Dial*»).

41 *The Boston Miscellany of Literature and Fashion* fue una revista de corta duración (de enero de 1842 a febrero de 1843), editada por Nathan Hale, Jr. hasta que Henry Tuckerman ocupó su lugar. Publicó trabajos de Poe («Griswold's American Poetry»), Hawthorne («A Virtuoso's Collection») y Thoreau («A Walk to Wachusett») y traducciones del alemán; entre ellas, algunas obras de E. T. A. Hoffmann y Novalis. La revista nunca dejó de tener elogios para Hawthorne («el más original poeta en prosa, no solo de nuestros días y de la literatura americana, sino de nuestra época y de la literatura en lengua inglesa» [*The Boston Miscellany of Literature and Fashion*, vol. II, julio-diciembre de 1842; Bradbury, Soden and Co., pág. 18]), y Hale esperaba recibir más contribuciones suyas; pero, decía, «sospecho que es un vago en lo que concierne a escribir. Escribió una obra, pero se ha cuidado mucho de mencionar otra». (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, pág. 167). Channing estaba en lo cierto al pensar que Hawthorne podía ser el siguiente editor de la revista, tras la marcha de Hale. Fue en él en quien primero pensó Samuel Soden, que se encargaba de publicarla, pero Henry Tuckerman obtuvo finalmente el puesto. Lo primero que hizo como nuevo editor fue rechazar «El corazón delator», de Poe, con el siguiente consejo: «si Mr. Poe tuviera la deferencia de enviarnos obras más relajadas, nos resultaría un colaborador de lo más deseable». Poe respondió diciendo que, «si Mr. T. persiste en su relajación, acabará por relajar del todo la revista que los señores Bradbury y Soden tan estúpidamente han dejado en sus manos». (Brett Zimmerman, *Edgar Allan Poe: Rhetoric and Style,* McGill-Queen's University Press, 2005, pág. 280).

42 Margaret Fuller y Samuel Gray Ward (1817-1907). Ward pertenecía al grupo de los trascendentalistas y escribió un tipo de poesía elogiado por Margaret Fuller y Emerson, pero tras casarse comprendió que había desatendido la parte menos etérea de su existencia y aceptó la invitación de su suegro a trabajar en un banco. Quizá esto explique el hecho de que, mientras trascendentalistas de la corriente espiritual como Ripley y Alcott fundaban fracasadas comunas utópicas como Fruitlands y Brook Farm, donde los hombres eran amigos y habitaban un Edén autoabastecido, Ward, único ejemplo conocido de trascendentalista de la corriente material, creó un exitoso resort residencial en Lenox que todavía hoy sigue saludablemente en pie. Su comprensión, sin embargo, del rumbo que estaba adquiriendo la joven América en el terreno de lo material le hizo un poco más ciego a la comprensión de lo inmaterial, y el último esfuerzo de Ward en favor de la poesía fue sufragar la edición de los poemas de Channing que Poe trituró en *Graham's Monthly* (véase la nota 4).

43 Flint trabajaba en una granja al norte de la vieja rectoría. En una carta del 9 de octubre de 1842, donde refiere la cosecha de manzanas del 10 de octubre, Sophia lo describe como «un perfecto duendecillo de hombre». (*Selected Literary Letters of Sophia Peabody Hawthorne (1842-1853)*, tesis doctoral de Nancy Luanne Jenkins, The Ohio State University, 1992, pág. 35).

44 «La Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Venida de Cristo, más comúnmente conocidos como *shakers* [traducible como "convulsos"] por su carismática forma de adorar a Dios, fue fundada por una inglesa llamada Ann Lee, que emigró a los Estados Unidos en 1776 junto a ocho seguidores. A la Madre Ann, como la llamaban [también recibía el nombre de "Ann La Palabra"], se la consideraba la personificación de Cristo en la Segunda Venida. A su muerte, en 1784, ya se habían puesto los cimientos de once comunidades en Nueva Inglaterra y en el este de Nueva York. Entre 1806 y 1826, otras siete fueron fundadas en Ohio, Kentucky y el oeste de Nueva York. El pueblo de Harvard, donde la Madre Ann había vivido desde 1781 hasta 1783, tuvo su congregación oficial en 1793 y se disolvió en 1918. La comunidad de Shirley fue establecida en 1793 y disuelta en 1908. En el momento de escribir este

artículo, aún viven ocho miembros en dos comunidades de New Hampshire y Maine... Resulta significativo que los nombres que se dieron a los dos pueblos *shakers* y a la comunidad de Alcott sugieran, en líneas generales, una meta similar de paz y bucólica abundancia. La comunidad de Alcott recibía por nombre Fruitlands; a principios de 1840, los pueblos *shakers* de Harvard y Shirley tenían nombres espirituales, la "Dulce Viña" y el "Jardín de las Delicias"». (Priscilla J. Brewer, «Emerson, Lane, and the Shakers: A Case of Converging Ideologies», *The New England Quarterly*, vol. 55, n. 2, junio de 1982, pág. 254). Los *shakers* empezaron a organizarse como culto poco después de 1779, cuando «tuvo lugar en la ciudad de New Lebanon, N. Y., y los pueblos vecinos un resurgimiento de la religión tan extraño como inusual. La gente se vio profunda y maravillosamente agitada en cuerpo y alma. Quienes profesaban la religión, y habían sido los más estrictos y ejemplares a la hora de observar los medios para obtener la gracia, comenzaban a dudar de aquello en lo que habían basado sus esperanzas de salvación. Algunos tuvieron visiones y profecías de que el día del juicio y la redención estaba cerca, y de que la segunda venida de Cristo no tardaría en llegar; de hecho, estaba a la vuelta de la esquina. En sus reuniones se escuchaban auténticos gritos para pedir la llegada del reino, y portentosos testimonios contra toda forma de pecado; y las varias muestras y dones del Espíritu fueron prueba suficiente para mostrar que aquello era la obra de Dios. Algunos, bajo una profunda convicción de sus pecados, pedían piedad; otros se sentían inexpresablemente felices por las dichosas visiones y revelaciones de la gloria del último día y el comienzo del reino de Cristo sobre la tierra, que pondría fin a las guerras, a las luchas y a toda forma de violencia, devolvería la paz al mundo, acabaría con el pecado, traería justicia eterna y congregaría a los santos en armoniosa comunión (...). Aquel era el estado en que la gente se encontraba en la primavera de 1780; cuando algunas personas visitaron a la Madre Ann y a su pequeña familia, enseguida se convencieron de que estaban, en carne y palabra, ante aquellos por los que tanto habían rezado, aquellos a los que habían estado esperando y aguardando con tan ardiente esperanza. Atraídas por lo que esas gentes contaban, otras personas acudieron a visitar a la Madre Ann y su familia; y la fama de aquella extraña gente, que vivía en el rincón más oscuro de una tierra salvaje, se extendió a lo largo y ancho del planeta. Muchos, procedentes de New Lebanon y los pueblos de los alrededores, acudían a ellos; y cuando escucharon aquel nuevo testimonio lleno de vida, y vieron entre ellos las variadas y extraordinarias obras del poder divino, creyeron de todo corazón que sin duda Cristo había aparecido de nuevo en la tierra, y muchos de ellos (de diversas confesiones) abrazaron la fe de la sociedad». (F. W. Evans, *Shakers. Compendium,* Appleton and Co., Nueva York, 1859, págs. 26-28). La sociedad, fundada en los principios de igualdad entre hombres y mujeres —que compartían posiciones de poder y privilegio en la jerarquía del grupo—, en la renuncia de los bienes materiales, en el rechazo al matrimonio y, en general, a las relaciones sexuales, parece compartir algunas nociones con las escuelas neoplatónicas y gnósticas. Una *shaker* convencida «de lo que hablo, por haberlo sido de nacimiento», explica que «nuestro gobierno es la teocracia. En Dios encontramos un padre y una madre (...). Con todos mis respetos hacia la sincera fe de otros, debo decir que nos resulta extraño que, después de todos estos años de mayor iluminación, todavía haya gente ciega al hecho de que tenemos una madre como, ciertamente, tenemos un padre en Dios (...). Contamos con la autoridad de Moisés de que Dios nos dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen". Creados fueron entonces el hombre y la mujer. ¿No es esto una prueba concluyente de la dualidad de Dios? (...). Unos cuatrocientos años antes de que Jesús naciera, Sócrates, gracias a una vida lejos de los bienes materiales, recibió en cierta medida el bautismo del Espíritu de Cristo. También Platón, hasta el punto de que no creemos que sea sacrílego llamar a Platón el Cristo». (Aurelia G. Mace, *The*

Aletheia: Spirit of Truth, Farmington, Maine, 1907, págs. 20-23).

45 Sin embargo, Emerson anotó diligentemente el paseo en sus propios diarios, así como el encuentro con los *shakers:*

«El 27 de septiembre hizo buen tiempo, y Hawthorne y yo salimos a dar una vuelta. Primero fuimos a la Factoría, donde Mr. Damon confecciona prendas de lana, pero los molinos estaban parados, y las casas vacías. Nada hay tan pequeño que no sirva para honrar un lugar y resplandecer aun por un momento en alguna parte; y así sucedía aquí con nuestro pequeño [río] Assabet, o ramal norte; se despeñaba sobre las rocas para convertirse en plata, y arriba se extendía para formar esta tranquila laguna. Después de observar por un rato nuestros alrededores, tomamos el camino a Stow. El día rebosaba de sol, y era un lujo caminar en medio de aquella luz cálida y coloreada. En septiembre los días son tan plenos que resulta natural pasear hasta el límite de las propias fuerzas, para luego dejarse caer bocarriba, saturado de esa delicada avalancha, y exclamar: *Nunc dimittis me.* Orladas gencianas, un espino de rojos frutos, manzanos silvestres cuyas frutas colgaban como bayas y algunas parras eran los ornamentos del sendero. Apenas nos topamos con hombre o muchacho alguno en nuestro camino, ni vimos a nadie en el campo. Esta ausencia de gente se prolongó todo el día. Pero las líneas del paisaje eran tan suaves que daba la impresión de que nos encontrábamos en un terreno muy cultivado, y que debía de vivir más allá de las remotas colinas gente elegante. Tres o cuatro veces, o con mayor frecuencia, vimos la entrada a su señorial parque. Pero nada en las granjas o en las casas sugería algún provecho. Cabría tener en cuenta que cuando un cerebro privilegiado nace en estos pueblos se le envía, con dieciséis o veinte años, a Boston o a Nueva York, y el pueblo pervive únicamente por la labranza de gentes de la clase más inferior, la segunda cosecha o el *serbal* de los Hombres. De ahí todas estas granjas de cerdos perdidas en la holgazanería y la pobreza. En Europa, donde la sociedad se somete a una estructura aristocrática, la tierra está llena de hombres de la mejor estirpe y la mejor cultura, cuyo orgullo e intereses radican en permanecer al menos la mitad del año en sus haciendas y llenarlas con toda clase de comodidades y ornamentos. Inevitablemente, esto crea granjas y arquitecturas modelo, y sirven como un maestro constante para la vista y las manos de las poblaciones vecinas.

»Nuestro paseo careció de sucesos. Tampoco precisaba de ellos, pues estábamos de excelente humor, y mantuvimos una animada conversación, viejos coleccionistas como somos pese a no haber tenido nunca la oportunidad de mostrarnos nuestras vitrinas, así que habríamos podido llenar de sustancia días más largos. Estuvimos de acuerdo en que es necesario un poquito de humor o de extravagancia por parte del viajero para dar ocasión a que sus viajes cuenten con algún incidente. Hombres formales como nosotros, fáciles de contentar, se mantienen en la periferia de la tierra, y ni siquiera para pedir una taza de leche darían un paso en el

interior de granja alguna. Si la falta de un centavo en el bolsillo o algún capricho de la imaginación nos condujeran a aquellas "cabañas donde yace el pobre" para pedir una cena o cobijo para la noche, resultaría de lo más sencillo meterse en la trama de un romance doméstico, aprender tanta patética historia privada, quizá ver el primer sonrojo cubriendo como un manto las mejillas de una joven al ver (o no ver) la llegada del cartero, o incluso verse uno mismo enredado en la malla de una existencia ya fuera dorada o gris. Dicho esto, las ocasiones que tiempo ha las posadas ofrecían al viajero para escuchar e incluso compartir las chanzas y costumbres de los granjeros y camineros a lo largo de la marcha han tocado a su fin. La Sociedad por la Templanza ha vaciado los bares. Ahora son lugares gélidos. Hawthorne quiso fumar un cigarrillo, pero no tardó en salir a la veranda. Pasado el mediodía llegamos a Stow, y cenamos, y luego continuamos nuestro viaje hacia Harvard, lo que convertía nuestro paseo, según nuestros mejores cálculos, en una marcha de veinte millas. Las últimas millas, sin embargo, las hicimos en un carruaje, tras habernos dado el alto un amistoso y paternal caballero, que conocía mi nombre, y el nombre y la historia de mi padre, y que insistió en hacernos los honores de su ciudad, y los nuestros a sus conciudadanos; pues de buen grado nos llevó a la posada, nos presentó al doctor y al general..., y encargó al posadero que satisficiese plenamente todas nuestras necesidades. Alcanzamos a ver el valle del río Nashua desde lo alto de Oak Hill, al entrar en el pueblo de Harvard. La mañana siguiente comenzamos nuestro paseo a las 6:30 en dirección al pueblo de los *shakers,* que está a tres millas y media. Mientras las buenas hermanas preparaban nuestro desayuno, entablamos conversación con Seth Blanchard y Cloutman, hermanos *shakers,* que nos hablaron muy sinceramente de lo bueno y de lo malo de su fe y sus prácticas. No eran estúpidos, como algunos de su sociedad a los que he podido conocer, ni mundanos como otros son. La conversación, por ambas partes, fue bastante franca; con los descarados seré descarado, pensé, y Seth mostraba cierto humor. No dudo que nos hubiéramos salido sobradamente con la nuestra (no exactamente a la manera de Hayraddin Maugrabin [personaje de *Quentin Durward,* novela de Walter Scott] con los monjes de Lieja) de haber permanecido allí a lo largo de un día; aunque mi capacidad de persuasión se vio bastante menoscabada por un frío terrible y lamentable, y por el hecho de que Hawthorne se inclinara más por hacer el papel de Júpiter que el de Mercurio. Tras el desayuno, Cloutman nos mostró la granja, las viñas, el huerto, el cobertizo, las prensadoras, etc. En las viñas había dos buenas galerías de uvas, tanto de las blancas como de las Isabella, bien cargadas de fruta; en la huerta había delicadas variedades de peras, melocotones y manzanas.

»Aquí cuentan con mil quinientos acres, una extensión de tierra boscosa en Ashburnham y pastos para ovejas en alguna otra parte, suficiente para

cubrir las necesidades de las doscientas almas que componen esta familia. En muchos aspectos constituyen una sociedad interesante, pero de momento tienen una importancia añadida como un experimento en socialismo que se adapta al genio de la época. Cualquier mejora que hacen queda ya hecha para siempre; este capitalismo es antiguo y nunca muere, su subsistencia fue hace ya mucho asegurada, y hasta ahora ha ido añadiendo fácilmente, a lo largo de los años, un interés compuesto a sus reservas. Además, este asentamiento es de gran valor para el alma del país en su faceta como granja modelo, a falta de esa nobleza rural de la que hablábamos ayer. Aquí hay mejoras inventadas, o adoptadas de las otras comunidades *shakers,* que las granjas vecinas ven y copian. Del pueblo de los *shakers* llegamos a Littleton y de ahí a Acton, aún en el mismo redundante esplendor. Era como un día de julio, y de Acton paseamos tranquilamente rumbo a casa, para completar las diecinueve millas de nuestro segundo día antes de las cuatro de la tarde.

»En una ciudad en la que uno entra por primera vez cuando el atardecer toca a su fin, la luz crepuscular hace adoptar a los árboles y las casas un aspecto pictórico, pero uno nunca puede engañar a sus viejos conocidos.

»Hay algo muy agradable en la fatiga. Me siento más inclinado a morir cuando le he sacado todo el provecho a un buen día; y siete veces en su vida, supongo, todo hombre canta el "Permite ahora, Señor, que tu siervo se despida".

»Landor, aunque, al igual que otros poetas, no fue feliz mientras estuvo enamorado, ha escrito frases admirables acerca de la pasión. Quizá, dijo Hawthorne, la decepción incita a que semejantes hombres escriban tales cosas. Bueno, es probable. Una de las frases de Landor sería causa de divorcio: "Aquellos para los que el amor es algo secundario aman más que aquellos para quienes es lo principal".

»Este pensamiento aparecía en todo aquello que los *shakers* decían acerca de la admisión de nuevos miembros a la sociedad, que allí la gente, afirmaban, llegaba y de inmediato era puesta a prueba; unos y otros no tardaban en mostrar de qué pasta estaban hechos, y se quedaban o se marchaban, pues de esa forma se manifestaba el Alma, tanto para la sociedad como *para ellos mismos*. Ningún hombre debería unirse a ellos para ganarse la vida, y a ningún hombre se le debería dar la espalda por ser pobre o verse postrado en cama, sino solo por no ser uno de ellos.

»Cloutman nos dijo que su hospitalidad salía cara, pues recibían sin coste alguno a todos los amigos de cualquier miembro que los visitaba.

»Charlamos sobre Scott. No deja de haber grandeza en desafiar a la posteridad y escribir para el momento, y con mayor razón siendo poeta.

»La piedad, como la caballerosidad, no tiene ningún ejemplo fijo, sino que es evanescente y desaparece como el arcoíris. Ya no es posible encontrar ningún espécimen de individuo religioso en la sociedad; se oye hablar de la fama de uno; sales en su busca y lo encuentras; y entonces te

dice: “Tenía un amigo en mi juventud...”. Pero parece que nada quedaría tan bien en un ensayo sobre el carácter nacional como la Connecticut más genuina, si fuera posible abarcarla.

»Por la noche se escuchaba mucho a las ranas, pero el águila guardaba silencio en lo alto de su precipicio». (*Journals of Ralph Waldo Emerson with annotations*, *1841-1844*: edición de Edward Waldo Emerson y Waldo Emerson Forbes. Constable and Co., Londres, 1911, págs. 258-264).

46 Abogado, amigo de Hawthorne y alcalde de Salem (1866-1867). Como regalo de bodas, envió al matrimonio Hawthorne seis cucharitas de plata. Sophia Hawthorne lo consideraba un «plomo, con esa ansiedad y esa exagerada curiosidad propias de Salem por saber el precio de las cosas». (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, págs. 160 y 167).

47 En su edición de los diarios, Nicholas R. Lawrence y Marta L. Werner identifican este sendero con el camino que unía la vieja rectoría con la casa de Peter Hutchinson, un carnicero negro que vivía en Concord (*Ordinary Mysteries: The Common Journal of Nathaniel and Sophia Hawthorne (1842-1843)*, edición de Nicholas R. Lawrence y Marta L. Werner, American Philosophical Society, Filadelfia, 2005, pág. 332).

48 Este pasaje, destruido por Sophia Hawthorne, se ve seguido por tres o cuatro frases aisladas. La parte que más adelante Sophia censura a Nathaniel deja entrever por qué quiso hacer desaparecer esas entradas.

49 Tachado: «El único pesar que hemos tenido es el que ella ha recogido en las páginas anteriores».

50 Tachado: «No tenemos la sensación de que el hijo prometido nos haya sido arrebatado para siempre; más bien pensamos que su llegada se ha visto retrasada una estación; y que, llegado el momento, daremos la bienvenida a ese mismo pequeño forastero que habíamos esperado que iluminase nuestro hogar un poco antes».

51 T. Walter Herbert, en su obra *Dearest Beloved*, cree advertir una suerte de distanciamiento entre Hawthorne y Sophia durante este primer embarazo (malogrado), y cita el testimonio de Sophia, en una carta a su madre, en febrero de 1843: «Esa fue la primera vez que me alejaron de él. Apenas podría nadie valorar, salvo yo, el cambio tan radical de vida que eso le supuso. Ahora es como si un invisible James Clarke [el pastor que los casó en el hogar de los Peabody] nos hubiera casado de nuevo». Sea así o no, lo cierto es que Hawthorne se había ido mostrando crecientemente posesivo hacia Sophia. Quizá por temor a un agravamiento de su delicada salud, o quizá, como sugiere Walter Herbert, por miedo a no ser su único centro de atención, Hawthorne se ocupaba de casi todas las tareas de la casa y trataba de evitar que Sophia se extenuase con cualquier labor, por pequeña y relajada que fuese. El 15 de julio de 1842, Sophia escribía a su madre que «a mi noble señor le preocupa tanto verme hacer demasiadas cosas que me ha impedido mandarte más saludos». Ella aceptaba «este único trato», y se contentaba con saber que «ni en fiestas ni tumultos habré de preocuparme de andar con mis vestidos de seda, sino que vestiré a diario mi bata de terciopelo en el profundo refugio de este hogar para satisfacer el gusto de mi marido. ¡He aquí el mundo de una verdadera esposa! Pertenecer tan solo a su marido». Poco a poco, como puede apreciarse en el diario que Sophia llevó durante diciembre de 1843, su vida fue limitándose a las lecturas, el jardín y los remiendos. Nathaniel prefería que no saliese a pasear, y la animaba a pasear por los pasillos, dentro de la casa. Sophia intentaba mitigar el aburrimiento pintando paisajes, pero a Nathaniel le inquietaba la intensidad y el nerviosismo que mostraba al pintar y le rogó que dejase también la pintura de lado. La inquietud de Sophia fue, sin embargo, en aumento —«siento una terrible nostalgia allí abajo sin él»—, y habitualmente subía a las

habitaciones superiores sin permiso, interrumpiendo el trabajo de Hawthorne. «Me siento muy sola y nerviosa y como si quisiera llorar sin parar. Tuve que regresar al estudio; hacía tanto frío ahí abajo, y era todo tan poco confortable, y el viento no paraba de confundir mi cabeza». Algunas noches, Sophia despertaba aterrorizada, entre «sueños de mujeres que sufrían ataques convulsos y muchos horrores». (T. Walter Herbert, *Dearest Beloved: The Hawthornes and the Making of the Middle-Class Family*, University of California Press, Berkeley, 1993, págs. 148-150). Es posible que Hawthorne, consciente de la fragilidad de su mujer y del riesgo de que sufriera un nuevo aborto, exagerara sus atenciones hasta el extremo de convertir a su mujer en una inválida. Según Elizabeth Peabody, hermana de Sophia, esta le había confesado que, por miedo a su salud, Hawthorne solo le permitiría tener «tres hijos, a intervalos prescritos», lo que para Elizabeth era una prueba de «la congelada pasión de Hawthorne». (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, pág. 240).

52 Se refiere a Mary «Molly» Bryan (u O'Brien), cocinera irlandesa que reemplazó a la anterior sirvienta, Sarah, como criada para todo en la vieja rectoría. Sophia le tomó un gran afecto y, en los ratos libres que el trabajo doméstico le dejaba a la joven, le enseñó a leer y a escribir, y siempre le preocupó que «su pequeño corazón se pudiera romper en esta soledad». Sophia, posteriormente, la echaría de la casa al sentirse engañada por ella, y afirmó preferir a «una negrita» antes que otra nueva «irlandusca», por más que hubiera «querido tanto a esa pequeña sirenita». Cuando contrató los servicios de Mary Pray, se alegró del «lujo de tener una doncella americana y además protestante (...) intocada por curas o jesuitas». (T. Walter Herbert, *Dearest Beloved: The Hawthornes and the Making of the Middle-Class Family*, University of California Press, Berkeley, 1993, págs. 273-274).

53 Mary Tyler Peabody (1806-1887) y Horace Mann (1796-1859). El matrimonio entre Horace y Mary, que disfrutó de la luna de miel más romántica jamás conocida, se celebró el 1 de mayo de 1843. Tras la muerte de su marido, político y devoto reformador de la escuela pública, Mary Peabody se entretuvo en los años de viudez escribiendo su biografía, en la que describía la luna de miel como «una excursión sin demasiado recreo», pues prácticamente los seis meses destinados a recorrer el continente europeo él los dedicó a visitar, «de las siete de la mañana a las cinco de la tarde, escuelas, prisiones y a los hombres interesados en ambas, mientras que por la noche se ocupaba de leer los documentos que había recogido entretanto». Durante la visita que el matrimonio hizo a la catedral de Wartborg, Mann se encontró con su amigo el doctor Howe («me gustaría que Babbage calculase las posibilidades de que dos átomos como el doctor Howe y yo, flotando por la atmósfera de Europa, fuéramos a entrar en contacto el uno con el otro»), tan ávido reformista como él, y con el cual se embarcó en otras tantas visitas a hospitales y manicomios. (Mary Tyler Peabody Mann, *Life of Horace Mann,* Walker, Fuller and Co., Boston, 1865, págs. 174 y 209).

54 *Lenore* (1773), de Gottfried August Bürger (1747-1794), fue uno de los poemas más influyentes del Romanticismo alemán y, posiblemente, también del inglés a través de sus primeras traducciones (William Taylor en 1790 y Walter Scott en 1794). La mejor traducción, sin embargo, sigue siendo la que hizo Dante Gabriel Rossetti en 1844, a los dieciséis años. Acerca de las primeras traducciones de *Lenore* en lengua inglesa hay un trabajo muy interesante, *The earliest English translations of Bürger's Lenore. A study in English and German Romanticism,* de Oliver Farrar Emerson, publicado en mayo de 1915 por el boletín de la Western Reserve University (Cleveland, Ohio, vol. XVIII, n. 3).

55 Tachado: «¿Dónde estaría mi mujercita entonces?».

56 Se trata del Boston Athenaeum, fundado en 1807 por «una asociación de literatos

formada en Boston bajo el nombre de Anthology Society, que posteriormente sería más conocida por el de Anthology Club. Las siguientes circunstancias llevaron a crear esta asociación. En el año 1803, Phineas Adams, hijo de un granjero de Lexington que desde su más temprana infancia manifestó una enorme pasión por el saber culto, graduado en la Universidad de Harvard en la promoción de 1801, comenzó en Boston, bajo el nombre de Sylvanus Per-se, un periódico titulado *The Monthly Anthology, or Magazine of Polite Literature [Antología mensual, o Revista de Alta Literatura].* Lo dirigió seis meses; pero, al ver que lo recaudado no era suficiente para su sostén, abandonó la empresa, y no mucho después se marchó de Nueva Inglaterra. Munroe y Francis, por aquel entonces jóvenes y emprendedores impresores de Boston, deseosos de que la obra de Adams siguiera adelante, acudieron al reverendo William Emerson, clérigo del lugar, bien conocido por su vigor y su gusto literario; y por medio de su empuje algunos caballeros de Boston y lugares vecinos, de destacado talento y ávidos de literatura, se comprometieron a continuar su trabajo, y a ese fin decidieron crear una sociedad (...). Su labor se puede considerar un verdadero renacer del saber elevado en este país, después de la desatención y el declive sufridos a resultas del profundo pesar que produjo la guerra de la Independencia, y marcó una época en la historia intelectual de los Estados Unidos. (...) La sociedad no tenía más de veinte días cuando se votó por la creación de una biblioteca. Este voto fue el primer y debilísimo germen que, al desarrollarse, creció hasta conformar la enorme colección de libros, obras de arte y demás propiedades que hoy se conservan en el interior del Boston Athenaeum. (...) El resultado fue una suscripción que superó los cien miembros y recaudó más de 1.600 dólares». (Josiah Quincy, *The history of the Boston Athenaeum,* Metcalf and Co., Cambridge, 1851, págs. 1-7).

57 Se trata de John Flint (véase la nota 43). Hawthorne anota el apelativo familiar de *gaffer*, que podría significar tanto «capataz» como (cariñosamente) «anciano».

58 Hawthorne trataba de redondear sus ingresos como escritor vendiendo fruta, principalmente manzanas, a sus vecinos. Más adelante, también se encargará de cocinar y de casi todas las tareas del hogar, al no poder generar ingresos suficientes para contratar a una criada.

59 Charles King Newcomb (1820-1894), poeta de una sola obra, diarista influido por Swedenborg, amigo de Margaret Fuller y protegido de Emerson, conoció a Nathaniel Hawthorne en la comuna de Brook Farm, aunque no parece que entablasen buenas relaciones. Newcomb describía a Hawthorne como un individuo «preocupado solo de sí mismo», siempre «sumido en soliloquios» (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, pág. 380), pese a lo cual, en enero de 1843, utilizaría a Margaret Fuller para que mediase por él y solicitara en su nombre un alojamiento más o menos temporal en la vieja rectoría de Hawthorne. Este se negó a admitirlo. Emerson lo consideraba poco menos que un genio (cinco años después lo tacharía de «escéptico insondable» y «niñato de la cultura»): «Quiero que sepas», escribió a Margaret Fuller el 9 de junio de 1842, «que tengo *Dolon* en negro sobre blanco, y que Charles K. es para mí un genio: su escrito me llena de alegría, tan sencillo, tan sutil y tan poderoso es». (*The Selected Letters of Ralph Waldo Emerson*, editado por Joel Myerson, Columbia University Press, Nueva York, 1997, pág. 276). Durante la conversación que Hawthorne cita en este pasaje de los diarios, parece que Emerson, todavía fascinado por Newcomb, lo describe como un joven «callado, retraído y demoniaco», mientras que Hawthorne, recordando únicamente su lado demoniaco, menciona a un trabajador de Brook Farm «que sentía la presencia de Newcomb sobre sí todo el tiempo». (*Journals of Ralph Waldo Emerson with annotations: 1841-1844*, edición de Edward Waldo Emerson y Waldo Emerson Forbes. Constable and Co., Londres, 1911, pág. 374).

60 Tachado: «para mi dulce compañerita de cama (que debería estar siempre aquí, pero no lo está ahora)».

61 Tachado: «a mi queridísima consorte».

62 Tachado: «¿Qué sentido tiene, de todos modos, meterse en la cama cuando estás solo?».

63 *The United States Magazine and Democratic Review*, publicada entre 1837 y 1859 y cofundada por John L. O'Sullivan. Aunque era una revista de corte político, también incluía reseñas literarias, poemas, relatos y novelas por entregas. Hawthorne fue un colaborador habitual y llegó a revisar y corregir un largo texto autobiográfico titulado «Papers of an Old Dartmoor Prisoner», la historia de un farmacéutico de Salem llamado Benjamin Frederick Browne, encarcelado durante la guerra de 1812.

64 Tachado: «Vuelve pronto a casa, mi pequeña Paloma, o tu marido va a olvidar el uso de la lengua».

65 Tachado: «Mi mayor placer en la cama es tirarme en diagonal, con los brazos en aspa, en postura semicircular, y en toda otra postura incompatible con un compañero de lecho. Creo también que, durante mi sueño, te busco a través de los vastos espacios de nuestro colchón; pues...».

66 Es curioso que en estas líneas finales, a partir de la exhortación a Dios, Sophia tache palabras aparentemente inocentes como «dulce», «pecho», «en sus brazos» y «completa y fielmente suya».

67 Tres líneas tachadas (ilegibles).

68 Una línea tachada (ilegible).

69 Hawthorne alude a una canción infantil, titulada *La canción de seis peniques*, cuya letra original (publicada por primera vez en 1744) dice así:

> Canta una canción de seis peniques,
> una bolsita llena de centeno,
> cuarenta y dos niños traviesos
> fueron cocinados dentro de un pastel.

En la época de Hawthorne la letra ya había convertido a los niños traviesos en mirlos.

70 Alusión a la Phyllis (o Filis, la misma «Dulce Filis», cremadora de mariposas, de Lope de Vega) que aliña «la salada cena» de los pastores Coridón y Tirsis y que, junto a Testilis, recoge las gavillas en verano en el poema bucólico *L'Allegro* de Milton (1645). Coridón y Tirsis son los mismos pastores que aparecen en la Égloga VII de Virgilio («bajo sonora encina estaba Dafnis / sentado acaso, y Coridón y Tirsis / cerca tenían sus rebaños juntos», en la encantadora traducción de Aurelio Espinosa Pólit) y en los *Idilios* de Teócrito.

71 «En un pequeño texto sobre Concord aludí a un pequeño promontorio, de una preciosa forma redondeada, que ocupa el triángulo conformado por la confluencia de los ríos Sudbury y Assabet. Un vértice de este triángulo termina en un promontorio en miniatura, conocido por los niños de nuestra generación como Egg Rock. La colina ya era llamada por los plantadores del pueblo, simplemente, North Hill. Desde entonces ha recibido varios nombres, Lee's Hill, Barrett's Hill y Hurd's Hill, mientras que hace relativamente poco se han hecho esfuerzos no muy afortunados para devolverle su nombre indio, Nawshawtuck». Por suerte, desde que Grindall Reynolds dio este discurso ante el Concord Lyceum, recogido después en el librito *The story of a Concord Farm and its Owners* (1883, pág. 3), Barrett's Hill ha recuperado ese maravilloso nombre indio que nunca debió haber perdido.

72 John Shepard Keyes (1821-1910), abogado, senador, *sheriff* del condado de Middlesex (Massachusetts), *marshal* de los Estados Unidos, juez (desde 1874) y guardaespaldas de Lincoln durante la inauguración presidencial (1861). En 1844 se

casó con Martha Lawrence Prescott (18181895), compañera de estudios en la academia de Concord e «hija de un antiguo socio en el bufete de su padre y posteriormente enemigo político», Timothy Prescott (*A historical guide to Henry David Thoreau,* editado por William E. Cain, Oxford University Press, 2000, pág. 216). Me encanta la manera tan pintoresca en que Keyes comienza su autobiografía, con unas primeras líneas que parecen anunciar una historia propia de un buscón del Siglo de Oro: «Nací según me dicen el 19 de septiembre de 1821, y tras encontrar en el libro de cuentas de mi padre la entrada de esa fecha junto a los honorarios del doctor, y el pago del caballo para la enfermera, no voy a ponerlo en duda». (John Shepard Keyes, *Autobiography, transcribed from ms. in John Shepard Keyes Papers*, William Munroe Special Collections, Concord Free Public Library, Concord, Mass., Concord Free Public Library, pág. 1).

73 Samuel Larned (1824-1853), trabajador de Brook Farm y posteriormente de Fruitlands, que afirmaba «haber vivido un año entero comiendo solo galletas, y otro, solo manzanas». (Richard Francis, «Circumstances and Salvation: The Ideology of the Fruitlands Utopia», *American Quarterly*, The Johns Hopkins University Press, vol. 25, n. 2, mayo de 1973, pág. 202). Fue ministro unitario en Mobile (Alabama), donde se casó en 1850. El Mr. Lane al que aquí se alude muy posiblemente sea Charles Lane (1800-1870), periodista inglés, reformador y editor de varias revistas, entre ellas una publicación periódica dedicada a la renovación espiritual a través de una dieta saludable. Fue amigo de Amos Alcott y junto a él fundó la comuna de Fruitlands. Vivió una temporada con los *shakers* y regresó a Inglaterra en 1846, donde prosiguió su carrera como periodista; tras su celibato americano, se casó en 1870, no mucho antes de morir. (*The Correspondence of Henry D. Thoreau*, volumen 1: *1834-1848*, editado por Robert N. Hudspeth, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2013, págs. 189-190).

74 Alusión al canto VII del segundo libro de *The Faerie Queene,* de Edmund Spenser (1596). Uno de los personajes principales del primer libro de la obra de Spenser es Una (la Verdad), que dio nombre a la primera hija de Nathaniel y Sophia, para sorpresa (y rechazo) de familiares y amigos como George Hillard, quien precisamente había editado la primera edición americana de la obra poética de Spenser en 1839; el 3 de marzo de 1844 escribió a Nathaniel en los siguientes términos: «En cuanto al nombre de Una, apenas sé qué decir. Al principio no me pareció demasiado bonito, pero al pensarlo un poco más me pareció mejor. El mayor reparo que se puede poner a nombres de esa clase es que son demasiado imaginativos. Es mejor tenerlos cerrados a cal y canto en la cripta sagrada de la mente y no airearlos a la chabacana luz de la vida ordinaria. Si tu pequeña fuera a pasarse la vida jugando sobre la verde hierba, con un corderito del color de la nieve con un lazo azul atado al cuello, todo quedaría en la "apropiada concatenación"; pero imagina a Sophia diciendo: "Una, amor mío, vergüenza me da verte con la cara tan sucia", o "Una, querida, no deberías sentarte a cenar sin tu delantal". Piensa en todo esto, antes de que tomes una decisión». Pero Hawthorne ya había tomado una decisión (y, a decir verdad, estaba bastante harto de opiniones no solicitadas). (Julian Hawthorne, *Nathaniel Hawthorne and his wife*, James R. Osgood and Co., Boston, 1885, vol. I, pág. 276). La «cueva de Mammon» también aparece en un relato escrito por Hawthorne en 1843, «La sala de la fantasía»: «Tan solo mediante el esfuerzo, y casi ni así, se persuadía la mente de que tales especulaciones estaban hechas de un material tan fantástico como el viejo sueño de El Dorado o como la Cueva de Mammon, o cualquier otra visión del oro jamás conjurada por la imaginación del poeta menesteroso o el aventurero romántico».

75 Ellen Kilshaw Fuller (1820-1856), hermana pequeña de Margaret Fuller, con quien William Ellery Channing se casó en 1841. Channing, sin embargo, siguió

llevando esa clase de vida errante, ocupando habitaciones de amigos y vecinos, que parecía habitual entre los trascendentalistas (la propia Margaret Fuller vivió buena parte de su vida una existencia similar). Los hijos del matrimonio crecían en granjas retiradas y entre familiares lejanos. Ellen decidió separarse, Channing la persuadió para que le permitiera volver, la dejó nuevamente embarazada y la joven, con apenas 36 años, murió poco después de dar a luz a su quinto hijo. Ellery Channing regresó a Concord y vivió el resto de su vida en casa de Franklin Benjamin Sanborn (1831-1917), periodista, escritor y, sobre todo, paciente amigo.

76 Puede tratarse de una Catherine Barrett que, en 1835, y junto a «Francis Barrett, Ann Maria Hewett (esposa de Horatio Hewett), George H. Barrett» y «Augusta Atwill (esposa de Herman Atwill)», aparece como beneficiaria de varias tierras de Concord que abarcaban 18 acres en Sargent's Field, y de otros 3 acres de tierras de pastoreo posiblemente cerca del puente al que asomaba la vieja rectoría. (*Cultural Landscape Report: North Bridge Unit, Minute Man National Historical Park*, elaborado por Deborah Dietrich-Smith, National Park Service, Brookline, MA, Olmsted Center for Landscape Preservation, enero de 2004, págs. 291-294). En su edición de los diarios, sin embargo, Nicholas R. Lawrence y Marta L. Werner opinan que se trata de «Miss Catherine Barrett, tal vez casada con Lemuel Fuller en 1844». Hay una Miss Catherine Pallisseuir Barrett que, en efecto, se casó con un doctor Lemuel Fuller (1812-1864) el 6 de junio de 1844 en Concord. Que los Hawthorne los conocían se desprende del contenido de una carta enviada por Nathaniel a Sophia el 31 de mayo de 1844: «Ben, con una peculiar y misteriosa sonrisa en el rostro, puso en mis manos una carta dirigida a Mr. y Mrs. Hawthorne; contenía una tarjetita donde decía que "el doctor Lemuel Fuller y Miss Catherine Barrett recibirán a sus amigos el jueves, 6 de junio, a las 8 de la noche". Me temo que estaré demasiado ocupado fregando los platos como para hacer visitas durante tu ausencia». (*Love letters of Nathaniel Hawthorne*, edición privada, The Society of the Dofoss, 1907, pág. 135).

77 Personaje de *La tempestad*.

78 Fredrika Bremer (1801-1865), autora finlandesa de varias novelas y obras de teatro, reformista social, defensora de los derechos de la mujer. Su obra fue traducida por la poeta Mary Howitt (1799-1888), más conocida por ser la autora de un poema infantil parodiado por Lewis Carroll en *Alicia en el país de las maravillas.* Bremer visitó Lenox (Massachusetts) en septiembre de 1850 y fue recibida, quizá un poco de mala gana, por Nathaniel Hawthorne, a juzgar por la descripción que ella misma hizo del encuentro en *Homes of the New World* (1853): «Pasé una tarde con Hawthorne, en un esfuerzo por conversar. Pero, no sé si por su culpa o la mía, lo cierto es que no salió bien. Tuve que llevar todo el peso de la charla, y al cabo me encontré muy abatida, y no sé explicar cómo me sentí. Y eso que Hawthorne se mostraba muy amable, y esperaba hacerme sentir cómoda, pero no pudimos entablar conversación». En una época muy dada a describir cabezas, Bremer encontraba la de Hawthorne «bella, expresiva pero no exactamente armoniosa», algo «deficiente» en la parte inferior y «de sonrisa amarga». Sophia le pareció adorable, «e indescriptiblemente feliz de verle a él feliz. Es capaz de leerle el alma: para ella es "el mejor de los maridos"». *Hawthorne in his own time,* editado por Ronald A. Bosco y Jillmarie Murphy, University of Iowa Press, 2007, pág. 63.

79 *Paraíso perdido,* iii, v. 25: «Tan densa la "serena gota" que empapó esos ojos».

80 Se refiere a Samuel Gridley Howe (1801-1876), que dedicó una parte de su vida a la educación de niños ciegos. Antes luchó en la guerra por la independencia de Grecia, y, como admirador de Byron, llevó a los Estados Unidos el casco heleno, forjado en azabache y oro, que Byron había diseñado a partir de las armaduras que aparecen descritas en la *Ilíada*. Véase la nota 53.

81 Tachado: «quizá el heraldo de otro nacimiento, que, en algún inescrutable periodo, habrá de llenar de dicha nuestra vieja rectoría».

82 Anna Blake Shaw (1817-1901), que más o menos en estas fechas conoció a William Batchelder Greene (1819-1878), ministro unitario, con quien se casó en 1845. Parece ser que era toda una belleza. Fascinó a Emerson, enamoró a Greene, volvió medio loco al ministro unitario Theodore Parker (1810-1860), y creó una enemistad de por vida entre Parker y Greene a causa de los celos que ambos sentían por las atenciones que Anna les había dedicado a ambos en algún momento de su vida. En sus diarios, Parker, infelizmente casado —su matrimonio era «su cruz»—, escribía sobre Anna frases como: «¿En qué se parece Anna a la ciudad de Salem? En que también ella es famosa por su embrujo», o como esta otra, escrita a lápiz de manera apenas perceptible y descifrada por el estudioso Dean Grodzins: «Anna Anna Anna... si no fuera porque mi esposa... me aleja de la Tentación... a veces...». El resto de la página parece que fue arrancada. (Dean Grodzins, *American Heretic: Theodore Parker and Transcendentalism*, The University of North Carolina Press, 2003, pág. 179).

83 Sarah Blake Sturgis Shaw (1815-1902), casada desde 1835 con un primo lejano, Francis George Shaw (1809-1882), millonario de Boston —al igual que ella— que contribuyó a financiar Brook Farm. Elizabeth Gaskell conoció a Sarah en París, en 1855, y escribió un artículo sobre su hijo, el héroe de guerra Robert Gould Shaw, en *Macmillan's Magazine* IX, Cambridge, diciembre de 1863. Sarah Shaw enviaba alguna vez cheques a Sophia Hawthorne con la advertencia de que las sumas solo debían serle devueltas «cuando ese dinero ya no resulte necesario, o nunca» (*Selected Literary Letters of Sophia Peabody Hawthorne (1842-1853),* tesis doctoral de Nancy Luanne Jenkins, The Ohio State University, 1992, pág. 125).

84 Alusión al Cantar de los Cantares 2, 1: «Yo soy la rosa de Sarón, y el lirio de los valles. Como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas».

85 La reacción de Emerson ante la belleza de Anna no parece que fuera tan comedida, ni pasó desapercibida a Sophia, pues la menciona en una carta dirigida el 11 de agosto de 1843 a su amiga Mary Wilder Foote (1810-1857): «Más tarde vino Miss Anna Shaw, en toda su gloria de rizos rubios, que se le derramaban libremente por el cuello y las sienes, de tal forma que parecía la diosa Diana, o Aurora. Todo pasó a la perfección. El día de su llegada, Mr. Emerson vino a cenar, y devolvía cada destello a la cintilante Anna. Realmente estaba "enredado en la trama de su cabello dorado", pues en bastantes lugares contó después lo bella que era. Hacía bastante calor, y, cuando Mr. Emerson se marchó, salimos al jardín, a la sombra de los árboles, y Anna se tendió sobre la hierba...». (Rose Hawthorne Lathrop, *Memories of Hawthorne*, Houghton, Mifflin and Co., Cambridge, 1897, pág. 59).

86 Casiopea está «sentada en un trono (...). Cuando sale Escorpio, podemos ver que se arrastra con la cabeza y con el asiento tendidos bocabajo, mientras que sale a la vez que Sagitario» (Cayo Julio Higino, *Fábulas. Astronomía,* Akal, 2008, edición de Guadalupe Morcillo Expósito, pág. 303). Eratóstenes (en *Catasterismos,* 16) recuerda el relato de Sófocles según el cual «Casiopea rivalizó con las nereidas por ver quién era más bella y a resultas de ello cayó en desgracia y Poseidón hizo surgir un monstruo marino que devastaba el país. Su propia hija, Andrómeda, fue expuesta al monstruo». (Eratóstenes, *Mitología del firmamento (catasterismos)*, traducción de Antonio Guzmán Guerra, Alianza, 1999, pág. 66). En esta tortura maravillosamente lovecraftiana, Casiopea estaba atada al trono mencionado por Higino cabeza abajo, mientras el primigenio surgido del mar trataba de alcanzarla.

87 Aquí apenas se distingue lo que Sophia ha tachado, salvo las palabras «Dios», «ella aún no tiene», «el infinito de Dios», «el plan de Su Providencia», «Dios» y «vida».

88 Tachado: «feliz como yo... llevar un hijo tuyo, tú, corona de lo que de más noble existe».

89 Tachado, en párrafo aparte: «Mi mujercita está preocupada por... que Dios la bendiga, a ella y a la vida que lleva en su vientre».

90 Tachado: «¡Cómo amas ahora! Me sorprende que no me haya transfigurado por completo un amor tan profundo y celestial. Mi alma se ha visto transfigurada, y así ha sido desde que me dijiste por primera vez que me querías más que a nada en el mundo. Estoy feliz más allá del alcance de las circunstancias por esta razón».

91 El «Girasol» es Longfellow, que a Hawthorne le parecía un hombre «del todo satisfecho, y no más consciente de cualquier pesar espiritual o mundano alguno del que tiene un girasol, a cuya adorable flor me recuerda, no sé por qué».

92 Fanny Appleton Longfellow (1817-1861), segunda esposa del poeta Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). «Fanny Longlady», apodo inventado por los Hawthorne, tuvo una muerte horrible: mientras hacía tirabuzones a sus hijos, su vestido se incendió. Longfellow, que se había quedado dormido en otra habitación, no llegó a tiempo de salvarla, y cuando consiguió sofocar las llamas, ayudándose de una manta y de su propio cuerpo, las quemaduras de su esposa ya eran mortales. Fanny vivió solo unas horas más; Longfellow no pudo asistir a su entierro pues, al intentar socorrerla, había recibido muy graves quemaduras, que ocultó el resto de su vida bajo una espesa barba.

93 Este pasaje parece plantear un enigma donde, en realidad, solo hay dos hechos cuya relación aparente se sostiene únicamente en la forma en que han sido expresados: por un lado tenemos el enigmático juicio que le provoca a Sophia un nuevo dolor de cabeza, y por otro esa afirmación a renglón seguido acerca de algo, no explicado, que por lo visto puede permitir a los Hawthorne estar «libres de todo cuidado». Seguramente aquí Sophia se refiere a algún trabajo «de oficina» que Nathaniel esperaba obtener: en esas fechas el matrimonio pasaba por verdaderos apuros económicos —apuros que los retrasos en el pago por las colaboraciones de Nathaniel no contribuían precisamente a aliviar— y Hawthorne escribió a varios amigos solicitándoles que hiciesen uso de su influencia para conseguirle algún trabajo fijo, pero el puesto que esperaba conseguir (y que obtendría en 1846) aún no había sido valorado ni contemplado por nadie como una posibilidad seria. En cuanto al juicio, lo cierto es que las obras que he consultado no mencionan que los Hawthorne estuvieran enredados en litigio alguno. Por suerte, los archivos de Patricia Dunlavy Valenti, autora de la mejor biografía existente sobre Sophia Hawthorne y muy paciente con mis dudas, fueron de valiosísima ayuda para aclarar este punto: Sophia [cito] «había acudido al juicio para escuchar al abogado *whig* y orador Daniel Webster. Webster no era un abolicionista, como tampoco Sophia o su marido. Pero las hermanas de Sophia y todos sus amigos de Concord eran ardientes abolicionistas, y es posible (¿probable?) que sufriese un nuevo ataque de migraña al interesarse en el asunto que Webster debatía y con el que tantos [de los suyos] estaban en desacuerdo».

94 Washington Allston (1779-1843), paisajista, profesor de pintura de Sophia y tío de William Ellery Channing.

95 Se refiere al asesinato del capitán White, cuyas «atroces circunstancias eran bien conocidas, no solo en la totalidad de los países de habla inglesa, sino por toda América». (Hawthorne, de hecho, fue uno de aquellos americanos que siguieron con avidez el caso, y en agosto de 1830 escribió a un primo suyo diciendo que, «por mi parte, espero que castiguen a Joe, pero no lo lamentaré mucho si Frank pudiera escapar»). White fue asesinado por orden de los hermanos Knapp, Joseph Jenkins y John Francis, sobrinos suyos, que, impacientes por recibir su herencia, decidieron contratar a un asesino a sueldo, Richard Crowninshield, para que acabase con su vida.

Crowninshield lo mató mientras dormía, «a cuchilladas y bastonazos», la noche del 6 de abril de 1830. La policía no consiguió dar con el asesino hasta que un amigo de Crowninshield, «un joven célebre por su mal carácter, recluido recientemente en la prisión del estado de Maine», y que había «arrojado luz a la conspiración para asesinar a White al escribir una carta anónima firmada "Grant" y dirigida a Joseph J. Knapp, exigiendo cierta suma de dinero», lo delató. Los hermanos Knapp fueron sentenciados y condenados a la horca por inducción al asesinato; Crowninshield se suicidó en su celda antes de que los hermanos fueran llevados a juicio. Sobre este caso hay un libro muy breve, más o menos una transcripción narrativa del juicio con el añadido de la confesión de Joseph Jenkins, que, como suele decirse, se lee como una novela (de hecho, infinitamente mejor que muchas), titulado *Trials of Capt. Joseph J. Knapp, Jr. and George Crowninshield, Esq. for the murder of Capt. Joseph White, of Salem, on the night of the sixth of April, 1830*, publicado por Charles Ellms, corner of Court and Market Streets, Boston, 1830.

96 *Change for the American Notes: In Letters from London to New-York by an American Lady* fue la obra, publicada por Harper and Brothers en 1843, con que el autor americano Henry Wood atacaba a la sociedad inglesa, en respuesta a las *American Notes* de Dickens (1842), donde este había criticado con bastante severidad a la sociedad americana.

97 Se trata de *Les mémoires de Luther, écrits par lui-même*, traducción al francés realizada por Jules Michelet de la autobiografía de Martin Lutero (1837).

98 Podría tratarse de un terrateniente de Concord llamado Francis Barrett (véase la nota 76).

99 Tachado: «¡Mi dulcísimo amor, cuánto te quiero! ¡Qué suerte más celestial la de ser amada en las alturas y en las profundidades, infinitamente, por ti!».

100 Tachado: «Como amantes nos comprendemos mejor que nunca».

101 Tachado: «¡Oh, querido mío, de veras es cierto que tú, con tu maravillosa y profunda naturaleza, eres la mitad de mi alma! Mi esposo para siempre».

102 Caroline Sturgis Tappan (1819-1888), poeta trascendentalista, amiga de Emerson y de Margaret Fuller, a cuyas charlas y conferencias acudía (en ellas tuvo que coincidir en alguna ocasión con Anna Shaw), y colaboradora en *The Dial* bajo el seudónimo «Z». En 1847 se casó con William Aspinwall Tappan (1819-1905), hijo de un adinerado comerciante de Nueva York que trabajaba como empleado en las oficinas de su padre.

103 John Thoreau (1787-1859) tenía una fábrica de lápices a medias con su cuñado, Charles Dunbar, y ambos lograron superar a la competencia gracias a los diseños de Henry David, desarrollados tras estudiar atentamente los lápices franceses y alemanes. Los lápices americanos, principalmente los fabricados en Boston, se rompían con facilidad y eran muy grasientos al tacto. Charles Dunbar había convencido a John Thoreau para iniciar su aventura empresarial tras descubrir en 1823 un depósito de plombagina en Bristol, y en 1834 Henry David y su padre vendieron los nuevos diseños, fabricados con grafito y arcilla, en Nueva York. Con el dinero que recaudaron, Henry David Thoreau pudo pagar sus estudios en Harvard. La historia puede leerse en el interesante libro *The Pencil: A History of Design and Circumstance*, de Henry Petroski (Alfred A. Knopf, Nueva York, 2010).

104 Sophia cita el primer verso de una canción infantil titulada *Los tres sabios hombres de Gotham*, que dice así:

> Tres sabios hombres de Gotham
> se hicieron a la mar en un tazón.
> Si el tazón más fuerte hubiera sido,
> más larga sería mi canción.

El poemita apareció publicado por primera vez hacia 1765 en *Mother*

Goose's Melody. No hay que confundir este Gotham (Nottinghamshire) con el otro Gotham (Nueva York), donde la rima también aparece, cantada por el Joker, en un cómic de la línea *Elseworlds,* con guion de Alan Grant y dibujos de Enrique Alcatena (*The Batman of Arkham #1*, DC Comics, 2000, pág. 19).

105 William Cullen Bryant (1794-1878), poeta muy apreciado por Poe, y precursor de esa línea del Romanticismo americano que probablemente concluya en Whitman. El verso que Sophia cita pertenece al poema «La muerte de las flores» (Appleton and Co., 1876; págs. 132-134), en el que resuena el tropo romántico de la decadencia y el paso del tiempo en una tonalidad que recuerda a la rima LIII de Bécquer:

> Cuando se oye el sonido de las nueces al caer, aunque nada agite al árbol,
> y en la ahumada luz se escuche el tintineo de las aguas del arroyo,
> busca el viento del sur las flores cuya fragancia no hace mucho llevó,
> y suspira al ver que ni en bosques ni arroyos aquellas flores están.
> Hay una música similar en muchos de sus poemas, al menos en los más importantes —«Junio» y «La muerte de las flores» se cuentan entre los más encantadores de Bryant—, que casi podría pertenecer a la épica, si no fuera porque resuena por debajo una corriente melancólica que suaviza el color y la intensidad de la luz de sus temas predilectos.

106 Daniel Appleton White (1776-1861) y Ruth Hurd Rogers White (1784-1850). Ruth era la tercera esposa del juez White, con quien se casó en 1824. Es posible que fuera en su casa donde Sophia y Nathaniel Hawthorne fueron presentados por primera vez, «pues White era el suegro de Caleb Foote, amigo de Hawthorne y editor de *Salem Gazette*». (Brenda Wineapple, *Hawthorne: A Life,* Knopf, 2003, pág. 101).

107 Tachado: «y veo a mi mujercita redondeándose a buen ritmo, y anticipo la más maravillosa bendición que ha de llegar».

108 Tachado: «Ahora nuestra cama está colocada de tal manera que podemos tener una vista del lado este del cielo y parte de la avenida. Soy tan madrugadora que la primera luz, la más débil, por lo general ya me encuentra fuera de la cama, pero esta mañana me acosté para observar la llegada del día al lado de mi señor».

109 Tachado: «cuando tenga que guardar cama».

110 Tachado: «y la perpetua dicha de esta nueva esperanza para ambos que hay en mi vientre».

111 Al final de esta página del cuaderno hay un dibujo de tres formas más o menos triangulares, bajo el cual se lee lo siguiente: «Puntas de flecha encontradas por mi marido, copiadas de los propios originales».

112 El camino que formaba un lado del triángulo, y que partía del puente, está hoy cortado, y solo se insinúa como una parte del prado donde se encuentra el río.

113 Aquí debo precisar que he traducido *minutemen* por milicianos, aunque en los Estados Unidos ese nombre tiene un significado histórico mucho más amplio que el término *militia*. *(N. del T.)*

114 *Diario de un oficial inglés en Boston en 1775*. Véase también la narración del reverendo Emerson, quien habla de las «marchas y contramarchas realizadas a lo largo de media hora» y de la «enorme veleidad e inconsistencia de juicio» que mostraba el grupo. A Smith apenas se le puede culpar de nerviosismo en aquel momento, habida cuenta de que tenía a una parte de sus ochocientos hombres en la casa del coronel Barrett, quinientos americanos entre medias, y otra parte de su ejército en South Bridge.

115 Abuelo de Ralph Waldo Emerson, que murió un año después de la batalla. A este pasaje se pueden añadir las palabras que Hawthorne escribió en su narración

introductoria a *Musgos de una vieja rectoría*:

«Un recuerdo más humilde de la batalla, aunque más interesante que el obelisco de granito, puede verse bajo el muro de piedra que separa el campo de batalla de la casa del párroco. Es la tumba —señalada por dos pequeños retazos de piedra, cubiertos de musgo, uno a la cabeza y otro a los pies— de dos soldados ingleses que murieron en la refriega, y que desde entonces han dormido en paz allí donde Zechariah Brown y Thomas Davis los enterraron. Muy pronto terminó su batalla; una extenuante marcha nocturna desde Boston, una ruidosa descarga de mosquetones desde el otro lado del río, y después todos estos años de descanso. Dos soldados anónimos, que abren el camino a la larga procesión de invasores muertos que pasaron a la eternidad desde los campos de batalla de la Revolución.

»En una ocasión en que me hallaba ante esta tumba junto al poeta Lowell, este me contó cierta historia referente a uno de esos habitantes del subsuelo. La historia tiene algo que produce una profunda impresión, aunque no es posible conciliar del todo sus detalles con la verdad probable. Sucedió que un joven que trabajaba para el clérigo se hallaba cortando madera aquella mañana de abril, junto a la puerta trasera de la rectoría, cuando el ruido de la batalla atravesó el puente de parte a parte; entonces se apresuró a correr hasta el campo intermedio para ver qué era lo que estaba ocurriendo. Resulta bastante extraño, por cierto, que aquel muchacho se encontrase tan diligentemente volcado en su tarea cuando toda la población de la ciudad y del campo había salido despavorida de sus trabajos habituales ante la llegada de las tropas inglesas. Sea como sea, cuenta la historia que el muchacho abandonó sus labores y corrió al campo de batalla hacha en mano. Para entonces, los ingleses se habían retirado, los americanos los perseguían, y el último escenario de aquella escaramuza había sido abandonado por ambas facciones. Dos soldados yacían en el suelo: uno era ya cadáver; pero, cuando aquel joven de Nueva Inglaterra se acercó un poco más, el otro inglés se alzó, presa del dolor, apoyándose en manos y rodillas, y clavó en su rostro una espantosa mirada. El muchacho —por obra tal vez de un impulso nervioso, sin propósito, sin juicio, que más denotaba una naturaleza sensible e impresionable que un carácter encallecido— levantó el hacha y descargó sobre el soldado herido un golpe feroz, letal, que le alcanzó en la cabeza.

»No puedo sino reconocer cuánto me gustaría que abrieran esa tumba, pues así sabría a ciencia cierta si alguno de los esqueletos de los soldados conserva en el cráneo la señal de un hachazo. Para mí, esta historia suena a verdad pura y simple. A veces, como un ejercicio moral e intelectual, he intentado seguir a aquel pobre joven a lo largo de su existencia posterior, y he visto su alma torturada por la mancha de sangre, contraída mucho antes de que el largo hábito de la guerra hubiera robado a la vida humana su santidad, y cuando matar a un hermano aún se antojaba un crimen. Esta

circunstancia por sí sola me ha rendido más frutos que todo cuanto la historia pueda contarnos acerca de la contienda». *(N. del T.)*

116 Testimonio de Zechariah Brown y Thomas Davis, Jr., que enterraron a los dos soldados en una fosa común próxima al lugar donde cayeron. Una lápida señala el lugar.

117 Conozco su nombre, pero no creo que sea buena idea revelarlo en esta narración. En su mente, la amargura del sentimiento general contra el país natal había grabado a fuego el deseo de venganza. Era demasiado joven para saber bien lo que hacía al separar al soldado de su rey.

118 Este es el nombre original que en 1635 dieron los colonos al pueblo de Arlington. Recibió su nombre actual en 1867. *(N. del T.)*

119 En el *Diario de un oficial inglés en Boston en 1775*, oficial que se hallaba con Smith en la expedición de Concord, se habla del regreso a Lexington y de los ansiados refuerzos: «No habíamos dejado de felicitarnos desde la mañana al pensar en la llegada de la brigada, pero en aquel momento ya habíamos perdido toda esperanza, pues era demasiado tarde».

Edición en formato digital: enero de 2022

En cubierta: fotografía de la vieja rectoría, Concord, 1930
© De la traducción, © De la edición, introducción, notas y traducción, Lorenzo Luengo
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18859-95-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com